

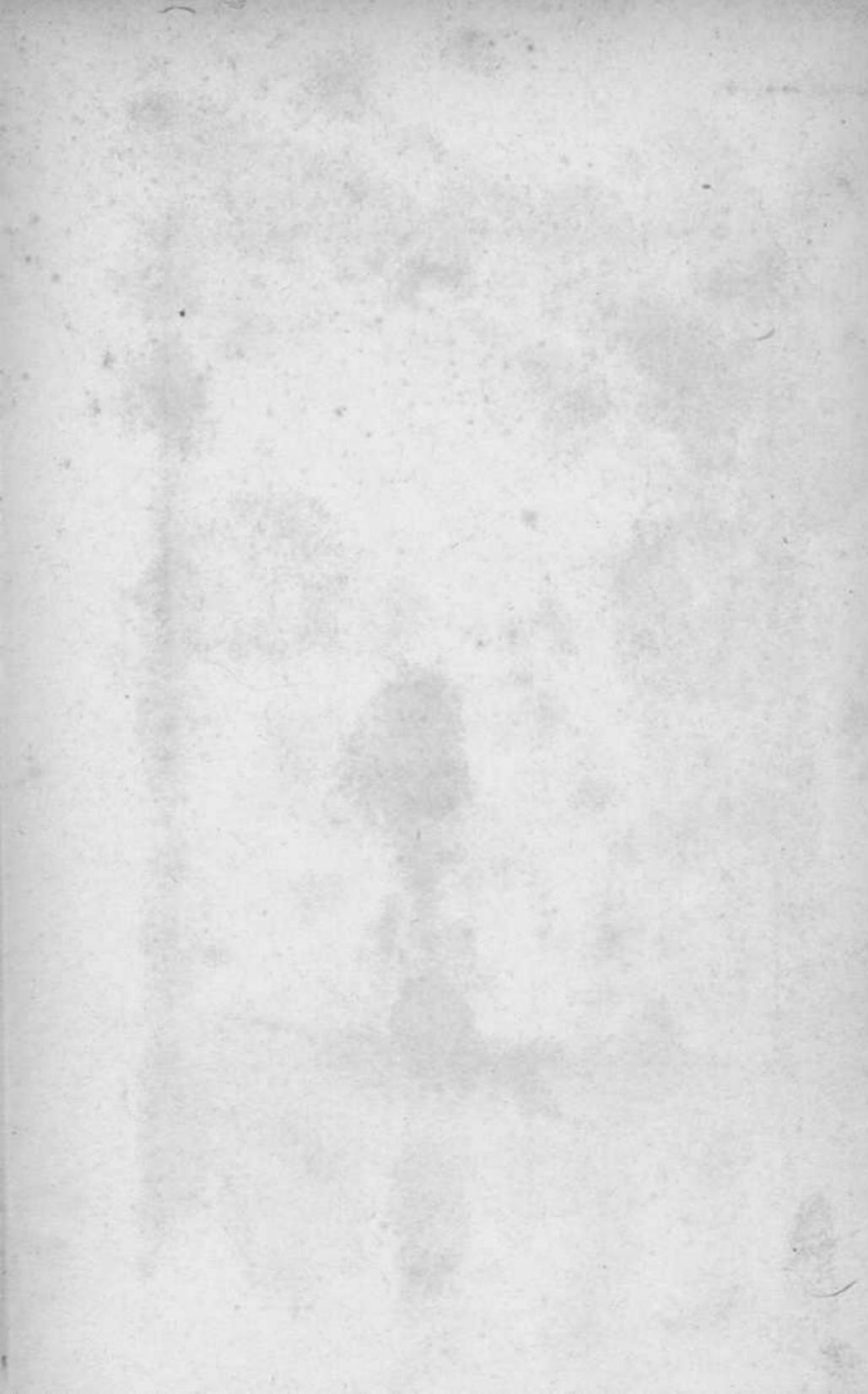
FR DIEGO DE YEPES

J. Vilasoa.

3.
LA
ES
SA

LIBRERIA
DE
DONATO CUID
ARENAL, 14, MADRID





VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS



FRAY DIEGO DE YEPES

VIDA

DE

SANTA TERESA

DE JESÚS

—
TOMO II
—

BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO y C.^ª -Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887





CAPÍTULO XII

Cómo la santa madre estuvo por algún tiempo en el monasterio de San José de Avila y de los fervores grandes que en aquel tiempo había

COMO el que escapado de una gran tempestad y borrasca habiendo llegado al puerto no cabe de gozo y de contento, así estaba la bienaventurada madre después de haber pasado tantos trabajos y tribulaciones, y viéndose ya en otra nueva religión y vida de mayor aspereza, encerramiento y penitencia, no cabía de contento, y le parecía estaba en un paraíso, y que aquellas almas entre quien vivía eran ángeles; y no era mucho sintiese ella esto, pues el mismo Señor le había dicho estando una vez en oración que aquella casa era para él paraíso de deleites. Estaban ya trece (que era el número que ella quería) todas monjas del coro, que por entonces no se recibían freilas; no pedían limosna, ni menos tenían renta; hilaban y trabajaban continuamente de manos, y las viñas y juros de que vivían eran la rueca y la aguja, y sobre todo la confianza grande que tenían en el Señor; y así tenían, sin pedir, todo lo que habían menester, y si alguna vez faltaba (ordenándolo así el Señor para que sus siervas experimentasen el fruto y suavidad de la santa pobreza) entonces

estaban más contentas y regocijadas. Había tan poco cuidado de lo temporal, que la santa madre con ser priora jamás ocupaba en esto su pensamiento. Todo su estudio de aquella santa compañía de religiosas era desasidas y olvidadas de todo lo que no es Dios, abrazarse con su divino Esposo, y con ánimos de varones fuertes, limitar su desnudez, obediencia, mortificación y cruz. En esto ponían todo su cuidado, y en cómo por todos los caminos servirían y contentarían más á Dios.

La santa madre cada día recibía mayores mercedes y regalos de su celestial Esposo, y las monjas con sus ejemplos y palabras volaban, y no corrían en el camino de la perfección. Era la santa la primera en todo, en el coro, en la cocina, en el hilar, en el barrer, y en los demás trabajos corporales, y por este medio era más eficaz su doctrina. Tenía gran cuidado de ejercitar á sus hijas en la mortificación y verdaderas virtudes, para que este ejercicio sirviese de examen y prueba de los propósitos, y firmeza de oración; porque son muchas las veces que se engañan algunas almas, pensando que sus consideraciones son virtudes, y sus sueños revelaciones, y sus imaginaciones profecías, y para estas, y para las que tratan de oración, no hay más linda prueba que la ocasión, donde la obra corresponde al pensamiento, y descubre si es oro ó alquimia lo que reluce; por donde así como no se puede decir valiente, ni preciarse de soldado, el que no se ha hallado en las refriegas y escaramuzas de los enemigos, así no se puede decir que tiene virtud quien no ha visto la cara al vicio contrario, y experimentado las ocasiones de prueba de mortificación y de cruz.

Entendiendo esto la santa, procuraba con mil ensayos (como en el discurso de esta historia se irá contando) procurar y ejercitar á sus monjas en la obediencia, y en otras virtudes; y así estando una vez en el refectorio, tomó un poco de cohombro muy delgado y podrido todo por de dentro, y llamó á una de las novicias de mejor entendimiento que había en el monasterio, que fué la madre María Bautista, y queriendo probar su obediencia, con grande disimulación le mandó que fuese á sembrar aquel cohombro en un huertecillo que allí estaba; ella (como la que había aprendido en tan buena escuela) sin examinar más, tómale en la mano, y pregunta á la santa

si le había de poner hacia arriba, derecho ó tendido, y respondióla que le había de extender; fué luego, y con gran prontitud y rendimiento le sembró como la madre le dijo, sin pasarle por la imaginación si se había de sacar ó no, como ella después lo dijo.

Hizo también otra prueba con otra sierva de Dios, que fué de las cuatro primeras, que se llamaba Úrsula de los Santos; había tenido esta religiosa casa y familia, y como en aquellos principios pretendiese la santa introducir la perfección de la obediencia, puso más particularmente los ojos en ésta que en otra, porque estando enseñada á mandar, quiso experimentar cómo se acomodaba á obedecer, porque saliendo ésta buena maestra de obediencia, esperaba gran fruto con su ejemplo en las demás, y así la andaba probando de todas maneras en esta virtud; y como á todas las pruebas ordinarias respondiese muy bien, usó de una extraordinaria, con intento (según ella dijo después á un confesor suyo) de que si mostraba desobediencia en aquella, quitalle el hábito: y fué que encontrándola un día en el claustro, delante de las religiosas la tomó el pulso, y dióla á entender que la había lástima y compasión, y significando con algunos ademanes como que estaba enferma y tenía calentura (pero sin decir palabra que fuese mentira, porque en estas pruebas que hacía la santa madre para probar y perficionar á sus religiosas, aunque usaba de santas cautelas no dijera una mentira por el cielo ni por la tierra), y mandóla que se fué luego á acostar; obedeció la monja sin pasarle por la imaginación otra cosa más de que estaba enferma como su prelada se lo decía. Enviaba la santa madre otras hermanas que la visitasen, las cuales preguntándole cómo estaba, respondía que muy mala, y diciéndole qué sentía, ó qué la dolía, respondía: ¡No sé, hermanas, la madre lo dice; y como perseverase en aquella santa y sincera obediencia, parecióle á la santa que sería bien ir adelante en la prueba, y ver si obedecía hasta derramar sangre: entróla á visitar, y tornándola á tomar el pulso, dijo: ¡Ay, pobre de mi hermana! vayan luego á llamar al barbero, que la sangre! Vino el barbero, y sangróla, sin que la sierva de Dios replicase cosa alguna, ni jamás tuviese otro pensamiento, sino que era así lo que la santa obediencia decía: desde entonces le cobró la santa madre un particularísimo amor, y á ella no hizo daño

la sangría, de lo cual debía estar bien cierta y segura la santa cuando la mandó sangrar. Otras veces encargaba á una sola oficios incompatibles, para ejercitarlas juntamente en el trabajo, y probarlas en la obediencia: de esta manera labraba la santa madre las piedras que había escogido para este edificio; y porque sería muy largo poner aquí ejemplos y casos particulares, porque sólo esto pedía un grande libro, iremos acortando, tocando brevemente en el hilo de esta historia (cuando se ofreciere) alguna cosa notable y de edificación.

Con este ejercicio iban creciendo las virtudes en aquellos dichos principios, y curándose las imperfecciones y flaquezas de nuestra naturaleza. Andaban con esto las monjas tan llenas de espíritu y de consolación del cielo, que no cuidaban de cosa de la tierra más que si estuvieran fuera de ella gozando de la otra vida. Todo lo que no era Dios les era amargura; y era tanta la devoción, que todo su oficio, ejercicio y estudio era oración y contemplación continua. La pobreza con que vivían era extremada, pues llegó una vez á no comer más que las hojas de unas parras que en la huerta tenían, pero mayor el contentamiento que tenían con ella. Unas veces las proveía el Señor, y otras pasaban sus necesidades alabándole y dándole gracias. Cuando habían de comer, era la comida conventual asaz pobre y templada, como gente que profesaba tanta oración y penitencia.

Hacían muchas abstinencias, y añadían otras muchas asperezas á las que tenían de regla y constituciones, señal muy cierta del espíritu divino que en ellas vivía, el cual nunca pierde de vista la oración, mortificación y penitencia, como ni jamás dice que basta; ni se ve harto ni satisfecho de llorar sus pecados, de castigar su carne, y de pedir á Dios misericordia. De esta manera traían siempre sujeta la carne al espíritu y el espíritu á Dios, y era de tal manera el rigor que era bien necesaria la prudencia y discreción de la santa para moderar el ímpetu del espíritu, y deseos de penitencia, como se colegirá por lo que ahora diré. Parecíales era mucho regalo que la túnica interior que traían junto á las carnes fuese de lana ó estameña, y así con grande espíritu pidieron todas á la santa madre Teresa la trajesen de jerga, que no es otra cosa sino un silicio en la aspereza y efectos: otorgó la santa su petición, y siendo ella la primera, se vistieron todas de esta

vestidura tan áspera y rigurosa. Comenzaron luego á criar algunas inmundicias de estos animalillos que llaman vulgarmente piojos, los cuales con ocasión del nuevo vestido crecían en abundancia, y las inquietaban en la oración, en el coro, y por todo el demás tiempo del día. Pidió la santa madre á nuestro Señor las librase de aquellas importunas sabandijas, y oyó su oración, porque luego milagrosamente se vieron todas libres de ellas, sin que se hallase una sola en todo el convento, como más largamente diremos en el libro cuarto. Dura este privilegio hasta hoy en todos los conventos de monjas, y principalmente en aquella casa; pero como con el tiempo se experimentasen graves enfermedades por razón de la aspereza del vestido, fué forzoso el volver á tomar las túnicas de estameña que antes habían dejado.

Tenían particular cuidado de la observancia y regularidad en el coro y de las demás ceremonias de la religión; el hablar en los tiempos de silencio era sacrilegio; ejercitábanse todas en los oficios de humildad, sin excepción ninguna, y lo que más florecía era la caridad y amor fraternal tan entrañable que no parecían todas sino una misma. Y no era mucho que á las que animaba una misma virtud de la caridad, y tenían en sí estampado aquel espíritu de la santa madre, fueren y pareciesen una misma cosa entre sí. Finalmente la vida que entonces vivían, y la perfección en que la santa las puso, no era otra que un retrato de la santidad de la Iglesia primitiva, y una imagen viva de aquellas monjas ermitañas carmelitas, hijas y compañeras de santa Eufrasia de las cuales san Jerónimo cuenta grandes maravillas y hazañas de heroicas virtudes, pero no mayores que las que en este tiempo se veían en la santa madre y sus compañeras.



CAPÍTULO XIII

La santa madre, movida por revelación divina, trata de fundar otros nuevos monasterios de frailes y monjas

CON ser tan grande el rigor y perfección con que se vivía en aquellos dichosos principios, á la santa madre todo le parecía poco; y aunque había vivido cinco años (que tantos eran pasados desde el principio que se había fundado la casa de San José), por una parte con grande consuelo, por ver la abundancia con que el Señor derramaba su espíritu y riqueza en aquella casa, por otra estaba aquel corazón generoso y más que de varón que no podía caber en sí, combatido de mil generosos pensamientos, acarreados de aquel vivo espíritu y celo de las almas que en el mundo se perdían. Rasgábasele el corazón considerando la tiranía con que el demonio trataba y tenía oprimidas las almas criadas para el cielo, y redimidas con la sangre de Jesucristo, y á cuantas tenía ciegas la herejía y errores que en su tiempo habían sembrado los luteranos; y así se le pasaba grande parte de las noches y de los días orando, gimiendo, suspirando y suplicando á Dios le hiciese merced de perdonar y alumbrar aquellas almas que estaban engañadas. Haciale grande fuerza la perdición tan

general del mundo, que le parecía había llegado al peor punto que podía tener, y que los pecados de los hombres daban gritos al cielo, pidiendo venganza más rigurosa que nunca; y que así era forzoso uno de dos medios de que en tales casos suele Dios usar, conviene saber, ó gran castigo ó gran misericordia.

Estando metida en este continuo cuidado, acaeció que vino á visitarla un padre descalzo de la orden del glorioso padre san Francisco, llamado fray Alonso Maldonado, que era entonces recién llegado de las Indias. Contó á la madre la infinita muchedumbre de almas que en aquella tierra se perdían, con las cuales nuevas, de tal manera la hirió y traspasó el corazón que no parece sino que en él le habían hincado una saeta (*Fundaciones*, cap. I). No podía sosegar ni caber en sí: fué luego á una ermita de las que ya tenía hechas en la huerta; y puesta allí en la soledad, llena de lágrimas y suspiros clamaba al soberano Criador de las almas, y á aquel y quien tanto le habían costado, diese algún medio como ella pudiese algo, y fuese de algún provecho para ganar alguna para él, de tantas como llevaba el demonio: suplicaba con grande instancia al Señor que para este efecto valiesen sus oraciones algo, pues ella ni era ni valía para más. No cesaban sus ansias ni sus lágrimas, hasta que una noche estando en su acostumbrada oración, tuvo una visión, y en ella vió á nuestro Señor Jesucristo, el cual consolándola la dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas*. Quedó consolada y animada con estas palabras, las cuales quedaron bien fijas y estampadas en su memoria. Pensaba y revolvía algunas veces entre sí qué cosas serían aquellas tan grandes, y por qué camino se habían de obrar, pero no podía atinar en la significación é intento de la revelación.

Y aunque por entonces no entendió el secreto que estaba encerrado en aquellas breves y misteriosas palabras (como suele acaecer á los profetas, á los cuales raras veces, juntamente con la visión, les comunica Dios la inteligencia y manifestación de lo que quiere decir); pero claramente colegía de la satisfacción grande con que quedaba su espíritu, y mucho más de la luz que traían consigo estas palabras: primeramente, que vería sus deseos cumplidos, que por entonces eran de ser ella algún medio para que no se perdiesen tantas almas

por falta de luz y conocimiento de la verdad; y de esto no podía dudar, que pues Dios respondiendo á su oración y deseos (que eran los que acabo de decir) le había dicho vería grandes cosas, y siendo su respuesta á propósito, no podía dejar de entender que había de ser ella la medianera de tan grandes cosas, y que por medio de la flaqueza de una mujer había el Señor de obrar nuevas maravillas para mejor mostrar su grandeza; pero el qué, el cómo, ni el cuándo, por entonces no se lo reveló el Señor, hasta que después ofreciéndose las ocasiones que adelante diremos, mediante una luz divina entendió más en particular las palabras que Dios le había dicho, y como era voluntad suya que fundase una nueva reformation con mucha perfección de vida, no sólo de mujeres, sino de hombres, y que la quería hacer madre de muchas gentes, dándola hijos é hijas que con la oración, ejemplos y doctrina ayudasen á las almas por todos los siglos que durase la Iglesia, cuya salud y remedio aquejaba tanto á la santa madre.

Juntamente entendió que estas obras para que Dios la tomaba por instrumento, no habían de ser como quiera grandes, sino en todo género grandísimas y aventajadísimas, y con notable exceso superiores á las ordinarias sobrenaturales que Dios obra por medio de sus siervos; porque si lo que es grande en la estimación y boca de un rey sobrepuja á las cosas mayores de sus vasallos, lo que fuere grande en el pensamiento generoso de Dios, y lo que él con su boca llama grande, ¿qué podrá ser sino una cosa extraordinaria y de no mediana grandeza? Y ciertamente las muestras que ha dado hasta aquí esta nueva reforma son admirables, y que al mundo ponen espanto, y cada día promete mayores crecimientos y fruto de la Iglesia, hasta que llegue á la grandeza que Dios reveló á la santa madre, y casi la misma revelación (como escribimos en el principio de este libro segundo) tuvo el santo padre fray Luís Beltrán, diciendo que dentro de cincuenta años sería esta nueva reformation una de las religiones más ilustres de la Iglesia de Dios: que como es un mismo espíritu el que habla y revela á los santos los escondidos secretos del pecho de Dios, necesariamente, aunque las personas y tiempos sean diferentes, la sustancia y verdad de lo que revela ha de ser la misma, que no puede ser Dios contrario á sí mismo; y así por esta revelación le dió Dios á entender que había de ser fun-

dadora y madre de esta nueva reformatión, y que esta nueva planta vendría á ser en la Iglesia un árbol crecidísimo, figurado en el de Daniel (Dan., IV), de cuyo fruto se sustentasen no sólo las aves del cielo, que son las almas que por medio de la contemplación vuelan á lo alto, sino también los animales terrestres y las bestias fieras, que denotan así los grandes pecadores que están dentro de la Iglesia, como los infieles que no han puesto sobre su cuello el yugo suave de la fe. ¡Oh poder del Altísimo! ¡Oh profunda sabiduría y piélago inmenso, donde pierden pie los mayores sabios y prudentes del suelo! ¿Quién dijera que estando el mundo en aquel tiempo lleno de tan grandes letrados, y de personas en todo género grandes, que había de buscar Dios para sus grandezas la pequeñez y flaqueza de una mujer, y dejándolos á todos ellos tomar á ella por medio para sus obras?

Pues como ya llegase el tiempo que Dios tenía determinado para dar principio á estas grandes cosas, y para descubrir este tesoro al mundo, y que aquella luz clarísima que estaba cubierta entre aquellas extremas paredes saliese en público, y se pusiese en el candelero donde alumbrase á su Iglesia, ordenó que el padre general de Nuestra Señora del Carmen (que entonces era fray Juan Bautista Rubeo de Ravena) viniese de Roma á España á visitar su orden (cosa que hasta allí jamás se había visto, ni se esperaba ver); llegó á Ávila, y su venida, que la santa madre temió que había de ser medio para deshacer lo hecho, ó á lo menos para hacerla nueva contradicción, lo fué para que Dios pusiese en ejecución sus trazas, y la santa sus deseos. Temió la madre que el general se había de enojar y sentir gravemente el haber renunciado su obediencia, y transferídosela al obispo, y el haber fundado el monasterio sin su licencia, y así estaba con grande recelo y miedo no la mandase volver á la Encarnación; pero como ella había en todo buscado la gloria de Dios, y aumento de su religión, y en nada había ido contra la obediencia, saneada su conciencia por todas partes, no sólo no se escondió de la presencia del general, sino con grande ánimo y valor procuró que viniese á su monasterio de san José donde ella estaba. Llegado el general la santa le dió larga cuenta, no sólo de la fundación, sino casi de toda su vida, con tanta llaneza y verdad como ella solía, y con la que la diera al mismo Señor,

cuyo lugar él tenía. Díjole como nuestro Señor la había revelado se serviría mucho de la renovación de esta religión, conforme á la regla primitiva, y otras cosas que habemos contado en el principio de este libro. Era el padre general hombre religiosísimo y amigo de toda virtud y santidad, y considerando la obra que estaba hecha, y los motivos que la santa madre había tenido mirando su santidad, y los frutos tan hermosos que daba ya la nueva planta, consolóla mucho, y la aseguró que no la sacaría de allí. Estaba admirado de la santidad de aquel monasterio, y parecíale hallaba en él un vivo retrato de los principios de su orden. Alababa entre si el ánimo y prudencia de la santa, y lo que más le espantaba era el pecho y ánimo que había tenido una mujer sola para tantos contrastes y adversidades; y no le ponían menos admiración aquellos grandes y encendidos deseos que en ella veía de llevar almas á Dios. Echó luego claramente de ver que era el espíritu de Dios el que regia y gobernaba aquella mujer, y que no era justo resistir á la ordenación divina; y así todo esto junto fué causa para que no solamente le diese mucho gusto lo hecho, sino para que animase á la santa madre para que pasase adelante. Y así le dió patentes muy favorables y cumplidas, para que pudiese hacer nuevos monasterios de monjas, con condición que los que se fundasen de ahí en adelante quedasen debajo de su obediencia, aunque el de Ávila, por estar ya hecho, permaneció por algún tiempo sujeto al obispo.

Trató también la santa madre con él le diese licencia para fundar monasterios de frailes descalzos, que así para lo uno como para lo otro era divinamente instigada é inducida por el espíritu y revelación de Dios. El general, pareciéndole que esta novedad causaría grande alteración en la orden, no la concedió por entonces licencia más que para monjas. Y para que mejor se vea la afición y estima que el general hizo de la santa madre Teresa (que todo era traza de Dios, en orden á los fines que vamos diciendo), pondremos aquí la primera patente que él le dió para que fundase, que es la que se sigue:

«Nos fray Juan Bautista Rubeo de Ravena, prior y maestro »general, y por gracia de Dios siervo de todos los frailes y »monjas de la orden de la gloriosísima siempre Virgen María »de Monte Carmelo, á la reverenda madre Teresa de Jesús,

»priora de las religiosas monjas del monasterio del glorioso
»san José de Ávila de la misma orden, profesas y ornada del
»sagrado velo en el monasterio nuestro de la Encarnación,
»limpieza de espíritu, y favores de caridad ardiente. No hay
»buen mercader, ni soldado, ni letrado, que no tenga cuidado
»y mire y use de toda solicitud, y tome grandes trabajos para
»ampliar su casa, su ropa, su honra y toda su hacienda: si
»ellos hacen esto, mejor se ha de procurar de los que sirven
»á Dios el alcanzar lugares, hacer iglesias y monasterios, y
»recaudar todo lo que se pueda para servicio de las almas, y
»gloria de la Divina Majestad. En esto teniendo continuo
»pensamiento la reverenda madre Teresa de Jesús, carmelita,
»hija y humilde súbdita nuestra, agora priora, con nuestra
»licencia, del reverendo monasterio del gloriosísimo patriarca
»san José; nos ha suplicado que para honra y grandeza de
»Dios nuestro Señor y su Santísima Madre, en provecho de
»las devotas almas, le demos facultad y poder para hacer mo-
»nasterios de monjas de la nuestra sagrada orden en cual-
»quier lugar del reino de Castilla, que vivan según la primera
»regla, con la forma de vestir, y otras maneras santas que tie-
»nen y guardan en San José, y las demás que fueren ordena-
»das; y todo debajo de la obediencia nuestra, y otros genera-
»les que sucedieren á nos. Este deseo pareciéndonos muy
»religioso y santo, no podemos rehusarlo, sino favorecerlo,
»abrazarlo y acrecentarlo. Por tanto, con autoridad de nuestro
»general oficio, concedemos y damos libre facultad á la reve-
»renda madre Teresa de Jesús, carmelitana, priora moderna
»en San José, y de nuestra obediencia, que pueda tomar y
»recibir casas, iglesias, sitios y lugares en cada parte de Cas-
»tilla, en nombre de nuestra orden para hacer monasterios de
»monjas carmelitas, debajo de nuestra inmediata obediencia,
»las cuales anden vestidas de paño de jerga pardo. La vida
»sea conforme en todo según la primera regla. Ningún pro-
»vincial, ni vicario ó prior de esta provincia, las pueda man-
»dar, mas sólo nos, y quien fuere señalado por nuestra comi-
»sión. El número de las monjas en cada monasterio puedan
»ser veinte y cinco, y no más. Mas antes que se tomen casas,
»y hagan monasterios, se procure de haber la bendición del
»ilustrísimo y reverendísimo ordinario, obispo ó arzobispo, ó
»sus tenientes, como manda el santo concilio. Y porque se

»haga con efecto, le concedemos que pueda tomar para cada
 »monasterio que se hiciere dos monjas de nuestro monasterio
 »de la Encarnación de Ávila, las que quisieren, y no otras, ni
 »las puedan impedir el provincial nuestro, ni la reverenda
 »priora que fuere, ni otra persona súbdita nuestra, so pena
 »de privación de sus oficios, y otras graves censuras; y los
 »monasterios estén debajo de nuestra obediencia, que de otra
 »manera no entendemos que esta nuestra concesión sea de
 »algún valor. Cuando no se pueda hallar jerga, se tome paño
 »grueso: y nos las daremos vicarios ó comisarios que las go-
 »biernen.»

Hecha en Ávila á 27 de Abril de 1567.

FR. JOANNES BAPTISTA RUBEUS,
generalis Carmelitarum.

Otra patente segunda dió el mismo general á 10 de mayo del mismo año, y otra le despachó de Roma en el año mil quinientos setenta y uno; y en ellas, y en cartas particulares que escribe á la madre, la encarga estas fundaciones, y anima con mucho espíritu á trabajar en ellas, y lo que más es, se lo manda con precepto de obediencia, no queriendo dejar en su elección lo que á él le parecía importaba tanto. Con estos favores, y patentes, vió la santa abierto el camino de sus deseos y comenzaba ya á ver las grandes cosas que en aquella visión el Señor le había revelado, porque ¿qué mayor cosa que tomar Dios una mujer flaca y pobre, sin arrimo ni ayuda temporal ninguna para una obra tan heroica y de tanta gloria, como era fundar una orden de tanto fruto y ejemplo en la Iglesia? Suele de ordinario la divina Majestad escoger para grandes cosas, medios de poca sustancia (al juicio de los hombres), todo con fin de que en los efectos se conozca ser las obras suyas tanto mayores cuanto de nada y por nada hechas. Por esto quiso su bondad y misericordia escoger una mujer pobrecita y humilde para remedio de muchas almas, y movió el corazón de su general para que públicamente aprobase lo hecho, y diese autoridad para hacer de nuevo otro monasterio.

Como la santa madre Teresa de Jesús vióse con patente para fundar nuevos monasterios, tan sin pretenderla, ni procu-

larla ella, luego se los representó nuestro Señor todos, como si ya los viera hechos. Y aunque veía por otra parte el mucho descanso y quietud que gozaba en el nuevo monasterio, lo mucho que era menester de dineros y favor para que una mujer no conocida, sin letras ni púlpito, fundase monasterios pobres, y se le ponía delante lo mucho que le había costado el de Ávila, representábasele que era negocio grande, los inconvenientes muchos, los juicios varios, viendo á una monja por los caminos y plazas, sus fuerzas pocas para contrastar tantas olas y dificultades que se le habían de ofrecer; pero como tenía tan grande ánimo para emprender cosas grandes y dificultosas, tanta fe, y tanta vida, tanto deseo de la gloria de Dios, y de la salud de las almas, en nada reparaba. Y no era mucho que la que tenía tales prendas de Dios, y había experimentado tales favores, le alcanzase parte de la fortaleza y grandeza de Dios; y así se determinó y resolvió, sin aguardar otro favor humano, á comenzar lo que ya entendía claramente era voluntad de Dios.

Estaba en este tiempo el monasterio del patriarca san José sujeto al ordinario, por breve particular de su Santidad (como ya hemos dicho), y también lo estaba la santa madre y otras dos monjas que habían salido con ella de la Encarnación, las cuales con particular breve (por convenir más esto para la nueva reformatión) renunciaron la obediencia de la orden, y se pasaron á la del obispo; pero todas tres con licencia del obispo volvieron á dar la obediencia al general en el año de mil quinientos sesenta y siete, á veintinueve de Abril, quedándose el monasterio, y todas las demás monjas que habían venido de nuevo á la religión, debajo de la jurisdicción del obispo, hasta que por revelación divina la santa madre Teresa de Jesús hizo se sujetasen á la orden como adelante diremos.



CAPÍTULO XIV

Donde se trata de los motivos que la santa madre Teresa de Jesús tuvo para fundar esta nueva reformatión de frailes y monjas

CON ninguna cosa se muestra mejor la grandeza de esta obra que Dios comenzaba á tramar por medio de la flaqueza de una mujer, que con descubrir los fines tan levantados que la santa madre tuvo en ésta empresa tan maravillosa; y aunque he tratado algo de esto en el principio de este libro, y en el capítulo pasado, pero hame parecido escribir esta materia más despacio, por ser gran gloria de Dios y de su santa que se entiendan los motivos tan divinos que tuvo en esta reformatión, porque no fué principalmente el provecho espiritual propio, ni (lo que parecía más común y general) la salvación de muchas almas, que encerradas en sus monasterios, como en otra arca de Noé, esperaba se habían de salvar, y servir á Dios con gran entereza y perfección de vida, ni menos limitó sus deseos á la conversión de los herejes de Francia y Alemania, sino que con un corazón y pecho apostólico ordenó esta nueva y santa reformatión á la salud de todo el mundo, y á la conversión de toda la infidelidad, como

se colige parte de lo que habemos dicho en el capítulo pasado, y parte de lo que ahora diremos.

El primer pensamiento con que Dios comenzó á alentar esta obra en el pecho de la santa madre Teresa (como arriba en el principio de este libro dijimos) fué una resolución firme de hacer grande penitencia de sus pecados, retirarse más del mundo, y encerrarse en un rincón, donde ella y sus compañeras no se ocupasen en otra cosa sino en oración y alabanzas divinas, y juntamente el reformar su orden, y hacer este servicio á la Virgen, de quien ella era tan devota.

Estos fueron sus primeros deseos de hacer el primer monasterio y no pasar entonces de esta raya sus pensamientos; mas como iba creciendo cada día más en el amor divino, crecía también en ella el amor del prójimo, y con él se dilataban sus deseos á mayores cosas. Y así estando con estos designios de darse á más penitencia y oración, y fundar aquel primer monasterio, y viniese á su noticia el daño y estrago grande que habían hecho las herejías en Francia y Alemania, y otras provincias, subió de punto el motivo que antes tenía; y enderezó todos sus intentos al remedio de aquellas almas, ordenando todas las oraciones y asperezas de la nueva planta que había de hacer para aplacar á Dios en tan graves castigos, y rogar por la conversión de aquellos desdichados, que tan ciegos y obstinados los tenía la herejía, como ella escribe en su libro del Camino de perfección, de estas palabras que declaran bien el celo de la honra de Dios, y del bien de las almas, que le comía las entrañas.

«Al principio que se comenzó este monasterio á fundar, por
»las causas que están dichas en el libro que digo tengo escrito
»(Camino de perfección, cap. I,) con algunas grandezas del
»Señor, en que dió á entender se había mucho de servir en
»esta casa, no fué mi intención hubiese tanta aspereza en lo
»exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posi-
»bilidad para que no faltara nada, en fin como flaca y ruin,
»aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo.
»En este tiempo vinieron á mi noticia los muchos y grandes
»daños de Francia y Alemania y el estrago que habían hecho
»estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventu-
»rada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo, ó
»fuera algo, lloraba al Señor, y le suplicaba remediase tanto

»mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían.

»Como me ví mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné hacer eso poquito que era en mí, que era seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios Nuestro Señor, que nunca falta de ayudar á quien por él se determina á dejarlo todo; y que siendo tales, cuales yo pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tenían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen, á quien él ha hecho tanto bien, que parece que le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese adonde reclinar la cabeza.

»¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? Siempre han de ser los que más os deben los que os fatigan? ¿Á los que mejores obras hacéis? ¿Á los que escogéis para vuestros amigos? ¿Entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado? Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues á vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos las tengan? ¿Por ventura hemosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto que esperamos ya los que por la bondad del Señor no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquellos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han engrandeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas cómo se pierden; mas del mal no tanto, quería no ver perder más cada día. ¡Oh hermanas mías en Cristo! ayudadme á suplicar esto al Señor, que para esto os juntó aquí: este es vuestro llamamiento, estos han ser vuestros deseos aquí, vuestras lágrimas, estas vuestras peticiones. No, hermanas

»mías, por negocios acá del mundo.» Y más adelante añade: «Estase ardiendo el mundo: quieren tornar á sentenciar á »Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: quie- »ren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo »en cosas que por ventura si Dios se las diese terníamos una »alma menos en el cielo. No, hermanas mías, no es tiempo de »tratar con Dios negocios de poca importancia.»

No pensaba la santa madre Teresa de Jesus hacer más que ese monasterio, mas como el Señor la tenía escogida para cosas más universales de su Iglesia, infundió en su alma un celo conforme á su elección, con el cual su alma se abrasaba en unos vivos deseos de la conversión de todo el mundo; para esto dieron ocasión las nuevas que aquel padre religioso de la orden del glorioso padre san Francisco le refirió de las muchas almas que se perdían de la infidelidad, con las cuales (como escribimos en el capítulo pasado) estimulada hizo oración al Señor con tanta eficacia que alcanzó el ser ella medio para tan altos fines, proveyendo Dios que lo fuese para levantar esta nueva reformation. Pondré aquí las mismas palabras que la santa madre Teresa de Jesús escribe en el libro de sus fundaciones (cap. I), hablando á este propósito, de las cuales juntamente podrá cualquiera ver la encendida caridad y celo de almas que ardían en este serafín; dice pues: «Consideran- »do yo el gran valor de estas almas (va hablando de las com- »pañeras que Dios le había dado en aquellos principios), y el »ánimo que Dios les daba para padecer y servirle (no cierto »de mujeres) muchas veces me parecía que era para algún »gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas; no porque »me pasase por el pensamiento lo que después ha sido, por- »que entonces parecía cosa imposible, por no haber principio »para poderse imaginar, puesto que mis deseos mientras más »tiempo iban adelante eran muy crecidos de ser alguna parte »para bien de alguna alma; y muchas veces me parecía como »quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos go- »cen de él, y le atan las manos para distribuirle; así me pare- »cía estaba atada mi alma, porque las grandes mercedes que »el Señor aquellos años la hacía, eran muy grandes, y todo »me parecía mal empleado en mí. Á los cuatro años me pare- »ce eran algo más: acertó á venirme á ver un fraile francisco »llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con

»los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos
»poner por obra, que le tuve yo harta envidia; éste había ve-
»nido de las Indias había muy poco. Comenzóme á contar de
»los muchos millones de almas que allí se perdían por falta
»de doctrina, é hízonos un sermón y plática, animándonos á
»la penitencia, y fuése. Yo quedé tan lastimada de la perdi-
»ción de tantas almas, que no cabía en mí; fuíme á una er-
»mita con hartas lágrimas, y clamaba á nuestro Señor supli-
»cándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algu-
»nas almas para su servicio, pues tantas se llevaba el demonio
»y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más.
»Había grande envidia á los que podían por amor de Dios
»emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes, y ansí me
»acaee que cuando en las vidas de los santos leemos que
»convirtieron almas, mucha más devoción me hacen, y más
»ternura, y más envidia que de todos los martirios que pade-
»cen, por ser esta la inclinación que nuestro Señor me ha
»dado, pareciéndome que precia más un alma que por nues-
»tra industria y oración le ganásemos, mediante su misericor-
»dia, que todos los servicios que le podemos hacer; pues an-
»dando yo con esta pena tan grande, una noche estando en
»oración, representóseme nuestro Señor, de la manera que
»suele, mostrándome mucho amor, á manera de querer con-
»solarme, y me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes*
»*cosas*. Quedaron tan fijadas en mi corazón estas palabras,
»que no las podía quitar de mí; y aunque no podía atinar, por
»mucho que pensaba en ello, qué podría ser, ni veía camino
»para poderlo imaginar, quedé muy consolada, y con gran
»certidumbre, que serían verdaderas estas palabras, mas el
»medio como nunca vino á mi imaginación.» Hasta aquí son
palabras de la santa madre Teresa de Jesús.

De estos altos y celosos pensamientos de la gloria de Dios nuestro Señor y remedio de tantas almas, nació esta divina y nueva planta de la Iglesia, que no se puede negar sino que estos deseos fueron su semilla y su origen, porque mediante ellos se concibió, formó y salió á luz este nuevo parto, como adelante veremos.

Y aunque es verdad que la regla primitiva que la santa profesaba no trata de celo de almas como la que era de puros ermitaños, pero sin torcerla en nada, ni sacarla de su paso,

la enderezó toda la santa madre á este fin, engiriendo en ella esta púa del celo de almas con que ella tenía tan traspasadas sus entrañas, así como hizo santo Domingo á la regla de san Agustín. Y no hay duda sino que mientras la regla derechamente no cierra la puerta á este celo, que la deja abierta para ejercicio tan alto, tan divino, y tan encargado por Cristo Señor nuestro; y con esto vino á juntar en uno los ejercicios de Marta y María, que son de acción y contemplación, en el más perfecto grado que pudo, y así lo guardó y ejecutó la santa por todo el espacio de su vida.

Pero lo que no es digno de menos admiración, y lo que es una como prueba evidente de haber sido divinos los pensamientos y motivos de esta santa virgen, es ver hoy en su religión cumplidos y puestos en ejecución estos tres fines que Dios la movió, porque el primero, que fué profesar vida penitente y áspera, y retirarse á la quietud de la soledad y silencio, le vemos en toda esta nueva reformatión, la cual tiene por principal parte de su instituto, penitencia, recogimiento y oración; pero más singularmente en las casas del desierto, de las cuales hay una en cada provincia, y en todas ellas se profesa la vida solitaria y eremítica, no con menos rigor y perfección de vida que en tiempo de aquellos grandes padres Antonio, Macario y Hilarión, y de otros santos monjes antiguos de Egipto y Palestina; y vemos en nuestros tiempos restituida á sus primeros principios la disciplina eremítica, que había más de mil años que con las crueldades de Omar y de otros tiranos se había extinguido en el Oriente, y ahora por medio de esta santa Virgen recobra esta religión esta antigua herencia y mayorazgo de sus mayores.

De la perfección, así en la oración, como en la aspereza de vida de estas casas, pudiera hacer un largo tratado, si el tiempo me diera lugar; sólo diré las principales constituciones de esta profesión, por las cuales se verán cumplidas las grandes cosas que Dios nuestro Señor prometió á la santa madre. La primera es continua oración de día y de noche, sin interrupción alguna, cuanto á la fragilidad humana se permite, porque allí no hay otros negocios ni ocupaciones sino vacar continuamente á la contemplación ó lección como medio para ella; y porque el silencio es fiel compañero de la oración (y así les obliga en todo tiempo y lugar sin excepción ninguna) es tanto

el que se guarda, que habiendo necesidad de pedir alguna cosa, se hace, ó por señas, ó por escrito, de suerte que el hablar sola una palabra es en aquel santuario tan grave culpa como lo pudieran ser en otras partes cosas de mucha consideración. Sólo se hablan los días que tienen deputados para colaciones espirituales, que son de quince á quince días, y algunos otros extraordinarios de pascuas y solemnidades de primera clase, y entonces sus pláticas son todas de Dios y ordenadas á su aprovechamiento, porque propone el prelado un punto de oración, de ejercicio de virtudes, del modo de mortificar las pasiones, ó resistir tentaciones, ú otra cosa semejante, y cada uno va diciendo por su orden lo que siente acerca de lo que está propuesto, y el prelado concluye la colación, sacando doctrina y enseñanza común para todos.

A la oración y silencio acompaña la soledad y recogimiento de aquel lugar, porque el ocio de la contemplación no se puede alcanzar de ordinario, si no es con el apartamiento y abstracción de las criaturas; y así tienen constitución que los que allí fueren, por el tiempo que están en el yermo, no puedan salir fuera de él á cosa alguna; y esta misma regla comprende al prior. No puede entrar allá seglar alguno (y lo mismo es de los religiosos de la misma orden) sin licencia del padre general, y cuando entra algún seglar con ella no puede hacer noche, porque no ocupe ni embarace al prior ni ermitaños. Para las mujeres hay descomunión si entraren en todo el término del yermo, y para el prelado, y para otro cualquier religioso que lo consintiere. Aquí no se escriben ni reciben cartas; sólo esto es permitido al prelado; y lo más digno de alabarse, que está prohibido á los religiosos que van de los demás conventos, llevar nueva alguna de las cosas que pasan fuera de él: de suerte que ni aun de palabra entra allá cosa del siglo ni extraña de aquel lugar; y todo esto está ordenado con acuerdo del cielo, porque almas tan puras no sean impedidas con las especies é imágenes de las cosas criadas, y para que donde no hay afición de cosa de tierra tampoco haya memoria de ella.

La penitencia y aspereza de vida que en estos yermos se profesa, es al parecer sobre las fuerzas humanas, y si no fuese con particular ayuda de la misericordia divina (que acude con mayor gracia á donde es mayor la obligación y perfección

del estado), no parece era posible llevarse. La comida, la cama, las demás alhajas que sirven á la vida humana, están reducidas al extremo de necesidad que la naturaleza pide. La pobreza es estrechísima; comen de lo que les envían de limosna, y no sale nadie á pedirla, porque es así constitución del yermo. De suerte que estas cuatro cosas que he dicho (conviene á saber continua oración, perpetuo silencio, continuo recogimiento, y tanta penitencia como acabo de decir, son las columnas de este edificio, y las principales y fundamentales constituciones de la vida eremítica.

Están los religiosos repartidos; unos viven en comunidad, y dicen el oficio divino en la iglesia, y comen en un refectorio común; otros viven de día y de noche en ermitas apartadas; y cuando tañen en el convento á las horas y oración, así de día como de noche, hacen ellos lo mismo, y todos á un tiempo, aunque apartados, rezan el oficio divino, y acuden á otros muchos actos comunes, y así los unos como los otros tienen y guardan con gran rigor las constituciones que he dicho. Todos viven y se gobiernan por un prelado, y miden todas sus acciones con la vara de la obediencia. Los de las ermitas acuden todos los domingos á capítulo, y cuando al prelado le parece, los trae al convento, y envía otros en su lugar, para que con esta variedad se lleve con más suavidad esta vida, y crezca también su aprovechamiento; pero así los unos como los otros dan cada mes cuenta al prelado de su espíritu y oración y aprovechamiento, los cuales con grandísima fidelidad, verdad y fe, con la obediencia descubren los senos de su alma al que está en lugar de Cristo, librando en este medio la principal parte de su aprovechamiento.

Si hubiera de escribir más en particular las instituciones del cielo que hay en estos desiertos, la perfección y santidad de vida que en ellos florece, tenía necesidad de hacer un libro; bastará esta que he dicho para que se entienda cuanta ha sido la santidad de la bienaventurada madre, que fué la autora de donde manó este instituto tan alto, y la que siempre conservó este espíritu de ermitaña; y los primeros motivos que tuvo de hacer el primer monasterio fueron entregarse ella y todas sus compañeras á velas tendidas á la oración, silencio, soledad, recogimiento, pobreza, penitencia y aspereza de vida, y así gozó de todo esto el tiempo que estuvo en

el monasterio del bienaventurado San José, que fueron casi cinco años. Estos fueron los primeros designios que la santa madre tuvo, como ya habemos escrito, y ordenó el Señor para honrar más á su sierva, y satisfacer á sus santos intentos, que hubiese en su religión esta profesión tan alta, y tan correspondiente á sus primeros deseos, y motivos de dar principios á esta nueva reformatión.

Pero antes que pusiese en ejecución estos divinos pensamientos, los perficionó el Altísimo, haciéndolos más universales, y acompañándolos con el celo ardiente de la caridad con aquellas almas que la herejía tenía emponzoñadas en Francia y otras partes. Aquí enderezó toda aquella fábrica espiritual y divina de su monasterio primero; este fué entonces el blanco de sus deseos, y de la oración y penitencia suya, y de sus compañeras, porque sólo considerar las almas que en Francia se perdían, las iglesias que se derribaban y profanaban, era para ella más que la misma muerte, y diera mil vidas por el remedio de estas almas; pero el Señor, que ponía en su sierva este celo y deseo ardiente, puso también gran parte del remedio; y quiso que la santa allá desde el cielo vea el fruto de sus oraciones en Francia, donde en breve tiempo se han hecho ya cuatro monasterios de monjas de su orden, y según me certífican, cuando esto se está imprimiendo, se han hecho otros dos de nuevo, las cuales con ser mujeres es cosa digna de admiración el fruto que hacen en aquellas almas, y las grandes mudanzas que cada día se ven, mediante su ejemplo y oración; pero lo que más admira y acredita las oraciones é intentos de esta bienaventurada virgen, es que en Francia algunas personas muy graves y principales han hecho averiguación con mucha curiosidad, y hallan que desde el día del bienaventurado San Bartolomé, en el cual fundó la santa el primer monasterio de San José, que fué año de mil quinientos sesenta y dos, no se ha derribado iglesia alguna en la Francia, y que este mismo día de San Bartolomé han tenido los católicos señaladas victorias contra los herejes, y todo ello lo atribuyen á la oración é intercesión de la santa madre.

No menos ha visto la santa desde el cielo cumplidos sus deseos de ser medio para ayudar á la conversión de las almas de toda la infidelidad (que fueron los fines que Dios tuvo para sacarla de los rincones y encerramiento del monasterio de

San José de Ávila), pues hoy se ve este celo de la madre estampado en los corazones de sus hijos, particularmente en los padres carmelitas descalzos de la congregación de Italia, los cuales con gran celo y espíritu siguiendo estos santísimos intentos de su fundadora, y por mejor decir las pisadas de los apóstoles, se han dedicado ellos y toda aquella santa familia á la conversión del mundo; con este fervor y deseos semejantes á los de su madre, nacen, y se crían en esta congregación todos los hijos de ella, y con las obras muestran bien los deseos de la salud de las almas, pues con ser pocos en número han enviado religiosos á la Persia con breves muy favorables de nuestro santísimo padre Clemente VIII, y tienen ya un convento en la ciudad de Cracovia, en el reino de Polonia, y agora van á fundar en Francia, todo enderezado á sacar almas de la ceguedad y errores de la infidelidad y herejía. Dispónense para esto en Italia los que han de ir en seminarios, donde su principal profesión es oración y letras, que son las principales armas para esta conquista. Estudian con curiosidad las lenguas, y por mil caminos procuran hacerse instrumentos proporcionados para ayudar á su Iglesia y salud de las almas.



CAPÍTULO XV

Sale la santa madre á fundar otro monasterio de monjas en Medina del Campo, y alcanza también licencia del general de la orden para fundar monasterio de frailes descalzos carmelitas.

HECHA la fundación del monasterio de Ávila, y habiendo dado principio á obra tan gloriosa, contenta con la patente que el general le había dado, mucho más con las ocasiones que esperaba de trabajos (que eran las ferias donde la santa enriquecía su alma) con un ardiente celo de la salud de las almas, llena de esperanzas del cielo, y fiada de los acostumbrados favores de su Esposo, se determinó, no sólo á proseguir las fundaciones de monasterios de monjas, sino también á emprender (sobre lo que su sexo y condición pedía) fundación también de frailes que guardasen la misma regla y rigor que ella, y siguiesen el instituto antiguo de los ermitaños del Monte Carmelo.

Pensamiento fué éste que Dios le puso en el alma, y expresa voluntad y revelación suya, como ya habemos dicho; y aunque á la santa (mirando su poquedad y flaqueza, y mucho más la desemejanza de su condición) le parecía disparate y locura, pero cuando consideraba que ya Dios la había elegido para grandes cosas, poniendo los ojos en sí como en instru-

mento de Dios, mirándose por esta parte para cosa ninguna, por grande y levantada que fuese, se hallaba menor ni desigual; por una parte parecía cosa nueva que una mujer flaca (cual ella se imaginaba) hubiese de dar principio á una nueva reformati6n de hombres (cosa rara y casi nunca vista en la Iglesia), por otra parte esa misma flaqueza la animaba y despertaba á esperar que Dios para mostrar su grandeza haría esta obra. Veía que era necesario que hubiese frailes que enseñasen, confesasen y gobernasen sus monjas, y que como gente ejercitada en la observancia de la regla, en la oraci6n y penitencia, ayudasen también á sus monasterios, para que no se cayesen; pero cuando miraba el cómo, y los medios por donde se había de hacer esto, hallaba todos los caminos cerrados; pensarlo le parecía soberbia, el decirlo era para ella confusi6n, y para otros había de ser risa y locura, y para ejecutarlo no veía por entonces camino, ni se abría puerta ninguna.

Pero como entendía que era voluntad de Dios, no podía desistir de sus intentos, aunque (como en el capítulo pasado dijimos) el general habiéndole pedido la santa licencia para fundar algunos monasterios de religiosos, y habiéndole representado era voluntad divina, y revelaci6n de Dios, se hiciese esta nueva renovaci6n de la regla primera, así en monjas como en frailes, no había querido ó no se había atrevido á conceder esta licencia, porque aunque él lo quisiera hacer, halló mucha contradicci6n en su orden, y así le pareció no convenía por entonces; y aunque el obispo de Ávila, y otras personas graves, á instancia de la santa madre, se lo suplicaron, no pudieron sacar de él esta facultad y beneplácito; pero la santa madre, á quien jamás las dificultades ni trabajos espantaban, ni cansaban las contradicciones, como ya tenía entendido era esto mayor gloria de Dios, y voluntad suya, no aflojaba ni descansaba un punto, así en hacer oraci6n pidiéndolo al Señor, como en añadir diligencias, suplicándose al general. Al fin pudo tanto su perseverancia, que estando el padre general en Valencia de vuelta para Roma, le volvió la santa á importunar con cartas, y á ponerle delante la gloria de Dios, el bien universal de la Iglesia, el aumento de la religi6n, y la importancia que era para estos nuevos monasterios de monjas, que hubiese algunos frailes de la misma profesi6n

y espíritu, y que los inconvenientes que en esto se ofrecían no debían bastar para impedir tan gran bien. Fuerón de tanta eficacia estas y otras razones que la santa madre le dijo, que lo que antes no se había alcanzado con favores humanos, quiso Dios se negociase con sola una carta suya.

Al fin el general envió licencia para que se hiciesen dos monasterios de religiosos, pero remitida al provincial que entonces era y al pasado, para que precediendo el examen y consentimiento de ambos se pudiese fundar. Esta limitación y dependencia de los provinciales que traía la patente, ponía harta dificultad en el negocio; pero como la santa vió lo principal, le pareció luego que todo lo estaba, y así fué como ella lo imaginó, porque aunque costó mucha dificultad (como adelante diremos) quiso el Señor se negociase, parte por intercepción del obispo, y parte por la buena industria y trabajo de la santa madre.

Creció con esto el contento de la santa, y juntamente crecía el cuidado, porque ni ella en los frailes que conocía en su orden hallaba quien le pareciese gustaria de tanto rigor y penitencia, ni tampoco veía seglar que se atreviese á dar principio á tan grande obra. Tampoco tenía casa, ni cómo la tener, ni se hallaba con arrimo, aparejo ni comodidad alguna para fundación. Solamente tenía patentes y buenos deseos, y con ellos grande ánimo y esperanza que pues el Señor había dado lo uno daría lo otro. Fuése á la oración (que era el común refugio de sus trabajos y cuidados, y el medio para alcanzar de Dios todo lo que pedía), y allí suplicó al Señor fuese servido de depararle una persona para comenzar una obra de tanta gloria suya. Maravillosa cosa fuera ver un patriarca de una religión, como un san Benito, un san Francisco, ó santo Domingo ocupado en tan altos pensamientos como era dar principio á una nueva congregación y familia; y para serlo estos santos hubieron bien menester las fuerzas y espíritu más que humano que Dios les dió; pero mucho mayor maravilla sería ver en este tiempo una mujercita sola, pobre, desnuda, sin fuerzas ni favor del mundo, con ánimo y pecho para negocio tan arduo y dificultoso, y no sólo con espíritu de fundar monasterios de mujeres, sino también de hombres, sujetándolos á regla y leyes de tanta estrechura y perfección, y tratando de reformar y levantar una orden caída, que es mucho

más dificultoso que el hacerla de nuevo, y empresa en que suelen gastar muchos pontífices y otros perlados santos muchos ratos de oración y de sueño, y muchos años de trabajo y cuidado, y al cabo no sacan más que el haber mostrado su buen celo y deseo, porque es de tal condición la anchura y remisión que donde pone una vez el pie raras veces lo vuelve atrás, pocas veces pierde la tierra que una vez ha ganado, y en abriendo portillo, y en rompiendo por alguna parte de la regla y observancias, siempre se va por allí, como el río por su madre. Sin duda quien considerara entonces los pensamientos é intentos de la santa madre, mirándolos con ojos humanos, los tuviera por cosa de risa y donaire; pero ella que penetraba con ojos de lince las trazas y consejos divinos, no sólo los tenía por acertados, pero los miraba ya como presentes, y puestos en ejecución.

Andando con estos cuidados, dábale priesa nuestro Señor para que prosiguiese su obra de fundar monasterios de monjas, y que comenzase por Medina del Campo, que por ser lugar acomodado y rico era á propósito para este intento, pero el que Dios tenía no era sólo éste, sino el ofrecerle allí lo que ella tanto deseaba; conviene á saber, quien diese principio á los monasterios de Religiosos descalzos, como adelante diremos.

Resuelta la santa madre de ir á Medina del Campo á fundar, procuró antes de ir allá enviar al padre Julián de Ávila (que era un sacerdote de gran santidad y virtud) que desde los principios ayudó á la santa y á sus religiosas, al cual amaba mucho, y se confesaba muy de ordinario con él, por ser perpetuo compañero suyo, así en la ciudad como en los caminos y trabajos de sus fundaciones, el cual después de la muerte de la santa madre quedó tan aprovechado de su trato, con tanta experiencia para regir y gobernar almas (particularmente religiosas) que el arzobispo de Toledo García de Loaisa, teniendo noticia de su talento y buenas partes, le envió á rogar le ayudase á reformar y visitar algunos monasterios de monjas de su arzobispado. Hízole tanta instancia que le sacó de su paso y de su condición. Comenzó á hacer el oficio en que le había puesto el arzobispo, con grande aprobación y fruto; pero como él estaba tan violentado, por ser de su natural recogido, no bastaron los ruegos ni favores que

el arzobispado le hacía para que no se volviese á la soledad y retiramiento de su rincón, donde estuvo hasta que nuestro Señor fué servido de llevarle para sí, sirviendo de confesor á las religiosas de San José de Ávila, con más gusto y consuelo que el que tenía en ser visitador de las del arzobispado de Toledo. He dicho esto para que se entienda qué personas eran las que acompañaban á la santa madre, y de las que se ayudaba en sus negocios y fundaciones.

Fué pues el padre Julián de Ávila á Medina, y llevó cartas de la santa madre para el padre Baltasar Álvarez, rector que entonces era de la compañía de Jesús, y antes en Ávila confesor muy ordinario de la santa; y otras para el padre nuestro fray Antonio de Heredia, prior que era del convento de Santa Ana de carmelitas descalzos. Á su confesor pedía en su carta que la negociase la licencia del abad de Medina (que entonces no había obispo, y era el superior de aquella villa y iglesia), y al prior que le buscase y comprase una casa para su fundación, tan cierta de la paga como si tuviera los dineros en un banco de la misma villa; y sin duda era con mucha más certidumbre, porque estos bancos muchas veces quiebran y faltan; pero donde ella tenía librada su esperanza, y la paga era la palabra divina, que primero faltará el cielo y la tierra que ella se deje de cumplir. El padre rector de la compañía, como sabía bien quién era la santa madre, y el gran bien y tesoro que Dios enviaba á aquella villa, entendió ser negocio de gran gloria y servicio suyo; y como muy celoso de su honra, que era muy santo y espiritual, informó luego al abad, y aunque halló gran dificultad, en fin con sus buenas y santas razones alcanzó la licencia. No la quiso dar el abad hasta que precediese una información jurídica, la cual hizo el padre Julián de Ávila, y en ella juró el mismo padre rector, y la mayor parte de su colegio, y algunas otras personas graves de Medina, en confirmación del provecho que á aquella villa se le seguía de esta dichosa y nueva fundación.

El padre Prior del Carmen compró una casa, ó (por mejor decir) un solar, pues apenas tenía más que un portal y unos paredones medio caídos en la calle de Santiago, que es adonde agora está el monasterio; y Julián de Ávila, viendo que la casa que estaba comprada no era suficiente, alquiló otra junto al monasterio de San Agustín, para que en esta se aco-

modasen de presente, y con esto y con la licencia del abad se partió á Ávila con mucho contento. Luego que la madre lo supo se determinó de venir á su fundación. Tomó dos compañeras de San José, que eran la madre María Bautista, sobrina suya, y Ana de los Ángeles. Viendo las monjas de aquel monasterio los prodigios y maravillas que el Señor obraba por la santa, comenzaban ya á creer que no eran sueños ni ilusiones, ni menos hipocresías (como ellas antes imaginaban), sino el brazo poderoso de Dios, que tomaba en la mano la flaqueza de una mujer para hacer obras tan grandes y maravillosas, y así la siguieron cuatro de ellas, que fueron doña Inés de Tapia, que después se llamó de Jesús, y su hermana doña Ana de Tapia, que se llamó Ana de la Encarnación: ambas eran primas hermanas de la santa madre, y muy parecidas á su espíritu, las cuales gobernaron después, y fueron prioras muchos años en los conventos que la santa madre fundó, y doña Isabel Arias, por otro nombre Isabel de la Cruz, á quien después hizo priora de Valladolid, y otra llamada doña Teresa de Quesada.

Con esta compañía, y con la demás gente que era necesaria para caminar con la decencia que se requería, salió la santa madre de su monasterio de Ávila, cinco años después de su fundación, á trece de agosto de mil quinientos sesenta y siete años. Las que quedaban sintieron mucho su partida, y no hubiera ninguna que no la acompañara de buena gana. Antes que saliese de su monasterio se fué á una ermita que había en la huerta, donde estaba un Cristo muy devoto á la columna, pintado con el mismo semblante y figura que la santa lo había visto, como arriba habemos contado. Suplicóle con gran devoción y ternura de lágrimas (como ella lo solía hacer) que cuando ella volviese hallase su monasterio en el punto y perfección que lo dejaba: el Señor la habló, y la concedió como ella lo pedía, que no fué pequeño consuelo y merced para la santa.

Comenzó á proseguir su camino con mucha priesa, porque deseaba mucho que el nuevo monasterio se fundase día de la gloriosa Asunción de nuestra Señora la Virgen María, y no había sino dos días de plazo; pero era tanta su confianza que se había de hacer aquel día, como si le faltaran dos años para hacer las diligencias que quedaban, ó por mejor decir como

si ya lo viera hecho; porque aunque la madre no siempre lo decía, pero es cierto que estas cosas y otras semejantes las veía la santa como en un espejo, no en el mismo Dios, pero en algunas representaciones y especies como en esta vida se permite, porque el aseverar tanto las cosas por venir, el poner diligencias en cosas inciertas, asegurándolas para plazos señalados, el salir todas las cosas tan cordatas á la medida de lo que deseaba, y tan ciertas conforme á lo que decía, es evidente y clara señal de lo que vamos diciendo, y así lo experimenté yo muchas veces, aunque la santa por su mucha humildad en lo exterior trataba estas cosas por el camino y términos ordinarios, como si no tuviera revelación.

No fué su salida tan secreta que no se supiese luego en Avila, y fué ocasión para que se levantase de nuevo una grande y general murmuración en toda la ciudad. Unos decían de la santa que era loca; otros, que estaban esperando en qué había de parar este desatino; otros, que era ganas de andar y de pasearse; y los que más bien la querían no les parecía bien esta jornada. Y así procuraron para estorbársela ponerla delante grandes dificultades, pero á la santa con las prendas que tenía de Dios, ninguna cosa la espantaba, y así hacía poco caso de esto. El obispo era el que más lo sentía, lo uno, por carecer de su presencia, con la cual, demás del gran consuelo que tenía, era mucho el provecho de su alma: lo otro, porque le parecía no llevaba esto camino; pero no se atrevió á impedir esta jornada, porque como amaba tanto á la santa, no la quería dar pena, y así calló y consintió muy contra su gusto y parecer, y la madre salió de Ávila con todas sus compañeras á trece de Agosto.

Á la primera jornada antes de llegar á Arévalo recibió la santa Madre una carta del dueño de la casa que estaba alquilada en Medina para fundar el monasterio, en que avisaba que no saliesen de Ávila hasta que los padres de San Agustín, que eran los vecinos de la casa, diesen su consentimiento para que en ella se hiciese el monasterio, porque sin gusto suyo, por ser su devoto y amigo, no había de dar su casa. Esta nueva, que bastaba para dar notable pena y desmayar á otro, la dió á la santa mayor ánimo, pareciéndola que pues ya el demonio se empezaba á alborotar, que era cierta señal de que Dios le había de servir mucho. Encargó á quien traía

la carta el secreto por no dar pena ni turbación á sus compañeras y á los demás que con ella venían. Estaba en Arévalo el padre fray Domingo Bañes, confesor y amigo grande de la santa, el cual sabiendo el negocio se ofreció á alcanzar el consentimiento y beneplácito de los padres de san Agustín, pero con más espacio de lo que la santa madre tenía deseo y necesidad: porque como estaba puesta en que la fundación había de ser el día siguiente de nuestra Señora, cualquiera tardanza le era enojosa y molesta. Por otra parte se veía sin casa donde poder fundar, y cargada de monjas y de pobreza. Proveyó el Señor que llegase allí el padre fray Antonio de Heredia, prior del Carmen, que venía á recibirla y acompañarla á la fundación, harto ignorante entonces del bien que por la santa madre y por medio suyo le tenía Dios guardado. Y sabiendo la dificultad y trabajo en que estaba, aconsejó á la madre fuese á fundar á la casa que él tenía concertada, en la cual por lo menos había un portal, donde poniendo algunos tapices se podía hacer iglesia, y poner el Santísimo Sacramento.

Pareció bien á la madre este acuerdo por ser cosa más breve, y así se partió luego para Medina, donde llegó la víspera de nuestra Señora á la media noche. Apeáronse en la portería del monasterio de Santa Ana, de los padres carmelitas, los cuales estaban ya prevenidos de tan buena venida, y de los ornamentos para decir misa, y aderezo para el altar. Luego sin dilación ninguna se cargaron todos, así el prior como los frales, los clérigos y las monjas que iban con la santa madre, así de los ornamentos y tapices como de todo lo demás que era necesario para componer la Iglesia. Iba la santa madre en medio de aquellos dándoles prisa con la determinación y ánimo que suele ir un valeroso capitán con su gente á alguna empresa de grande importancia, en la cual para no perderse procura sea antes acabada que ellos sentidos. Por más secreto iba la madre con su compañía por fuera de la villa, en la cual, como hubiese fiesta y toros al día siguiente, andaba toda la gente alborotada, y mucha parte fuera de ella, los cuales como encontraban aquella procesión tan secreta de frailes, clérigos y monjas, y á aquella hora, cada uno decía y glosaba como se le antojaba.

Llegaron á la casa donde se había de hacer el monasterio,

y cuando la madre vió aquellas paredes caídas, aunque no tanto como ellas lo estaban, por ser de noche, y el portal donde se había de poner el Santísimo Sacramento todo lleno de tierra, y á teja vana, las paredes sin enlucir, los techos cubiertos de polvo y de telarañas, casi no faltó nada para dejar de hacer la fundación aquella noche, porque juzgaba no había la decencia que era necesaria para poner el Santísimo Sacramento. Pero animáronse luego todos á componerlo: unos colgaban, otros componían el altar, otros sacaban tierra, y la santa madre en el entretanto no estaba ociosa, antes era la primera en sacar tierra, y en hacer lo que los demás. Diéronse tan buena prisa que al amanecer estaba ya todo compuesto; entapizado y ordenado muy convenientemente. Tocaron luego su campanilla á la primera misa, la cual puso grande admiración y espanto á la vecindad, porque no sabían qué podía ser esta novedad. Vino tanta gente, que no cabía en el portal, y viendo un monasterio hecho de la noche á la mañana, mirábanse unos á otros, y con grande admiración y espanto no sabían qué decir. Púsose luego el Santísimo Sacramento, y así quedó fundado el monasterio del glorioso san José de Medina (que así quiso la madre que se llamase), día de la sagrada Asunción de nuestra Señora, á quince de Agosto de mil quinientos sesenta y siete años.

Fué esta fundación milagrosa, que así se lo dijo nuestro Señor á la santa en el monasterio de Malagón (como adelante veremos): y verdaderamente fué así, porque milagrosa fué y grande la prudencia que la santa tuvo para acabar en un día lo que grandes hombres no acabaran en muchos. Milagrosa fué la firmeza de su fe, á la cual no entibiaron los dichos de sus amigos, ni las malas nuevas del camino, ni las dificultades y trabajos de la fundación. Milagrosa fué la grandeza de su ánimo, que tan gran cosa emprendió, y la llevó tan adelante, teniéndola acabada cuanto no hubiera comenzado á pensar cómo se había de hacer. Milagrosa cosa es, en tres horas ó menos, de una casa caída hacer un monasterio en una villa tan grande y de tanta gente, sin saberlo la misma villa hasta verlo hecho. Dejó el trabajo del camino, sin tomar reposo, ayunando y comiendo mal, y llegando á media noche, y cuando había de descansar algún tanto del camino, cargarse de ropa una mujer enferma, de cincuenta y tres años, no acordándose

de comer y dormir, sino embebida toda en buscar la gloria de Dios, y en acabar lo que había comenzado, no se embarazando con tantas cosas que había que hacer. No sé yo qué cosa de mayor maravilla, ni más digna de eterna gloria y excelencia que este hecho de la santa.

Hecha la fundación, cuando la madre había de estar más contenta y sabrosa del buen suceso, le sobrevino una grave y terrible tribulación (que este es el premio que Dios tiene para sus mayores amigos, cuyos servicios cuanto son mayores, y á él más agradables, en esta vida les paga con nuevos trabajos, que para quien los sabe conocer y estimar son grandes y nuevas mercedes). Acabada de oír la misa primera, en que se puso el Santísimo Sacramento, fué la santa á mirar su monasterio, y vió las paredes por algunas partes todas en el suelo, el monasterio sin clausura, y otras ruinas, que eran más propias de casar que de casa. Echó de ver que el Santísimo Sacramento estaba casi en la calle y afligióse mucho, y como entonces los tiempos eran tan peligrosos de luteranos, y en Medina había tanto trato con las naciones extranjeras, y con algunas inficionadas de la herejía, comenzó á temer no hubiese por ventura algunos herejes secretos, que la hurtasen de allí el Santísimo Sacramento, ó le hiciesen algún desacato. Entró por aquí el tentador, y retiróse y escondióse un poco el Señor, para que su sierva fuese más probada y ejercitada, mirando la batalla como desde fuera. Pónele el demonio lo que ya comenzaba á imaginar, como si hubiera ya sucedido y viera ya deshecha la fundación, y represéntale y encarécele los dichos y murmuraciones de su venida: escurécele el alma, quita de su memoria las mercedes que del Señor había recibido, pónele delante su bajeza, y comiéndala á aniquilar con una falsa humildad, y á poner tantos nublados en el alma, y levantar tantas dificultades que casi le parece imposible ir adelante lo hecho. Haciale creer que iba errado este principio, y que ya no podía pasar adelante estas fundaciones, de donde sacaba que si esto era verdad, no había sido Dios el que allí la había traído, y que por el consiguiente era todo ilusión y engaño, y que toda su vida había andado engañada, sin esperanza (que era lo que á ella la daba más dolor y tormento) de salir en lo restante de ella de esta ilusión y engaño.

Maravillosa cosa es ver estas mudanzas que la santa madre

tenía, que no eran más que unas crecientes y menguantes de Dios. Y á quien no tuviere experiencia ni entendiere sus trazas y consejos para aprovechar á sus santos, le causarán alteración y novedad; pero quien sabe el estilo con que Dios trata con sus amigos, entenderá ser éste el usado y más universal que él tiene para con los suyos. Pero yo siento que era más ordinario esto en la santa madre que en otros: lo uno, porque como tenía en ella depositados tan grandes tesoros, y como navegaba con tan próspero viento, servíale esta oscuridad y tentación de una nube con que Dios cubría sus riquezas, y descubría sus miserias, y de un lastre con que aseguraba el navío, para que no se le llevase el viento de soberbia: lo otro, porque como sea condición de Dios dar mayores trabajos á los mayores amigos, no hallaba Dios más á mano otros con que más afligir á la santa; porque las enfermedades eran su descanso, los menosprecios su gloria, las persecuciones sus deseos. ¿Pues con qué tenía Dios de probar, y dar en que merecer á su sierva, si no era en cosa que tanto le doliese, y le llegase tan á lo vivo, como era, si era Dios á quien ella tanto amaba, el que la trataba, hablaba y encaminaba en sus cosas? Esta fué la cruz que más la afligió en esta vida, y fué el contrapeso que Dios le echó, con que aseguraba los dones que en ella había puesto.

Duróle esta tentación desde la mañana hasta la tarde, que entonces apareciendo la luz que de ordinario resplandecía en su alma, desaparecieron los nublados, y quedando el cielo de su espíritu sereno y claro, echó luego de ver el autor de aquellas tempestades y borrascas. Determinó luego de mudarse á otra casa (mientras aquella se acomodaba) donde estuviesen con más recogimiento, y el Santísimo Sacramento quitado de los inconvenientes que tenía. Hizolo así: cobróles gran devoción una señora principal llamada doña Elena de Quiroga, sobrina del cardenal de Toledo Quiroga. Dióles grandes limosnas, ayudó para componer la capilla y casa, de suerte que dentro de dos meses se pudieron volver á su propia casa. Tomó el hábito una hija de esta señora, que ahora se llama Jerónima de la Encarnación, á la cual también se siguió después la madre, desocupándose de cuidados de hijos y hacienda, y llamóse Elena de Jesús. Entraron otras religiosas de cuenta y de provecho para la religión: entre las cuales fué una

señalada la Madre Catalina de Cristo, de quien, si el tiempo me diera lugar, quisiera yo poder escribir su gran santidad, virtudes y milagros.

Cuando la santa madre vió hecha esta fundación, comenzó á perder los miedos de ser engañada, viendo que el Señor la escogía para fundar una nueva orden, como ella lo escribe en un papel que yo he visto de su letra por estas palabras:—«Si »no me hubiera nuestro Señor hecho las mercedes que me ha »hecho, no me parece tuviera ánimo para las obras que se »han hecho, ni fuerzas para los trabajos que se han pasado, y »contradicciones y juicios. Y así después que se comenzaron »las fundaciones, se me quitaron los temores que antes tenía »de pensar ser engañada, y se me puso certidumbre que era »Dios, y con esto me arrojaba á cosas dificultosas, aunque »siempre con consejo y obediencia. Por donde entiendo que »como quiso Nuestro Señor despertar el principio de esta »orden, y por su misericordia me tomó por medio, había su »Majestad de poner lo que me faltaba; que era todo para que »hubiera efecto, y se mostrase mejor su grandeza en cosa tan »ruin.»



CAPÍTULO XVI

Comienza la santa madre á tratar de nuevo de la fundación de monasterios de frailes descalzos, y persuade al padre prior fray Antonio de Heredia, y al padre fray Juan de la Cruz á que sigan la nueva regla, y dén principio á esta obra.

HABIENDO ya concluído la santa madre con la fundación de Medina, parecíale estaba ociosa en no habiendo trabajos que padecer, ú obras heroicas y grandes que emprender en servicio y gloria de Dios. Pensaba que ahora era buena sazón y coyuntura para tratar de la fundación de monasterios de religiosos descalzos, que como ya había entendido era gusto y voluntad de Dios, y de importancia para el aumento y conservación de los monasterios de monjas, no podía sosegar hasta ver hecho lo que no podía dudar de que se había de hacer.

No había hallado la santa hasta entonces persona de satisfacción de quien echar mano para que fuese el capitán de esta empresa: en fin se determinó de tratarlo con el padre fray Antonio de Heredia, que era prior del Carmen en aquella villa. Díjole con mucho secreto lo que pretendía, esperando ver el consejo que le daba. Él, oyendo esto, alegróse mucho, é inspirado en Dios, díjole que le parecía traza del cielo, y

que él sería el primero que se descalzase. No hizo mucho caso por entonces la santa madre de su ofrecimiento, por que aunque sabía que había sido siempre buen fraile y recogido, por otra parte lo juzgaba por muy delicado, y no hecho á tanta penitencia que pudiese llevar adelante el rigor y aspereza que ella deseaba plantar. Como lo sentía, así se lo dijo al padre, que hablaba muy de veras, y con deseo y determinación de hacer lo que había ofrecido, le certificó á la santa que había muchos días que el Señor le llamaba á vida más estrecha, y que así había estado determinado hasta entonces de pasarse á la Cartuja. Pero aunque ella se holgaba de oír estas y otras razones, no se le satisfacía del todo, ni parecía estaba tan sazonado como ella quisiera. Rogóle que se suspendiese el negocio por algún tiempo, y que en el entretanto se ejercitase en hacer y probar las cosas que había de prometer y guardar. Fué éste como un noviciado y probación en que la santa madre le puso, porque duró bien un año antes que se descalzase, é hiciese monasterio alguno de frailes. Pero entretanto que él se probaba y ensayaba para tan grande obra, tomó nuestro Señor la mano para ayudarle á la prueba, y procuró labrar bien la piedra que había de ser una de las primeras del fundamento del edificio. Así permitió que le levantasen tantos testimonios, y tuviese tantos trabajos y persecuciones, y saliese tan bien de todos, y tan aprovechado, que no se podía desear mejor noviciado para profesión de la nueva regla que esperaba, con que la madre estaba satisfecha y contenta.

En este tiempo trajo el Señor á Medina otro padre de la misma orden, llamado fray Juan de la Cruz, mancebo pero de grande espíritu y talento; y como la santa tuviese nuevas de su vida y religión, acordó también de hablarle, para ver si era cosa que podía ser de provecho para su propósito. Luego como la santa le habló, como buena lapidaria, conoció los quilates y estima de aquella piedra preciosa, y parecióle lo que era, y que él solo le bastaba para primera piedra del monasterio que quería hacer. Y como Dios quería lo mismo, y le tenía ya escogido para ser el primer descalzo, ofrecióles buena ocasión para la plática, porque como él dijese á la santa madre que tenía deseos de vida más perfecta y áspera, y que por esta ocasión deseaba pasarse á la Cartuja, ella le

persuadió sería más perfección profesar y guardar su primera vocación de la regla primitiva (que era la que ella y sus monjas guardaban) que experimentar nueva orden y profesión, mudanzas que raras veces suelen ser de mayor provecho. Y así le pidió se detuviese hasta que ella tuviese monasterio para dar principio á la nueva reformatión de descalzos. Él le dió la palabra de hacerlo, como no hubiese en el negocio mucha dilación. Con esto quedó la santa madre muy alegre por haber hallado dos piedras vivas, cuales ella deseaba para su fundación; pero obligada á nuevos cuidados y trabajos, que era lo que ella andaba á buscar. Holgábase que se dilata-se algún tiempo, para que ellos lo mirasen mejor, y también para que ella le tuviese de buscarles adonde se pudiesen recoger.

Estando la santa madre en su monasterio de Medina, con mucho cuidado de plantar en aquella casa el espíritu que Dios le había dado de oración, mortificación y penitencia, acaeció que en este tiempo vino en busca suya un caballero principal y mancebo, llamado don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Ribadavia, y hermano del obispo don Álvaro de Mendoza (de quien tantas veces hemos hecho mención), y de doña María de Mendoza, señora muy nombrada y conocida en España. Por lo que este caballero había oído decir de la santa madre al obispo, habíala cobrado particular devoción, y habiendo oído que salía á fundar monasterio de monjas, deseoso de hacer algún servicio á nuestro Señor y Señora (de quien él era muy devoto), y mostrar la afición que tenía á la santa (aunque ignorante del mucho bien que en esto le tenía Dios librado), ofrecióla una casa y huerta muy principal, y de mucho precio, que tenía en Valladolid, que antes había sido casa de recreación del comendador mayor Cobos. Dábala gran prisa para que se tomase luego la posesión, y fundase en ella un convento de monjas; parece que adivinaba había de ser esto el medio para su salvación. La santa madre bien echaba de ver no era el lugar á propósito para fundación de monjas, por estar casi un buen cuarto de legua de la ciudad; pero por corresponder á la devoción tan grande que había en el caballero, y por parecerle que puesto allí una vez el monasterio, sería muy fácil el pasarse dentro de la ciudad, aceptó la donación, con propósito de fundar en aquel lugar un convento.

Pero primero la llamaba nuestro Señor para otra parte, porque como ya se comenzase á divulgar en el reino la fama de su santidad, vino á noticia de una señora que entonces residía en la corte, muy noble y muy favorecida del rey don Felipe II por haber sido aya suya, que se llamaba doña Leonor Mascareñas. Esta señora, con el deseo que tenía de ver á la santa Madre, y por la grande instancia que le hacía María de Jesús, que era aquella devota beata que por mandado de nuestra Señora había fundado un monasterio en Alcalá de Henares, debajo de la primera regla de la orden del Carmen (como escribimos más largamente en el primer libro), pedía á la madre fuese á instruir aquellas monjas, y á reformarlas en lo que tuviesen necesidad, lo cual la santa concedió considerando ser cosa que el Señor se podía servir mucho. En este tiempo que estaba ella en Medina, le había enviado á rogar doña Luísa de la Cerda (de quien arriba dijimos) que fundase un monasterio en la villa de Malagón.

Todo se juntó para obligar á la madre á esta jornada; ofrecíasele entonces buena ocasión para su camino, que era ir en compañía de doña María de Mendoza, que iba á Ubeda, y había de pasar por Alcalá de Henares. Salió la santa mediada cuaresma, año de mil quinientos sesenta y ocho, después de haber estado en la fundación de Medina cerca de seis meses, y dejando allí por priora á la madre Inés de Jesús, y por superiora á su hermana Ana de la Encarnación, envió á Ávila por monjas, y llevóse por compañeras dos religiosas de ellas, llamada la una Ana de los Ángeles, y la otra María del Sacramento. Y en llegando á Alcalá fué bien recibida de aquellas religiosas, y después de haber estado con ellas por algún tiempo, habiendo ordenado algunas cosas que la parecieron convenientes al servicio de Dios, y mayor observancia de la regla, se partió de allí á Toledo, y después á Malagón, como diremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XVII

De cómo la santa madre Teresa de Jesús fundó un monasterio en la villa de Malagón, donde le apareció nuestro Señor Jesucristo, y lo demás que sucedió en esta fundación.

HACÍA grande instancia á la santa madre, mientras estuvo en Medina (como habemos contado en el capítulo pasado) doña Luísa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, y señora de lo más principal y noble de estos reinos, la cual (como habemos referido en el libro primero) había no sólo conocido y tratado á la santa madre, pero la había tenido y gozado muchos días en su casa. Con esto había quedado tan aficionada suya cuanto satisfecha de su gran santidad y virtud. Deseaba fundase un monasterio de monjas en una villa suya, llamada Malagón, y esto se le suplicaba y pedía con grandes ruegos ofreciéndola casa hecha, y la renta que fuese necesaria para el sustento de las religiosas, que por ser el lugar pequeño era imposible vivir de limosna como la santa pretendía. Pero ella aunque deseaba mucho dar gusto á esta señora, en ninguna manera quería admitir esta fundación, por no obligarse á tener renta, cosa que ella en grande manera aborrecía.

Trató este negocio con algunos letrados, especialmente con el padre maestro fray Domingo Bañes, catedrático de prima en la universidad de Salamanca, que fué muchos años su confesor y refugio, y él le aconsejó no reparase en la renta, que pues el concilio tridentino daba licencia para poderla tener, no era justo se dejase por eso de hacer un monasterio, donde tanto el Señor se podía servir. Ella, como siempre se gobernaba por parecer de letrados, rindió el suyo, aunque de mala gana, porque como verdadera amadora de la santa pobreza, jamás se podía consolar en tener renta. Admitió la fundación, y partió para Toledo, que era donde estaba doña Luísa de la Cerda, y de allí habían de ir las dos juntas á la fundación.

Estando en casa de esta señora, andaba con su mucha humildad procurando encubrir las mercedes que el Señor le hacía; pero él gustaba se descubriesen algunas para su gloria, y así sin que bastasen sus diligencias (que las hacía extraordinarias para disimular los arrobamientos grandes que tenía), fué vista dos veces arrobada en público, de que la santa quedaba después corrida y confusa.

Partió la madre para la fundación desde Toledo en compañía de aquella señora, y habiendo llegado á Malagón el domingo de Ramos, año de mil quinientos sesenta y ocho, se concertó luego de hacer la fundación, y poner el Santísimo Sacramento. Vino todo el lugar en procesión á la fortaleza y casa de palacio, donde estaban la madre y sus compañeras, las cuales salieron con sus capas blancas, cubiertos los rostros con sus velos negros, como ellas los tienen de costumbre. Fueron de esta manera á la iglesia del lugar, donde habiendo oído misa y sermón, salieron con el Santísimo Sacramento todos en procesión, y vinieron al nuevo monasterio, donde puesto en su lugar ellas se quedaron en su casa, y así se fundó el tercer monasterio, el cual también quiso se llamase de san José, por la grande devoción que á este santo tenía, y en pago de las conocidas mercedes que de él siempre había recibido. Entraron de prestado en esta casa, que estaba en la plaza; pero después hizo esta señora en un olivar que está fuera de la villa un monasterio muy bueno y muy acomodado para la quietud y oración que las madres profesan.

Como se hizo esta fundación con renta, luego la santa madre, considerando los daños que trae la abundancia en los monasterios y religiones reformadas, procuró cerrar los portillos por donde temía se le podría entrar alguna relajación á su orden, y ya que no pudo excusar la renta, puso gran diligencia en que las monjas de aquel monasterio no poseyesen cosa en particular, sino que en todo se guardasen las constituciones como en las demás casas donde se vivía con tanta pobreza. Tenía ella bien entendido la destrucción que se sigue á las comunidades de monjas por estas rentillas y propiedades que poseen y tienen las monjas particulares á uso (como ellas dicen con licencia), y debajo de este uso tienen más propiedad y dominio que si fueran señoras del siglo, dando contra la voluntad de los prelados, escondiendo de ellos lo que tienen, negándose lo cuando se lo piden, gastándolo en usos superfluos, para las cuales cosas ni los prelados pueden, ni dan licencia, ni ellas están seguras en conciencia. Pues como la santa madre era tan pobre de espíritu y de corazón, y entendía lo mucho que importaba que todos sus monasterios lo fuesen, temiendo no viniesen á tan notable ruina, procuraba prevenir inconvenientes.

Después de hecha la fundación, y asegurada ella con tantos y tan graves letrados, aún no podía sacar de su corazón esta espina de la renta, que cada vez que se acordaba de esto la punzaba y atravesaba por medio. Pero porque había dejado y cautivado su parecer, por seguir el de aquellos que estaban en lugar de Dios, el mismo Señor la aseguró, pasando ella otra vez por aquella casa, consolándola con la visión y palabras que siguen, las cuales cuenta la santa en las Adiciones al libro de su Vida en esta manera: «Acabando de comulgar »segundo día de cuaresma en San José de Malagón, se me »representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria, »como suele, y estando yo mirándole ví que en la cabeza en »lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser adonde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor. »Como yo soy devota de este paso, consoléme mucho, y comencé á pensar qué gran tormento debía de ser, pues había »hecho tantas heridas, y á darme pena. Díjome el Señor que »no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije que qué podía hacer

»para remedio de esto, que determinada estaba á todo. Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese »prisa á hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía el »descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener adónde no le servían, y que las que »hiciese en lugares pequeños fuesen como esta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que »procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de perlado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento »corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaría »para que nunca faltase.» Con esto se consoló la bienaventurada madre, y se animó á recibir la renta en semejantes pueblos, y así quiso que se guardase en su orden.

Pero como el tiempo es el que descubre los inconvenientes, y aun el que los causa y trae consigo, mostró con largas y pesadas experiencias que convenía alterar y mudar esta disposición, recibiendo y teniendo renta en común, sin excepción ninguna, todos los monasterios. Porque como las religiosas no predicán ni confiesan, ni hacen otros beneficios al pueblo de estos que se palpan y ven con los ojos, y era mayor número que antes, y las fuerzas para trabajar menores, por estar ya gastadas con el ejercicio de la oración, vigiliass y asperezass; y por otra parte la devoción de los fieles descrece más cada día, y plega á Dios no haga lo mismo la fe y confianza de los religiosos, y lo que no es de menos consideración, el verse obligada una casa pobre á que la perlada haya de asistir continuamente en una reja, cumpliendo con el que la da un pedazo de pan, so pena que no lo dará otro día (que tan de quiebra como esto va hoy la caridad), pareció acertado para guardar mejor y con más rigor otras constituciones quebrar con ésta. Y esto ha sido la causa que hoy las monjas descalzas pueden tener renta en todos los monasterios de España, aunque muchos viven con mucha pobreza, y sin los inconvenientes que habemos contado.

Y aunque nuestro Señor la mandó al principio fundase sus monasterios con pobreza, no hubo contradicción alguna en estas dos revelaciones que tuvo la santa, porque el mandarle Dios fundase sin renta pudo tener principio en dos cosas: la primera, en querer que esta santa en todo tuviese el espíritu evangélico, y comenzase con la mayor perfección y desnudez

posible á seguir ella y sus compañeras á Cristo desnudo en la cruz: la segunda, porque como Dios quería se fundasen muchos monasterios y casas por medio de la santa, fuera casi imposible (hablando según el camino ordinario) que éstos se hicieran, si hubieran de tener renta, y así fué convenientísimo que al principio se fundase con tanta extremada pobreza como habemos dicho. Después con la experiencia se vió que no se podían conservar sin tener alguna renta, siendo mujeres y tan encerradas, y la santa madre, apretada de muchos letrados confesores suyos, como ya había nuevas circunstancias, no sin gran dolor y sentimiento de su corazón se rindió á permitir que sus monasterios tuviesen renta, y esto es lo que aprobó el Señor con la revelación ya dicha.

En este monasterio habló Dios con la santa madre, y entre otras cosas le dijo sería muy servido con las almas de él. Y asimismo la mandó que escribiese estas fundaciones, pues en todas había cosas particulares y maravillosas que contar; y así lo hizo, como se puede ver en el libro que anda escrito de mano de las fundaciones de sus monasterios, del cual está sacada grande parte de lo que allí contamos. Detúvose la santa madre no más de dos meses en Malagón por la razón que adelante diremos, y dejó allí por priora á la madre Ana de los Ángeles, que era una de las compañeras que había traído de la Encarnación.



CAPÍTULO XVIII

Vuelve la santa madre á tratar de nuevo de hacer el primer monasterio de descalzos: hace la fundación de monjas de Valladolid, y pónese un caso particular que en ella sucedió.

GRANDE era la prisa que tenía la santa madre por salir de Malagón, y venir á la fundación de Valladolid, y así no se sosegaba su espíritu; y con una santa impaciencia, nacida del fuego de la caridad que en su pecho ardía, cada hora se le hacía un año. La ocasión de apresurar tanto su salida era el increíble cuidado que tenía de dar principio á la fundación de algunos monasterios de frailes, el cual tanto más le apretaba cuanto más le parecía poco lo que faltaba, pues tenía ya las piedras vivas para el edificio, y sólo le faltaba la casa. También le estimulaba el parecerle que estaba ociosa, y que comía el pan de balde cuando no tenía grandes ocasiones y empresas entre las manos, donde pudiese hacer y padecer conforme al grande ánimo y deseos que el Señor le daba, y así le era enojosa y triste la vida que pasaba sin trabajos, cuanto lo es á otros agradable y deleitosa careciendo de ellos.

No le hacía menos fuerza otra ocasión que tenía entre ma-

nos, que es la que ahora diremos. Cuando la santa madre estuvo en el monasterio de las monjas descalzas de Alcalá de Henares, ayudándolas con su buen ejemplo, doctrina y espíritu, le vino nueva cómo don Bernardino de Mendoza (que era aquel caballero como escribimos en la fundación de Medina del Campo), que le había dado la casa y huerta para la fundación de Valladolid, había muerto en Úbeda sin habla y sin confesión, aunque no sin muchas señales de dolor y contrición. Dióle grande pena este suceso, que era muy agradecida la santa; debía mucho á este caballero, al obispo, y á doña María de Mendoza sus hermanos, y el caso era tal que aunque fuese del que pasase por la calle bastara darle á ella grande dolor y sentimiento. Vínole grande pena, temiendo no se condenase aquella alma, y estándolo encomendando á Dios la reveló nuestro Señor (como diremos adelante) que había estado su salvación en harta contingencia y peligro, y que no saldría del purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese.

Fuéle forzoso detenerse primero á lo que le parecía que era más necesario y de más servicio y gloria de Dios, y lo que ella tantos años había deseado y procurado, y pedido á nuestro Señor, y ahora le había dado á entender había llegado la coyuntura y ocasión. Y así con este intento, antes de ir á Valladolid, se fué á su monasterio de San José de Ávila, suplicando á nuestro Señor le deparase alguna casa, donde comenzasen aquellos dos primeros padres, que ya no quedaba por otra cosa. En llegando á Ávila, que fué el año de mil quinientos sesenta y ocho, por el mes de junio, vino luego á verla un caballero de allí, llamado don Rafael de Ávila Mojica, que habiendo oído decir que se quería hacer un monasterio de descalzos, la ofreció una casa que tenía en Duruelo, aldea de Ávila, de pocos vecinos y comodidad, que era casa que vivía un rentero, que le recogía su renta. Bien vió la madre, conforme á la relación del pueblo, y de la casa que le daba el caballero, cuán poca podría ser la comodidad que allí podría tener para monasterio. Pero como no deseaba sino comenzar, y veía al ojo ya buena oportunidad para esto, fué grande su alegría, y muchas las gracias que dió al Señor por esto.

Determinóse luego por el mes de junio salir de Ávila para ir á Valladolid, y juntamente para ver la casa y comodidad

que este caballero le ofrecía, para dar principio á la nueva reformati3n de los frailes. Llegó allí muy tarde, y mirando despacio la casa, halló que estaba tal que no se atrevieron ella y sus compañeras á quedarse en ella aquella noche, porque todo su edificio era un portal, una cámara doblada, y una cocinilla pequeña. Luego trazó la madre su monasterio, señaló el portal para la iglesia, y la parte baja de la cámara para coro, lo alto para celdas, y la cocina para refectorio. Con esto se partió á Medina del Campo, y trató allí con el padre fray Antonio de Jesús, y el padre fray Juan de la Cruz, que quisiesen comenzar en aquella casita que el Señor les ofrecía de presente, y que era ocasi3n buena para sacar la licencia de los perlados, y que todo era comenzar, que tuviesen por muy cierto que el Señor lo remediaría, y que con el tiempo verían grandes cosas. Cuando la santa los animaba, y decía estas palabras, estaba tan confiada y tan cierta como si lo viera ya hecho.

Como los padres no estaban con otro deseo, luego se determinaron á la ejecuci3n de lo que la santa madre les había propuesto, y ella se llevó consigo á Valladolid (donde se partió al cabo de algunos días) al padre fray Juan de la Cruz, al cual, como si fuera novicio, le dió noticia é instrucci3n muy por entero de la manera de vivir que se guardaba en sus monasterios, de la oraci3n, penitencia y mortificaciones, y de todo lo demás que á ella le parecía conveniente, para que las cosas fuesen bien fundadas y asentadas desde sus principios, en los cuales consiste todo el bien y perfecci3n de una religi3n, que es de la condici3n del edificio, que de ordinario en haciendo asiento en aquello se queda. Escogió á este padre, porque le había ya penetrado el gran espíritu que nuestro Señor le había dado, y adivinaba bien los dones y virtudes tan heroicas que el Señor había de poner en aquella alma santa, como en primera piedra y fundamento de tan gran edificio. Y aunque era menor en la dignidad y en los años que el padre fray Antonio, quiso Dios darle esta prerrogativa, que hubiese de ser el primero que se descalzase y profesase la regla primitiva, no sin divino consejo y providencia, para que el que había de dar principio entre los hombres á vida tan alta y perfecta pudiese ser un dechado de oraci3n y perfecci3n, un espectáculo de penitencia y un abismo de humildad. Que

como esta regla tiene por fin principal la oración, y á ella ordena todos los demás ejercicios de recogimiento, silencio, ayuno y otras asperezas, era necesario que el que había de ser maestro de otros lo fuese también de oración. Y así escoge Dios para las mujeres una maestra tan divina, graduada en los teatros del cielo, como fué la santa madre, para que lo sea de enseñanza de oración, y entre los religiosos á este santo padre, á quien comunicó Dios en tan alto grado este dón de oración, y le hizo tan excelente en esta virtud y en otras, que á no ser la santa la que era no le faltara nada para igualar con ella. Tuvo altísimo espíritu y profunda inteligencia y penetración de las cosas de oración y contemplación, de las cuales escribió libros de admirable y subida doctrina. Después de su muerte ha obrado el Señor por medio de sus reliquias muchos milagros, como dirá más largamente quien escribiere la vida de este bienaventurado varón.

Viendo pues la santa madre los dichosos principios de lo que tanto había deseado, trataba con mucha prisa de partirse á la fundación de Valladolid, que le solicitaba mucho el cuidado de aquella alma de don Bernardino de Mendoza, que estaba detenida en las penas del purgatorio. Pero nuestro Señor, cuyo amor para con los hombres excede infinitamente á cualquiera otro amor y caridad de las criaturas, por mucha prisa que se daba la santa á hacer su fundación, y deseo que tenía de socorrer á aquella alma, era mayor la que nuestro Señor le daba. Y como la madre se iba deteniendo con algunos negocios que se ofrecían, estando un día en oración en Medina, el mismo Señor le dió prisa, y le dijo que abreviase su ida, porque padecía mucho aquella alma. ¡Oh bondad sin medida de nuestro Dios, á quien no sólo nuestras culpas sino nuestras penas le ponen en tanta solicitud y cuidado! Pues no hubiera madre, por mucho que amase á su hijo, que con tanta diligencia, viéndole en alguna aflicción y tormento, procurase su descanso, cuanto Dios ponía por el alma de este caballero.

Luego la santa madre dejó cuanto tenía entre manos, y se partió como pudo, y entró en Valladolid á los diez de agosto, año de mil quinientos sesenta y ocho, día del glorioso mártir San Lorenzo. Llevó para esta fundación á Isabel de la Cruz, y á Antonia del Espíritu Santo, que la había vuelto consigo

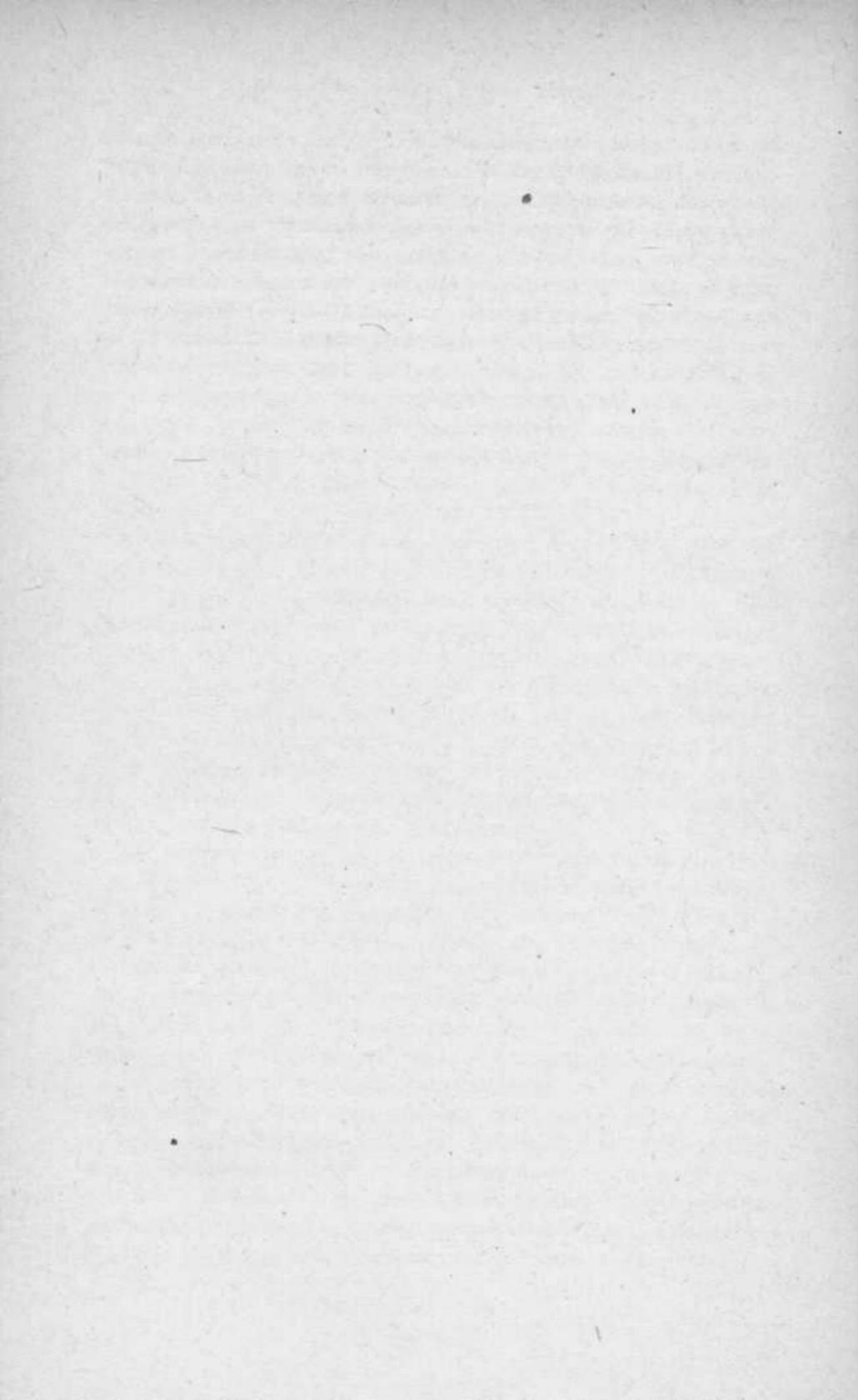
de Malagón, y á María de la Cruz, que fué también de las cuatro primeras. Llegaron á la casa y huerta donde se había de hacer la fundación, y luego que la vió la madre, echó de ver que era más para recreación que para monasterio de monjas, y aun le dió pena la descomodidad que para esto tenía. Procuró callar para no desanimar á sus compañeras, esperando en Dios que pues la había mandado venir les daría donde viviesen. Acomodó lo mejor que pudo para que hubiese la clausura y recogimiento que convenía. Aún no se había alcanzado la licencia (aunque había ciertas esperanzas de ella) para poner el Santísimo Sacramento; y por esto viniendo un día de domingo, la dió el abad para que le dijese misa en la casa que tenían tomada para monasterio. Dijo la misa el padre Julián de Ávila, y cuando llegó á comulgar la santa madre, se quedó en un gran arrobamiento (cual ella le solía de ordinario tener antes ó después de la comunión), y entonces le apareció el alma de don Bernardino, como la misma madre escribe en el libro de sus Fundaciones, contando el suceso de este caballero por estas palabras (*Fundaciones*, cap. X): «Murió muy breve harto lejos de donde yo estaba. Díjome el »Señor que había estado su salvación en harta aventura, y que »había habido misericordia dél por aquel servicio que hizo á »su madre en aquella casa que había dado para hacer monas- »terio de su orden, y que no saldría del purgatorio hasta la »primera misa que allí se dijese, y que entonces saldría. Yo »traía tan presentes las graves penas desta alma, que aunque »en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me dí »toda la prisa que pude para fundar en Valladolid, aunque no »pudo ser tan presto como yo deseaba.» Y más abajo prosiguiendo este mismo caso, dice: «Diéronnos licencia para decir »la primera misa; yo estaba bien descuidada de que entonces »se había de cumplir lo que se me había dicho de aquella »alma, porque aunque se me había dicho á la primera misa, »pensé que había de ser á la que se pusiese el Santísimo Sa- »cramento. Viñiendo el sacerdote adonde habíamos de comul- »gar con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo »á recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero »que he dicho con rostro resplandeciente y alegre, puestas »las manos, y me agradeció lo que había puesto por él, para »que saliese del purgatorio, y fuese aquella alma al cielo. Y

»cierto que la primera vez que entendí estaba en carrera de
»salvación, que estaba bien fuera dello, y con harta pena, pa-
»reciéndome que era menester otra muerte para su manera de
»vida, que aunque tenía buenas cosas estaba metido en las
»del mundo: verdad es que habían dicho á mis compañeras
»que traía muy delante los ojos la muerte. Gran cosa es lo
»que agrada á nuestro Señor cualquier servicio que se haga
»á su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo ala-
»bado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la
»bajeza de nuestras obras, y las hace grandes, siendo de pe-
»queño valor.»

En fin fué grande la ventura de este caballero, y fué (como
hemos dicho) aquella buena obra el medio por donde el
Señor le tenía predestinado, que sin duda, aunque el hacer
cualquiera limosna es obra muy grata á Dios, y un jarro de
agua fría no se queda sin premio, pero el fundar un monaste-
rio ó iglesia, y el ayudar para semejantes obras, es un servicio
que se hace á Dios, que contiene en sí muchas buenas obras,
y beneficios muy generales, y de mucho fruto en la Iglesia, y
así no puede dejar de ser premiado con particular galardón.
Recibió con esta visión la madre grandísimo contento, y mayor
cuanto más descuidada estaba de pensar que lo que el Señor
la había dicho se había de cumplir entonces, porque ella ha-
bía creído que no había de salir del purgatorio hasta que es-
tuviese puesto el Santísimo Sacramento.

Fundó la santa madre este monasterio debajo de la advo-
cación de la Concepción de Nuestra Señora del Carmen, y
pusose en ella el Santísimo Sacramento día de Nuestra Se-
ñora de la Asunción, á quince de Agosto, año de mil quinien-
tos sesenta y ocho; nombró por priora á Isabel de la Cruz, y
á cabo de algunos días cayeron casi todas enfermas por el
sitio mal sano. Viendo esto doña María de Mendoza (que
había vuelto de Úbeda), persuadió á la santa madre que de-
jase aquella casa, y ofrecióles de comprar otra mejor, y así lo
hizo: acomodándoles una iglesia y casa conveniente, donde
se pasaron el año siguiente de mil quinientos sesenta y nueve
á tres de Febrero, con gran procesión y solemnidad del pue-
blo. Esta devoción fué creciendo cada día más, y hay la misma
ahora con aquella casa que á los principios. Ha traído nuestro
Señor á ella muchas almas de grande espíritu y perfección,

de las cuales se podía escribir un libro entero, si muchas de ellas no estuvieran vivas, ó el tiempo á mí me diera más lugar. Ha resplandecido aquí singularmente entre los demás conventos la observancia regular, y ha sido una de las casas de quien más se ha aprovechado la religión para el aumento y perfección de otros monasterios de monjas, sacando de ella muchas religiosas de mucho talento y santidad para prioras y maestras de novicias. Murió en este convento la madre Beatriz de la Encarnación, de quien yo pudiera decir mucho si tuviera tiempo y la santa madre no lo hubiera hecho primero, la cual con mucha brevedad escribió en el libro de sus Fundaciones la vida y virtudes admirables de esta sierva de Dios.





CAPÍTULO XIX

Cómo la santa madre dió orden para que fundase el primer monasterio de frailes descalzos, con que dió principio á la nueva reformatión, no sólo en mujeres sino también en hombres

YA no faltaba más que la licencia de los dos padres provinciales (porque la del general, como arriba dijimos, venía con condición que los dos provinciales de la provincia de Castilla, conviene á saber el que había precedido, y el que era de presente, diesen su consentimiento), y no faltaba poco, pues costó mucho cuidado y trabajo el alcanzarla; pero la madre, que en cualquiera dificultad por profunda que fuese siempre hallaba vado, habló al provincial que era de presente, que se llamaba fray Alonso González, y estaba entonces en Valladolid, y tales cosas le dijo, y con tal espíritu y eficacia, que parece no dejó en su mano el dejar de dar la licencia, que antes no diera por cosa del mundo. Para su antecesor, que era fray Ángel de Salazar, que estaba ausente, ayudóse de algunos favores, como fueron del obispo de Ávila, y de otros, y principalmente del de nuestro Señor en quien ella tenía librados todos sus buenos consejos, y rindióse á lo que la santa madre pedía. Con esto daba ella gran prisa (como

la que por experiencia sabía cuánto dañaba la dilación en estos negocios), y temiendo no hubiese algún estorbo por no haberse desembarazado el padre fray Antonio de Heredia de su oficio (porque todavía era prior del monasterio de Medina del Campo) envió delante al padre fray Juan de la Cruz para que acomodase la casa y tomase la posesión de ella, el cual lo hizo así, porque no había cosa que él más desease. Descalzóse luego, y vistióse de un hábito de jerga, y se determinó de vivir y profesar la regla primera, y fué con gran consuelo á morar en aquella primera casa. Luego renunció su priorato el padre fray Antonio, é hizo lo mismo, y con licencia del obispo de Avila don Alonso de Mendoza, que no deseaba menos este negocio que la santa madre, pusieron el Santísimo Sacramento, y así quedó hecha la primera fundación y casa de descalzos en el año de mil quinientos sesenta y ocho, primer domingo de Adviento, á veintiocho de Noviembre. Quedó la santa madre cuando lo supo en extremo contenta de ver el fin de sus deseos, y cumplido lo que había tantos años que con tanto cuidado y oraciones procuraba.

Era muy desacomodado el lugar para todo lo que era vivir religiosamente, y así dentro de breve tiempo se trasladó á la villa de Mancera aquella primera casa, donde vivieron por algunos años con gran rigor y penitencia; pero tan apretados los religiosos de enfermedades, que no tenían un día de salud. Todo parece lo ordenaba Dios para que aquella nueva planta se traspusiese á la tierra donde había nacido la religión, y así luego que el señor don Lorenzo de Otayud, obispo de Ávila, vino á aquel obispado, con la mucha devoción que tenía á la santa madre y á toda su religión, pidió á la orden se trasladase aquella primera casa á Ávila, dando todo lo que era necesario para la fundación, como patrono y fundador de ella; así se hizo, y están ahora en aquella ciudad los dos monasterios primeros que la santa madre fundó, así de monjas como de frailes.

No sólo fué medio la santa para esta fundación primera, sino también para la del segundo convento, que fué de San Pedro de Pastrana, y para otros muchos; pero para mí, que no pretendo más de escribir lo que el Señor hizo en estos principios por medio de la santa, bastará haber tocado aquí este origen de la nueva reformatión de los descalzos, pare-

ciéndome necesario, porque el discurso de la vida é historia de la santa madre con dificultad se pudiera entender, si no era sabiendo esto que aquí habemos apuntado, que aunque el buen orden pedía ir prosiguiendo las fundaciones y sucesos y vidas, así de los frailes como de las monjas; pero por no confundir al lector, acordé de contar sucesivamente la vida de la santa madre, sin interrumpirla con otras cosas, principalmente tales y tan grandes como de su nueva reformatión se pudieran escribir, la cual va cada día en grande crecimiento, no sólo en perfección y espíritu, sino también en número, pues con haber cuarenta años que se comenzó, se ha extendido por muchas y diversas partes del mundo, y en tan breve tiempo tienen ya dos generales, uno de la congregación de España, y otro de la de Italia; y así los unos como los otros florecen en todas partes en oración, letras y doctrina, y con su ejemplo de penitencia (tan necesario el día de hoy para el pueblo cristiano) alientan y estimulan á los fieles á estos mismos ejercicios y perfección de vida.

Pero porque mi intento es dar á entender cómo la santa madre fué también la autora y principio de la nueva reformatión de los descalzos, no tengo necesidad de extender más la pluma, pues por lo que habemos dicho, y adelante diremos, se ve esto claramente; porque aunque es verdad que esta santa religión (como comencé á decir en el primer capítulo de esta historia) tiene por principales fundadores y patronos los sagrados profetas Elías y Eliseo, que fueron las fuentes y origen del instituto monástico, y en tiempo de la primitiva Iglesia resucitó Dios un Antonio, un Hilarión, un Pacomio, y otros innumerables monjes y ermitaños, que entonces florecían por Egipto y Palestina, con los cuales estaba tan florido el suelo como el cielo con sus estrellas, y desde estos tiempos fué esta religión con perpetua sucesión, sujeta á las mudanzas que suelen tener todas las cosas humanas, y que lo están al tiempo; pero en fin la verdad es que toda esta flor de santidad y religión estaba ya muy disminuída y mitigada hasta que Dios fué servido de levantarla y restituirla á su primer estado por medio de esta santa virgen. Ella fué la medianera con Dios, ella la intercesora con los hombres, y ella fué (para decirlo en una palabra) la autora de este edificio; porque, como se puede ver de todo lo que habemos referido, la santa

fué la que tuvo revelación del Señor para hacer así los monasterios de frailes como de monjas; para los unos y para los otros la escogió Dios para obrar por su medio grandes cosas. Ella procuró y alcanzó de su general la licencia no sin gran cuidado y trabajo; ella persuadió y redujo á los dos padres que habemos dicho para que fuesen primeros descalzos y columnas de esta obra, y después mientras vivió, como verdadera madre de familias, trajo grandes obreros á su viña, porque ella fué la que persuadió al padre Mariano y á su compañero fray Juan de la Miseria, y á aquel gran padre fray Nicolás de Jesús María, general que después fué de esta orden, al padre fray Gregorio Nacianceno, provincial, al padre fray Francisco de Jesús, por otro nombre el Indigno, pero digno de perpetua memoria por su admirable santidad y virtud. Estos y otros trajo á su religión la santa madre, los cuales después fueron columnas firmes de este edificio. Ella instruyó como primera maestra al primer descalzo, que fué el padre fray Juan de la Cruz, ella les negoció, buscó, acomodó y trazó la casa como si fuera para monasterio de monjas, y así ella puso toda la costa, industria y trabajo; sólo no puso lo que no pudo, que fué el vivir con ellos y gobernallos, cosa que, aunque era bien fácil para su gran talento, no es permitida á la condición de las mujeres, pero lo que no hacía por título de jurisdicción lo suplía con sus continuos consejos, amonestaciones y avisos, los cuales religiosos, por todo el tiempo que ella vivió (que fueron algunos años después) no sólo á los principios, pero habiendo ya gran número de sujetos y personas de talento para gobernar su orden, y otras en todas las cosas de importancia, la consultaban y tomaban su consejo como si fuera del cielo, y la miraban y honraban como á madre y fundadora de estos nuevos monasterios, y reformadora de los antiguos; y desde entonces hasta ahora se precian (y con mucha razón) de tener tal madre y principio, pues lo que puede honrar á una religión ó reformación es la excelencia de la santidad del que le dió principio, que el ser hombre ó mujer es cosa muy accidental y de poca sustancia.

Con este nombre de fundadora ó reformadora la llama el papa Sixto V en una bula en que confirmó sus constituciones, donde dice así: « Habiendo una mujer llamada Teresa de Je-

»sús, así esclarecida por la nobleza de linaje como ilustre por
»la gloria de sus hechos, y por la maravillosa opinión de san-
»tidad con su ejemplo y santísima enseñanza traído mientras
»vivió muchas doncellas y mujeres á la profesión de la pri-
»mera regla,» y más abajo dice : « Con el ejemplo y persua-
»sión suya algunos varones religiosos abrazando la misma
»reforma, etc.» Y por tal reformadora es tenida y vene-
rada en toda España, y fuera de ella, como lo afirma Boecio,
de quien hicimos arriba mención. Y así viene á ser esta santa
reformadora de la orden de Nuestra Señora del Carmen, así
por haber levantado la nueva reforma de descalzos y descalzas,
como por haber sido ocasión por este medio para que también los
padres, que antes profesaban la regla mitigada, dentro de la
profesión de ella se reformasen y viviesen con más religión y
estrechura que antes, con mucho ejemplo y edificación del
pueblo cristiano, como ahora lo hacen; y si bien se mira en
rigor, ésta es más reforma que fundación de nuevo, pues los
mismos de la regla mitigada fueron los que continuaron en la
misma orden y con la misma regla, quitadas las mitigaciones
que tenía, y así los sumos pontífices, particularmente nuestro
muy santo padre Clemente VIII, han declarado ser la misma
religión, y tener los mismos privilegios y prerrogativas. Que
así como cuando la orden vino á mitigarse, no perdieron los
profesores de ella el nombre, la antigüedad, privilegios, y las
demás circunstancias que hacen tal orden: así cuando la
religión se reforma y restituye á sus primeros originales,
han de gozar de los mismos favores y exención que antes,
y con mucha más razón, pues aquellos son verdaderos y
perfectos carmelitas, que profesan la misma regla y orden
con más perfección.



CAPÍTULO XX

Sale la santa madre Teresa de Jesús de Valladolid á la fundación del monasterio de San José de Toledo, y de los trabajos que allí padeció

HABÍA en Toledo un hombre muy honrado y siervo de Dios, llamado Martín Ramírez, rico de bienes temporales, y sin hijos (porque nunca se había casado), y deseaba de su hacienda dejar alguna memoria para el servicio de Dios. Estaba á la sazón en Toledo el padre doctor Paulo Hernández, de la compañía de Jesús, persona muy religiosa y letrado, el cual conocía bien á la santa madre, por haberla confesado y tratado cuando pasó por Toledo á la fundación de Malagón, y había quedado con tan grande estima de su santidad y prudencia, que solía decir: La madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de las tejas abajo, y mucho mayor de las tejas arriba, queriendo significar en esto su gran prudencia y espíritu. Este padre fué á visitar á Martín Ramírez, estando ya para morir, y como entendiese sus intentos, aconsejóle que si deseaba dejar alguna memoria, que la emplease en hacer un monasterio de monjas descalzas, porque demás del grande servicio que haría á nuestro Señor, podía dejar

allí algunas capellanías, que era lo que pretendía. Apretáronle en esta sazón tanto los accidentes de la muerte, que no teniendo tiempo para concertar y disponer las cosas en orden á esta fundación, lo dejó todo á la disposición y albedrío de un hermano suyo llamado Alonso Álvarez, para que él efectuase este negocio, como mejor le pareciese convenir.

Murió con este testamento Martín Ramírez, y luego el padre Paulo Hernández y su hermano (estando la santa madre en Valladolid) le dieron cuenta de lo que pasaba, y le pidieron viniese luego á efectuar esta fundación. Ella no tardó mucho en despacharse, y así llegó á Toledo á los veinte y cuatro de marzo de mil quinientos sesenta y nueve, llevando consigo dos compañeras que había sacado de San José de Ávila, que fueron la madre Isabel de Santo Domingo, y Isabel de San Pablo, religiosas de mucha confianza y talento: fué á parar á la casa de doña Luísa de la Cerda, fundadora del monasterio de Malagón, la cual recibió con grande amor y contento á la santa, y dióle luego un aposento para ella y sus compañeras, para que así tuviese más quietud y recogimiento.

Comenzó luego á tratar la santa madre con Alonso Álvarez de su fundación, y desaviniéronse por pedirle muchas condiciones que no estaban bien en su orden; pero como la santa madre tenía puestas sus esperanzas en Dios, no le daba esto pena, antes mientras más trabajo y más pobreza padecía tenía más contento; trató de valerse por sus manos, ó por mejor decir por las de Dios, que ella no tenía otras para sus negocios; dió orden en buscar una casa alquilada para tomar la posesión y procurar la licencia, que eran las dos cosas de que sólo le parecía á ella tenía necesidad para hacer un monasterio. La casa no se hallaba, aunque se buscó con mucha diligencia; y la licencia era mucho más dificultosa de haber, aunque la procuraba doña Luísa de la Cerda y otras personas graves de Toledo: habíala de dar el gobernador del arzobispado, que entonces por no haber arzobispo lo era el licenciado don Gómez Girón, el cual había puesto tantas dificultades en dar la licencia que casi hacía la fundación imposible. Ya eran pasados dos meses que la madre había entrado en Toledo, y á cabo de ellos, y del gasto y trabajo de su camino, y mucho trabajo y diligencia que había puesto, se ha-

llaba sin fundador, sin casa y sin licencia, y sin tener una blanca, ni de donde le viniera, pero no sin ánimo y confianza en Dios de que había de salir con su empresa.

Determinóse, después de haberlo encomendado al Señor, de hablar ella al gobernador, y pedirle la licencia que hasta allí con tantas veras había negado; fué á una iglesia vecina á su casa, y envióle á suplicar que tuviese por bien de hablarla. Vino el gobernador á la iglesia, y con ser la santa madre de suyo tan humilde y tan mansa, y el gobernador, así por su persona y oficio como por su linaje un hombre muy grave, fué movida de nuestro Señor para hablarle con una grande y santa libertad, de esta manera (*Fundaciones*, cap. XV): «Más »há de dos meses, señor, que vine á esta ciudad: no para verla »ni holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y »bien de las almas, y hacer á su Majestad en esta ciudad el »servicio que en otras algunas, aunque indigna, le he hecho, »de fundar un monasterio de monjas descalzas, que guarden »la primera regla de la orden de Nuestra Señora del Carmen, »y para esto traigo monjas conmigo. Cosa era digna de las »muchas letras, virtud y dignidad de vuestra señoría favore- »cer á unas mujeres pobres para cosa tan santa, y animarlas »para que pasen adelante, pues le tiene Dios puesto en su »lugar. No lo he visto así, porque en tanto tiempo ni la auto- »ridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan »clara de nuestra causa, han bastado á acabar con vuestra »señoría que la diese. Cosa recia es sin duda que á unas po- »bres monjas, que no pretenden más que por amor de Dios »vivir en tanto rigor y encerramiento, y guardar con perfec- »ción los consejos del santo Evangelio, no haya quien las »quiera ayudar. Y que los que no pasan nada desto, sino están »en regalos, y viven á su voluntad, quieran estorbar obra de »tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos á donde »vivir, y si nos volviésemos á ellas, poco podríamos aventu- »rar, pues no tenemos que perder en este mundo; pero vuestra »señoría vea lo que podría perder esta ciudad, y cuán á su »cuenta sería, si esto se dejase de hacer, mire cómo se podría »disculpar cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo »nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad habemos venido; »que yo no veo con qué se pueda vuestra señoría descargar, »si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por

»él para ayudar con todas sus fuerzas á todo lo que es servicio suyo.»

Estas razones, salidas de aquel pecho tan abrasado en Dios, causaron grande admiración al gobernador de ver en una mujer tan grande ánimo y valor, y le hicieron tanta fuerza que antes de despedirse la madre de su presencia, le dió la licencia con condición que no tuviese renta, ni patrón, ni fundador; con la cual ella fué muy alegre y contenta, y dió orden de buscar una casa, y al fin habiéndola buscado las personas más ricas y de consideración que había en Toledo, y no habiéndola hallado, quiso nuestro Señor se hallase por medio de un mancebo honrado, aunque pobre, el cual se ofreció (por habérselo pedido así su confesor, que era devoto de la santa madre) de ayudarla con su persona: y aunque en lo de afuera parecía tal, que era necesaria la fe y la confianza de la bienaventurada madre para esperar algún fruto de sus manos, ella le encargó le buscase casa, no sin admiración y contradicción de sus compañeras, que no esperaban más de su persona de lo que su talle prometía. Él se dió tan buena maña, que lo que personas muy ricas no habían podido hallar en tres meses, él solo en un día que la buscó, halló una casa muy buena, y á contento de la santa, de que ella no estaba poco maravillada, cuando consideraba las trazas y caminos que Dios tiene para hacer sus hechos. Resolvióse de componer luego su casa en forma de monasterio, para lo cual le prestaron un poco de dinero con que compró dos imágenes para el altar, y dos jergones y una manta para ella y sus compañeras, y este fué todo el ajuar con que se fundó el monasterio de Toledo.

Tuvo gran contradicción de sus enemigos y conocidos para que no fundase, pareciéndoles era temeridad comenzar un monasterio sin más fundamento; y que era poner una casa en el aire, y en cierta manera tentar á Dios. De estas y semejantes razones, nacidas de prudencia humana, hacía poco caso la santa madre Teresa, como la que se gobernaba por otro norte muy diferente, y así se determinó á poner el Santísimo Sacramento. Fuése la noche antes á su casa con sus compañeras, y habiendo compuesto la casa y iglesia, se puso el Santísimo Sacramento á catorce de Mayo, dia de San Bonifacio mártir, año de mil quinientos sesenta y nueve, y pú-

sole el mismo nombre de San José que había puesto á todos los demás.

Embravecióse luego el demonio, y procuró levantar nuevos alborotos y guerras á los que no temían ninguna, porque el gobernador no había dado licencia por escrito, sino de palabra; y habíase ausentado, y quedaba en su lugar en el gobierno eclesiástico el consejo del arzobispo, el cual nunca había querido dar antes licencia para la fundación. Pues cuando los del consejo entendieron que estaba hecho el monasterio, embravecieronse mucho, y espantados del atrevimiento, decían que cómo una mujercilla contra su voluntad había de fundar un monasterio. Trataban de deshacer lo hecho, y luego enviaron una descomunión, mandando que no se dijese misa hasta que mostrase los recaudos con que se había fundado aquel monasterio. La santa madre habló á don Pedro Manrique, canónigo que entonces era de aquella santa Iglesia (y después religioso de la compañía de Jesús, hombre de gran talento y reputación en aquel lugar, y muy devoto suyo), para que él hablase y apaciguase á los del consejo; él lo hizo con la prudencia que sus partes prometían, y dió tan buena razón de lo que la santa madre hacía, que cesó el fuego que se comenzaba á encender.

Vivía á los principios en este monasterio con harta necesidad, así de sustento como de ropa, porque no tenían más que los dos jergones y la manta, y era de suerte que estando una noche la santa madre con frío (que como era tan enferma nunca le faltaban mil accidentes), pidió que le echasen alguna ropa; sus compañeras con mucha gracia le respondieron que no pidiese más ropa, pues tenía toda la que había en casa, que era la manta y sus capas, lo cual después la santa madre contaba con mucha alegría. La comida era conforme á las alhajas y ropa, pero la alegría interior que el Señor les daba era tan grande que no cabían en sí de contento. La santa madre andaba con la devoción y consuelo que aquella pobreza le causaba fuera de sí: tanta es la suavidad de la santa pobreza que quien la experimenta con espíritu no puede dejar de sentirla mucho mayor que con todas las riquezas y deleites del mundo. Era en tanto extremo este gozo, que viéndose después con alguna hacienda, andaban las compañeras de la santa faltas de esta alegría y suavidad que antes les acarrea

aquella dichosa pobreza, tanto que echándolo de ver la santa, y queriendo saber la causa de esto, ellas respondieron: ¿Qué habemos de hacer, madre, que ya parece no somos pobres?

En esta fundación recibió la santa madre algunas novicias sin dote ninguno, porque era tan desinteresada que miraba más las virtudes y el talento natural y la vocación que las novicias traían, que no las dotes, deseando dar con esto ejemplo y regla á las prioras de sus monasterios para que hiciesen lo mismo; y esto no sólo le sucedió en Toledo, sino casi en todas las fundaciones que hacía, porque nunca jamás llegó á ella persona alguna de quien entendiése y estuviese satisfecha que venía de veras á buscar á Dios, que por no tener dineros le cerrase la puerta de sus monasterios. El hacer ella estas limosnas, y recoger á personas honradas y pobres, lo tenía por premio que el Señor le daba en esta vida de los trabajos que pasaba en sus fundaciones.

Por el tiempo que allí estuvo la santa madre procuró plantar grande fervor y espíritu, y las novicias mostraron con las obras la maestra que tenían, y las mercedes que por su medio el Señor les hacía, como ella escribe en el libro de sus Fundaciones (cap. XVI), diciendo: «Era mucho lo que en este monasterio se ejercitaban en mortificación y obediencia; de manera que algún tiempo que estuve en él en veces, había de mirar lo que hablaba la perlada, que aunque fuese con descuido ellas los ponían luego por obra. Estaban una vez mirando una balsa de agua que había en el huerto, y dijo la priora á una monja que estaba allí junto: ¿Mas qué sería si dijese que se echase aquí? No se lo hubo dicho, cuando la monja estaba dentro, que según se paró fué menester vestirse de nuevo. Otra vez (estando yo presente) estábanse confesando, y la que esperaba á otra que estaba allá, llegó á hablar á la perlada, y díjola que cómo hacía aquello, si era buena manera de recogerse que metiese la cabeza en un pozo que estaba allí, y pensase allí sus pecados. La otra entendió que se echase en el pozo, y fué con tanta priesa á hacerlo, que si no acudieran presto se echara, pensando hacia á Dios el mayor servicio del mundo, y otras cosas semejantes, y de gran mortificación, tanto que ha sido menester ir las á la mano, porque hacían algunas cosas bien recias, y esto no es en solo este monasterio (sino que se me ofreció decirlo

»aquí), sino en todos hay tantas cosas que quisiera yo no ser
»parte para decir algunas, para que se alabe á nuestro Señor
»en sus siervas.» Muchas otras cosas de grande ejemplo y
edificación dejó de escribir la santa madre, temiendo con su
gran modestia no pareciese que alababa las obras de sus
manos, y así dejando estas en el mismo capítulo, prosigue
otras mercedes particulares que el Señor hizo en aquella casa
diciendo (*Fundaciones*, cap. XVI):

«Acació (estando yo aquí) darla el mal de la muerte á una
»hermana; recibidos los sacramentos, y después de dada la
»extremaunción, era tanta la alegría y contento que así se
»le podía hablar en como nos encomendase en el cielo á Dios
»y á los santos que tenemos devoción como si fuera á otra
»tierra. Poco antes que espirase entré yo á estar allí, que me
»había ido delante del Santísimo Sacramento á suplicar al
»Señor le diese buena muerte, y así como entré ví á su
»Majestad á su cabecera; en mitad de la cabecera de la cama
»tenía abiertos los brazos como que la estaba amparando, y
»díjome que tuviese por cierto que todas las monjas que mu-
»riesen en estos monasterios que él las ampararía así, y que
»no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte.
»Yo quedé harto consolada y recogida. Desde á un poquito
»lleguéla á hablar, y díjome: ¡Oh madre, qué grandes cosas
»tengo de ver! Así murió como un ángel. Y algunas que
»mueren después acá he advertido que es con una quietud y
»sosiego como si las diera un arrobamiento ó quietud de ora-
»ción, sin haber habido muestra de tentación ninguna. Así
»espero en la bondad de Dios que nos ha de hacer esta mer-
»ced por los méritos de su Hijo y de la gloriosa Madre suya,
»cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mías, esforcémonos á
»ser verdaderas carmelitas, que presto se acabará la jornada;
»y si entendiésemos la aflicción que muchos tienen en aquel
»tiempo, y las sutilezas y engaños con que las tienta el de-
»monio, terníamos en mucho esta merced.» Esto que aquí
dice la santa madre que la dijo nuestro Señor, es un singular
favor y privilegio que concedió su Majestad á la santa Madre,
el cual se entiende de las religiosas que guardaren con perfección su instituto.

Estando la santa madre en la fundación de Toledo, sucedió que, oyendo misa en una iglesia, antes que en la suya

pusiese el Santísimo Sacramento, acaso se le había perdido á una mujer un chapín, y andándole á buscar, púsole el demonio en la cabeza que le había hurtado la santa, que por no ser conocida estaba cubierta y tapada con un manto. La mujer tomó el otro chapín que le quedaba, y con grande cólera arremetió con ella y comenzó á darla de chapinazos en la cabeza, que por ser los golpes grandes, y la madre muy flaca, y enferma de ella, le dió mal rato: pero ella con su humildad y paciencia no le habló ni le respondió palabra, y volviéndose á sus compañeras, las dijo: Dios se lo pague á aquella buena mujer, que harto mala me tenía yo mi cabeza.

Acaeció también en este tiempo que había en Toledo una doncella que yo también conocí, muy amiga de sermones y estaciones, que quiso ser monja en el monasterio de las descalzas. Habló á la santa madre, y ella á la primera vista pagóse de su entendimiento, salud y buena inclinación, y así la quiso recibir, y estando ya concertada su entrada para un día señalado, vino la víspera de él á hablar y tratar alguna cosa con la santa madre, y cuando se quiso despedir para ir á su casa, dijo la doncella: Madre, también traeré una Biblia que tengo. Luego que oyó ella estas palabras, con gran determinación la respondió: ¿Biblia, hija? no vengáis acá, que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes, y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan; y así la despidió de ser monja, porque entendió por aquella palabra que había dicho que no convenía para su monasterio, porque le pareció ser mujer muy bachillera y curiosa, que para monjas descalzas es vicio y falta notable. Sucedió después que esta doncella se allegó con otras mujeres beatas, las cuáles dieron en tales disparates y desatinos que las prendió y castigó la santa Inquisición, y á ella con las demás las sacó en un auto, año de mil quinientos sesenta y nueve; por donde se echaba claramente de ver el dón que tenía esta santa de conocer espíritus.

Y para dar fin á esta fundación, quiero contar un caso que en ella sucedió digno de temor y admiración. Había un vecino de las religiosas hecho mucha contradicción á la fundación del monasterio por cierta obra que en él se hacía contra su voluntad y su gusto, y después de haberles puesto algunos pleitos comenzó sin freno ni temor de Dios á decir mal de

ellas, y así permitió el Señor por justo juicio suyo que yendo con un pariente suyo por la puente de Alcántara de la misma ciudad, viniese un caballo corriendo sin freno ni silla, y le encontrase con tal furia que le hizo dar con la cabeza en una piedra de la puente, donde se la hizo pedazos, y murió sin decir Dios valme, ni saber jamás qué caballo fué éste, ni cuyo, ni de dónde venía, ni dónde fué á parar, y así es bien de creer que envió Dios aquel caballo sin freno para que castigase al que no le tenía en la lengua, y para que entiendan los que persiguen los sucesores de Elías y Eliseo que cuando ellos no se defiendan que puede haber caballos que los despedacen, en lugar de los perros y osos que vengaron las injurias hechas á estos profetas.



CAPÍTULO XXI

Funda la santa madre el monasterio de Nuestra Señora de la Concepción en la villa de Pastrana, y trae á la religión al padre Mariano

HABÍA poco más de dos meses que la santa madre estaba en Toledo, y en este breve tiempo había vencido valerosamente tantas dificultades, como habemos contado en el capítulo pasado, y no había más de quince días que había puesto el Santísimo Sacramento en su nuevo monasterio; y éstos los había pasado toda ocupada en andar con oficiales, acomodando la iglesia, poniendo tornos, locutorios y rejas, y en otros mil embarazos que trae consigo asentar una casa de nuevo, y así de esto como de los trabajos pasados estaba bien cansada. Sentándose á comer en refectorio, le dió un extraordinario consuelo, considerando como ya todo estaba acabado, y que aquella Pascua (porque era víspera de la del Espíritu Santo del año mil quinientos sesenta y nueve, quince días después de la fundación) podría gozar y descansar á su placer con nuestro Señor, y regalábase tanto con este pensamiento que casi no podía comer con el gozo de lo que esperaba.

Pero el Señor, que busca más el provecho de sus amigos

que su regalo y consuelo, trazó las cosas muy diferentemente de lo que ella pensaba, porque cuando estaba más embebida y regalada en este pensamiento, con las esperanzas de su descanso, que era estarse más tiempo á solas con Dios, sin miedo de quien la turbase su quietud y sosiego, llegó un criado de doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, mujer del príncipe Ruy Gómez de Silva (que entonces era muy privado y favorecido del rey). Enviábala á pedir con encarecimiento fué á fundar un monasterio de monjas en Pastrana, que así lo habían antes tratado y asentado entre las dos. La santa madre nunca había entendido se ejecutaría tan presto su deseo, ni le parecía ocasión salir ella entonces de Toledo, donde el monasterio estaba recién fundado, y viéndole tan en su niñez y principios, hacíasele recia cosa apartarle de sus pechos antes de darle leche. Consideraba la contradicción que había habido en la fundación, lo mal que lo había tomado el consejo, y apenas le parecía estaba seguro lo hecho. Y así se determinó de dilatar su ida, aunque el criado hacía grande instancia, poniéndole delante cómo la princesa, fiada de sus esperanzas, era ya partida de Madrid á Pastrana, y cómo la quedaba esperando por horas, y que no habiendo ido á otra cosa era hacerle á una persona de tantas prendas grande agravio y afrenta. No movieron estas razones á la madre de su parecer, ni otras más fuertes que á ella se le representaron, como era la necesidad que tenía la orden del favor de la princesa, y de Ruy Gómez su marido, para que el rey la amparase, porque se comenzaban ya á descubrir las contradicciones de la orden y enemigos de que adelante diremos, porque confiada de Dios, todo lo posponía por el bien de su monasterio. Pero como se fuese delante del Santísimo Sacramento á pedir consejo al Señor para escribir una carta, despidiendo á la princesa de suerte que no se enojase, sino que llevase en paciencia su dilación, respondióle nuestro Señor, no á lo que ella iba á pedir, sino á lo que convenía que se hiciese, diciéndola (*Fundaciones*, cap. XVII): Hija, no dejes de ir, que á más vas que á esa fundación, llévate la regla y las constituciones.

Lo que hizo la santa madre, oídas estas razones, me pareció poner aquí por sus mismas palabras, para que claramente se entienda cuán seguro camino llevan todos sus pasos. «Allí,

»yo, dice, como entendí esto de nuestro Señor, aunque había
»grandes razones para no ir, no osé sino hacer lo que solía
»en semejantes cosas, que era regirme por el consejo de mi
»confesor, y así le envié á llamar sin decirle lo que había
»entendido en la oración, porque con esto quedo más satisfe-
»cha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz conforme á
»lo que naturalmente pueden conocer, y su Majestad cuando
»quiere se haga una cosa se la pone en el corazón. Esto me
»ha acaecido muchas veces: así fué en esto, que mirándolo
»todo le pareció fuese, y con esto me determiné á ir.»

Salió la santa madre de Toledo para Pastrana segundo día de Pascua de Espíritu Santo, que fué á treinta de mayo de mil quinientos sesenta y nueve, dejando en Toledo por priora á la madre Isabel de santo Domingo, y llevó en su compañía dos monjas demás de la gente que solía acompañarla. Era el camino por Madrid, y fuése á posar en casa de una señora llamada doña Leonor Mascareñas, aya que fué del rey don Felipe II, donde la santa de ordinario solía estar cuando se le ofrecía ocasión de pasar por Madrid. Aquí fué donde conoció al padre Mariano de san Benito, que entonces andaba en hábito de ermitaño. Era este padre de nación italiano, doctor en derechos, y en otros tiempos había sido gran cortesano, y caballero muy privado del rey, pero desengañado del mundo lo había dejado, y retirádose á un yermo que llaman del Tardón en el Andalucía, donde vivía con algunos otros ermitaños, y ahora trazaba de ir á Roma á pedir á su Santidad le diese regla y modo de vida, porque pretendía fundar una nueva religión. Pagóse mucho la santa madre de su talento, porque le tenía muy grande, y parecióle sería á propósito para ayudar á la nueva reformación de los descalzos; y así le persuadió quisiese tomar el hábito y profesión de la regla primera de Nuestra Señora del Carmen, y él, deseando saber más de raíz la regla y modo de vida de esta nueva reformación, la santa madre hallóse con ellas apercebida, que solamente á este fin la había prevenido el Señor que llevase consigo la regla y constituciones, que para traer á la religión de los descalzos á este insigne varón la había sacado de Toledo, y dicho (como ya hemos visto) que iba á más que la fundación de Pastrana, y fué así, porque (como adelante veremos) la fundación se deshizo, y de este camino sólo sacó la santa madre

lo que ella no estimaba en poco, que era el haber traído á la orden al padre Mariano, y á su compañero fray Juan de la Miseria, de los cuales había mucho que escribir, si fuera ésta la materia de este libro! Con esto se partió de Madrid la santa madre, que iba muy contenta con el buen suceso que había tenido de los dos nuevos compañeros.

Llegó á Pastrana la santa madre dentro de dos días, donde fué bien recibida del príncipe Ruy Gómez y de la princesa, y diéronle en su casa un aposento apartado, donde estuvo más de lo que ella quisiera, porque la casa que la princesa pensaba darles era pequeña y desacomodada para monasterio, y así fué necesario derribar mucha parte de ella, y trazarla de suerte que pudiese servir al intento que se pretendía. Y porque no le faltasen en esta fundación (como en las demás) trabajos á la santa madre, túvolo muy grande en concertarse con la princesa, porque le pedía condiciones muy graves, y llenas de muchos inconvenientes, de tal manera que la santa madre se determinó á romper, mirando más por la gloria de Dios, y por lo que convenía á su religión, que por el gusto de la princesa. Ella, como amaba tanto á la santa madre, y el príncipe Ruy Gómez, que estaba presente, era hombre de tan gran juicio y prudencia, allanáronse á lo que la santa pedía, y con esto se fundó el monasterio de Nuestra Señora de la Concepción á nueve de julio, día octavo de la Visitación de mil quinientos sesenta y nueve años.

Estando la santa madre en su fundación, vino el padre Mariano, y recibió el hábito en Pastrana, y se fundó en aquella villa un monasterio de frailes, de los más religiosos y devotos que tiene la orden, para el cual la santa madre ayudó mucho. Partióse dentro de breve tiempo á Toledo, dejando su monasterio muy bien puesto. Eligió por priora á la madre Isabel de santo Domingo, sacándola de Toledo, donde al presente estaba, y por supriora á la madre Isabel de san Pedro. Crecía la devoción en el pueblo con el monasterio, y la afición y limosnas de la princesa. La santa madre luego que vió su fundación en buen punto, que fué á cabo de algunos días, se partió á Toledo á perfeccionar lo que allí había comenzado.

Pero como nuestro adversario, con apariencias de fines buenos y santos, hace guerra á todo lo bueno, sucedió que á cabo de algunos días murió el príncipe Ruy Gómez: sintiólo

mucho la princesa como era (razón se sintiese pérdida de tan grande señor), y con apresurada determinación, y con el calor de la pena, que estaba reciente, se resolvió en entrarse monja en el monasterio que había fundado, y lo hizo. Esta determinación tan repentina (permitiéndolo así el Señor por los fines que su Majestad sabe), fué la madrastra de aquella fundación, porque á la princesa, cuanto más se le iba remitiendo el sentimiento y dolor (como de ordinario suele acaecer), tanto más se iba olvidando de aquello á que había venido. Y pensando juntar la autoridad de princesa con la humildad del estado que había tomado, no los podía hacer caber en el saco de sayal, y hacíase á sí notable daño, porque ni bien era princesa ni bien monja, porque las libertades y exenciones que pretendía, y la majestad y señorío con que quería ser tratada (teniendo dentro una criada que la sirviese, y ocupándose muchas veces en lo mismo las demás monjas), desdecía de la profesión que había tomado, y hacía también daño á toda la religión, dando principio á este abuso, que era un veneno bastante para emponzoñarla toda. Dejó el hábito dentro de poco tiempo, y no el disgusto que tenía con las monjas y con toda la orden. Con estas cosas andaban con grande inquietud las religiosas, y estaban muy desconsoladas; escribieron á la santa madre, que entonces estaba en la fundación de Segovia, avisándola de lo que pasaba: sintió mucho ella el desasosiego de sus monjas, y después de haberlo consultado con sus perlados, y otras personas doctas, envió con secreto por ellas, y á las doce de la noche con gran silencio salieron de Pastrana, y se fueron á la fundación de Segovia, como contaremos en su lugar, habiendo estado allí el monasterio por espacio de algunos meses.

Quedó la santa madre de este suceso, y de otros algunos que le sucedieron, experimentada de no recibir grandes señoras, que como están hechas á mandar en sus casas, tarde se acomodan á obedecer, y raras veces dejan de querer algunas libertades y privilegios nocivos para estado de tanto encerramiento y humildad. Y así escribiéndole yo una vez recibiese una señora principal de estos reinos, mujer de buena edad, con mucha hacienda y vasallos, la cual había tratado conmigo de ser monja suya, y pedíome que yo lo negociase con la santa, y diese orden como se pudiese ver, yo le enca-

recí mucho á la santa la calidad de la persona, y su buen entendimiento y deseos de servir á nuestro Señor, pareciéndome que la servía mucho en encaminarla tan buen sujeto), ella me respondió que me agradecía mucho la voluntad y cuidado que tenía de aprovechar á su orden y de procurarle todo bien, pero que en otra cosa le hiciese merced, y no en llevarle señoras, que como están enseñadas siempre á hacer su voluntad, no sirven sino de estragar los monasterios adonde entran. Y porque no hay regla tan general que no tenga excepción, en otras ocasiones, conociendo la santa madre talento, partes y humildad en semejantes personas, las recibía con gran gusto, porque cuanto las que no prueban bien son dañosas, suelen ser de provecho, y un espejo de la comunidad, y ejemplo de las demás, las que, olvidándose de que eran señoras, procuran ser siervas y esclavas de Jesucristo, como con muchas se ha experimentado.



CAPÍTULO XXII

Funda la santa madre el monasterio de San José de Salamanca; cuéntase un apareamiento que hizo la santa á una religiosa de aquel monasterio

ESTUVO la santa madre en Toledo, después de la vuelta de Pastrana, algunos meses, donde le escribió el padre Martín Gutiérrez, rector del colegio de la compañía de Jesús de Salamanca, varón de muy gran santidad y prudencia, pidiéndole fuése á fundar en aquella ciudad tan insigne un monasterio de Monjas: conocía este padre á la santa y tenía mucha noticia de su buen espíritu, y del gran fruto que sus monasterios hacían en todos los pueblos donde estaban fundados, y así con mucho celo procuraba que aquella ciudad participase de aqueste bien. La madre reparó algo á los principios, considerando la pobreza de Salamanca: pero volvió presto la hoja, y mirando al norte que ella solía, que era la gran providencia de Dios, y su palabra, que nunca falta á quien le sirve, y con la experiencia que ya tenía de que en otras ciudades más pobres no le había faltado, determinóse á hacer esta fundación.

Hecha esta resolución, salió luego de Toledo, y vino á Ávila, y desde allí procuró la licencia, escribiendo al obispo de Sa-

lamanca (que era entonces don Pedro González de Mendoza y el padre Martín Gutiérrez, para que él le informase, el cual dió tan buena relación de la orden y religión á que había dado principio la santa madre, que con ella y con la autoridad y crédito que él tenía con el obispo, alcanzó fácilmente la licencia. En sabiéndolo la madre, luego le pareció que estaba hecho el monasterio. Hizo alquilar luego una casa de un caballero llamado Gonzalo Yáñez de Ovalle, en el arroyo de San Francisco, aunque hubo gran dificultad en desembarazarla, por vivir en ella estudiantes que la tenían tomada por todo el año. Al fin se acabó con ellos la diesen al tiempo que hubiese de venir la persona que había de morar en ella, porque no sabía nadie era para monasterio, que en esto (como la que por experiencia sabía cuánto importaba) procuraba la madre gran recato y secreto, por la gran diligencia que el demonio hacía en contradecirle.

Partió la santa madre de Ávila para Salamanca, donde llegó víspera de Todos Santos año de mil quinientos sesenta y nueve, habiendo caminado toda la noche antes con mucho frío, y juntamente aquejada de sus indisposiciones, aunque ni por estos ni por otros trabajos mayores dejaba de poner en ejecución lo que entendía era más gloria de Dios. Fuése á apear á una posada, porque no tenía en Salamanca persona alguna conocida donde pudiesen ella y sus monjas estar recogidas. Estos eran los arrimos y favores con que la santa madre fundaba; una casa de posadas, una ciudad pobre, donde ni la conocían á ella, ni á su orden, ni á sus monjas, con sola la licencia del obispo; sólo tenía gran fe y confianza en Dios de que no le había de faltar, y con esto se animaba á empresas tan graves y dificultosas. Padeció harto en hacer que los estudiantes la desocupasen la casa, y con buena traza y diligencia, por medio de un mercader honrado y pobre, alcanzó que se desembarazase la casa de los inquietos moradores, lo cual hicieron, aunque á costa de mucha solicitud y cuidado. La madre se fué luego casi de noche con su compañera á ella; hízola aderezar, ó por mejor decir ella y su compañera trabajaron casi toda aquella noche en componerla, que había harto que entender, según salió maltratada del poder de los estudiantes.

Díjose la primera misa día de Todos los Santos año de mil

quinientos sesenta y nueve, y púsole la santa al nuevo monasterio el nombre que á todos los demás que no tenían fundador, conviene á saber de san José, esposo de la Virgen. Envió luego á Medina por monjas, porque escarmentada de lo que había sucedido en la fundación de Medina, había determinado de no llevar consigo (principalmente cuando estuviere cerca) mas que una compañera. Aquel día y otros les enviaron de comer de limosna las monjas de Santa Isabel, que eran sus vecinas, y ayudaban con mucha caridad en sus necesidades. Llegada la noche, quedáronse las dos solas en una casa tan grande y desbaratada que á cualquiera bastara á dar temor. La compañera de la santa madre, que se llamaba María del Sacramento, comenzó á tenerle muy grande, imaginando si alguno de aquellos estudiantes que habían salido con gran disgusto de la casa, por vengarse de ellas, ó hacerles alguna burla, se había quedado en algún desván ó rincón (que por ser la casa tan grande había muchos): recogiéronse ambas á una pieza, donde no había más que una poca de paja, que era la que les servía de cama, y el ajuar de que proveía la santa madre en sus fundaciones. La compañera atrancó la puerta, y con esto le pareció estaba algo segura y sosegada del miedo de los estudiantes. Ningún temor de estos llegaba á la santa, porque le había dado Dios un ánimo tan esforzado, que no temía cosa alguna de este ni del otro mundo; pero la compañera no hacía sino mirar á una parte y á otra, con mil pensamientos todos de temor, á los cuales ayudaba el ser noche de las Ánimas, y así el ruido grande de las campanas despertaba más su imaginación y su miedo. Como la santa madre la vió tan inquieta y temerosa, díjole: ¿Qué está mirando, hermana? Respondió: estoy, madre, pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿qué había de hacer vuestra Reverencia sola? El caso puesto en ejecución diérale mucha pena á la santa madre, porque aunque ninguna cosa le causaba temor, la vista de cualquier cuerpo muerto le enflaquecía notablemente el corazón, y así se la dió también la pregunta de la compañera; pero entendiendo luego eran rodeos y niñerías del demonio (que á quien no le teme á él procura causarle temor por otras mil partes, y hacerle perder tiempo con mil sombras vanas y imaginaciones de lo que nunca será) le respondió con mucha discreción y gracia juntamente: Hermana, cuando esto

sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir. Con esto sosegó á su compañera, y el sueño (que había dos noches que les faltaba) venció en ella el miedo, y reposaron toda aquella noche, que tenían harta necesidad.

Luego vinieron de Medina la madre Ana de la Encarnación, á quien la santa hizo allí priora, y María de Cristo, que fué supriora, y Jerónima de Jesús; y de Ávila vino la madre Ana de Jesús, que después fundó el convento de Granada y María de san Francisco, que ahora está en Alba, y Juana de Jesús, que vive en Salamanca, eran las tres novicias, y todas mujeres de mucha virtud y talento. Vivieron en aquella casa tres años con grande descomodidad, trabajo y poca salud porque era muy húmeda y muy fría, y el mayor que las siervas de Dios padecían era no gozar allí de su real presencia, porque no tenían puesto el Santísimo Sacramento, ni parte acomodada ni decente para poderle tener. La santa madre, desde pocos días que se hizo esta fundación, se partió para Ávila, por ser así necesario y forzoso, por lo que adelante diremos. Desde allí no sólo consolaba y animaba á sus religiosas con cartas, sino también les enviaba parte del sustento; porque aún no eran conocidas en Salamanca y padecían gran necesidad y pobreza, sentía la santa madre los trabajos de sus hijas mucho más que si ella los pasara; y así por alcanzar parte de estos, como por remediar los que padecían, determinó de volver á Salamanca al cabo de tres años, y en un poco de tiempo que estuvo allí concertó una casa de un caballero llamado Pedro de la Banda, que está entre las casas del conde de Monterey y del conde de Fuentes, y hubo en el concierto grandes dificultades, por ser casa de mayorazgo, y tener el vendedor condición algo fuerte y rigurosa. Pasáronse á ella víspera de San Miguel del año de mil quinientos setenta y tres, donde se padeció también su pedazo; y ya que estaban en la casa, revolvió el caballero con nuevas condiciones, apretando á la santa madre á lo que ella no había prometido,) y anduvieron algunos pleitos por algún tiempo.

Luego que las religiosas se pasaron á las casas de este caballero, comenzaron á ser conocidas en la ciudad, y con el trato de ellas crecía la devoción y estima de su santidad y de su orden: hacíanles mucha limosna, y señalábase entre otras la condesa de Monterey doña María Pimentel, la cual las

ayudaba y favorecía con gran cuidado. Fué nuestro Señor despertando los ánimos y corazones de muchas señoras doncellas, hijas de lo más ilustre y noble de aquella ciudad, las cuales, hollando las riquezas y tesoros que el mundo estima, se determinaron á buscar el que Dios tiene escondido en la humildad y pobreza del santo Evangelio, y así tomaron muchas el hábito. Ha habido en esta casa siempre religiosas muy santas, muchas de las cuales están ya gozando del premio de sus trabajos.

Al cabo de algunos años después de la muerte de la santa madre, no pudiendo convenirse con aquel caballero, dejaron su casa, y se pasaron á una que era hospital del Rosario, que es junto á San Esteban, insigne convento de la orden del glorioso Santo Domingo, que es donde están ahora. No se puede decir los trabajos y dificultades que le sucedieron á la santa madre en toda esta jornada, desde que salió de Avila, así en el camino como en Salamanca, en el concierto de las casas, en el pasarse á ellas, en componerlas y acomodarlas, y en otras cosas que acompañaban á estas que voy diciendo; y así solía decir que una de las fundaciones que más trabajo la habían costado era esta de Salamanca.

Antes de pasar de aquí contaré un caso muy raro y particular que sucedió en este convento en el año de mil quinientos setenta y tres, y fué estando á la muerte una religiosa, llamada Isabel de los Ángeles, habiendo estado ocho meses acosada de una recia enfermedad y gravísimos dolores, y sobre todo apretadísima por todas partes con escrúpulos y temores, y otros trabajos interiores que la tenían tan afligida que no había parte en su cuerpo y en su alma que no padeciese con tan grande exceso que daba gran compasión á quien la miraba. Particularmente el día de San Bernabé apóstol estuvo en extremo fatigada, porque estaba para morir; fuéronse las religiosas á misa, y ella quedó encomendándose á nuestro Señor, pidiéndole la remediase y favoreciese en aquel paso, que con razón es el más temido, por ser el más peligroso de esta vida. Cuando la priora (que entonces era la madre Ana de la Encarnación) y religiosas volvieron de misa, halláronla con una extraordinaria alegría y contento; díjole la priora: Bendito sea Dios, hermana, que parece está mejor: ¿qué es lo que siente que tan alegre está? Ella respondió: La alegría

es, madre, que hoy se acabarán estos trabajos, y gozaré del bien que deseo tanto tiempo há. La madre superiora, que estaba allí, preguntóla? ¿Quién se lo ha dicho, hermana? La enferma sonriéndose respondió: ¿Qué cosa pregunta, madre superiora? El que puede me lo ha dicho. No dijo más por entonces, saliéronse las monjas afuera, y quedóse á solas con ella la madre Ana de Jesús (de quien habemos hecho mención arriba) que había sido maestra en su noviciado, y queriendo examinar de raíz la causa de este contento, le dijo: ¿Qué tenemos? ¿que tan cierta está hoy de salir de este destierro? Ella afirmó que mientras estaban en misa había estado con ella la santa madre Teresa de Jesús bendiciéndola, y que llegándola las manos al rostro, le decía: Hija mía, no sea boba, ni esté con esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Esposo, que es grande la gloria que le tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.

Estaba la enferma tan mudada con estas palabras, que le pareció la comenzaba ya á sentir en el alma, gozando de tanta paz y serenidad como si nunca hubiera tenido guerra, temor ni escrúpulos, y así pasó con aquellas vísperas y esperanza de gloria hasta las once de la noche. En aquella hora tuvo un sentimiento tan vivo de que era la última de su vida, y que era llegado ya el tiempo que Dios la quería llevar consigo, que no pudiendo dudar de esto, lo decía con tantas veras que se persuadió á lo mismo la priora, y junto todo el convento, y diciendo el Credo, con la última palabra de él, conviene á saber, *Vitam æternam*, espiró aquel mesmo día que ella había dicho. Quedó su cuerpo con tan grande hermosura y resplandor, que se echaba de ver claramente ser todo sobrenatural y divino, lo cual no sólo notaron todas las religiosas, sino muchas personas seglares y religiosas de otras órdenes que se hallaron en su entierro, que por la estrechura de la casa se hizo en la iglesia; y fué tanto el concurso de gente en esta nueva maravilla, que fué necesario que el conde de Fuentes y el comendador Páez defendiesen el lecho de la difunta mientras se hacían los oficios.

Este mismo día que la enferma dijo había visto á la santa madre, estaba ella en la fundación de Segovia, y las religiosas de Salamanca, deseando certificarse más de la verdad del caso, escribiéronlo á la priora y superiora de Segovia, para

que lo contasen á la santa, y procurasen entender de ella cómo había pasado; ellas lo hicieron así, y cuanto la santa madre disimulaba más, hacían ellas más instancia, diciéndole que debía de tener gran fundamento. Aquella misma mañana, después de haber comulgado, llegando dos veces á darle un recaudo, ninguna había respondido, porque estaba como muerta, y esto decían que era á la misma hora que habían escrito de Salamanca que estuvo allá. Viéndose la santa madre casi convencida, les dijo riéndose: Váyanse de ahí, ¿qué de cosas inventan? extrañas son: con las cuales tuvieron por cierto haber sido así, y de ahí á un año se supo el caso más claramente, porque enviando la santa madre por Ana de Jesús para llevarla por priora á la fundación del convento de Beas, quiso informarse más en particular de la santa misma, de lo que la enferma á ella le había dicho; y con el amor que la santa madre le tenía, le respondió claramente que así había sido, y ella deseando recibir otra semejante merced, le rogó á la santa madre le hiciese tanto bien á la hora de su muerte, que desde donde quiera que estuviese la visitase; prometiósele la santa, diciéndole: Yo se lo ofrezco, si Dios me diere licencia, que no está en mi mano, ni puedo hacerlo, sino cuando él lo ordena.

Preguntóle también si había dicho aquella palabra á la difunta, que Dios la tenía aparejada mucha gloria. Respondió que sí, porque se le había mostrado su Majestad, y que era tanta la gloria que tenía en el cielo por cinco años que había sido monja, como otras por cincuenta años de religión, aunque hubiesen vivido en ella con mucha rectitud; y verdaderamente la vida de la religiosa era tan ejemplar que no se podía dudar de este premio, porque fué grande el fervor y las ansias que tenía siempre de contentar á Dios. Todo cuanto hacía le parecía nada, y habiendo dejado mucho por Dios en el siglo, andaba en la religión más abatida y humillada, teniendo por la más despreciada de todas: no había ninguna que no le pareciese á ella le hacía grandes ventajas, y lo que más es, que jamás se hallaba digna de ningún consuelo interior ni exterior, y no sólo no lo deseaba, sino que lo huía; de manera que rezando el oficio divino le echaban muchas veces de ver que en llegando á aquel verso de David: *Quando consolaberis me?* pasaba tan apriesa por él que disonaba de las

demás, y preguntándole la causa de este apresuramiento, respondió (*Ps. CXVIII, vers. 82*): Temo no me consuele Dios en esta vida.

Cómo haya sucedido que estando la santa madre en Segovia, haya venido personalmente á visitar tantas leguas á una enferma, estando juntamente en dos lugares, negocio es más de disputa de teólogos que de examen de historia, la cual sólo atiende á contar la verdad del caso. Pudo suceder esta maravilla por muchos medios, ó estando el cuerpo de la santa madre por virtud divina en dos lugares, ó que en la una parte se estuviese realmente, y en la otra supliese algún ángel su figura, ó por otros modos que el Señor sabe y puede ordenar: á lo que yo más me inclino, y lo que con mayor certidumbre he podido colegir de la averiguación de este hecho, es que la santa madre viniese en persona á visitar y consolar aquella enferma, como ella misma lo confesó, y hubiese el Señor ordenado que en Segovia no la echasen menos, supliendo por algún medio natural ó sobrenatural su presencia, de suerte que se viese como si allí entonces asistiese personalmente.



CAPÍTULO XXIII

De la fundación del octavo monasterio, que fué en Alba de Tormes, donde se pone una visión particular que tuvo la fundadora de él

DESPUÉS de algunos días que la santa madre fundó el convento de Salamanca, habiéndose vuelto á Avila, y acudiendo desde allí con su celo grande á otras necesidades que en otros monasterios se ofrecían (que como hijos recién nacidos padecían muchas), un contador del duque de Alba don Fernando, llamado Francisco Velázquez, y Teresa de Laiz su mujer, importunaron á la madre por medio de Juan de Ovalle, y de doña Juana de Ahumada su mujer, y hermana de la santa, para que fuése á fundar á Alba un monasterio. No gustaba mucho la santa de esta fundacion, por ser Alba pequeño lugar, y por esta razón era necesario que el monasterio tuviese renta, que era lo que la madre rehusaba mucho; pero el padre maestro fray Domingo Bañes, confesor antiguo suyo, que entonces estaba en Salamanca, la persuadió que de ninguna manera lo dejase de hacer, diciendo que aunque tuviese renta el monasterio no estorbaría nada para que las monjas fuesen pobres y perfectas, y como la santa era tan obediente, se determinó fundarle, viendo que no era posible sustentarse allí de limosnas.

Pero antes que vengamos á tratar en particular de esta fundación, será razón que digamos quiénes fueron los fundadores, y las razones que los movieron para fundar, que verdaderamente son maravillosas y dignas de consideración, y lo más que aquí dijere será sacado de lo que la santa madre escribe en el libro de sus fundaciones tratando de este caso, del cual ella se informó y satisfizo enteramente, y así lo iré contando por sus mismas palabras (*Fundaciones*, cap. XIX).

Teresa de Laiz era hija de nobles padres, los cuales, por no ser tan poderosos como lo pedía la nobleza de su linaje, tenían su asiento en un lugar pequeño, llamado Tordillos, que está dos leguas de la villa de Alba. Fué gran sierva de Dios y gran cristiana, y de esto tuvo pronósticos desde su nacimiento, porque luego que nació en casa de sus padres causó grande sentimiento, porque estaban cargados de hijas, y deseaban grandemente un hijo, en quien se conservase su nombre y su casa; y así hicieron tan poco caso de ella, que aunque la bautizaron luego, pero á cabo de tres días de su nacimiento la dejaron olvidada, y sola desde la mañana á la noche, sin que se acordasen que tenían hija más que si no fuera suya. Á la noche vino una mujer que tenía cuidado con ella (que había estado hasta entonces fuera de casa); sabiendo lo que pasaba fué corriendo á ver si era muerta, y con ella otras algunas personas (que habían ido á visitar á su madre) que fueron testigos de lo que ahora diré. La mujer tomó llorando en los brazos á la niña, y le dijo con grande sentimiento: ¿Cómo, mi hija, vos no sois cristiana? Como quejándose de la crueldad que con ella habían usado sus padres, la niña alzó la cabeza, y dijo: Sí soy, y no habló más palabra hasta la edad en que los niños suelen hablar. Todos los que la oyeron quedaron espantados de aquel prodigio tan espantoso, y su madre, teniendo esto por presagio de algún gran bien de su hija, la comenzó á querer y regalar más desde entonces, y decía muchas veces que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacía de aquella niña.

Viniendo el tiempo que la quisieron casar sus padres, ella no quería tomar estado, ni le pasaba por el pensamiento el ser casada; pero en sabiendo que la pedía Francisco Velázquez, criado del duque de Alba don Fernando, luego se determinó de casarse con él, sin haberle visto en su vida, y por

ventura sin tener otra razón para esto más de que la movió á ello Dios, que tenía ordenado que por este camino se viniese á hacer este monasterio. Al cabo de algún tiempo que vivieron casados en Alba, por algunas razones que tuvieron para esto, se determinaron de irse á morar á Salamanca, donde vivieron de allí adelante en servicio de Dios, ricos y contentos, y sólo les daba pena no tener hijo ninguno. Teresa de Laiz los pedía á Dios con grandes instancias, y hacía muchas devociones, y sólo los deseaba tener (como ella decía) porque quedase cuando ella muriese quien de su parte y como en su lugar alabase á Dios nuestro Señor, sin que jamás otra cosa tuviese por fin de este deseo. Pues como anduviese muchos años aquejada con esta ansia, encomendólo al glorioso apóstol san Andrés, que le dijeron era particular abogado para lo que ella deseaba. Después de haber hecho muchas devociones á este santo, oyóla el Señor por su intercesión, para que alcanzase lo que ella tanto pretendía, que era tener generación que después de sus días alabase continuamente al Señor, aunque no por los medios, ni como ella pensaba, que era teniendo hijos carnales, porque se hizo este monasterio de monjas (como luego veremos) donde ha habido y hay tantas siervas de Dios, ocupadas de día y de noche en oración, vigili-
lias y alabanzas divinas. Estando pues ella una noche en la cama, oyó una voz que le dijo: «No quieras tener hijos, que te condenarás». Quedó muy turbada y medrosa de esta voz, pero no desconfiada de alcanzar lo que pedía, pareciéndole que con el fin que ella tenía iba muy segura de no condenarse, y así proseguía con sus devociones sin cansarse, y solicitaba al bienaventurado apóstol con el mismo cuidado que antes.

Acaeció pues que estando una vez con este mismo afecto y solicitud viese una visión, sin poderse ella determinar si estaba dormida ó despierta cuando le sucedió, pero por los efectos se vió haber sido de Dios. Parecíale que se hallaba en una casa, adonde en el patio de ella debajo del corredor estaba un pozo, y vió juntamente en aquel lugar un prado muy verde, sembrado con unas flores blancas de tanta hermosura cual nunca jamás ella había visto, ni sabría tampoco imaginar: cerca del pozo vió al mismo apóstol san Andrés con una muy hermosa y venerable presencia, que daba gran recrea-

ción el mirarle, y díjole él: *Otros hijos son éstos que los que tú quieres*, entendiéndolo por aquellas flores blancas y hermosas que había visto. Causó tales efectos en ella esta visión, que luego borró de la memoria el deseo de hijos, como si jamás lo hubiera tenido, y entendió claramente ser voluntad de nuestro Señor que hiciese un monasterio, sin haber ella tenido jamás tal pensamiento, porque todo esto se le dió en entender en aquella visión, la cual hizo tal operación en ella, que trocando su cuidado en otro mayor, de allí adelante comenzó á tratar de otros hijos, pensando de día y de noche cómo pondría en ejecución lo que el Señor le había mandado. Tratólo con su marido, el cual, como era semejante á ella en la bondad y cristiandad, parecióle bien el acuerdo, aunque no la traza que daba de hacerlo en Tordillos, que era el aldea donde ella había nacido.

Estando ambos con esta determinación, envió la duquesa de Alba doña María Enríquez por Francisco Velázquez para hacerle contador del duque don Fernando su marido. Aceptó el oficio de buena gana, y compró luego casa en Alba; envió por Teresa de Laiz, que estaba en Salamanca. Ella vino á Alba con mucho disgusto suyo, y mucho mayor lo comenzó á mostrar cuando vió la casa que su marido había comprado, que aunque estaba en buen puesto, y tenía gran capacidad y anchura, pero el edificio que estaba labrado y hecho era casi ninguno. Durmió con esta pena aquella noche que había llegado, y á la mañana como entró en el patio vió un corredor, y debajo de él un pozo, y luego se acordó que aquel pozo era el mismo que había visto en la visión que habemos referido, y quedó espantada, considerando cómo sin saberlo su marido había venido á comprar la casa que á ella tantos años antes se le había representado, y quedando toda turbada, considerando cómo con la visión correspondía el hecho, se determinó luego de hacer en aquel sitio el monasterio, y de vivir con mucho gusto de allí adelante en Alba. Compraron para este efecto otras casas que estaban allí junto, para que hubiese bastante anchura para lo que ellos pretendían. Andaba muy cuidadosa Teresa Laiz qué orden escogería, porque deseaba fuesen las monjas pocas, y muy encerradas, y gente de gran ejemplo y espíritu. Tratólo con dos religiosos graves de diferentes órdenes; ambos se convinieron en que sería mejor

emplearlo en algunas obras pías, que no hacer ahora monasterios de nuevo, y especialmente que sería muy dificultoso de hallar monjas con tanta perfección como ella las pintaba. Pusiéronle delante algunas otras razones á su parecer de ellos aparentes y buenas, con las cuales ella y su marido se resolvieron á mudar de intento, porque el demonio andaba de por medio, y temía grandemente ver allí un monasterio tal cual ellos deseaban. Y así les pareció á los dos sería bien casar un sobrino de la Teresa Laiz con una sobrina de su marido, y á ellos podrían dar la mayor parte de su hacienda, y lo demás emplearlo en hacer bien por sus almas.

Mas como nuestro Señor tenía ordenada otra cosa, aprovechó poco su determinación, porque dentro de quince días le dió un mal tan recio al sobrino, que en muy breve tiempo le llevó el Señor consigo, y desbarató sus intentos. Á la mujer se le asentó luego que la causa de aquella muerte había sido la falta de constancia que había tenido en su propósito, y dáble gran temor, acordándose de lo que había sucedido á Jonás profeta, por no querer obedecer á Dios. Determinóse desde aquel día de no dejar de hacer el monasterio por ninguna cosa, y su marido hizo también lo mismo, aunque no sabían cómo ponerlo por obra, porque á ella parece le ponía Dios en el corazón procurase monjas encerradas, gente de oración y de espíritu, y cuando lo comunicaba con alguno, le representaban cuáles quería que fuesen las monjas de su monasterio; refanse de ella, pareciéndoles no era tiempo de buscar aquellas monjas tan afinadas como ella las pedía. Quien más desconfianza le ponía era un padre de san Francisco su confesor, hombre de prudencia y letras, pero permitió el Señor que él mismo le trujese las buenas nuevas de lo que ella buscaba, y de lo que antes él lo había hallado por imposible, porque yendo fuera de aquel pueblo, le dieron noticia de los monasterios que fundaba la santa madre, é informándose muy en particular del modo y forma de vida, halló cumplido todo cuanto los fundadores deseaban: en llegando á Alba muy contento les dió las nuevas de lo que había sabido, y les dijo que el medio que había para esto se hiciese con brevedad, era escribir á la madre Teresa de Jesús, que estaba en Ávila, lo cual ellos hicieron, como al principio del capítulo comenzamos á decir.

Fué la santa madre dos veces á Alba para este intento, y hubo hartas demandas y respuestas para que viniese á efectuarse el monasterio, porque los fundadores no daban todo lo que era necesario para la fábrica y sustento de las religiosas, y la santa (como tan cuerda y prudente) era siempre de opinión que ó bien sus monasterios fuesen sin renta, ó si bien los fundasen en pueblos pequeños tuviesen la necesaria, sin que tuviesen la dependencia de deudos, parientes, ni otras personas. En fin vinieron á dar la renta que pareció sería bastante, y así sin contradicción alguna se fundó en Alba el monasterio de Nuestra Señora de la Anunciación, que así quisieron los fundadores que se llamase, á veinticinco de enero de mil quinientos sesenta y un años, día de la conversión del sagrado apóstol san Pablo, y fundóse en sus mismas casas. Así se cumplió la visión de Teresa de Laiz, y lo que san Andrés le dijo, y conoció en el suceso que éste era el prado donde habían de nacer aquellas blancas y olorosas flores, como por la misericordia del Señor se ven ya muy crecidas de muy suave olor. Hizo priora á Juana del Espíritu Santo, y supriora á María del Sacramento, y dentro de pocos años se recibieron muchas monjas de muchas partes: entre ellas fueron doña Beatriz de Toledo, hermana del duque de Alba don Antonio Álvarez de Toledo, que ahora se llama Beatriz del Sacramento, y es priora del convento de Salamanca, y una sobrina de la santa madre, y hija de su hermana doña Juana de Ahumada, la cual (como adelante escribiremos) vino á la religión por medio de las oraciones de su santa tía, y es ahora priora en Ocaña: llámase Beatriz de Jesús.

Después de muerta la santa madre, enfermó gravemente Teresa de Laiz, fundadora, y estando con alguna mejoría, y sin pensamiento de morirse, le apareció la bienaventurada madre Teresa de Jesús con su capa blanca, cual ella la había conocido y tratado en esta vida, y le hizo señas llamándola que viniese con ella, con las cuales la enferma entendió que se moría, y que la madre la llamaba para que fuese á gozar de la gloria que sus buenas obras habían merecido, que este es premio que da el Señor y sus santos á quien así se emplea en su santo servicio.



CAPÍTULO XXIV

Cómo la santa madre fué elegida por priora del monasterio de la Encarnación de Avila, y de otras cosas notables que sucedieron en este tiempo

COMPUESTA la fundación de Alba, se partió la santa madre al convento de Medina del Campo á componer unas grandes diferencias que había sobre una novicia entre las monjas y los deudos de ella, á los cuales contra razón favorecía el provincial de los padres carmelitas calzados, y la santa madre, pareciendo no la tenían, les era contraria; y así por no haberle dado gusto en esto al provincial, como por no haber hecho priora á una monja que él pretendía que lo fuese, enojado y sentido gravemente de este hecho, puso un precepto y excomunió, mandando á la santa madre que se saliese de Medina ella y la priora que había elegido dentro de aquel mismo día; y aunque era ya tarde cuando le notificó este precepto, y el tiempo importuno y riguroso, por ser cerca de Navidad, sus enfermedades tantas y tan graves, y el sentimiento y lágrimas de las monjas muy grande, y aunque ellas se ofrecían á aplacar al provincial, ella se determinó de salir luego, y cumplir la obediencia, sin replicar ni discrepar un punto. Puso el provincial por priora á la monja que pre-

tendía, que se llamaba doña Teresa de Quesada, que era monja de la mitigación, y la santa se partió para Avila con la madre Inés de Jesús, que era la priora que había elegido antes en Medina del Campo, padeciendo hartos dolores y frios por los caminos.

Sucedió pues en este tiempo que con el gran celo que el santo pontífice Pío V tenía de la gloria de Dios y aumento de las sagradas religiones, determinó de señalar visitadores para mayor reformation de algunas. Para la de Nuestra Señora del Carmen de la provincia de Castilla fué señalado el padre maestro fray Pedro Fernández, de la orden de Santo Domingo, varón apostólico y de mucha prudencia y letras; el cual ejercitando su oficio, y visitando su provincia, llegó á Avila con harto deseo de conocer la madre Teresa de Jesús, de quien había oído contar grandes cosas al padre maestro Bañes, y á otros maestros y personas graves de su orden; pero siempre estaba poco satisfecho, oyendo cosas tan extraordinarias, y con gran temor y recelo de su santidad y de las cosas que de ella decían, temiendo como prudente y experimentado todos los ardidés y engaños del demonio que en semejantes casos suele haber.

Visitó y habló á la santa madre, que era priora entonces del monasterio que había fundado en Avila, y ella como á perlado le dió cuenta de su vida y espíritu, y todo el discurso de sus fundaciones, y él quedó tan satisfecho de su santidad quanto antes estaba dudoso de ella; y así decía de allí adelante que la madre Teresa de Jesús era gran mujer, y que había mostrado al mundo cómo era posible vivir mujeres guardando la perfección evangélica; y pareciéndole que en Avila no haría mucha falta, dentro de pocos días la mandó ir al monasterio de Medina del Campo, de donde la había echado el provincial, eligiéndola allí por priora con los votos de las mismas religiosas, porque la priora que antes era había dejado el oficio y hábito de descalza, y vuéltose á la Encarnación, y así era muy necesaria la presencia de la santa madre en aquella casa. Vino luego á Medina, y comenzó á gobernar sus monjas, y el padre visitador se partió también para Medina. Dentro de dos ó tres meses volvió á Avila á visitar el monasterio de la Encarnación, y lo que de la visita resultó fué experimentar la grande necesidad que tenía aquel

monasterio de quien le amparase, así en lo temporal como en lo espiritual, porque en todo se iba acabando. La causa era que á las monjas no les daban el sustento necesario, ni tenían de qué, y ellas estaban ya determinadas de pedir licencia á sus superiores para irse á casa de sus deudos que las sustentasen, que por ser tanta la necesidad, y el número de las religiosas tan grande que pasaban de ochenta, era mucha la costa; y de aquí nacía haber mucha ocasión para que se faltase en el recogimiento, y en otras observancias sustanciales de la religión, y se siguiesen otros daños que suele acarrear en las comunidades la falta de lo temporal. Parecía al visitador que ninguna persona se podría hallar que con tanta satisfacción acudiese al remedio de todas estas necesidades y llenase aquel vacío como la madre Teresa de Jesús; y así consultándolo primero con los definidores del capítulo de los padres del Carmen calzado con sus votos, y con la autoridad que él tenía, hizo la santa madre priora del monasterio de la Encarnación, para que con su presencia y ejemplo, y juntamente con su grande prudencia y espíritu, remediase aquella casa.

La santa madre sintió mucho esta elección, así por la gran quietud y sosiego que ella tenía en sus monasterios de calzadas, como por la gran necesidad que todos ellos tenían de ella, porque no sólo dependían todos de sus consejos y cartas, sino que muchas veces clamaban por su presencia, y más en tiempos de tantas contradicciones y persecuciones; y no le daba menos pena el amor que tenía á sus monjas, las cuales como las que tenían conocida tal madre habían de quedar huérfanas y desconsoladas. A todo esto se añadía la gran contradicción que la madre tenía con oficios y prelacías, y más donde había de templar tantas condiciones, y donde parece que las costumbres iban algo de rota, y estaban ya casi estragadas todas las buenas leyes que en su tiempo se guardaban. Estos temores la detenían, sin que se osase arrojar á tan evidente peligro, hasta que nuestro Señor (como quien había puesto las manos en este negocio) declaró su voluntad, y quitó las dificultades y temores, como ella dejó escrito por estas palabras (*Adiciones á la Vida*):

«Estando yo un día después de la octava de la Visitación encomendando á Dios un hermano mío en una ermita del

» monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento):
 » ¿Por qué está este mi hermano adonde tiene peligro su sal-
 » vación? Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este pe-
 » ligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí que no
 » me quedara cosa que pudiera por hacer. Díjome el Señor:
 » ¡Oh hija, hija, hermanas son más estas de la Encarnación,
 » y te detienes! Pues ten ánimo, mira que lo quiero yo, y no
 » es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas per-
 » derán estotras cosas, ganarán lo uno y lo otro; no resistas,
 » que es grande mi poder.»

Estas palabras que el Señor le dijo allanaron todas las dificultades que el negocio traía consigo; y así obedeció sin réplica á lo que el visitador le mandaba, determinándose de morir y reventar antes de volver atrás de lo que entendía era voluntad de Dios; y porque en su visita había hecho un estatuto el visitador, que cualquiera de las monjas de la regla mitigada que pretendiese quedar en el monasterio de las descalzas, hiciese públicamente renunciación de los privilegios y exenciones de la mitigación; aunque la santa madre desde el principio había hecho esta renunciación, teniendo para esto un breve del nuncio apostólico Cribelo cardenal, dado en Madrid á veintiuno de Agosto de mil quinientos sesenta y cuatro años, y tenía también profesión expresa de la regla primera para cumplir de nuevo con el mandato del visitador, y para que no la obligasen siendo priora á conformarse con la observancia de la mitigación, hizo de nuevo esta renunciación en manos del padre fray Pedro Fernández, y delante de muchos y graves testigos, con las palabras y estilo siguiente:

« Digo yo Teresa de Jesús, monja de Nuestra Señora del
 » Carmen, profesa en la Encarnación de Avila, y ahora de
 » presente en San José de Avila, donde se guarda la primera
 » regla (que hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia
 » de nuestro reverendísimo padre fray Juan Bautista Rubeo,
 » que también me la dió, para que aunque me mandasen los
 » perlados tornar á la Encarnación allí la guardase), que es mi
 » voluntad guardarla toda mi vida, y así lo prometo y renun-
 » cio todos los breves que hayan dado los pontífices para la
 » mitigación de la dicha regla; y con el favor de nuestro Se-

»ñor la pienso y prometo guardar hasta la muerte. Y porque es verdad lo firmé de mi nombre.

»Fecha á 13 del mes de Julio de 1571.

»TERESA DE JESÚS,
»carmelita.»

La elección de priora que el visitador había hecho en la santa madre causó en las monjas de la Encarnación grande inquietud y alboroto, así por haberse hecho sin sus votos y consentimiento, como porque ya les parecía que con la venida de la madre se cerraban las puertas de los locutorios, conversaciones, y de otras libertades que ellas tenían mucho perder; y así se determinaron no recibirla por perlada, y hacer en este caso toda la resistencia que sus fuerzas bastasen, y para salir mejor con su intento habían convocado en su favor muchos caballeros de la ciudad de Avila. No se le escondía nada de esto á la santa; ni otras cosas que después sucedieron; pero como iba determinada á padecer, y esperaba (como el Señor se lo había dicho) ver el fruto de sus trabajos, animóse varonilmente fiada de Dios y de la obediencia para acometer esta empresa. Fué al monasterio donde la estaban esperando, más con ánimo de injuriarla que de obedecerla, y así temiendo esto el visitador, para que fuese recibida como convenía de las monjas, ordenó que llevase en su compañía al padre provincial de la orden, y á otro compañero suyo, y así se hizo.

Llegaron al monasterio de la Encarnación, y el provincial juntó capítulo en el coro bajo del convento, donde les leyó las patentes de la elección hecha en la madre Teresa de Jesús por el visitador y definitorio de su capítulo. Levantáronse luego muchas, y con demasiada osadía no sólo no querían obedecer la patente, pero decían palabras contra la santa madre harto pesadas y descomedidas; pero las más recogidas y devotas del convento (que eran entonces las menos) tomaron luego la cruz para recibirla, y el padre provincial, que era fray Angel de Salazar, y su compañero la entraron por fuerza, resistiendo las demás. Levantaron una grita y alboroto, cual se puede presumir de gente que estaba tan apasionada. Las unas cantaban *Te Deum laudamus*, otras maldecían á la priora y á quien se la había enviado. Estaba el provincial enoja-

dísimo, pero la santa mientras esto pasaba estaba de rodillas delante del Santísimo Sacramento, y levantándose de allí mostró tener grande lástima de las monjas de que las trajesen priora contra su voluntad, y decía al provincial que no se maravillase de cuanto decían, que tenían razón de no querer tan mala priora.

Y viendo á algunas que (ó ya fuese por la grande pena, ó ya por ser enfermas del corazón) se habían desmayado de la alteración y grita que habían pasado, movida de compasión se llegaba disimuladamente á ellas, y tocándoles con las manos, como apiadándose mucho de su enfermedad, volvían luego en sí, y quedaban sanas y buenas, y cuando alguno notaba esta y otras semejantes maravillas, decía la santa que traía consigo una gran reliquia del *Lignum Crucis*, que tenía grandes virtudes, todo por disimular la que el Señor había puesto en sus manos.

Este era el recibimiento que hacían las monjas á la nueva priora, y no parara aquí si el Señor no lo remediara, porque se juntaron de gavilla algunas que estaban protervas y obstinadas en su parecer para descomedirse contra ella en la primera ocasión. La santa madre mostró aquí su singular prudencia y espíritu, porque echando de ver cuán enconados estaban los corazones, determinó de granjearles las voluntades con halagos y blandura. Principalmente mostró esta admirable prudencia en el primer capítulo que celebró, donde todas las monjas esperaban que había de desenvainar la espada, y comenzar á cortar brazos y piernas, y descabezar abusos, y por lo menos á sacar mucha sangre, y quitarles las libertades de que ellas gozaban con tanto gusto; y así entraron muchas conjuradas para resistir con palabras á sus mandatos, y aun si necesario fuera poner en ella las manos; pero la santa madre, que como sabio y experimentado médico entendía bien cuándo era el tiempo de regalos y cuándo el de purga, usó de este divino artificio: puso en la silla prioral (que era donde ella se había de asentar á presidir en el capítulo) una muy hermosa imagen de nuestra Señora, hecha de talla, y las llaves del convento en sus manos, dando á entender cómo ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya era esta religión y casa, era la verdadera priora que las había de gobernar, y ella se asentó á sus pies para hacer desde allí su capítulo.

Cuando entraban las monjas, y ponían los ojos en la silla de la priora, y veían en ella aquella novedad tan grande, comenzaban á temer y á refrenar con esto sus pensamientos, y á muchas les temblaban las carnes, como ellas muchas veces contaron. Asentadas las monjas en el capítulo, esperando que las palabras de la santa madre habían de ser algunos rayos ó relámpagos que las pusiesen turbación y temor, la santa no les dijo más que las palabras siguientes (tomo 1 de las *Cartas*, aviso v):

«Señoras madres y hermanas mías, nuestro Señor por medio de la obediencia me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, y desto estaba yo descuidada cuan lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como en que á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora que haría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera, aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad. Hija soy desta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, ó de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades; no hay para que se extrañe de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y he gobernado entre descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad, y eso poco que nos manda nuestra regla y constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no llegemos con las obras, llegemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras igualen con la intención y deseo.»

Con esta plática, y con la devoción y vista de la imagen (que les había hecho grande impresión aquel nuevo espectáculo), quedaron enternecidas todas, y tan sujetas que luego postraron el corazón (que antes estaba tan rebelde) al servi-

cio de Dios y obediencia de su perlada, determinándose y ofreciéndose á cualquiera reformati6n que la santa madre ordenase, porque veían y tocaban con la experiencia, por una parte su grande santidad, y por otra el grande amor que con palabras y obras les mostraba; y como todo su ejercicio y estudio lo ponía en buscar dineros para regalarlas, el Señor comenzó luego á proveer con larga mano aquella casa, porque desde entonces nunca faltó á las monjas su ración con más abundancia que nunca la habían tenido; y como Dios bendijo la casa y la hacienda de Labán después que entró en ella Jacob, así parecía que en lo espiritual y temporal había echado la bendición á aquel monasterio, después que la santa madre había entrado en él. A unas daba el velo, á otras la túnica y el hábito, y acudía universalmente á las necesidades de todas, sin mostrar particular amistad con ninguna: ejercitábase en hacerles fiestas de sus santos devotos, y darles recreaciones santas y honestas. Crecía con esto el amor de todas para ella, convirtiéndose la acedia y disgusto que antes habían mostrado, en un entrañable amor y reverencia; ganóles en breve las voluntades, y luego puso grandes medios para ganar las almas, porque puso en la portería y sacristía, y en los demás oficios, personas de confianza, y comenzó luego á quitar visitas, conversaciones y otras correspondencias, que son la ponzoña de los monasterios.

Las monjas, como se iban aficionando á la virtud y al trato de Dios, en que la santa madre las iba poniendo, iban poco á poco olvidando aquello en que antes tenían librado su contento, y los devotos que el mundo llama unos se retiraban y otros sentían mucho tanta estrechura y recogimiento de las monjas. Particularmente un caballero muy principal de aquella ciudad, que tenía allí una conversaci6n algo escandalosa, andaba muy ciego y apasionado; y como viniese muchas veces al monasterio, y le respondiesen siempre de parte de la priora que estaba la monja que venía á buscar ocupada, encolerizóse mucho, y hizo llamar á la santa madre á la reja, y dijola muchas palabras con gran descomedimiento y desenvoltura: ella las oyó con mucha humildad y paciencia, y acabándolas de oír, con aquel celo de su casa, que la comía las entrañas, con un brío y gravedad cual ella sabía tener cuando entendía convenía para la gloria de Dios, afeándole mucho el

inquietar á las esposas de Jesucristo, le dió tal mano, y le trató y castigó su atrevimiento cual él merecía, y amenazóle que si asomaba á los umbrales de la Encarnación había de hacer con el rey le cortase la cabeza. Fueron las palabras que la santa le dijo de tanta fuerza y eficacia, que no vió la hora de irse de allí, temblando del rigor con que la madre le había tratado, y determinado de dejar del todo la conversación que en el monasterio tenía trabada: comenzó luego á echar voz entre los demás que solían ir al monasterio, que buscasen ya otros entretenimientos, que los de la Encarnación mientras allí estuviese Teresa de Jesús eran ya acabados. Esta amenaza, con las demás diligencias que hacía la santa madre, fué bastante para que se acabasen de despedir los demás, y las monjas viviesen con descanso y religión.

Ya que la madre tenía tan bien pertrechada su casa por de fuera, y cerradas las puertas y locutorios, por donde entran de ordinario los ladrones que roban las almas y quietud de las pobres religiosas, acordó, para remediar más de raíz lo interior y más secreto del alma, que viniesen á la Encarnación confesores descalzos de la nueva reformation, que ya se había fundado, porque algunas, deseando comenzar nueva vida, querían hacer confesiones generales, y estaban con grande ansia de tener personas que las trataran de espíritu y oración. La santa pidió al visitador dos religiosos descalzos para confesores de su convento; y él señaló al padre fray Juan de la Cruz, y á otro padre llamado fray Germán, ambos de singular virtud y religión.

Con estos medios y principalmente con sus oraciones tenía la bienaventurada madre Teresa de Jesús tan reformado su monasterio como si fuera de descalzas, que casi no se diferenciaban sino en el vestido y calzado, porque había gran penitencia y oración; ejercitábanse en mortificación interior y exteriormente; vivían con gran pureza y recogimiento; estaban tan mudadas en todo que no sólo parecían otras, sino que también lo eran. Fué tal esta semilla que por medio de la santa madre el Señor plantó en aquella casa que no sólo la renovó y reformó por entonces, sino que hasta hoy día permanece mucha parte de aquel buen espíritu y religión que ella dejó asentado, y quedaron las monjas tan aficionadas á su trato y conversación, tan pagadas de su prudencia, tan sa-

tisfechas de su santidad, que habiendo acabado la madre su oficio, volviendo ellas a hacer elección, con grande conformidad y gusto la eligieron por priora, y no queriendo confirmar esta elección los superiores (que entonces era el provincial del paño) fué tanta la instancia que las monjas hicieron por volverla á su casa, que excedió con gran ventaja á la contradicción que antes habían hecho para que no entrase, porque pusieron pleito á sus superiores, y le siguieron hasta ponerle en el consejo real, y muchas de ellas en tan justa demanda estuvieron presas y maltratadas por el provincial; pero en fin como el Señor había conseguido ya lo que pretendía en aquella casa, y tenía guardada á la santa madre para renovar y santificar otras muchas, no dió lugar para que los deseos de las monjas llegasen á ejecución.

Con la grande afición que las monjas habían cobrado á la santa, y con la mucha estima que tenían de su santidad, ya que no la pudieron tener por priora en su casa, determinaron de irse muchas en su seguimiento, unas para ayudarla en sus monasterios, otras á vestirse de su hábito, y profesión de la regla primitiva. Fueron entre todas las monjas que salieron de la Encarnación desde el principio que se comenzó la nueva renovación, veintidós, que fueron las cuatro primeras: Ana de los Angeles, María Isabel, Ana de san Juan, Isabel de san Pablo, María de la Magdalena, María Suárez, doña Inés de Cepeda, doña Ana de Tapia, María Vela, doña Beatriz Suárez, doña Juana Yera, Juliana de la Magdalena, Isabel de Jesús, Ana de san Juan, doña Teresa de Quesada, Isabel López, Isabel de san José, Catalina Yera, Jerónima de san Agustín, doña Isabel Arias, doña Antonia del Águila, doña María de Cepeda. De estas algunas por sus enfermedades se volvieron á la Encarnación, y las más perseveraron con gran fruto suyo y de la religión, de las cuales aún hay vivas algunas.

A los principios que la santa madre vino á la Encarnación, después de haber hecho el primer capítulo, estando rogando al Señor por el aumento espiritual de aquella casa, vió á la Virgen nuestra Señora, la cual la consoló, y dió esperanza de lo que le pedía, como se dice en las Adiciones á la vida de la santa: «La víspera de san Sebastián, el primer año que vine á »la Encarnación á ser priora, comenzando la *Salve*, ví en la »silla prioral (adonde está puesta nuestra Señora) bajar con

»gran multitud de ángeles á la madre de Dios, y ponerse allí:
»parecíanme encima de las coronas de las sillas, y sobre los
»antepechos, muchos ángeles, aunque no con forma corporal,
»que era visión intelectual. Estuve así toda la *Salve* y dí-
»jome: Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente á
»las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.»
Y en otra parte dice: «Octava del Espíritu Santo me hizo el
»Señor una merced, y me dió esperanza que esta casa se iría
»mejorando, digo las almas della.» Y así se cumplía la pala-
bra que el Señor le había dado, como se puede ver claramen-
te de lo que hasta aquí habemos escrito.



CAPÍTULO XXV

Cómo la santa madre, siendo priora de la Encarnación, por mandado de nuestro Señor fundó el monasterio de san José del Carmen de Segovia: y de dos visiones muy particulares que allí tuvo.

ESTUVO la santa madre en el monasterio de la Encarnación sin salir de él por espacio de dos años, atendiendo á la reformación de sus monjas, y al gobierno de todos sus monasterios de descalzos y descalzas que había fundado; porque desde allí (como otro san Pablo desde las cárceles) acudía á las necesidades y consuelo de sus hijas, y ofreciéndose (como arriba comenzamos á decir) una muy grave en el convento de Salamanca (acerca de una mudanza que querían hacer del sitio donde estaban), pidieron las monjas al visitador fray Pedro Fernández, que entonces estaba allí, diese licencia para que la santa madre viniese á Salamanca; porque estando ella presente les parecía (como así era verdad) que luego se allanarían las dificultades. El visitador condescendió con sus ruegos, y la santa volvió á Salamanca, como sus monjas y necesidad lo pedían. Estando allí un día en oración, la mandó nuestro Señor que fuese á Segovia, cosa á su parecer imposible, porque ella no había de

ir sin que el padre visitador se lo mandase, y él no tenía ganas que fundase más conventos por entonces, sino que asistiese al gobierno de aquel monasterio de la Encarnación, donde se experimentaba y cogía tan grande fruto. Estando pensando en esto, díjola nuestro Señor que se lo dijese al visitador, y que él lo haría.

Estaba á la sazón en Salamanca el padre visitador, y luego la madre le escribió un billete, diciéndole que ya sabía que ésta tenía precepto de su general de fundar donde quiera que hubiese para ello comodidad, que de presente la había en Segovia, porque el obispo y la ciudad habían dado su consentimiento para ella, y que esto le escribía por cumplir con su conciencia, y que con lo que él mandase quedaría muy segura y contenta. Bien parece que lo quería Dios, pues luego que el padre visitador vió el billete, mudó de parecer, y dió la licencia que la madre pedía. La de la ciudad de Segovia, y del obispo don Diego de Covarrubias, había alcanzado un caballero de la misma ciudad, llamado Andrés de Jimena, hermano de la madre Isabel de Jesús, monja de la misma orden, la cual dieron con mucho gusto y contento. Como la ciudad y el obispo dieron un consentimiento con tanta demostración de contento, parecióle á este caballero que bastaba haber dado la licencia de palabra, y así no curó de más diligencia. La santa madre antes de ir á Segovia hizo alquilar una casa para fundar, y hecho esto se partió luego con calentura, y bien apretada de otras enfermedades (de tal manera que lo riguroso de ellas le duró más de tres meses, y mucho más lo estaba, en lo interior de su alma, de nuestro Señor), con unas sequedades y escurjidad terrible. Pero como no había cosa que bastase á espantarla para dejar de hacer lo que entendía era más gloria de Dios, partió de Salamanca entrado marzo, año de mil quinientos setenta y tres; llevó consigo á la madre Isabel de Jesús: fuése por Alba y por Avila, y sacó otras religiosas de estos dos conventos.

Llegó á Segovia vispera del glorioso san José, y fuése á posar en casa de una señora viuda llamada doña Ana de Jimena, que era la que le tenía alquilada la casa, y acomodadas otras cosas para la fundación. Tomó el día siguiente, que era día del glorioso patriarca san José, la posesión con gran contento de la santa, por haber sido el día de este santo, á quien ella

tenía por padre en todas sus necesidades. Dijose la primera misa por la mañana, y púsose el Santísimo Sacramento año de mil quinientos setenta y tres, y el nombre y vocación del monasterio fué de San José del Carmen.

Y porque en esta fundación no le faltase algún agrio de pena y trabajo, como en las demás, permitió el Señor que luego se le ofreciese á la madre uno, y bien grande, y fué que el obispo (que era el que había dado la licencia) no estaba entonces allí, y el provisor, á quien no se había dado cuenta del hecho, luego que lo supo, vino la misma mañana con grande enojo al monasterio, y anduvo inquiriendo quién había hecho aquel altar, y puesto el Santísimo Sacramento: las monjas estaban encerradas, y no respondían nada. Hizo luego descomponer el altar, y descolgar todo lo que se había puesto en la iglesia, y puso un alguacil de guarda á la puerta de ella, para que nadie entrase á decir misa, y envió un clérigo para que consumiese el Santísimo Sacramento, y andaba á buscar al que había dicho la misa para prenderle. A la santa madre y á las demás les daba poca pena estos alborotos, que como ya habían tomado la posesión tenían por cierto la perseverancia. Luego se metieron de por medio algunas personas graves, que hablaron al provisor, el cual no ignoraba que el obispo había dado licencia, pero tenía gran sentimiento de que se hubiese hecho sin haberle á él dado de nuevo parte; y así se aplacó, y dió su licencia para que se dijese misa, aunque no para que se pusiese el Santísimo Sacramento.

Detúvose en esta casa la santa medio año, porque como buen capitán se ofrecía siempre á los primeros encuentros y trabajos que hay en el principio de las fundaciones, y procuraba siempre asistir hasta sosegados los pleitos y borrascas, y acomodadas las cosas. En este tiempo que aquí estuvo, dió orden para que se deshiciese la fundación de Pastrana, la cual fué una como traslación á esta de Segovia, donde llegaron las monjas pocos días después que se había tomado aquella fundación. Tomaron luego el hábito dos señoras madre é hija, la una llamada doña Ana de Jimena, que ahora se llama Ana de Jesús, y la otra doña María de Bracamonte su hija; llámase ahora María de la Encarnación, y de presente es priora del mismo convento de Segovia. Con la entrada de

estas dos señoras, y de otras que entraron después, y particularmente de la madre Inés de Jesús, que en el siglo se llamaba doña Inés de Guevara, que ha sido priora de aquel convento, se compró casa, y quedó el convento muy acomodado en lo temporal. Con la compra de la casa se acrecentaron nuevos pleitos, así con el cabildo como con los padres de la Merced, porque era cerca de su casa y lo uno y lo otro apaciguó y compuso la madre, parte con dineros y parte con su buena traza. Pasáronse á la casa nueva al cabo de seis meses, y pasó en todo este tiempo hartos trabajos y contradicciones la santa, pero todo lo llevaba con gran gusto, porque la dijo nuestro Señor que se le había de hacer mucho servicio en aquella casa. Y lo que más sentía de todos estos pleitos era que no le faltaban sino siete ó ocho días para cumplir los tres años del oficio de priora, y había de asistir necesariamente en la Encarnación á este tiempo. En fin dispuso el Señor las cosas como ella pudiese cumplir en Avila con las obligaciones de su oficio, porque con esta mudanza quedaron concluidas y sosegadas las de esta fundación.

Estando la santa madre en Segovia en su nuevo monasterio, recibió dos particulares y señaladas mercedes de nuestro Señor, las cuales refiere en la información de Piedrahita el padre maestro fray Diego de Yangués, que entonces se halló en Segovia, y era confesor de la santa. La una fué que llegándose á comulgar día de san Alberto, santo de su orden, á siete de Agosto de mil quinientos setenta y tres, vió á Cristo nuestro Redentor á su mano derecha, y á san Alberto á la izquierda, y nuestro Señor Jesucristo se desapareció, y quedó la madre con su padre san Alberto encomendándole los negocios de sus conventos de descalzos y descalzas: el santo la dijo ciertas palabras; la sustancia de ellas era que para el buen suceso y aumento de la nueva reformation era necesario que los descalzos y descalzas se apartasen de los padres de la mitigación, y tuviesen perlados propios de su misma orden y reformation; y desde entonces la madre puso los ojos en esta separación, y fué disponiendo las cosas de suerte que á cabo de pocos años, aunque con muchas dificultades y trabajo (como adelante diremos); vió cumplido su deseo, y lo que san Alberto la había profetizado.

Saliendo la santa en este mesmo año día de san Jerónimo

de su convento de Segovia para volver á la Encarnación de Avila, donde era priora, vino de camino á hacer oración á la capilla del glorioso santo Domingo del convento de Santa Cruz, donde el santo estuvo, y hizo grandes penitencias. Entró dentro, y acompañándola el prior de aquel convento, y el padre maestro fray Diego de Yangués su confesor, y otros padres, hizo allí oración; detúvose por espacio como de media hora: los que la acompañaban esperaban á ver en qué paraba tan larga oración. Cuando hubo orado, se despidieron el prior y los demás religiosos, y se llegó á ella el padre maestro fray Diego de Yangués como más familiar y confesor suyo, y vióla todo el rostro encendido y bañado en lágrimas, y muy alegre, y él la preguntó qué había habido que tanto le había hecho esperar: ella le respondió que luego que entró, y se puso de rodillas, se le había aparecido santo Domingo con mucho resplandor y gloria, y entre otras mercedes y regalos que la había hecho, le había dado su palabra de favorecerla y ayudarla en las cosas tocantes á la nueva reformation de descalzos y descalzas, como después lo vió cumplido, porque á los principios de esta religión, así la separación como todas las demás cosas graves y de importancia fueron por medio de los padres de su orden, y con su ayuda y favor.

No paró aquí la merced y regalo que santo Domingo hizo á la santa en aquella misma capilla; porque al cabo de una hora, estándose confesando con el padre maestro Yangués, le dijo la madre cómo este bienaventurado santo la estaba allí acompañando á su mano izquierda. Y después al tiempo de la comunión vió á Cristo nuestro Señor á su mano derecha, y á santo Domingo á la izquierda como antes, y volviéndose la santa á hacer reverencia á nuestro Señor, se desapareció, quedando en su compañía santo Domingo. Acabada la misa, la dijo su confesor que si quería gozar de aquella compañía se fuese á tener oración á la capillita más pequeña, donde estaba un santo Domingo de bulto; hizolo así la madre, y después de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó, y dijo á su confesor cómo santo Domingo había estado grande rato con ella, y que le dijo: *Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido á esta capilla, y tú no has perdido nada.* Y luego le comunicó los grandes trabajos que en su vida pasó allí con los demonios, y las grandes mercedes que

de Dios había allí recibido en la oración. Y preguntándole la madre *por qué se le aparecía siempre á la mano izquierda*, respondió el santo: *Porque la mano derecha es de mi Señor*, y dijo también la santa madre (como testigo de su vista) á su confesor, que aquella imagen de bulto que estaba en aquella capillita era el verdadero retrato del glorioso santo Domingo.

Con estos favores se volvió la santa madre á Ávila, dejando en Segovia por priora á la madre Isabel de santo Domingo, y por supriora á la madre Isabel de Jesús, y llegó á su monasterio de la Encarnación donde era priora, á tiempo que se hizo elección en una persona de quien ella tenía mucha satisfacción, aunque las monjas (como arriba dijimos) hicieron gran fuerza en querer elegir á la madre, pero no lo permitió el provincial, y ella lo resistió también de su parte, pero las monjas de San José de Ávila la eligieron luego por priora, y la volvieron á su casa con grande consuelo y gusto de todas.



CAPÍTULO XXVI

De la fundación del glorioso san José en Veas; socorre este santo á la madre en el camino en un gran peligro; cuéntase el principio que tuvo esta fundación, que es maravilloso.

ESTABA la santa madre contentísima entre monjas de San José de Ávila, pero aún no había comenzado á descansar entre ellas cuando en una villa llamada Veas, que está en la raya de Andalucía, la escribieron dos señoras doncellas muy principales de aquel lugar, ofreciéndole toda su hacienda para hacer un monasterio, y sus personas para ser monjas. Y para que el Señor sea alabado en sus obras, y se entiendan más de raíz los principios de esta fundación, que fueron mucho de notar, tomaré de más atrás la corriente, y aunque había que decir mucho, según la materia se ofrece, iré abreviando lo que más pudiere.

Había en la villa de Veas un caballero que se llamaba Sancho Rodríguez de Sandoval, y su mujer doña Catalina Rodríguez. Entre otros hijos que nuestro Señor les dió, fueron dos hijas; la mayor se llamaba doña Catalina Godínez, y la menor doña María de Sandoval, que son las dos señoras que pedían la fundación del monasterio. Había la mayor catorce

años cuando el Señor la llamó para que le sirviese, porque hasta esta edad estaba muy fuera de dejar el mundo; antes tenía una estima tan grande de sí, que todo cuanto él tiene le parecía poco según era la altivez de sus pensamientos. Desestimaba todos los casamientos que su padre le traía, porque nada cuadraba con la grandeza que ella había concebido de sí. Estando una mañana en una recámara que estaba detrás de un aposento en que su padre dormía, revolvía en su pensamiento un casamiento que le traían, con que su padre estaba satisfecho, y á ella según su estado y calidad le venía muy bien, pero no á la altivez de su corazón, y así decía entre sí: ¿Con qué poco se contenta mi padre, con que tenga un mayorazgo, y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí?

Metida estaba en estos razonamientos, y otros semejantes, cuando levantando acaso la cabeza, llegó á leer en un crucifijo que allí estaba el título que de ordinario se pone sobre la cruz, conviene á saber: Jesús Nazareno, rey de los Judíos; así como leyó el título, súbitamente la mudó toda el Señor, y le pareció había venido una gran luz á su alma para entender y conocer la verdad, á la manera que si de repente entrara en una pieza el sol en medio del día, y con esta luz mirando el mismo crucifijo, que estaba muy ensangrentado, consideraba qué maltratado y humillado estaba el Criador del cielo y de tierra, y cuán diferente era el camino que ella llevaba, yendo por el de su vanidad y soberbia. Quedó con esto en un punto trocada, y como hecha de nuevo; dióle allí Dios un gran conocimiento de su bajeza y miseria, un deseo de padecer grandísimo, una profunda humildad y aborrecimiento de sí juntamente con unos encendidos deseos de hacer penitencia de sus pecados. Vióse bien ser de Dios esta mudanza, lo uno por las obras que adelante diremos, y lo otro porque los primeros pasos y escalones en que Dios pone á las almas que quiere para sí son conocimiento y aborrecimiento de sí misma, á los cuales se sigue luego el mal tratamiento del cuerpo. Estaba con estos sentimientos de rodillas delante del Cristo, deshaciéndose en lágrimas, y antes de salir de allí prometió luego castidad y pobreza, y hallóse en un punto tan enemiga de su voluntad propia, que por estar sujeta á la ajena quisiera por sólo esto ser llevada á tierra de moros.

No gustaba el demonio de ver tan grandes principios y de-

terminaciones en una tierna doncella, que suelen ser para él pronóstico de mucho daño, y así estando ella toda ocupada y embebida en estos sentimientos, suspiros y lágrimas, oyó antes de acabar su oración un ruido grande sobre la pieza donde oraba, y parecíale que por un rincón de su aposento bajaba aquel estruendo y baraúnda adonde ella estaba, y juntamente oía unos grandes bramidos, que duraron por algún espacio. No fué este ruido imaginación, ni pensamiento suyo, porque fué tan grande que su padre que estaba durmiendo despertó del sueño, y con gran temor comenzó á temblar, y como desatinado tomó una ropa y su espada, y entró donde su hija estaba muy demudada, y preguntándola qué era aquello, ella le dijo que no había visto nada. Él miró otra pieza más adentro, y no halló cosa alguna, y díjole á su hija que se fuese con su madre. Daba muestras con estos bramidos el demonio del descontento que tenía de su mudanza, porque entendía había de ser ilustre ejemplo y espejo para otras, y estaba como espantado de ver al Señor hacer á una alma tantas mercedes, y en tan breve tiempo.

De estas que había recibido esta doncella de la poderosa mano del Altísimo quedó con gran deseo de entrarse en religión, y aunque anduvo tres años peleando con sus padres, nunca los pudo inclinar á esto. Tenía en este tiempo mucha oración, y mortificábase en todo cuanto podía, y para deslustrar el rostro, y criar paño en él, se entraba en un corral, y lavábase con agua, y poníase luego al sol para afearse de suerte que nadie se quisiese casar con ella ni aun mirarla á la cara. Y como vió que no podía alcanzar ser religiosa (que era lo que pretendía), púsose en hábito honesto, y porque su padre no se lo pudiese impedir, salió públicamente día del glorioso san José á la iglesia, antes de decirle nada, vestida de un hábito pardo y grosero, pareciéndole que habiéndola visto en aquel traje el pueblo, no se atrevería su padre á quitárselo, y fué así como lo pensó. En este tiempo pasó cuatro años, haciendo extrañas penitencias, y acaeció una cuaresma traer una cota de malla de su padre junto á las carnes; la oración era muy larga y de noche, porque de día la traían muy ocupada sus padres, y acaecíale desde las diez de la noche perseverar orando hasta la mañana. Con la continua penitencia y mal tratamiento comenzó á padecer grandes enfermedades,

porque tenía una calentura continua, y hidropesía, mal corazón, y un zaratán que después le sacaron; y estuvo y pasó con esta dolencia diez y siete años. Murió su padre á los cinco de su enfermedad, quedando ella y su hermana debajo del amparo de su madre.

Su hermana doña María, viendo tan raro ejemplo, un año después que ella hizo mudanza de vida; procuró seguirla, y con ser muy amiga de galas lo renunció todo y comenzó á tratar de oración. Muerto su padre, la madre, que era muy sierva de Dios, dióles larga licencia para de veras entregarse á su Majestad, y no mirando á los pundonores y vanidades del mundo, se la concedió para que tomasen oficio de enseñar niñas á labrar, lo cual ellas hacían con mucho gusto y de balde, con deseo de doctrinarlas y ponerlas en servicio de Dios. Murió luego la madre, y doña Catalina, que era la mayor, trató con muchas veras de ser monja carmelita descalza por particular instinto y revelación divina, porque como al principio de su conversión, y casi veinte años antes de la nueva reformation, se acostase una noche con gran deseo de hallar la religión más perfecta que hubiese en la tierra, para ser en ella religiosa, y queriéndole el Señor mostrar lo que más á ella le convenía, y para lo que la tenía guardada, representósele en sueños que iba por un camino muy angosto, en que había peligro de caer en unos grandes barrancos, y vió un fraile del hábito de los carmelitas descalzos, que la dijo: Ven conmigo, hermana; y la llevó á una casa de gran número de monjas, donde no había otra luz sino la de unas velas encendidas que ellas traían en las manos. Ella le preguntó de qué orden eran, y todas callaron y alzaron los velos, y los rostros alegres, riéndose, y la priora la tomó de la mano, y le dijo: Hija, para aquí te quiero yo, y mostróle la regla y las constituciones. Ella despertó con un contento grande, que le parecía haber estado en el cielo, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á persona alguna, y aunque en general procuraba informarse por ver si hallaba algún rastro de lo que había visto, nadie le sabía decir de esta religión: ella escribió lo que se pudo acordar de la regla que le habían leído, y lo procuró tener guardado para su tiempo.

Vino allí después á cabo de muchos años un padre de la compañía que sabía sus deseos, y ella mostróle lo que había

escrito, diciendo que si hallase aquella religión estaría muy contenta, porque entraría luego en ella. Pues de esa orden son, le respondió el padre, los monasterios que funda ahora la madre Teresa de Jesús, mujer de admirable espíritu y santidad. Consolóse mucho con esta nueva, y como por entonces se vió libre, y algo mejor de sus enfermedades, determinó de ser monja descalza fuera de su lugar. Sus parientes le dijeron sería más servicio de nuestro Señor que, pues tenía con qué, hiciese un monasterio en Veas. Parecióle bien el consejo, é informándose dónde estaba la santa madre, le hizo un propio, y escribió ella y el vicario del lugar, y otras personas, pidiéndole fuese á fundar un monasterio en aquella villa. Estaba la santa madre en esta ocasión (que era el año de mil quinientos setenta y dos) en Salamanca, adonde volvió, siendo priora de la Encarnación, á dar asiento á aquella fundación, como arriba habemos contado. Luego que recibió las cartas, aunque se pagó de los deseos y disposiciones que había para la fundación, por otra parte le parecía que era imposible, por estar el visitador apostólico fray Pedro Fernández de parecer de que no hiciese por entonces más fundaciones, y así estuvo por despedir al mensajero. Pero por cumplir con lo que el padre general le había mandado que no dejase de hacer ninguna fundación que se le ofreciese, le envió las mismas cartas que había recibido. Él respondió que se había edificado de la devoción de aquellas personas, y que no las desconsolase, sino antes les escribiese, que teniendo la licencia del ordinario, que era necesaria, iría luego, y que estuviese segura y cierta que no la podrían alcanzar, porque era aquella villa de la encomienda de Santiago, y habíase de sacar la licencia del consejo de órdenes, y que él sabía por experiencia de otros casos que en muchos años no se habían podido alcanzar semejantes licencias. Esto dijo más con intento de despedir la fundación (pidiendo condiciones imposibles) que con ánimo ni esperanza de que se hiciese. Escribió la santa madre lo que el visitador le había mandado, y con esta respuesta procuró luego la fundadora licencia del consejo de órdenes, y en cuatro años no pudo alcanzarla.

Viendo esto sus deudos le aconsejaron que cesase de esta pretensión, pues no era posible hacer la licencia, y ella estaba tal en sus enfermedades, que más estaba para la sepultura que

para que la recibiesen en monasterio ninguno. Su confesor tambien la decía se sosegase, pues sus enfermedades eran tales que cuando la hubieran recibido por monja la volvieran á echar. Lo mismo le dijera cualquiera que mirara este caso con ojos de humana razón, porque había más de ocho años que no se levantaba de la cama, con calentura continua, ética y tísica, hidrópica, y con un fuego en el hígado tan encendido que se sentía sobre la ropa y le quemaba la camisa, y sobre todo tenía gota artética, y era tentada de ceática. Ella con estos dichos, y juntamente viéndose cercada de tantas enfermedades, y casi imposibilitada de conseguir sus deseos, afligíase mucho, y volviéndose á nuestro Señor, le dijo ó que le quitase estos deseos ó le diese cómo se cumpliesen. Entonces oyó una voz dentro de su alma que le dijo: Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo; tú tendrás salud, porque el que tuvo poder para que tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no hiciesen su efecto, más fácilmente podrá quitarlas.

Pues estando fiada de estas palabras que el Señor le había dicho, respondió á sus deudos que si dentro de un mes el Señor la daba salud, entendería que era voluntad suya que se hiciese el monasterio, que ella misma iría á la corte por la licencia, y sino desistiría de sus intentos. Cuando dió esta respuesta, la había ya tenido interiormente de nuestro Señor de que estaría buena á tiempo de que pudiese ir á la cuaresma por la licencia. Esto pasó como á diez y nueve de diciembre, y dentro de un mes, víspera del glorioso mártir san Sebastián, le sobrevino un temblor interior tan grande que bien pensó su hermana que se le acababa la vida, y en un punto se vió sana y buena en el cuerpo, y el alma notablemente mejoraba. Deseó mucho encubrir esto, diciendo que la mudasen á otro lugar, para que se entendiese que está mejoría no había venido por milagro, sino ó por el buen temple ó mudanza de aires, ó por otros medios; pero ni su confesor ni el médico dieron lugar á esto, ni era posible encubrirse ser aquella obra de Dios, y así lo entendieron sus deudos, y juntamente que era voluntad divina se hiciese el monasterio. Luego á la cuaresma se partió á procurar la licencia á la corte del rey, donde estuvo tres meses sin poder alcanzar nada, hasta que echó una petición al rey mismo, suplicándole le diese esta licencia: y él como supo que era el monasterio de descalzas carmelitas, sin remitirlo á consejo se la concedió luego.

Volvió muy contenta esta señora á su tierra con la licencia, y escribió luego á la santa madre, la cual estaba ya en San José de Ávila. Y habiendo pasado primero algún tiempo en demandas y respuestas sobre este negocio, salió por principio de cuaresma del año de mil quinientos sesenta y cuatro á la fundación de Veas; pasó por Toledo, de donde llevó consigo á la madre María de san José, y á la madre Isabel de san Francisco, y envió por la madre Ana de Jesús, y por otras tres monjas, todas para la fundación de Veas.

Á la postrera jornada, pasando por Sierramorena, perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por dónde iban, y por ser la tierra tan fragosa era mucho el peligro en que estaban. La santa madre dijo á las monjas que iban en su compañía pidiesen á Dios y al glorioso padre san José las encaminase, porque los carreteros decían iban perdidos, y que no hallaban remedio para salir de unos riscos altísimos donde se hallaban metidas, y que si adelante pasaban se habían de hacer pedazos, y el volver atrás era imposible. Pusiéronse todas en oración, y luego desde la hondura de un profundo valle (que con harta dificultad se divisaba de lo alto de aquellos riscos) comenzó á dar grandes voces un hombre, que en la voz parecía anciano, diciendo: Teneos, que vais perdidos, y os despeñaréis si pasáis adelante. Pararon los carros á estas voces, y las personas que iban en compañía de la santa madre comenzaron á gritos á preguntar al que les avisaba qué remedio tendrían para salir del estrecho peligro en que estaban. Él les respondió que echasen todos hacia una parte, para la cual había tan mal paso que no fué menor milagro atravesar por él que salir del peligro en que estaban. Como se vió este caso tan maravilloso, quisieron algunos ir á buscar al que les había avisado. Mientras ellos fueron á buscarle, dijo la santa madre á todas las religiosas con mucha devoción y lágrimas: No sé para qué los dejamos ir, que era mi padre san José, y no le han de hallar. Y así fué, que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle, y desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza que afirmaban los carreteros con juramento que parecía que volaban, y todo era necesario para llegar aquel día á buen tiempo á Veas.

Salieron á recibir á la santa madre y á sus compañeras mu-

chos de á caballo que las estaban esperando, y con el contento grande que tenían hacían muchas gentilezas y alegrías delante de los carros, y acompañáronlas hasta llegar cerca de la iglesia, donde estaba mucha gente esperando, y los clérigos, con sus sobrepellices y cruz, las llevaron en procesión á la casa de las dos hermanas, que tantos años las habían deseado, que era donde también se había de hacer el monasterio. Fué grande el placer que las unas y las otras tuvieron con verse, y doña Catalina, viendo los rostros de las monjas, conoció ser aquellas las que se le habían representado en la visión, y así lo decía después. Acaeció también que estando allí la santa madre, la vino á ver un fraile lego, carmelita descalzo, llamado fray Juan de la Miseria, y en viéndolo afirmó doña Catalina que le parecía el mismo que había visto antes en aquel sueño profético y maravilloso que tuvo.

Fundóse el monasterio con gran contento y regocijo de todos, día del glorioso santo Matía, año de mil quinientos setenta y cuatro: llamóse San José del Salvador. Las dos hermanas le dieron su hacienda enteramente, y tan sin condición que si después no las quisieran recibir no tenían por dónde pedirlo. El mismo día se les dió el hábito, y la mayor se llamó Catalina de Jesús, y la menor María de Jesús. Ya en este tiempo estaba buena doña Catalina como el Señor se lo había prometido, é iba adelante su salud y sus virtudes, y particularmente en la humildad y obediencia fué aventajadísima. Procuró mucho ser freila de las que llaman legas, hasta que la santa madre la escribió, mandando fuese del coro, y riéndola mucho porque en aquello no se rendía. Murió siendo priora del mesmo monasterio pocos días después de la muerte de la santa madre; y como estuviese allí el padre fray Jerónimo de la Madre de Dios (provincial que era entonces de los religiosos descalzos) al tiempo de su enfermedad, y tuviese nueva de la muerte de la santa madre, procuró que no lo entendiese la enferma, temiendo que la pena no le acabase la vida: ella como viese al provincial y á los demás algo tristes, preguntóles que por qué estaban con tanta pena; que si era de la muerte de la santa madre, que ya ella lo sabía, porque ella le había aparecido estando comulgando un día después del glorioso san Francisco (que fué el día que la madre murió), y le había dicho que se iba á gozar de Dios, y otras cosas que

diremos adelante en su lugar. Con esto se fué también ella (como se puede esperar de sus grandes virtudes) á acompañar á su madre en el cielo. Quedó su hermana María de Jesús, la cual fué priora después en Córdoba. La santa madre fué desde aquí á fundar al convento de Sevilla, como ahora diremos, dejando allí por priora á la madre Ana de Jesús, y por supriora á la madre María de la Visitación.



CAPÍTULO XXVII

De la fundación que hizo la santa madre del monasterio de San José en Sevilla, y los grandes trabajos que allí padeció

ESTABA la bienaventurada madre en Veas con intención de volver á Caravaca á hacer otra fundación que en aquella villa le ofrecían, y antes de salir de allí llegó el padre fray Jerónimo de la Madre de Dios, fraile descalzo de su orden (que entonces era comisario y visitador apostólico, así de los padres calzados como de los descalzos de la Andalucía, por orden del nuncio, y en Castilla lo era el padre fray Pedro Fernández, de quien arriba habemos hecho mención), y teniendo noticia de que la santa estaba en Veas, la fué á visitar, porque tenía gran deseo de conocerla. Holgóse mucho la madre con su presencia y trato, pareciéndole que tenía ya hombre que pudiese ayudar á la nueva reformatión. No había aún bien llegado á Veas, cuando le envió á llamar el nuncio Hormaneto, y le hizo también visitador de la provincia de Castilla, como lo era del Andalucía.

Antes de salir de Veas comenzó á tratar la madre con él, como con su perlado, que ya lo era, que sería bien volverse á Castilla, y de camino concluir la fundación de Caravaca. El

padre visitador la dijo (más con intención de probar su espíritu y obediencia que con otros fines) que tratase con nuestro Señor le declarase cuál sería mejor, ir desde allí á fundar á Madrid, que se ofrecía entonces ocasión, ó á Sevilla donde importaba tanto un monasterio de monjas reformadas. Ella, después de haber tenido oración sobre esto, respondióle que nuestro Señor la había dado á entender era voluntad suya fuese á fundar á Madrid, porque teniendo allí casas de monjas, se harían mejor todos los negocios de la orden. Entonces le dijo el padre que á él le parecía que fuese á Sevilla: la santa sin replicar palabra ninguna comenzó luego á disponer su viaje, y á señalar monjas, y acomodar todas las demás cosas para la fundación de Sevilla. Á cabo de dos ó tres días le dijo el padre visitador que pues tenía voto hecho de hacer en todo lo más perfecto, y en negocios graves y de su espíritu la habían asegurado los hombres más doctos y más santos de toda España que era bueno y de Dios, y habiéndola el mismo Señor hablado de la manera que solía otras veces, y dicho que fué á fundar á Madrid, y él para mandarle ir á Sevilla, se había guiado solamente por lo que dicta la razón y prudencia, ¿qué era la causa porque no le había replicado? Respondióle la madre que ni aquella revelación, ni todas cuantas hay en el mundo que tuviera, le aseguraba tanto de la voluntad de Dios como lo que el perlado decía, porque la obediencia tenía ella por expresa voluntad de Dios, y en las revelaciones se podría engañar. Volvióle á decir que tornase á consultar con Dios este negocio; ella lo hizo, y respondióle nuestro Señor que había hecho muy bien en obedecer, y que fuese á Sevilla, que aunque se había de hacer la fundación les costaría muchos trabajos, y que por el medio que la obediencia le decía se haría mejor la fundación de Madrid.

Partióse luego la santa madre para Sevilla, llevando para aquella fundación á la madre María de san José, y á Isabel de san Francisco, María del Espíritu Santo, é Isabel de san Jerónimo, Leon de san Gabriel, y Ana de san Alberto, que fueron las primeras piedras y madres de aquella provincia; llevaba también en su compañía al padre fray Gregorio Nacianceno, á quien el padre visitador dió el hábito en Veas, que después fué provincial en la orden, y un hombre de gran juicio y talento, y de singular prudencia y virtudes. Iba jun-

tamente el padre Julián de Ávila y Antonio Gaitán. Y porque se cumpliese la profecía que el Señor le había dicho de los grandes trabajos que habían de pasar en esta fundación, fué Dios servido que comenzasen esos desde el camino, porque como ya era fin de mayo eran también los calores muy grandes, que como la tierra de Andalucía es tan cálida en este tiempo son ya insufribles los soles para los caminantes. Sobre todo le dió á la santa una calentura tan recia que decía ella que en su vida la había tenido mayor. Llegaron á una posada, y para alivio de su enfermedad no había más que una camarilla á teja vana, y una cama tal que por estar con más regalo se salió de ella y se acostó en el suelo, pero el fuego que estaba recogido dentro de aquel aposentillo era tan grande, que tuvo por mejor partido caminar la siesta con la furia del sol que perseverar en aquel calor con temor de ahogarse. Caminó con el rigor del sol y de la calentura: sentían sus compañeras, como era razón, su enfermedad, y temiendo algún mal suceso de su salud, hacían grande instancia al Señor con sus oraciones se la diese; alcanzaron con ellas que la calentura no durase más de un día.

Pasando más adelante, pasaron también con ellas los peligros y trabajos, porque llegando al río de Guadalquivir entraron en una barca donde los barqueros perdieron la maroma, y la barca suelta, sin remos ni maroma, iba á toda furia el río abajo: todos daban voces como quien veía ya el peligro y la muerte al ojo. La santa madre las daba de su corazón á Dios, y á todos ponía buen ánimo y confianza. Quiso Dios oír las oraciones de su sierva, y la barca, fuera de lo que se podía esperar del curso y camino que antes llevaba, encalló en un arenal. En esta sazón oía los gritos que daban los barqueros un caballero desde un castillo donde estaba, y como sospechó el peligro de la barca, envió luego quien les socorriese, y aunque ya habían salido de lo más peligroso, habían dado en otro no pequeño, que como era entonces de noche, no sabían dónde estaban, ni menos del camino que habían de tomar, si no les guiara aquel hombre que de parte del caballero había venido á favorecerles, el cual les sirvió de guía, y les puso en el camino.

Llegaron á Córdoba, y al pasar de la puente tuvieron grandes dificultades, porque no podían pasar sin licencia del co-

regidor; y cuando ésta se alcanzó á cabo de muchas diligencias que se hicieron con él, no cabían los carros por la puente, y fué necesario aserrarlos y achicarlos, en que se pasó harto tiempo y mayores pesadumbres; y porque no diesen paso sin algún trabajo, era esto primero día de Pascua de Espíritu Santo por la mañana, y habiendo de oír misa en una ermita que estaba de la otra parte de la puente, llegaron á ella, y por ser fiesta de la vocación de ella, hallaron gran concurso de gente, y había muchas danzas, y otros regocijos en demostración de la gran solemnidad de aquel día. Sintió mucho la madre el haber de apearse, y salir en público ella y sus monjas delante de aquella gente; pero no pudiéndolo excusar, apeáronse todas de sus carros, y comenzando á entrar por la iglesia, echados los velos sobre el rostro, y con sus capas blancas, fué tan grande el alboroto y concurso de gente á ver aquel espectáculo como si fuera el más nuevo disfraz del mundo, y tanta la alteración que la santa tenía que solía decir que se la había quitado con esto la calentura.

Llegaron á Sevilla el jueves primero después de la Pascua de Espíritu Santo; tenía ya el padre fray Ambrosio Mariano de San Benito alquilada casa. Pensó la madre que en llegando á Sevilla haría luego su fundación, como en otras partes lo había hecho, pareciéndole que el arzobispo (que entonces era don Cristóbal de Rojas) como era muy amigo de los padres descalzos (que por su parte iban también con grande priesa extendiéndose por España, con gran devoción de toda ella, y tenían ya convento en Sevilla, y por la mucha santidad que en ellos resplandecía les era muy devoto el arzobispo) le daría luego licencia. Pero no sucedió como ella pensaba, porque quería el Señor le costase trabajo esta fundación como todas las demás. El arzobispo era muy enemigo de monasterios de monjas que no tuviesen renta, y aunque él deseaba que las monjas descalzas viniesen á Sevilla, pero no para hacer convento de su orden, sino para repartirlas en los demás monasterios que estaban á su cargo, para que con su ejemplo y buena vida los reformasen. El padre Mariano pedía á la santa madre fundase con renta, porque de otra manera le parecía no daría el arzobispo licencia. Ella de ninguna manera quiso venir en este concierto, pareciéndola que en una ciudad como Sevilla no era bien que su monasterio tuviese renta. En

fin el arzobispo, como era tan amigo del padre Mariano, y tan devoto de la religión, dió licencia para que se dijese la primera misa, que fué á veintinueve de Mayo de mil quinientos setenta y cinco, pero mandó que no se pusiese el Santísimo Sacramento, ni se tañese campanilla, y con esto se tomó la posesión, y comenzaron á decir oficios divinos, y llamóse el monasterio de San José del Carmen.

Estuvo el arzobispo por muchos días muy fuerte en no dar licencia para que se pusiese el Santísimo Sacramento, y así de esto, como de la poca comodidad que hallaba la santa madre en Sevilla, no estaba muy contenta de aquella fundación, y si no fuera por no dar disgusto al padre visitador fray Jerónimo de la Madre de Dios, y al padre Mariano, se volvería de muy buena gana sin hacerla. En el entretanto el padre Mariano iba poco á poco ganando la voluntad del arzobispo, el cual como tuviese ya noticia de las grandes prendas de santidad de la madre, á cabo de algunos días la fué á visitar, y ella le habló de tal manera, y con tanta eficacia, que hizo de él lo que de los demás á quien hablaba, porque no pudiendo resistir el arzobispo á Dios que hablaba en ella, le dijo que se hiciese todo como ella quisiese, y de allí adelante fué gran devoto suyo, y la favoreció en todo lo que pudo. Acordaron entre los dos que el poner el Santísimo Sacramento se dilata-se hasta que tuviesen casa propia.

En este tiempo, con ser Sevilla lugar tan rico, y donde de ordinario se hacen tan gruesas limosnas, para mayor prueba de sus siervas ordenó el Señor que allí padeciesen mayor necesidad que en parte ninguna. La casa estaba toda desacomodada y desproveída; no tenían en qué dormir ni qué comer; nadie las conocía ni las visitaba, y sobre todo la santa enferma, y casi todas las compañeras, á las cuales la tierra las había probado mal, y los muchos calores (como gente no acostumbrada á ellos) las apretaban demasiado, ayudando para ellos las túnicas y hábito de sayal de que andan vestidas, que cuanto son de invierno frías, de verano calientes. No había quien entrase ni les pidiese el hábito, porque las que antes de venir la santa madre estaban esperándola con este deseo, pareciéndoles mucho el rigor de la religión, desistían de estos propósitos. A cabo de algún tiempo entraron algunas que ayudaban bien con sus limosnas.

Pero entre estas novicias hubo una que ayudó más que todas para probar la paciencia y virtud de la santa madre y de sus compañeras. Los que trataban de que ésta se recibiese, decían de ella cosas tan grandes, que oyéndolas dijo la madre que si aquella monja no hacía milagros no saldrían ellos con su honra. Entró en la religión, y en ella estuvo algunos meses. Era esta novicia una buena mujer, pero muy tocada y apretada de melancolía, y como la madre la comenzase á mortificar, y á quitarle sus devociones y ejercicios amoldados con su voluntad, comenzó á sentirse, y con la melancolía á torcer todo cuanto veía en las monjas en mal sentido. Púsole el demonio en la cabeza que las monjas tenían cosas de que estaba ella obligada á dar noticia á la santa Inquisición; echáronla del convento por melancólica, y luego fué á denunciar al Santo Oficio, diciendo que se confesaban las monjas unas con otras, tomando motivo de lo que sus constituciones santamente ordenan, que den cuenta á la perlada de su espíritu cada mes, y con esto juntó otras invenciones semejantes, afirmando que estaban engañadas del demonio, y con grandes ilusiones en el espíritu. Ayudó á esto un clérigo que confesó algún tiempo á las religiosas (aunque buen hombre, muy escrupuloso y melancólico), el cual, como fuese ignorante y de pocas letras, de todas estas cosas que la novicia le decía hacía tal concepto, que le parecía sería el mayor servicio que á Dios podía hacer negociar que á todas las llevasen á la Inquisición. Andaba este clérigo de unos religiosos en otros, y no dejando hombre grave en Sevilla que no hablase con título de preguntar el caso, infamaba la virtud de la santa madre y de sus monjas; y para acabar de enconar más el negocio, vino á juntarse con cierta religión que tenía grande emulación con la madre, y su nueva reformación de los descalzos, y dieron parte al Santo Oficio de sus imaginaciones y antojos. En fin andaba el negocio de manera que casi todo lo más principal de Sevilla estaba con grandes preñeces esperando que cada día habían de llevar á las pobres monjas á la Inquisición.

Viniendo un día el padre fray Jerónimo de la Madre de Dios (que ya estaba en Sevilla) á visitar á la santa madre, vió en la calle muchos caballos y mulas, y sabiendo que eran de los señores inquisidores, y sus ministros (que estaban en el monasterio para averiguar la verdad de este caso, y el clérigo

á una esquina esperando cuando las habían de llevar presas) dióle gran miedo y turbación, y llegando á hablar con la madre, hallóla tan alegre y contenta, esperando si por ventura se le ofrecería alguna afrenta que padecer (que de cualquier trabajo é infamia, como ella no tuviese culpa, gustaba como si fuera la cosa más dulce y sabrosa del mundo); pero viendo tan afligido y turbado al padre, díjole que no tuviese pena, que Dios quería mucho la honra de sus siervas, y no consentiría en ella tal mancha ni afrenta, que ya nuestro Señor le había dicho en la oración que no temiese, que todo sería nada, y que los que pretendían escurecer la verdad no saldrían con su intento; y así fué, porque aclararon los señores inquisidores la verdad, y dieron muy gran reprehensión al clérigo; y para certificarse más del espíritu y manera de proceder en la santa madre, Rodrigo Álvarez, varón muy espiritual de la compañía de Jesús (de quien arriba hicimos mención) á quien la madre dió una relación por escrito de su vida, y él la aprobó y mostró á los inquisidores, y con esto cesó el alboroto, y por este medio vino á ser conocida y estimada la virtud y santidad de la madre y sus monjas.

Con este trabajo se juntaron otros muchos, de suerte que solía decir la santa madre que después de la fundación de San José de Ávila en ninguna había padecido tanto como en la de Sevilla, porque no solamente eran los trabajos de los hombres, y tales cuales habemos contado, sino que el mismo Dios por otra parte parece se ausentaba y escondía para que su sierva estando falta de este arrimo estuviese sobrada de trabajos, y para que por experiencia probase que la fortaleza de su brazo no era suya, sino del Señor, y así confesaba ella que en estos tiempos se halló tan cobarde, y de tan poco ánimo, que á sí mesma no se conocía, y echaba de ver que el Señor en alguna manera había apartado la mano de ella, para que viese que el ánimo que en semejantes ocasiones solía tener no era suyo, sino del mismo Dios.

Había ya casi cerca de un año que la madre estaba en Sevilla, y en todo este tiempo no había memoria de comprar casa, ni dineros para ella, ni esperanza alguna para adelante; por otra parte los negocios de la orden y fundaciones que tenía hechas en la provincia de Castilla, pedían necesariamente su presencia, y ella en ninguna manera quisiera salir de

allí, hasta dejar las monjas en casa propia. Acudió á nuestro Señor y al glorioso san José, que era el ordinario refugio de sus trabajos, suplicándole le deparase alguna casa acomodada para su monasterio. Pues como un día estuviese haciendo oración, respondióle nuestro Señor: *Ya os he oído, déjame á mí*. Luego que entendió estas palabras, hizo cuenta que ya tenía casa, y fué así, porque luego compró una que le costó seis mil ducados, y en este tiempo cuando la madre no tenía quien la fiase, ni aun conociese en Sevilla, vino un hermano suyo de las Indias, llamado Lorenzo de Cepeda, el cual ayudó mucho á la compra de la casa, y hizo grandes gastos en acomodarla, y en sustentar las monjas por algún tiempo. Pasáronse las religiosas de secreto á la casa nueva, y queriendo poner en ella con silencio y sin ruido el Santísimo Sacramento, pareció lo contrario á algunas personas graves, y así concertaron con el arzobispo se hiciese la fiesta con mucha solemnidad. Él mandó aderezar las calles, juntar toda la clerecía y algunas cofradías, y con una muy solemne procesión y con mucha música de voces é instrumentos trajeron de una parroquia el Santísimo Sacramento, y púsolo el arzobispo mismo un domingo antes de Pascua de Espíritu Santo, que fué á tres de junio de mil quinientos setenta y seis.

Estando la madre en Sevilla, con aquel celo grande que tenía de las almas, trajo á la religión un sujeto de la mayor importancia que en ella ha habido, que fué aquel gran padre fray Nicolás de Jesús María, primer general de esta orden, y piedra fundamental del espíritu de rigor y observancia que en ella florece. Llamábase en el siglo Nicolao de Oria, de la antigua y noble familia y casa de este apellido en la ciudad de Génova. Tuvo ventura de tratar en Sevilla con la santa madre, y ayudarle en sus negocios, y ella á su aprovechamiento, y así la santa solía decir después: Él se encargó de mis negocios, y yo de su alma, y dentro de un año le tenía fraile. Vivió este varón santísimamente, y murió habiendo acabado el oficio de general, y no habiendo querido aceptar el arzobispado de Génova, que le ofreció el papa Sixto V, dejando grande semilla de su espíritu y celo de su religión.



CAPÍTULO XXVIII

Cómo, estando la santa madre en Sevilla, envió á fundar el monasterio de Caravaca; cómo el general la mandó salir de Sevilla y encerrar en un monasterio, y por esta causa cesaron las fundaciones y padeció la orden grandes trabajos.

ANTES que la santa madre Teresa de Jesús saliese de Sevilla, envió á fundar un monasterio en la villa de Caravaca, y fué por priora y fundadora de él la madre de san Alberto, que entonces estaba en Sevilla, la cual llevó consigo del convento de Malagón cuatro monjas, y fundóse este monasterio año de mil quinientos setenta y seis, víspera de la Circuncisión del Señor. Fueron las fundadoras tres doncellas nobles y principales de aquel lugar, llamadas doña Francisca de Saojosa, doña Francisca de Moya, y doña Francisca de Tauste. Estas señoras tuvieron noticia de la madre, y antes que saliese de Ávila á la fundación de Veas y Sevilla, la escribieron pidiéndola fuese servida de fundar en aquella villa un monasterio. No pudo por entonces la santa corresponder á tan justa y piadosa petición: envióles á decir que alcanzasen licencia del consejo de órdenes, y que alcanzada ésta acudiría á su consuelo. Mientras las fundadoras la procuraban, andaba la santa madre ocupada en la fundación

de Veas y de Sevilla; y no pudieron alcanzar la licencia, y entonces escribió la madre al rey don Felipe II pidiéndosela, el cual, con la noticia de su religión, y del mucho fruto que hacían sus monasterios, se la concedió luego.

No pudo la madre salir de Sevilla para ir personalmente á hacer esta fundación, y así se determinó de enviar primero al padre Julián de Ávila y á Antonio Gaitán (que eran las dos personas que de ordinario la acompañaban y trataban sus negocios) para que viesen la tierra, y se informasen de las comodidades del monasterio, y hiciesen las escrituras y conciertos (si algunos había de haber) con los fundadores, y esto hecho, teniendo la madre muy buena relación de lo que deseaba saber, envió á fundar las monjas que arriba dijimos.

Acabada esta fundación, y en la de Sevilla puesto el Santísimo Sacramento con tanta fiesta y solemnidad, como arriba contamos, cuando ya parece la santa madre Teresa daba fin á sus trabajos, y se habían acabado las persecuciones y nublados de Sevilla, comenzaron otros mayores, que por ser más universales, y que amenazaban más al bien común, y quietud y paz universal de la religión, eran más de temer; porque el demonio, envidioso de tanto bien, no pudiendo sufrir la prosperidad y bonanza con que esta nueva planta iba caminando, y el gran fruto que por aquí se hacía en las almas, urdió (como él tiene de costumbre) mil invenciones y marañas, levantando testimonios graves á la santa madre Teresa de Jesús, y infamándola á ella y á los padres descalzos con el general de la orden, de tal suerte que mudó el amor y benevolencia que á la santa madre tenía en odio y desabrimiento, y así lo mostró luego por la obra, enviándole á mandar saliese de Sevilla, y escogiese un monasterio de los de Castilla donde viviese, sin que de allí se menease más, ni saliese á otro monasterio ni fundación alguna. No le turbó á la madre esta nueva, que como tenía tan gran pecho y confianza en Dios, de allí esperaba más bonanza donde otros temieran mayores daños. Ella cumplió con gran presteza lo que el general le mandaba, y dejando en Sevilla por priora á la madre de San José, se partió otro día después de puesto el Santísimo Sacramento con grande alegría, como ella cuenta en el libro de sus fundaciones. (*Fundaciones*, cap. XXVII) por estas palabras: «Antes que me viniese de Sevilla, de un capí-

»tulo general que se hizo, adonde parece se había de tener en
»servicio de lo que se había acrecentado la orden, tráenme
»un mandamiento del Definitorio, no sólo para que no funda-
»se más, sino para que por ninguna vía saliese de la casa que
»eligiese para estar, que es como manera de cárcel, porque
»no hay monjas que para cosas necesarias al bien de la orden,
»no las pueda mandar ir el provincial de un monasterio á
»otro, y lo peor era estar disgustado conmigo nuestro padre
»general, que era lo que á mí me daba pena harto sin causa.
»Con esto me dijeron otras cosas de testimonios bien graves
»que me levantaban. Yo os digo, hermanas (para que veáis la
»misericordia de nuestro Señor, y cómo no desampara su
»Majestad á quien desea servirle) que no sólo no me dió pena,
»sino un gozo tan accidental que no cabía en mí; de manera
»que no me espanto de lo que hacía el rey David cuando iba
»delante del arca del Señor, porque no quisiera yo entonces
»hacer otra cosa según el gozo que no sabía cómo le encu-
»brir. No sé la causa, porque en otras grandes murmuracio-
»nes y contradicciones en que me he visto, no me ha acaecido
»tal, mas al menos la una cosa de estas que me dijeron era
»gravísima. Que esto de fundar, si no era por el gusto del re-
»verendísimo general, era gran descanso para mí, y cosa que
»yo deseaba muchas veces acabar la vida en sosiego, aunque
»no pensaban en esto los que lo procuraban, sino que me
»hacían el mayor pesar del mundo (y otros buenos intentos
»ternían quizá). También algunas veces me daban contento
»las grandes contradicciones y dichos que en este andar á
»fundar ha habido, con buena intención unos, otros con otros
»fines; mas tan gran alegría como de esto sentí no me acuer-
»do por trabajo que me venga haberla sentido. Que yo con-
»fieso que en otro tiempo cualquiera cosa de las tres que me
»vinieron juntas, fuera harto trabajo para mí. Creo fué mi go-
»zo principal parecerme, que pues las criaturas me pagaban
»ansí, que tenía contento al Criador; porque tengo entendido
»que el que le tomare por cosas de la tierra, y dichos de ala-
»banzas de los hombres, está muy engañado, dejado de la
»poca ganancia que en esto hay: una cosa les parece hoy,
»otra mañana; de lo que una vez dicen bien, tornarán presto
»á decir mal. Bendito seáis vos, Dios y Señor mío, que sois
»inmutable por siempre jamás. Amén. Quien os sirviere has-
»ta la fin, vivirá sin fin en vuestra eternidad.»

Partióse la santa madre de Sevilla para Toledo, escogiendo aquel monasterio por cárcel como el general se lo había mandado. Fueron tan grandes las persecuciones que se levantaron así contra la santa madre y sus monjas, como contra los frailes descalzos, que casi estuvo la orden en extremo de perderse y deshacerse todo lo hecho, si el Señor no proveyera volviendo por la justicia, apoyando la virtud, y sacando á luz la verdad. Juntáronse muchas cosas, que todas parece las había trabado el demonio, y puesto como en escuadrón para acometer á una, y dar tan de golpe en la religión, que la acabase y arruinase del todo, porque por una parte el general, que era la cabeza, y á cuya sombra y favor se había hasta entonces fundado la nueva reformación (pareciéndole á él iba acertado) se mudó en declarado enemigo y contrario á los descalzos, que esto bastara para que no estando de por medio la divina Providencia los asolase á todos.

Faltó en este tiempo el nuncio Hormaneto, que en el tiempo que gobernó fué muy propicio y favorable á la religión, y hacía espaldas á las contradicciones que los padres calzados (que tan opuestos estaban á la nueva reformación, á su parecer con bueno y santo celo) levantaban cada momento. Por muerte del nuncio Hormaneto sucedió en su oficio (aunque no en la afición que tenía á la religión) el nuncio Segá, el cual no parece sino que Dios le había tomado por instrumento para ejercitar la paciencia y santidad, así de la madre como de aquellos primeros padres fundadores y columnas de la nueva reformación. Venía desde Roma con siniestra información de la verdad; y así por esto, como por ser grande amigo del general, traía gran deseo de deshacer y aniquilar esta nueva reformación de descalzos. Y así comenzó á ponerlo por obra con grandísimo rigor, desterrando á unos, encarcelando á otros, sentenciando y condenándolos generalmente á todos como si fuera gente de alguna secta de errores, ó de tan mala vida que fuese necesario atajarles los pasos para que no destruyesen é inficionasen el mundo. Los que tenían emulación con la religión, que eran ciertos religiosos, viendo en el nuncio tan buena disposición para todo lo que ellos deseaban, juntaban procesos, acumulaban calumnias sobre la santa madre y sobre los pobres frailes inocentes de todo mal. Quitó luego el oficio de visitador apostólico que tenía al padre fray

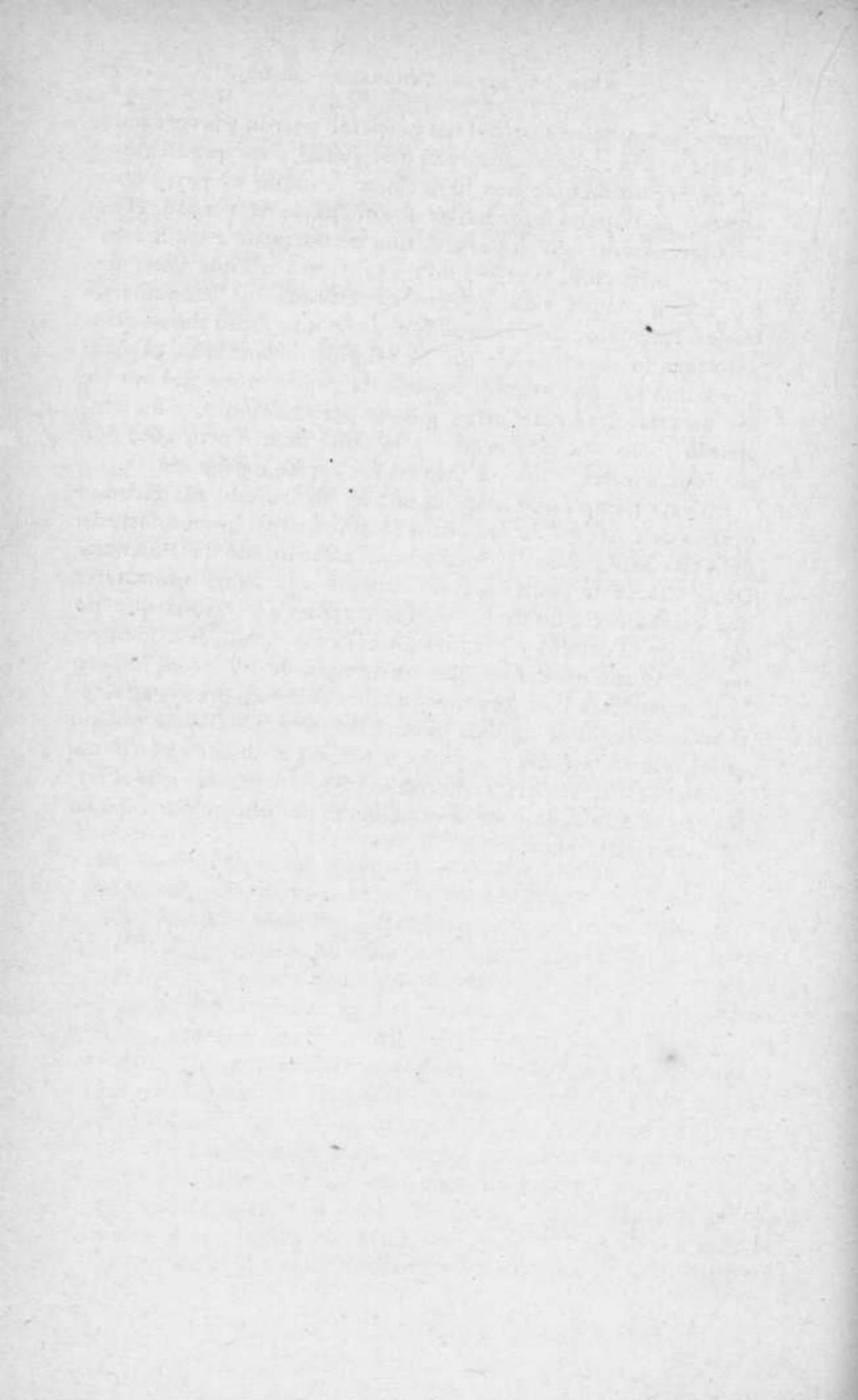
Jerónimo de la Madre de Dios, y nombró, al padre fray Ángel de Salazar, provincial que había sido de los padres del paño (carmelitas descalzos), para que fuese visitador y perlado de los descalzos y descalzas, estando siempre con determinación de acabar y destruir todos los monasterios, especialmente los de los frailes.

Á la santa madre también le alcanzó gran parte de estos trabajos, si ya no fueron los mayores, porque á ella la miraban como á malhechora (como ellos decían) y autora de tantos daños. Y así el nuncio con la poca satisfacción que tenía de ella, y las siniestras informaciones de los contrarios, la mandó que no saliese de un monasterio, llamándola *fémína inquieta y andariega*, y que por holgarse andaba en devaneos, so color de religión. Ella se encerró en su monasterio de Toledo, y estuvo allí más de tres años, mientras andaban las olas de las contradicciones, que eran tan grandes que parecía se habían de tragar á ella y á toda su religión, y en todo este tiempo no se hizo fundación, ni se trató de otra cosa más que de padecer y sufrir tan terribles golpes como el nuncio y los demás contrarios les daban. ¿Qué haría entonces la bienaventurada madre? ¿Qué sentiría de ver tales trabajos y persecuciones en sus hijos y hijas? Hacía cuenta que por ella se había levantado aquella tempestad, y que si á ella la echasen en el mar como á otro Jonás, cesaría: bien se holgara que todas estas persecuciones descargaran sobre ella sola, y que no padecieran aquellos padres sin culpa. Con esto padecía ella por todos, y aunque sabía que decían de sí cosas muy graves, no las sentía tanto como la aflicción de sus hijos, y las cárceles y trabajos que padecían. Hacía que hubiese en todos los monasterios continua oración, ayunos y disciplinas, y así frailes como monjas levantaban todos los ojos al cielo de donde sólo esperaban el remedio. Procuraba la madre favor de los grandes del reino, y de los religiosos de más autoridad de él. Escribía al rey Felipe cartas en favor de sus frailes con palabras tan eficaces que le movieron más que ninguno de los otros medios que para este fin se pusieron. Esperaba de la mano de Dios con gran paciencia todo lo que viniese, y aunque veía que á un suceso malo se seguía otro peor y cuando parecía que se acababa y deshacía todo lo hecho, entonces tenía ella más firme la confianza en Dios.

En este tiempo me hallé yo presente con la bienaventurada madre en Toledo, y estando un día el padre Mariano con ella, recibieron unas cartas del padre fray Jerónimo de la Madre de Dios casi desesperadas de todo buen suceso en sus negocios. Perdió con ellas el padre Mariano los estribos de la confianza, y les perdiera cualquiera que no estuviera tan puesto en ellos, como lo estaba la santa madre, porque los frailes eran cuatro ó cinco, y esos pobres, conocidos de pocos, y desfavorecidos y perseguidos de muchos, y sin arrimo ni autoridad: la madre, que era la fundadora, arrinconada y maltratada de palabras que de ella decían; pero cuando todos estábamos más desanimados, y teníamos más cerradas las puertas de la esperanza, ella estaba con más serenidad y confianza, como suele acontecer en una grave tempestad, donde con la furia de los vientos y escuridad de la noche perdiendo el tiento los marineros, pierden también la esperanza, si acaso alguno al amanecer se sube en el árbol, y descubre de lejos el puerto, cesa la pena con la buena nueva de la esperada seguridad y bonanza, y así parece que aquella alma santa se subió sobre todas las tempestades y nublados, y con los resplandores del cielo que la alumbraban, vió que no estaba muy lejos el puerto y fin de tan peligrosa y terrible tormenta, y luego nos dijo: *Trabajo hemos de padecer, pero no se deshará la religión*, porque, como yo supe después, estando ella pensando si querían deshacer esta nueva reformation de los descalzos, le respondió nuestro Señor: *Algunos querían eso, pero no será así, sino todo lo contrario*. Y así yo de allí adelante, aunque ví la orden en grandes aprietos, jamás perdí la confianza, ni temí mal suceso, teniendo por cierto desde aquel punto que había de suceder todo como decía la santa, como después por experiencia se vió, convirtiéndose todas aquellas tempestades en bonanza; porque el rey don Felipe II, que siempre fué padre de la verdad y justicia, y amparador de la reformation y virtud, entró de por medio, y informó al anuncio de lo que él sabía, porque se había certificado del visitador fray Pedro Fernández de la gran perfección que había en esta santa religión, y como todas aquellas contradicciones eran claras envidias, y manifiestos engaños, y pasiones nacidas de pechos enconados, y cobró tan grande estima y afición á los frailes descalzos que de allí adelante

(como yo soy buen testigo) fué perpetuo patrón y favorecedor de esta nueva reformatión, y el que ayudó para que llegase á tan buen punto como hoy tiene; pero aunque el rey y otros obispos de España informaron al nuncio de la verdad, él estaba tan casado con su parecer que no bastaron para mudarle de su intención, si el rey no diera traza para que con cuatro acompañados viese y sentenciase todos los negocios de frailes descalzos. Con esto se fué mitigando la ira del nuncio, y aclarando la verdad, y fué la religión levantando cabeza, que había estado casi por espacio de cuatro años debajo de los pies de estas y de otras graves persecuciones, y fué creciendo como ahora la vemos, y la santa madre prosiguió con sus fundaciones, como se dirá en los capítulos siguientes.

En este tiempo que la santa estaba en Toledo mudaron al obispo don Alvaro de Mendoza (á quien el primer monasterio de Ávila había dado la obediencia) al obispado de Palencia. Dióle á la santa madre mucho cuidado ver aquel monasterio que estaba dividido de los demás, sujetos á perlados que no fuesen de la orden, y estando un día en oración, le dijo nuestro Señor que procurase que las monjas de San José diesen la obediencia á la orden, porque á no ser esto presto se relajaría la religión de aquella casa. Ella lo trató con el obispo antes que saliese del obispado, y con las monjas, y con beneplácito de ambas partes, dieron la obediencia á la orden, habiendo estado debajo de la obediencia del obispo por espacio de diez y siete años.





CAPÍTULO XXIX

Cómo la santa madre por mandado de nuestro Señor fundó el monasterio de Villanueva de la Jara, y cómo le apareció en el camino la bienaventurada madre Catalina de Cardona, y de otros grandes milagros que el Señor obró en ésta por intercesión de la santa.

LUEGO que llegó la santa madre á Toledo, que fué en el mes de Junio del año de mil quinientos setenta y seis, la vinieron cartas del regimiento de Villanueva de la Jara (que es un lugar que está en la Mancha en el reino de Toledo), donde estaban en una ermita recogidas nueve mujeres, que vivían con mucha perfección y santidad: tuvieron estas siervas de Dios noticia de la santa madre por relación de los religiosos descalzos carmelitas, que habían fundado un convento en un desierto, riberas del río Júcar, en término de un lugar que se llama la Roda, que está cuatro leguas de Villanueva de la Jara, y como acudían allí á predicar, dieron nueva á estas buenas mujeres de los monasterios que fundaba la santa, y de la perfección con que en ellos se vivía. Estaban todas con deseos de vivir debajo de obediencia, y profesar la regla y instituto que la santa y sus monjas guardaban. Los del pueblo, que estaban muy edificados de su buena vida

y costumbres, procuraron luego ayudar á sus piadosos deseos, y así en nombre del regimiento y del cura del lugar (llamado el doctor Hervias, hombre muy grave y docto) enviaron un clérigo con cartas á la madre, pidiéndole fundase allí un monasterio. Llegó este mensajero á tiempo que las cosas de la orden estaban tan revueltas que había más fundamento para temer se quitasen los ya hechos que esperanza ni camino de fundar otros de nuevo; y así los despidió la santa, diciéndoles no tenía entonces orden para acudir á su consuelo.

Á cabo de cuatro años, que fué el año de mil quinientos ochenta, estando ya las cosas de la religión en sosiego y quietud, volvieron de nuevo de parte de aquellas siervas de Dios á hacer instancias sobre la misma fundación, y para obligar más á la madre vino el prior de los descalzos del convento de Nuestra Señora del Socorro (llamado por otro nombre la Roda, que era fray Gabriel de la Asunción, religioso de gran virtud y espíritu), á San José de Malagón, adonde estaba ella entonces con gran deseo de favorecer esta causa, y de persuadirle que admitiese aquella fundación; la santa estaba de muy contraria opinión, y se le ofrecían graves razones é inconvenientes, pareciéndole que por ventura aquellas buenas mujeres, como gente hecha á su propia voluntad y ejercicio, se acomodarían mal á los de la religión y obediencia (cosa que ordinariamente se experimenta en personas semejantes), porque como tienen ya canonizadas sus costumbres y modo, y tomada por regla de su vida su propia voluntad, luego se vuelven á su corriente, y se van por la misma madre, que es la madrastra de su aprovechamiento, y así tarde se amoldan con la obediencia y voluntad ajena las que están tan casadas con la propia. Temía esto la santa, y juntamente el ser tantas, y poderse hacer todas á una, y con el tiempo banderizar después el monasterio; y también se le ponía delante la gran pobreza que tenían, y las pocas esperanzas de tener más por ser el lugar pequeño, y no muy rico, y haber en él otros conventos.

Estas razones la hacían fuerza, y movían á no aceptar esta fundación, aunque por otra parte no se acababa de determinar á despedirla del todo. Hizo hartas diligencias para no ir, y para que el visitador (que entonces era el padre fray Ángel de Salazar) no se lo mandase (*Fundación de Villanueva*); pero

aprovechóle poco, porque las oraciones de aquellas devotas mujeres habían alcanzado ya el sí de nuestro Señor, como la misma santa madre Teresa lo cuenta por estas palabras: «Acabando de comulgar, y estándolo encomendando á Dios, »temiendo si estorbaba algún aprovechamiento de algunas al- »mas, que siempre mi deseo es de ser algún medio para que »se alabase nuestro Señor, y hubiese más quien le sirviese, »me hizo su Majestad una reprehensión bien grande, dicién- »dome que con qué tesoro se había hecho hasta aquí; que no »dudase de admitir esta casa, que sería para mucho servicio »suyo, y aprovechamiento de las almas. Como son tan pode- »rosas estas palabras de Dios, que no sólo las entiende el en- »tendimiento, sino que le alumbrá para entender la verdad, y »dispone la voluntad para querer obrarlo, así me acaeció á »mí, que no sólo gusté de admitirlo, sino que me pareció ha- »bía sido culpa tanto detenerme y estar tan asida á razones »humanas, pues tan sobre razón he visto lo que su Majestad »ha obrado por esta sagrada religión (*Fundaciones*, capítu- »lo XXVIII.)»

Luego se determinó (aunque estaba harto agravada de sus enfermedades), de ir personalmente á cumplir la voluntad del Señor. Dió cuenta de todo á su perlado, el cual no sólo le dió licencia, sino que le mandó con un precepto se hallase presente en aquella fundación, y llevase las monjas que mejor le pareciese. Fueron en su compañía el padre fray Antonio de Jesús, y el padre fray Gabriel de la Asunción, y salieron de Malagón á trece de febrero del año de mil quinientos ochenta. Y aunque estaba tan enferma que le parecía no estaba para ponerse en camino, luego en el primer día que caminó cobró milagrosamente la salud, como ella escribe tratando de esta fundación en el mismo capítulo veintiocho, que por ser palabras que animan mucho nuestra flaqueza para servir más á nuestro Señor, me pareció ponerlas aquí: «Par- »timos, dice, de Malagón, y parecíame nunca había tenido »mal; que yo me espantaba y consideraba lo mucho que im- »porta no mirar nuestra flaca disposición, cuando entende- »mos se sirve el Señor, por contradicción que se nos ponga »delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes y de »los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor »padecer por nuestra alma, y puéstos los ojos en su honra y

»gloria olvidarnos á nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud, »sino para perderla por tan gran rey y señor? Creedme, her- »manas, que jamás os irá mal en ir por aquí. Yo confieso que »mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y »dudar, mas no me acuerdo después que el Señor me dió há- »bito de descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese »merced (por sola su misericordia) de vencer estas tentacio- »nes, y arrojarne á lo que entendía era más servicio suyo, »por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo era poco lo »que hacía de mi parte, mas no quiere más Dios desta deter- »minación para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre ben- »dito y alabado. Amén.»

Por todos los lugares por donde pasaba, era tanta la gente que acudía á verla, que los que la acompañaban no se podían defender, particularmente en uno llamado Villarrobledo, donde la santa fué hospedada en casa de una buena mujer, y cargó tanta muchedumbre de hombres y de mujeres que acudieron á ver á la madre, que fué necesario poner dos alguaciles á la puerta para que la dejasen comer, y aun esto no era remedio bastante porque se subían y entraban por las paredes de los corrales; y así fué tan grande el concurso á la salida del pueblo, que en la mayor fiesta y procesión del año no podía ser mayor. Llegaron á otro pueblo, donde le sucedió lo mismo, y fué necesario partirse tres horas antes del día, temiendo más el alboroto y bullicio de la gente que la escuridad y frío de la noche. Así corría la fama de un lugar á otro, llegando antes que el carro ó coche en que la santa madre iba, y procuraban algunos bienhechores aderezarles la comida y posada, particularmente un labrador rico y devoto de la orden, sabiendo que la santa había de pasar por su lugar, compuso su casa, aparejó muy buena comida, juntó toda su familia (que la tenía muy grande), haciendo venir á todos sus yernos de otros lugares donde eran moradores, y recogió también en su casa todo su ganado para que la madre les echase á todos la bendición, así á los hombres como al ganado. Cuando la madre llegó al pueblo, no quiso ni pudo detenerse; y así el devoto labrador salió con toda su gente fuera del pueblo, para alcanzar allí la bendición que había deseado en su casa. La santa se movió á devoción, y encomendándolos á Dios pasó adelante, y llegó en compañía de los padres al

monasterio de Nuestra Señora del Socorro, y antes que entrase en el convento salieron todos los frailes á recibirla, que la causaron grande devoción y ternura, como ella escribe (*Fundaciones*, cap. XXVIII): «Parecióme estar en aquel florido tiempo de nuestros santos padres: los religiosos en aquel campo con sus capas pobres de sayal y descalzos parecían unas flores blancas y olorosas, y así creo yo lo son á Dios, porque á mi parecer es allí muy servido á las veras. Entraron en la iglesia con un *Te Deum*, y voces muy mortificadas. La entrada della es debajo de tierra como por una cueva, que representaba la de nuestro padre Elías; cierto yo iba con tanto gozo interior que diera por bien empleado más largo camino.» Todas estas son palabras de la santa madre, la cual se regaló y enterneció grandemente con la vista de este monasterio, y mucho más con la memoria de la grande santidad y penitencia de la bienaventurada madre doña Catalina de Cardona, que fué de la nobilísima casa de los duques de Cardona, criada y estimada en palacio, y dejando el bullicio de la corte (como otro Arsenio), por revelación particular de Dios, se fué á un desierto, donde dejando atrás las grandes penitencias y rigores de los Antonios, Macarios, y otros padres del yermo, vivió muchos años en quel desierto en hábito de fraile carmelita, y por revelación divina fundó aquella casa y monasterio: y después de tan áspera vida tuvo dichosa muerte en aquel yermo, y estaba enterrada en el monasterio que ella había fundado. De esta santa se podía hacer un gran libro: escribe parte de su vida la misma madre en sus *Fundaciones*, capítulo veintiocho, que es un testimonio y aprobación muy bastante para hacer estima de su grande santidad: yo solo diré cómo llegando aquí la santa, estaba considerando la gran penitencia que allí había hecho la madre Cardona, y confundíase, pareciéndole que siendo mayores sus pecados, había sido menor el castigo que había tomado de ellos: informóse allí de su vida, y con la mucha noticia que antes tenía de ella la escribió. Teníala en gran estima y devoción á esta santa, y así ella se lo quiso pagar apareciéndole allí en su iglesia y ofreciéndole su ayuda, como la mesma madre escribe por estas palabras: «Acabando de comulgar un día en aquella santa iglesia, me dió un recogimiento muy grande, con una suspensión que me enagenó;

»en ella se me representó esta santa mujer (por visión intelectual) como cuerpo glorificado, y algunos ángeles con ella. »Dijome que no me cansase, sino que procurase ir adelante »en estas fundaciones: entiendo yo (aunque no lo señaló) que »ella me ayudaba delante de Dios. También me dijo otra »cosa que no hay para qué la escribir. Yo quedé harto consolada, y con deseo de trabajar, y espero en la bondad del »Señor que con tan buena ayuda como estas oraciones podré »servirle en algo.»

Muy consolada quedó la santa con haber visto la religión de aquel santo desierto (que sus paredes publican la perfección de sus hijos), y con esta visión, por haber visto en su vida á la que tanto había conocido antes por su fama, y amaba tiernamente por sus grandes virtudes, se partió luego á Villanueva de la Jara, adonde llegaron primer domingo de Cuaresma, que fué á 21 de Febrero año de 1580. Un poco antes que llegase al pueblo, repicaron las campanas, salió el cura y todo el ayuntamiento á recibirla, con toda la demás gente del pueblo, que estaba en grande manera regocijado con el nuevo monasterio. En llegando al carro donde la santa madre venía, se arrodillaron todos: llevaron á las monjas á la iglesia principal del pueblo, donde salió toda la clerecía á recibirla, cantando el *Te Deum*. Después de haber hecho oración, tomaron el Santísimo Sacramento, que le tenían ya puesto en unas andas, y las cruces y pendones, y otras insignias de devoción, y hicieron una procesión muy solemne como el día del Corpus Christi, con muchos altares por las calles, cantando muchos villancicos á propósito de la venida tan deseada de las religiosas. Llegaron á la ermita de Santa Ana donde se había de fundar el monasterio; iba en medio de la procesión junto al Santísimo Sacramento la santa madre y sus monjas, con sus capas blancas y los velos delante del rostro, y junto á ellas muchos frailes descalzos (que habían venido para esta fiesta) de Nuestra Señora del Socorro. Llegaron á la ermita, y pusieron el Santísimo Sacramento con grande solemnidad, y tomaron la posesión del nuevo monasterio, quedándose con el nombre de Santa Ana que antes tenía. Estaban todas aquellas siervas de Dios á la puerta de adentro esperando tan buen día, y recibieron á la santa madre y á sus monjas con muchas lágrimas de alegría y de contento.

Luego les dieron á todas nueve el hábito, y asentóseles tan bien la religión y observancia de ella que la santa madre y sus compañeras se admiraban y daban muchas gracias á Dios, y cuanto más las trataban, más blandas las hallaban para las cosas de la religión. Hallóse consoladísima la bienaventurada madre con tales compañeras, y solía decir que por grandes trabajos que pasara, los diera por bien empleados, á trueco de haber consolado estas almas. Y tenía por mayor tesoro haber encontrado con almas tan santas que si tuviera grandes rentas, porque eran gente de virtudes sólidas y macizas, hechas á la penitencia, al trabajo de manos, con que se habían sustentado por espacio de seis años, dadas á la oración, amigas del encerramiento, porque lo guardaban como si fueran monjas, y bien ejercitadas en la mortificación, de suerte que el hábito y ejercicios de la religión se les asentó tan bien como esmalte sobre oro.



CAPÍTULO XXX

Prosigue la fundación de Villanueva de la Jara, y cuéntanse algunos milagros que han sucedido en esta casa

ESTUVO la santa madre en esta fundación por espacio de dos meses, que era el tiempo para que le había dado licencia su perlado, y habiendo acomodado la casa, dejando por priora de ella á la madre María de los Mártires, se partió para Valladolid (como diremos en el capítulo siguiente). Quedaron las monjas muy contentas de verse con el hábito, pero muy necesitadas y pobres, tanto que al tiempo de la profesión de las nueve novicias, considerando la priora la gran pobreza de aquella casa, y el grande aprieto en que se ponía en dar la profesión á nueve monjas sin dote, comenzó á dudar si sería acertado admitirlas todas á la profesión, viendo la necesidad evidente en que se ponía. Escribió á la santa madre significándole el estado de aquella casa, y pidiéndole el orden de lo que había de hacer, porque ella no lo hallaba para remediar aquella necesidad. Respondióle la santa que les diese luego la profesión á todas, y que no dudasen, sino que tuviesen mucha confianza en nuestro Señor, en cuyo nombre, y por quien les aseguraba y daba palabra, que si

eran las que debían jamás les faltaría nada. Leyó la carta la priora en comunidad, y quedaron todas tan contentas como si ya vieran cumplido con los ojos lo que leían en la carta. Y así aparejaron luego para la profesión, y la recibieron todas con grande contento y confianza en el Señor. Y desde aquel día en adelante confirmó Dios la palabra que había dado por boca de su sierva con milagros claros y manifiestos que después se vieron en aquella casa, de los cuales tengo yo há muchos años entera noticia y certidumbre, y son notorios á todas las monjas que entonces estaban en aquel monasterio, y casi todas lo testifican en la información de la canonización de la santa madre.

Uno de ellos fué que como al primer año de la fundación, que era el de mil quinientos ochenta, había precedido el de setenta y nueve (que en aquella tierra había sido esterilísimo), el lugar estaba notablemente pobre y necesitado. Tenían entonces las monjas para provisión de su año un escriño de harina, en el cual había como seis hanegas, sin tener dineros para comprar más, ni remedio alguno para juntar algo del mucho trigo que les faltaba, porque aunque la perlada hizo mucha diligencia pidiendo limosna, y poniendo otros medios humanos, después de su mucha solicitud pudo llegar hasta dos reales. Viendo cuán poco aprovechaba su trabajo, acordándose de lo que la santa madre les había ofrecido de parte del Señor, puso su confianza en Dios, y comenzó á gastar de la harina que en casa tenía, de la cual comían entre monjas y demandadera, y otras personas hasta diez y seis ó diez y siete; y fué el Señor servido que la harina fuese como la de la viuda de Elías, que no se disminuyese ni faltase hasta que Dios dió abundancia de trigo nuevo, que sería por espacio de seis meses, y para lo que según el gasto ordinario apenas bastaran sesenta hanegas de trigo, lo suplió y abasteció Dios con seis hanegas de harina.

Acabada la necesidad del trigo, púsolas el Señor, para mayor demostración de su gloria y providencia, en otra nueva y por ventura mayor que la pasada, y fué que luego el setiembre del mismo año sucedió aquella enfermedad universal del catarro, y así por estar toda la gente enferma, y el ser lugar pobre y necesitado, y no venderse la labor de manos que las monjas hacían, y estar también muchas de ellas enfermas

para hacerla, vino el monasterio á cargarse de enfermas y de necesidades. La priora, que en el pueblo no hallaba remedio, escribió á una persona eclesiástica rica y poderosa, representándole su grave necesidad y pobreza, y quiso el Señor que jamás le respondiese cosa alguna, y así se viesen destituidas de todo favor humano, y lo que más era cerradas las puertas para buscarle, pero el Señor fué servido de proveerlas de las suyas adentro por el medio que ahora diré. Había en el convento un peral solo, y no muy grande, y en éste les libró el Señor su comida y sustento, porque cargó de tal manera de peras, que cogían cada día todas las que eran necesarias para la comunidad, de las cuales comían unas veces cocidas, otras asadas, y cogían cargas para vender en el lugar, y con el dinero que sacaban de las peras compraban todo lo necesario para el convento; y era tanta la abundancia, que acudían muchas personas del pueblo de ordinario por peras para los enfermos, y á todos daban. Perseveró el peral en dar abundante fruto por espacio de más de dos meses, y con disfrutarle cada día con tan grande exceso parecía que no se tocaba á él. Este fué el árbol de la vida, con cuyo fruto se curaban las enfermas, remediaba el monasterio sus necesidades y las de los enfermos, y honraba el Señor su palabra, que en su nombre había dado la bienaventurada madre Teresa á sus siervas. Y casi lo mismo se vió en siete manzanitos (que comunmente llamamos enanos) que por espacio de tres meses los duró coger cada día dos arrobas para vender, sin las que reservaban para las religiosas y para los enfermos del lugar.

No es de menos admiración que los pasados otra milagrosa providencia de que el Señor usó en aquel monasterio, en el cual como eran tan ordinarias las necesidades, lo era también el mostrar el Señor maravillosamente el cuidado que tenía de las que todo su negocio habían puesto en servirle. Faltábales el dinero, que no tenían un real, ni sabían de dónde sacarlo. Estaba la provisoro algo afligida, y acaso estando pensativa comenzó á escarbar en el cimiento de un corral de la casa, y halló sesenta reales, donde no se podía esperar que persona humana los hubiese puesto, porque las que hasta allí habían vivido en la casa habían sido tan pobres que para su comida no alcanzaban. Guardólos, y comenzó á gastar de ellos: multiplicó el Señor de tal suerte aquel dinero,

que en más de un año se proveyó el monasterio de todo lo necesario, no más de con echar mano la provisora á la faldriquera, donde parece que tenía una mina de reales acuñados, sin que en todo este tiempo le faltase.

En otras ocasiones les acudió nuestro Señor á sus necesidades por otros medios muy semejantes á los pasados, como se verá por el ejemplo que ahora diré. Cuando se hizo la procesión desde la iglesia parroquial de Villanueva, para el nuevo monasterio que se había de fundar, venía la santa madre detrás del Santísimo Sacramento, que llevaban para poner en el nuevo monasterio, y una monja de las que venían en su compañía, muy sierva de Dios (que por ser viva no digo quien era), vió un niño Jesús que hablaba con la santa madre, muy parecido á uno que le dió el padre fray Gabriel de la Asunción, prior del convento de la Roda; contó lo que había visto á la madre, y ella le mandó no lo dijese á nadie, pero que cuando hubiese menester alguna cosa, acudiese á aquel niño que á ella le habían dado, y con esta fe y palabra, mucho tiempo que fué portera y sacristana esta religiosa, pedía al niño les socorriese en sus necesidades, y según era la calidad y materia de ellas luego hallaba adonde quiera que le daba el ánimo que estaba lo que había menester; y vez hubo que halló trescientos reales en parte donde jamás tal imaginara, de donde vino que llamaba al niño el Fundador, y con muy justo título, pues él era el que con tanto cuidado les proveía de todo lo necesario.

No sólo les acudía el Señor en sus necesidades tan precisas y graves, como habemos dicho, sino también aun en otras muchas menores, como se verá por el caso que ahora diré, que no es menos de notar que los pasados. Como una vez en el monasterio faltasen las ollas en que aderezar la comida, y no hubiese en el lugar de donde poderlas comprar, vió la cocinera cuatro pedazos de una olla que se había quebrado, y considerando que no tenía otro remedio, acordó de fregarlos, y juntólos lo mejor que pudo, y con grande confianza en Dios puso en ellos la comida que había de guisar para la comunidad. Hizo la olla su oficio, como si fuera de hierro, ó del todo estuviera sana, y después de comer la volvió á fregar la cocinera cada pedazo de por sí, y los juntaba de nuevo cada vez que quería poner la olla: y perseveró en hacer esto mismo

por espacio de un mes, hasta que hubo ocasión de comprar nuevas ollas. En estas y en otras muchas ocasiones resplandeció milagrosamente en esta santa casa la providencia del Señor. Y siempre que experimentaban estos y otros semejantes acaecimientos, se acordaban de la carta que la santa les había escrito, y echaban claramente de ver que eran mercedes que el Señor hacía á aquella casa, por la intercesión y ruegos de su sierva, y en confirmación de la promesa y palabra que ella en nombre del Señor les había dado.

Han sucedido en este monasterio otros grandes milagros y maravillas, que por no tocar á la santa madre deo de referirlas, porque ha habido en él monjas de señalada virtud y perfección, y tales que han hecho milagros. El ejercicio común de todas, después del tiempo de oración, ha sido hilar continuamente á la rueca, y ésta ha sido su renta con que han vivido por muchos años, y de sólo el trabajo han hecho dos cuartos en aquel convento, de los mejores de la orden, y una cerca muy buena, y el edificio es de manera que pasando por allí personas discretas, sabiendo su pobreza y flacos principios, y que se han sustentado á hilar, y proveído su sacristía de ornamentos, sus dormitorios y enfermería de ropa, y las demás oficinas de suficientes alhajas, no saben qué decir, sino que ó es encantamiento ó que fingen la pobreza que dicen.



CAPITULO XXXI

Cómo la santa madre fundó por expreso mandamiento de Dios el monasterio de San José de Palencia

DE Villanueva de la Jara vino la santa madre á Valladolid, porque don Alvaro de Mendoza, obispo que había sido de Avila, fué promovido para Palencia; y como el que amaba y reverenciaba tanto las cosas de la santa, y sabía por experiencia la virtud y religión que había en sus monasterios, por haber sido perlado muchos años del que se hizo en Ávila, deseó fundar otro en la cabeza de su obispado, que era Palencia, y á petición suya el visitador, que era el padre fray Angel de Salazar, hizo venir á la bienaventurada madre de Villanueva de la Jara á Valladolid, para que tratase de las comodidades y asiento de este monasterio.

En llegando á Valladolid le dió á la madre una grave enfermedad, de que entendieron todos no escaparía: mejoróse de ella, y comenzando á tratar de su fundación, tomando lengua de la ciudad, de la devoción y posibilidad de la gente, como ella tenía siempre puestos los ojos en que en sus monasterios viviesen de limosna, no le parecía era pueblo donde pudiesen vivir sus monjas sin renta, y así reparaba y rehusa-

ba mucho aceptar aquella fundación. Consultó el caso con un padre de la compañía, que era su confesor, con el cual trató también si sería bien ir á fundar á Burgos, y aunque á él le parecían bien estas fundaciones, todavía la madre no se acababa de determinar del todo. Y así estando un día después de haber comulgado encomendando este negocio al Señor, y pidiéndole luz para acertar á hacer en esto su santísima voluntad, le respondió su Majestad, como reprehendiéndola y la dijo: ¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido soy ahora: no dejes de hacer estas dos fundaciones.

Con estas palabras quedó con tan grande ánimo y determinación, que aunque le decían no era posible sustentarse el monasterio sin renta, y aunque todo el mundo se le pusiera delante, no bastaría para impedir ó entibiar su resolución, porque confiada en el poder de aquel que la mandaba fundar, no había cosa que bastase á hacerle contradicción que ella temiese: y así, aun no bien convalecida de su enfermedad, salió de Valladolid día de los Inocentes del año de mil quinientos ochenta, habiendo prevenido primero por cartas al canónigo Reinoso, que era una persona muy principal y muy cristiana de aquel lugar, para que con mucho secreto les tuviese alquilada una casa; él hizo lo que la madre le encargaba, y la acomodó muy bien para cuando la santa llegase con sus monjas. Llegó ella bien fatigada del camino, y otro día en amaneciendo se tomó la posesión, y puso el Santísimo Sacramento; llamóse el monasterio de San José. Avisó luego al obispo don Alvaro de Mendoza, el cual vino con grande contento y alegría, y le proveyó de muchas cosas de que tenían necesidad para acomodar su casa, y les ofreció dar el pan que fuese necesario para el sustento del monasterio. También les favoreció mucho Suero de Vega, hijo de Juan Vega, presidente de Castilla, y su mujer doña Elvira Manrique, hija del conde de Osorno, los cuales por su grande cristiandad y virtud eran llamados padres de los pobres, y lo fueron desde entonces de la religión, haciéndole obras de tales, ayudando así á las religiosas como á los religiosos con su favor y limosnas.

La santa madre luego comenzó á tratar de buscar casa propia donde se hiciese y edificase el monasterio. Al obispo le pareció que sería muy á propósito una iglesia que había en

la ciudad de mucha devoción, llamada Nuestra Señora de la Calle, porque aunque no tenía casa propia había dos junto á ella que se podían unir y hacer una bastante para monasterio. De la iglesia hizo donación luego el obispo y cabildo: las casas queríanlas vender los dueños en precios muy subidos, y los que trataban de la compra en nombre de la santa parecióles mudar y buscar otras más baratas, y así habiendo dejado las primeras trataban de comprar unas casas principales y buenas. La santa madre tenía no sé qué espina en el corazón, que aunque no contradecía el dejar aquella iglesia de Nuestra Señora, que les habían ya dado, no se le acababa de asentar el buscar otro sitio para su monasterio, é inquietábala este cuidado de manera que casi no la dejaba estar atenta á la misa. Fué á recibir el Santísimo Sacramento, como ella lo hacía cada día, y en recibéndole entendió esta palabra: *Esta te conviene*, y decíalo nuestro Señor por la iglesia de Nuestra Señora y las casas que estaban juntas con ella. Turbóse algo con estas palabras, porque le parecía cosa recia haber de deshacer el concierto que ya tenían asentado de la otra casa los compradores, que eran dos canónigos principales, que en nombre de la madre y por devoción suya solicitaban este negocio, y entonces le volvió nuestro Señor á decir: *No entienden ellos lo mucho que yo soy ofendido allí, y esto será gran remedio*. Dijo esto el Señor porque á aquella iglesia de Nuestra Señora concurría mucha gente de toda la comarca, y velaban allí algunas noches, donde se hacían graves ofensas á su Majestad. Estaba la santa dudosa de esta habla, y aún no se aseguraba si era de Dios, cuando el mismo Señor le volvió á decir: *Yo soy*; con que quedó sosegada y certificada de lo que había entendido. Confesóse luego con el canónigo Reinoso, que era uno de los que compraban la casa, y dióle cuenta de lo que había pasado. Y así por esta causa, como porque el vendedor de la casa volvió á pedir de nuevo más precio de lo que se había concertado, se deshizo la venta, y se concertó la de las casas que estaban junto á la iglesia; y habiéndolas acomodado lo mejor que se pudo, trató el obispo que la santa y las monjas se pasasen á su casa é iglesia; lo cual se hizo con mucha solemnidad, porque el obispo hizo juntar el cabildo, y las órdenes y ciudad, y con mucha música y con una procesión muy solemne se pasaron las monjas,

las cuales iban todas cubiertas con sus velos delante del rostro, y púsose el Santísimo Sacramento con gran devoción y alegría de todo el pueblo; y porque antes el monasterio se llamaba de San José, juntó los dos nombres la santa madre, y hizo que se llamase de allí adelante San José de Nuestra Señora de la Calle.

Estando la santa madre en esta fundación de Palencia, tuvo nueva cómo había venido el breve de la separación, para que así frailes como monjas de la nueva reformación de los descalzos tuviesen provincial de su misma profesión, á quien obedeciesen como á perlado, sin que se entremetiesen más en su gobierno los padres de la mitigación, y asimismo supo cómo ya el breve estaba puesto en ejecución, y había sido elegido por provincial el padre fray Jerónimo de la Madre de Dios. Fué este un día para la santa de grande contento, por ser una cosa que ella deseaba y esperaba ver cumplida, como su glorioso padre San Alberto se lo había dicho en Segovia. Estuvo en Palencia algunos días: dejó por priora á la madre Isabel de Jesús, y por superiora á la madre Beatriz de Jesús, y de allí dió traza cómo ir á la fundación de Soria, como veremos en el capítulo siguiente.



CAPITULO XXXII

Cómo la santa madre fué á fundar á la ciudad de Soria, y de lo demás que sucedió en esta fundación

ANTES que la santa madre saliese de Palencia, recibió una carta del doctor Velázquez, obispo de Osma, y confesor que había sido suyo, siendo canónigo de Toledo (á quien ella había elegido para este ministerio por particular revelación de Dios, porque tenía puestos los ojos el Señor en el talento de este gran varón para que aprovechase á su Iglesia, porque fué después no sólo obispo de Osma, sino también arzobispo de Santiago, con grande ejemplo y aprovechamiento de estas iglesias), y quería su Majestad que primero tratase y comunicase á la santa madre, para que por este medio él se aprovechase de lo que en ella experimentaba, y se aficionase más al ejercicio y trato de oración. Pues como el obispo tuviese tanta noticia de la santidad de la madre, luego pretendió que viniese á fundar á su obispado, y para que esto se hiciese con comodidad trató con una señora principal y rica de Soria, llamada doña Beatriz de Veamonte, que hiciese allí un monasterio de descalzas, y ella ofreció luego una casa muy buena, y el obispo una iglesia de la ciudad, lla-

mada la Trinidad. Escribieron á la santa madre, rogándole hiciese allí una fundación. Ella comunicó luego esta carta con el nuevo provincial y perlado de su orden, y habiéndoles parecido bien á ambos la comodidad que aquella señora y el obispo ofrecían, partió la madre al principio de Junio para la ciudad de Soria.

Fué en su compañía aquel gran padre fray Nicolás de Jesús María, que después fué primer general de los descalzos, á quien ella amaba mucho, y estimaba grandemente su talento, santidad y virtud, y mirábale con ojos de padre, y de columna de su religión, como después lo fué. Llevó también en su compañía siete monjas, entre las cuales iba la madre Catalina de Cristo, mujer santa y de heroicas virtudes, las cuales en vida fueron bien conocidas en toda su orden, y después de muerta las declara más Dios nuestro Señor con muchos milagros, y con la incorrupción del cuerpo de esta venerable virgen. Llegaron á Soria á trece del mes de Junio, y en el camino para su gasto y regalo envió el obispo un alguacil que las acompañase, y regalase á la madre, y á todos los que venían con ella. Otro día siguiente, que fué el de la fiesta del santo profeta Eliseo, se dijo la primera misa en una sala de la casa, que por estar la iglesia apartada de ella fué necesario hacer un pasadizo, y en el entretanto se decía misa en aquella sala, y el obispo venía algunos días á decirla, y confesaba y daba la comunión á la santa y á las religiosas, á las cuales solía decir, alabando á la madre, que entendía era la mayor santa que Dios tenía en la tierra.

Estuvo allí la santa madre un poco de tiempo, hasta que se hizo un pasadizo desde la casa que aquella Señora les había dado hasta la iglesia, en lo cual se tardaron algunos días, y se pasó algún trabajo, y acabóse para el día de la Transfiguración, y entonces se puso el Santísimo Sacramento en la iglesia con grande fiesta y solemnidad del pueblo. Fué la vocación del monasterio de la Santísima Trinidad, por haberlo pedido así la fundadora, la cual estaba contentísima con su monasterio. Pagóle nuestro Señor esta buena obra que hizo y otras muchas buenas, en que tomase el hábito de monja, y muriese en la religión en la manera que ahora diré. Era esta señora natural de Pamplona, hija de don Francés de Veamonte, capitán general de la guarda del emperador: habíase

casado en la ciudad de Soria con un hombre muy poderoso y rico, llamado Juan de Vinuesa; murió el marido, quedando ella sin hijos, y de los bienes gananciales le cupieron en su parte cincuenta mil ducados, y todos los distribuyó en obras del servicio de Dios. Después de haber hecho este monasterio en Soria á cabo de algunos años, ayudó á fundar otro en Pamplona, donde ella tomó el hábito; y habiendo vivido con gran religión, murió en el año de mil seiscientos dos, llena de años y de virtudes, dejando fundados dos monasterios.

La santa madre se partió á diez y seis de agosto de Soria para el convento de San José de Ávila, dejando por priora á la madre Catalina de Cristo, verdadera hija é imitadora de su espíritu, y llevó consigo á su fiel compañera Ana de San Bartolomé, á quien la madre amaba y estimaba en mucho. Pasó en el camino grandes trabajos, porque muchas veces estuvo en peligro de trastornarse y despeñarse del carro que, por no saber el carretero el camino, descarriado y perdido venía á dar en pasos muy peligrosos. Llegó al fin la madre á Ávila bien fatigada y cansada del camino.

En este tiempo que la santa estaba en Soria, acabando yo de ser prior de Zamora, enviáronme mis perlados á morar á la Rioja, y pasando por Osma, supe del obispo (que ya había vuelto de Soria, que era muy grande amigo y conocido mío) que la madre estaba haciendo una fundación en aquella ciudad, y que había de venir presto allí. Fué para mí una nueva de grande alegría y contento. Llegó aquel día á las ocho de la noche; yo la fui á recibir á la puerta, y al bajar del carro saludéla, y preguntándome que quién era (porque como tenía el rostro cubierto con el velo, y era de noche, aún no me había conocido), y diciéndole yo que fray Diego de Yepes, ella calló, y yo me encogí, temiendo si me tenía olvidado, ó no le era agradable mi presencia. Estando después á solas, le pregunté qué había significado aquel silencio cuando le dije quien era, que me había dado mucha pena y admiración juntamente. Ella me respondió: Turbéme un poco, porque se me representaron dos cosas, que, ó debéis de ir penitenciado de vuestra orden, ó que quiere nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundación con toparos aquí. Yo me consolé con este favor, y le dije que lo primero era verdad, mas que lo segundo no quería Dios que lo fuese. Dijo el tiempo que me había

de durar la penitencia, y disimuladamente me respondió, diciéndome que me corriese cuando se me acabase, que bien mostraba no estar bien determinado á padecer, pues hacía caso de tan pocas cosas. Y así se cumplió, como ella se lo dijo á Ana de san Bartolomé su compañera, señalándole el tiempo que me había de durar mi trabajo.



CAPÍTULO XXXIII

Como la santa madre fué elegida en Ávila por priora, y desde allí envió á fundar el monasterio de San José de Granada

LEGÓ la santa madre á San José de Ávila al principio de setiembre del mismo año de mil quinientos ochenta y uno. Vino á verla luego el padre provincial fray Jerónimo de la madre de Dios, que entonces estaba en Salamanca en la fundación del colegio de frailes descalzos de aquella ciudad. Y como las monjas de Ávila viesan á la madre tan cansada de los trabajos que había padecido en las fundaciones, trataron con el padre provincial la hiciese priora de aquel convento, con lo cual se remediaría también la necesidad del que la padecía muy grande en lo temporal, porque ya tenían por experiencia que donde estaba la santa madre nunca faltaba nada. Dieron traza que la priora (que entonces era la madre María de Cristo) renunciase el oficio, y ella lo hizo con mucho gusto, y el provincial con votos de las monjas hizo priora á la santa, declarando que aunque fuese á Burgos (que se trataba entonces de aquella fundación) no dejase de ser priora, como lo había hecho otras veces, sino

antes, quedando la supriora por viciaria, gobernase la madre en ausencia por cartas.

Comunicó la santa con el padre provincial que convenia efectuar la fundación de Burgos, de la cual habia muchos días que trataba, y nuestro Señor la daba mucha prisa á que la hiciese. Quisiera el padre provincial tuviera primero la licencia del arzobispo de Burgos. Á la madre le parecia que bastaran las cartas que tenia suyas, en que le pedia que fuese á fundar, y que no sería necesaria más licencia. Con todo insistia el padre provincial en que alcanzase primero la licencia, temiendo no se viese después en algún trabajo y afrenta. La santa madre le dijo estas palabras: Ahora mire, padre, las cosas de Dios no han menester tanta prudencia, ni se hacen cosas graves de su servicio buscando todas las comodidades que habemos menester; aquella fundación ha de ser de gran servicio de Dios, y si más se dilata no se hará: aventurémonos y calle, que mientras más padeciéremos mejor será; y sepa, padre, que el demonio pone gran fuerza para que no se trate de ella; pero no obstante esto, mire vuestra reverencia lo que manda, que eso será lo más acertado. Con esta determinación que vió en la santa, se resolvió el padre provincial en el mismo parecer que ella tenia. Determinó de acompañarla cuando fuese á esta fundación, y en el entretanto se volvió á Salamanca á concluir la de aquel colegio.

En este tiempo estaba en el convento de los Mártires de Granada por prior el padre fray Juan de la Cruz, hombre muy espiritual y muy santo (de quien ya hicimos mención), y era vicario provincial de la provincia de Andalucía el padre fray Diego de la Trinidad. Á ambos les pareció sería una obra de gran servicio de nuestro Señor, y de mucha reformation de las costumbres de aquella ciudad, que la madre viniese allí á fundar un monasterio de monjas. Tratáronlo con la madre Ana de Jesús, que entonces habia acabado de ser priora de Veas. Aunque las comodidades de la ciudad eran pocas é inciertas, acordaron de escribir á la santa madre, y al padre provincial, para que le hiciese venir á aquella fundación. El padre provincial remitió este negocio al parecer y arbitrio de la santa, á la cual le tenia ya dadas sus veces, para que ella hiciese y ordenase en los monasterios de monjas, como si fuera provincial de ellas, porque tenia mandado que como á

tal la obedeciesen. La madre, que tenía puestos los ojos y el corazón en la fundación de Burgos, respondió á la madre Ana de Jesús que no podía ir á la fundación de Granada, porque nuestro gran Dios mandaba otra cosa ; que ella quedaba muy cierta se había de hacer todo muy bien en Granada, y que entendía quería Dios la hiciese ella, y que esperaba la había de ayudar mucho su Majestad. Ya que la santa madre no pudo ir allí, envió desde Ávila dos monjas para que acompañasen á la madre Ana de Jesús : la una fué la madre María de Cristo, que había sido allí priora, y la otra Antonia del Espíritu Santo, que era una de las cuatro primeras ; y de Toledo también envió á la madre Beatriz de Jesús, sobrina de la santa madre.

Escogió la santa á la madre Ana de Jesús para esta fundación, porque tenía mucha satisfacción de su talento y espíritu, y de otras buenas partes que el Señor le ha dado, que por ser viva y tratar yo aquí solamente de las que están ya muertas, las dejaré de escribir, y juntamente otras particularidades que en esta fundación le pasaron.

Detuviéronse las religiosas en Veas, hasta que en Granada el padre vicario provincial tuviese licencia del arzobispo, y alquilada casa para la fundación, porque todas las demás comodidades, que parece al principio se habían ofrecido, se habían desaparecido y vuelto en nada, y así quedaban fiados sólo de la Providencia divina. Ya se contentara por entonces el padre vicario si tuviera la licencia del arzobispo, que estaba muy recio en no querer admitir nuevo monasterio, porque en aquella tierra habían precedido años de grande esterilidad, y se había padecido tanta hambre cuanta muchos años antes no se había visto. Pues como al arzobispo le tratasen de fundar monasterio pobre y sin renta, cuyo sustento habían de ser las limosnas del pueblo, cuando más lo consideraba más resistía á la fundación, pareciéndole á él que era más tiempo aquel de deshacer si pudiera los monasterios hechos que de fundarlos de nuevo. Apretábasele con esta consideración el corazón, y cerrábasele las puertas de la voluntad, de manera que aunque dos oidores, los más graves y antiguos de aquella audiencia, que era el licenciado Laguna, que ahora es obispo de Córdoba, y don Luís de Mercado, le importunaron sobre esto muchas veces, jamás pudieron alcanzar de él

que diese la licencia, ni aun esperanzas de ella. Acordó el padre vicario provincial juntamente con la madre Ana de Jesús, que era la que iba nombrada por priora, sería bien alquilar una casa, y venirse de secreto á ella, y desde allí pedir la licencia al arzobispo, creyendo se movería á darla ver las monjas dentro de la ciudad. Costó hartó trabajo el buscar casa acomodada, y al fin con el favor de los oidores se halló tal cual les parecía convenía para el propósito.

Salieron las monjas de Veas con grande contento y prisa para su fundación, y á la primera jornada llegaron á un lugar llamado Daifuentes, y estando tratando la madre Ana de Jesús con el padre fray Juan de la Cruz (varón verdaderamente santo) qué medio tendrían para que el arzobispo quisiese admitir aquel monasterio, dábales cuidado á los dos el suceso, pero no perdían la esperanza de que el Señor (en cuya mano están los corazones de los hombres) había de inclinar el suyo á una causa tan piadosa y tan justa. ¡Oh gran bondad del Señor, y qué maravillosas son sus trazas y los medios que escoge para los fines que pretende! Aquella mesma noche que estaban las monjas en Daifuentes, con temor si el arzobispo las había de admitir en su tierra, oyeron un trueno tan espantoso y terrible que, como después se supo, despidió de sí un rayo que cayó en Granada en la propia casa del arzobispo, cerca de donde dormía. Hizo mucho estrago en su palacio, porque le quemó parte de su librería y mató algunas bestias de su caballeriza, y le atemorizó tanto que con la turbación cayó enfermo, y con el temor se ablandó para dar luego la licencia que antes con tantos ruegos no se había alcanzado. Las monjas prosiguieron su camino ignorantes del suceso, y antes de llegar á Granada supieron cómo el dueño de la casa que habían concertado se había salido fuera del concierto, porque como entendió que era monasterio, aunque hubo muchos favores, y le ofrecían grandes fianzas, jamás quiso consentir en que allí se fundase convento. Llegaron las religiosas á Granada día de San Sebastián á las tres de la mañana, año de mil quinientos ochenta y dos, y fuéronse á apearse en casa del oidor don Luís de Mercado, y él les señaló un cuarto de ella más acomodado por estar con recogimiento: fueron muy bien recibidas de doña Ana de Peñalosa su hermana, señora viuda muy principal y virtuosa, que les ayudó mucho en aquella fundación.

Luego que amaneció envió la madre Ana de Jesús á suplicar al arzobispo les viniese á dar su bendición, y á decir la primera misa, porque no la oirían hasta que ó su señoría se la viniese á decir ó les ordenase lo que habían de hacer. El arzobispo viniera según estaba ya de trocado y gustoso con el nuevo monasterio, y así lo envió á decir; pero por estar todavía en la cama del asombro que le había causado el rayo, envió en su lugar al provisor para que dijese la primera misa, y pusiese el Santísimo Sacramento, y él lo hizo como el arzobispo se lo mandó. Acudió mucha gente de toda la ciudad, todos muy gozozos de ver una religión tan santa en su tierra, y aunque la devoción de la ciudad, y el gusto que mostraban de que hubiesen venido á ella monjas descalzas era muy grande, ellas padecían gran necesidad y pobreza, porque como estaban en una casa tan principal y tan rica, todos se descuidaban, pareciéndoles sobrarían sus limosnas, estando en parte donde se hacían tantas á los pobres: y era la causa que aquella señora pensaba que las monjas eran proveídas de las limosnas del pueblo, y así era limitada la que les hacía, y mucho lo que ellas padecían por esta causa. De suerte que era necesario que los padres descalzos partiesen con ellas de la pobreza que tenían y comida que Dios les daba.

Con el ejemplo y encerramiento del nuevo monasterio se movieron muchas doncellas de la ciudad á pedir el hábito, y entre muchas apenas se hallaba quien tuviese talento y partes para profesión tan estrecha y perfecta, y así las iba despidiendo buenamente la madre priora, con ocasión que no tenían casa ni comodidad. Andaban con mucho cuidado buscando alguna donde se pudiesen pasar: hallaron una alquilada, donde se mudaron al cabo de siete meses que habían estado en casa de aquella señora. Luego comenzaron á dar el hábito á algunas novicias, y recibieron de una vez seis doncellas de las más nobles y principales de aquella ciudad, las cuales por orden de sus confesores, y sin licencia de sus padres, movidas de nuestro Señor, hollaron el mundo, poniendo debajo de los pies los deleites y gloria que él estima, y á todas juntas les dieron el hábito con mucha solemnidad, y harta turbación de sus deudos, y admiración de toda la ciudad, que les parecía cosa recia que personas tan delicadas hubiesen de emprender vida tan áspera y penitente. Pasados

algunos días con los dotes de estas personas, y de otras que se fueron recibiendo, compraron unas casas del duque de Sesa que estaban en muy buen sitio de la ciudad, y aunque hubo muchas dificultades, por ser de mayorazgo, pero todas las allanó nuestro Señor, hasta que se vino á efectuar la venta, y con esto quedaron las religiosas muy bien acomodadas en lo temporal, y mucho más en lo espiritual, porque desde el principio de aquella fundación hubo en aquella casa mucho espíritu de oración, mucho recogimiento y religión.



CAPÍTULO XXXIV

Cómo nuestro Señor mandó á la santa madre fundase un monasterio en Burgos

ESTANDO la santa madre ya cercana á su muerte, en vísperas de gozar aquella gloria y descanso que el Señor en su reino le tenía guardado, para que esta fuese mayor, disponía nuestro Señor las cosas como ella padeciese mayores trabajos, que son á los que en la otra vida corresponde mayor premio, y así le mandó ir á esta fundación de Burgos, donde como los que habían de ser remate de los muchos que antes había padecido, fueron grandísimos, como ahora contaremos.

Había seis años que algunos padres graves de espíritu y letras de la compañía de Jesús persuadían á la santa sería servicio de nuestro Señor hiciese una fundación en Burgos, y por otra parte estando ella en Valladolid (como arriba referimos, tratando de la fundación de Palencia y de Burgos) le mandó nuestro Señor las hiciese y procurase entrambas, diciéndole: ¿Que de qué temía, que cuándo le había faltado? el mismo soy, no dejes de hacer estas dos fundaciones. Pasando pues entonces por Valladolid el arzobispo de Burgos don Cristóbal Vela, que venía nuevamente electo á tomar la pose-

sión de su arzobispado, hablóle á instancia de la madre don Álvaro de Mendoza, obispo de Palencia, pidiéndole licencia para fundar un monasterio en Burgos. Él respondió que la daría de muy buena gana, porque como era natural de Ávila conocía muy bien á la santa, y tenía muy entera satisfacción del grande fruto que hacían sus monasterios donde quiera que estaban. Trató otra vez, estando la madre en la fundación de Palencia con el obispo, que volviese á escribir de nuevo al arzobispo sobre la fundación del monasterio, y él respondió que de su parte estaba llana y cierta la licencia, pero antes que fuese procurase la de la ciudad, porque ó había de ser el monasterio de renta, ó si era fundado con pobreza había de ser con consentimiento del regimiento de la ciudad.

Estando la santa madre en Palencia, estaba allí una señora de Burgos, llamada Catalina de Tolosa, muy sierva de Dios, y de mucha caridad: tenía cuatro hijas descalzas en la orden; dos se habían recibido en Valladolid, y otras dos en la fundación de Palencia, y fué el Señor servido que ella también, después de haber enviado á la religión de los descalzos otros dos hijos y otra hija que le quedaban (como otra santa Felicitas los suyos al martirio), ella vino después á hacer el mismo sacrificio de sí á Dios. Trató pues con esta señora la madre le buscase en Burgos una casa alquilada, y le comprase rejas y torno, pareciéndole que no haría más que llegar y tomar la posesión. Ella se dió tan buena maña que no sólo hizo esto, sino que procuró la licencia de la ciudad, obligándose á dar casa para el monasterio, y la comida y sustento, y todo lo demás que les faltase á las monjas, con un ánimo muy liberal y generoso. La santa madre (como ya hemos contado) fué desde Palencia á Soria, y desde allí volvió á Ávila, de donde envió á fundar la casa de Granada, y estaba con grande deseo de ir á Burgos, pero con mucho miedo de ponerse en camino, porque esto era al fin de Diciembre de mil quinientos ochenta y uno, y con sus enfermedades (de las cuales estaba ya muy acosada) temía mucho el rigor del invierno, y los fríos, que suelen ser recísimos en aquella ciudad. Pensaba entre si sería bueno enviar á la priora de Palencia, pero nuestro Señor, que tenía guardados para ella estos trabajos, como también la corona de ellos, le habló entonces y dijo: No hagas caso de los fríos, que yo soy el verdadero calor; el demonio pone todas

sus fuerzas para impedir aquella fundación, ponlas tú de mi parte para que se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.

Por estas palabras que le dijo el Señor, entendió que estaba ya dada la licencia de la ciudad, lo cual ella hasta entonces no había sabido y probóse bien con la experiencia eran palabras de Dios, porque (como ella escribe) le dió tan poca pena el frío con haber estado todo aquel invierno en Burgos, que con estar tan flaca y enferma decía lo había sentido tan poco como si estuviera en Toledo, ni menos se hubiera hecho la fundación si ella no hubiera ido por su persona, porque otro que su ánimo invencible no esperara ni sufriera tan contrarios golpes, ni contrastara tantas dificultades como en esta fundación se ofrecieron, como se echará de ver por lo que adelante diremos. Determinóse luego ir á Burgos, y así se partió de Ávila otro día después de año nuevo de mil quinientos ochenta y dos.

Llevó consigo por su compañera á Ana de San Bartolomé, y de Alba y de Palencia sacó seis monjas, de suerte que por todas eran ocho. También la fué á acompañar el padre provincial de los descalzos, con otros dos compañeros suyos, que fué una compañía de harto consuelo para la santa madre, y de harta ayuda y alivio para los trabajos de su camino.

Desde que salió de Ávila comenzó á experimentar los trabajos de la fundación, porque fué mucha el agua y la nieve, y á ella le comenzó á cargar la perlesía de que era mucho tocada. Llegó á Valladolid, donde el mal le apretó tanto que dijeron los médicos que si no salía presto de allí le cargaría la enfermedad de suerte que no le fuese posible ponerse en camino tan presto. Con esto pasó luego á Palencia, donde acudió tanta gente al tiempo que la madre se había de apearse, para verla y oírla hablar, y para que les echase su bendición, que apenas podía salir del coche. Las monjas la recibieron con grande contento, cantando un *Te Deum laudamus*, como lo hacían en los demas monasterios, y en señal de la grande fiesta que con su madre tenían, aderezaron muy bien el claustro, pusieron muchos altares, como si ya fuera canonizada y la hubieran de poner en alguno. Rogáronle mucho se detuviese allí algunos días, y parecía forzoso el condescender con su petición, porque el tiempo estába tan metido en agua, y

los caminos con tantos lodos y arroyos, que serían más á propósito barcos para vadearlos que carros para andar por ellos.

La santa madre insistía en que se había de partir, y por no parecer temeraria en su resolución, envió primero un hombre que tomase experiencia de los caminos y avisase si era posible el caminar por ellos. El hombre trajo muy malas nuevas, y estando la madre pensativa, díjole nuestro Señor: Bien podéis ir; no temas, que yo seré con vosotros. Con estas palabras se atrevió á salir, aunque á los ojos humanos parecía temeridad y locura; pero el Señor, que había dado la palabra, no faltó en la obra y ejecución de ella, porque aunque tuvieron muchos peligros y trabajos, de todos salieron muy bien. Á veces eran tan grandes los lodos y atolladeros, que no siendo posible salir de ellos los carros, era necesario algunos ratos apearse la santa y sus compañeros, y no era este el peor partido según el peligro grande que llevaban los carros de trastornarse. Vió la madre subiendo por una cuesta el carro de sus compañeras trastornarse, de suerte que sin remedio iban todas á caer en el río, si un mozo de los que llevaban que lo vió no se hubiera asido de la rueda alta, porque de la parte baja no fuera posible (por ser tan agria la cuesta) muchos hombres juntos ser parte para detenerle, y fuera imposible que uno solo tirando de la rueda de arriba la detuviera si no pusiera el Señor su mano para querer librarlas de aquel peligro. Dióle grande pena á la madre este suceso, y desde entonces ordenó que siempre el carro donde ella iba fuese delante, para que en los malos pasos y peligros que se ofreciesen fuese ella la primera.

Llegaron aquella noche á una venta tan desacomodada, que una cama no había para la santa, que según iba de enferma tenía harta necesidad de ella. Pero dábanles tales nuevas del camino que quedaba de allí á Burgos, que les parecía acertado detenerse allí algún día, porque habían de pasar por unos pontones (que así los llaman) que están cerca de Burgos, y era tan grande la inundación de las aguas que subía media vara encima de ellos, y de una y de otra parte estaban todos cubiertos, y no se veía por mucho espacio sino agua y cielo, y si no tomaban por medio de lo alto de pontones eran perdidos y anegados: de suerte que parecía gran temeridad

entrar por ellos, particularmente con carros. Las monjas se confesaron para pasar, y pidieron á la santa madre su bendición, y decían el Credo; ella, aunque no dejó de temer, pero con grande ánimo y alegría, y sin turbación ninguna, hizo que su carro pasase adelante, y animó á sus monjas, diciéndolas: Ea, mis hijas, ¿qué más quieren ellas que si fuere menester ser aquí mártires por amor de nuestro Señor? ¡déjenme! que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégoles mucho que no pasen. Pero no era mucho tuviese este ánimo, porque á la entrada del agua le dijo el Señor: No temas, hija mía, que aquí voy. Vieron algunos de los que iban allí ir las ruedas del carro de la santa madre por encima del agua. Como la madre pasó delante aseguró el paso á los demás y todos pasaron sin ningún peligro, y con mucha alegría de verse libres de tantos trabajos.

Llegaron á Burgos á veintiséis de Enero, donde fueron muy bien recibidas y hospedadas de Catalina de Tolosa. Venía la madre con calentura, que no se le había quitado en todo el camino, y una enfermedad en la garganta que le apretaba de manera que no podía comer sino con mucho dolor, de que se le hizo una llaga que escupía sangre; diéronla aquella noche unos vómitos y unos vahídos y flaqueza de la cabeza tan fuertes que no le dieron lugar para levantarse otro día á negociar, y así fué necesario ponerla en una camilla, en un aposento que tenía una ventana con reja, la cual salía á un corredor; y puesto un velo en la reja, los que venían á visitarla estaban por defuera, y negociaban y trataban lo que se ofrecía. Vinieron luego de parte de ciudad á visitarla, mostrando el gran contento que tenían de su venida, y el gusto de haber dado ellos su licencia para que fundase allí un monasterio de su orden. Parecióle á la santa madre, estando la ciudad tan bien puesta, estaba todo su negocio llano; pero fué muy diferente de lo que ella pensaba, porque le faltaba mucho más por padecer, como se verá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXXV

De la gran contradicción que hubo para fundarse el monasterio, y cómo después de algunos días y trabajos grandes de la santa madre se fundó, y ella se partió para Alba.

LUEGO otro día el de mañana que llegó la santa madre á Burgos, el padre provincial que venía en su compañía fué á visitar al arzobispo á pedirle bendición para tomar la posesión, pensando que como antes lo había ofrecido no repararía en dar la licencia luego. Hallóle tan alterado y enojado de que la madre se hubiese venido sin su licencia, como si él no lo hubiera mandado ni se hubiera tratado con él cosa alguna en este negocio. Y al fin, después de haber dado y tomado, se resolvió con el padre provincial en que no daría la licencia si no había renta y casa propia, y que la renta no había de ser de lo que trajesen las monjas de dote, y que no habiendo esto se podrían volver, porque de otra suerte no se fundaría el monasterio. Todo era traza y ardid del demonio, para hacer imposible el negocio, y que se volbiesen sin efectuar nada. Pidiéronle licencia para que en una pieza de la casa donde estaban les dijese misa, y menos la quiso dar: de suerte que las pobres monjas no oían misa sino los días de fiesta, y entonces iban muy de mañana á una igle-

sia con hartos lodos y aguas, que los había entonces muy grandes en Burgos.

A cabo de tres semanas que anduvieron con el arzobispo en demandas y respuestas sobre el modo que había de haber en la renta, y viendo que estaba tan fuerte como al principio, la santa madre se determinó de ir ella en persona á hablarle, pareciéndole le rendiría, como había hecho á otros en semejantes ocasiones. Quiso Dios que negociase tan mal en él como otras personas que le habían hablado y pedido este negocio, aunque quien la viera con el alegría que venía después de haberla despedido el arzobispo con mucha desgracia, pensara que había negociado todo cuanto quería. Lo que más pena le daba á la madre era ver que el padre provincial andaba muy disgustado, y casi con determinación de que se volviesen todos, pareciéndole no había esperanza de que el arzobispo mudara de parecer, y que no era bien estuviesen tantas monjas fuera de su monasterio, y también se le ponía delante la grande falta que la santa hacía para otras fundaciones. La madre, como sabía de cierto era voluntad de nuestro Señor se hiciese aquella fundación, no le parecía era conveniente dejarla de la mano, y estaba harto afligida por ver la pena que su provincial tenía, y entonces le dijo el Señor: Ahora, Teresa, ten fuerte. Con esto procuró con más ánimo persuadir al padre provincial que se fuese, porque había de predicar aquella cuaresma en Valladolid, y que la dejase á ella en Burgos. Hízolo así el padre provincial, dejando en su compañía á uno de sus compañeros llamado fray Pedro de la Purificación, y luego dió orden la santa madre, viendo que aquel negocio iba á la larga, que le diesen unas piezas en el hospital de la Concepción, y pasarse á estar en él, por haber allí sacramento, y decirse misa cada día, y aun en esto hubo harta contradicción y dilación de parte de los cofrades, que sospechaban se habían de alzar con el hospital y hacer en él monasterio. Entraron en el hospital, víspera de san Matías apóstol, la madre y sus compañeras, y era la casa tan pobre y llena de enfermos que de los quejidos y malos olores, y muchos ratones, y otras sabandijas asquerosas no se podían valer; pero lo que más sentía la madre era ver lo que padecían sus compañeras, porque ella ya tenía por gloria el padecer, y por deleite verse en aquella pobreza.

Andaban á buscar casa con mucho cuidado para que el arzobispo diese licencia, porque ya aquella señora Catalina de Tolosa salía á darles renta después de su muerte. Habiendo buscado la casa muchos días, no la hallaban que les contentase, hasta que la santa descubrió una que le pareció conveniente para su propósito. Pedíanle por ella al parecer de algunos más precio de lo que era su valor, y aunque estaba determinada de comprarla, reparaba en los dineros, y entonces le dijo nuestro Señor: ¿En dineros te detienes? Con estas palabras entendió era voluntad de Dios la comprase: concluyó luego la venta víspera del glorioso san José, á quien habían rogado mucho la madre y sus compañeras les diese casa para su día, y luego se hicieron las escrituras. El arzobispo (que con el trato de la santa madre estaba más blando) mostró holgarse mucho cuando supo que tenían casa, y vino á ver á la santa al hospital, y una á la casa que había comprado, pero nunca quiso dar su licencia, ni aun para que les dijese una misa en ella los días de fiesta, hasta que tuviese la renta cierta y asegurada.

Había ya cerca de cuatro meses que estaban en Burgos, y no había aún esperanza cierta de la licencia del arzobispo. Y viendo la santa que no se reparaba en cosas de sustancia, y que todos eran palillos é invenciones del demonio, y que al cabo le habían de aprovechar muy poco, solía decir con mucha gracia que *era el diablo necio el que allí les hacía la guerra*. Esperaba el suceso con grande ánimo y longanimidad, y aunque todos perdían la esperanza, considerando la entereza del arzobispo, jamás ella desmayaba un punto, y así sucedió que en este tiempo el compañero que el padre provincial le había dejado estaba tan cansado de las largas del arzobispo, que desesperado del buen suceso persuadía de nuevo á la santa que se fuese, ó le diese á él licencia para venirse. Ella, que sabía ya bien el término que tenía Dios señalado para dar fin á aquel trabajo, le dijo: Mire, padre, no tenga pena, que el Santísimo Sacramento estará puesto antes de ocho días. Y fué así, porque el obispo de Palencia, á quien el arzobispo había dado palabra de dar licencia, sabiendo lo que allí padecía la madre (á quien él amaba tiernamente), le volvió á escribir de nuevo, y entonces el arzobispo la dió, y se puso el Santísimo Sacramento con grande solemnidad á nue-

ve de Abril de mil quinientos ochenta y dos; llamóse el monasterio San Juan de Santa Ana, dijo la primera misa el señor doctor Mansa, que ahora es obispo de Calahorra, que por aquel tiempo fué confesor de la madre, y ella le profetizó había de venir á la dignidad que ahora tiene. Predicó el arzobispo, y dió á entender la gran satisfacción que tenía de la santa y su religión, mostrando grande pesar de la dilación que había habido en la fundación.

Estando en este tiempo la madre y sus monjas muy contentas de verse ya en su casa y clausura, el día de la Ascensión creció tanto el río y fué tanta el agua que entró por la ciudad, que se comenzaban á despoblar los monasterios por no perecer en ellos, y se hundían casas, y se desenterraban los muertos, y el nuevo monasterio tenía más peligro, por estar en un llano, y más cerca del río que otros. Aconsejaban á la madre que hiciesen ellas lo que otras religiosas, que era salir de la casa, pero nunca quiso sino poner el Santísimo Sacramento en una pieza alta, y que las monjas se recogiesen en ella, y dijesen letanías, hasta que cesó aquel trabajo. Decía el arzobispo, y decíanlo también muchos en la ciudad, que por haber estado allí la santa madre había dejado de hundir Dios aquel lugar. Nombró por priora de esta fundación á la madre Tomasina Bautista, que lo había sido primero en Alba, y por supriora á Catalina de Jesús, que la había traído de Valladolid.

No quisiera la madre salir de Burgos antes de ver alguna comodidad temporal en el monasterio, y que algunas tomaran el hábito, con que se fuese acomodando la casa; y estando ella en este deseo y cuidado, le apareció nuestro Señor, y le dijo: ¿En qué dudas? que ya esto está acabado, bien te puedes ir. Entendió la santa por estas palabras que el Señor tomaba á su cargo el sustento del monasterio, y así pareciéndole que ya estaba allí de balde, se determinó partir luego para Ávila, donde era priora, y había harta necesidad de su presencia; pero por la ocasión que adelante diremos le fué forzoso el ir primero á Alba, donde acabó sus días, como se verá en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO XXXVI

Del modo y religión con que caminaba la santa madre Teresa de Jesús en todas estas fundaciones

YA que habemos dicho de las fundaciones que esta bienaventurada madre hizo, será bien, para que más claramente se vea el espíritu de Dios que en ella vivía, antes que contemos su muerte, que digamos el modo y traza que la santa guardaba, no sólo en el camino, sino también cuando pasaba por algún monasterio, así de su religión como de otras, y del gobierno y constituciones que ordenó tan avisado y prudente para los conventos de monjas.

Primeramente cuando la santa madre caminaba, procuraba llevar consigo algunos religiosos de la orden, cuando los había, y juntamente algún clérigo que fuese persona de buena vida y fama. De ordinario la acompañaban el padre Julián de Ávila, persona de mucha virtud y cristiandad, como arriba habemos dicho. La primera hacienda en llegando al lugar era oír misa, y ella comulgaba cada día, y esto por más negocios y prisa que tuviese nunca se había de dejar. Llevaba siempre algunas compañeras, unas para dejar en la fundación, y otras para traerlas de ordinario consigo; entre las demás escogió para oficio de compañera á la madre Ana de san Bartolomé,

que hoy vive, y es priora en París, religiosa tal cual había de ser la que la madre eligió entre tantas, y en la que puso los ojos para su compañía y consuelo. Caminaban la santa y sus compañeras de ordinario en carros, por parecerle que era caballería más pobre y más llana que la de los coches. Iban dentro las religiosas con gran recogimiento, porque aun en el camino, estando donde pudiesen ser vistas de personas seglares (aunque fuesen mujeres) jamás quitaban los velos, y si alguna se descuidaba en esto la reprehendía la santa y eso mismo guardaba ella con mucha puntualidad y rigor.

Cuando llegaban á las posadas procuraba un aposento muy retirado y cerrado, donde las religiosas descansasen, y cuando no había comodidad para esto (como suele acaecer en algunas ventas) servían las mantas de jerga de paredes, y hacía sus apartamientos recogidos y honestos, para que así ni vieses ni fuesen vistas sus monjas, y tuviesen menos trato y conversación con nadie, que en esto tenía gran recato, como la que tan entrañablemente amaba toda honestidad y pureza, y así ponía tornera en una venta, como si estuviera en un monasterio, para que de allá dentro tomase recados: finalmente caminaba con tanta religión y encerramiento como si estuviera en su casa.

Y porque los santos son de la condición de las piedras preciosas y resplandecientes, que un mismo precio y resplandor tienen en el arca y en la calle, la santa madre y su compañía, en quien resplandecían tantas virtudes estando en sus monasterios, no se escurecían ni añublaban en los caminos, porque entre los golpes del carro, molestia y cansancio de él tenían su oración como en el coro, y para eso había sus horas señaladas, y las medían con un reloj de arena, como si estuvieran en el convento, y muchas veces en los caminos á la santa y á sus compañeras se les pasaba toda la noche en oración vocal y mental. Tañían con una campanilla á las horas de silencio que su regla ordena, y lo guardaban tanto como si allí les obligara la regla. Y lo que más es de maravillar que era tan grande el respeto y veneración que tenían á la santidad de la madre los que allí venían, que no sólo los clérigos y la demás gente de su compañía, pero los mozos y carreteros (fuera de su natural condición), guardaban silencio mientras las monjas callaban. Después cuando tañían haciendo señal que era

acabado el tiempo del silencio, era grande el contento de ellas. Iban todas de buena gana con la santa, ni se cansaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran sobre toda manera apacibles, y alegres para todos. Sacaba de lo que se ofrecía por el camino pláticas de Dios, con que entretení y compungía mucho á los que la acompañaban, y los que solían ir otras veces jurando y jugando, gustaban más de oirla que de cuantos placeres entonces podían tener, como lo confesaban muchas veces.

Procuraba la santa madre Teresa que todas las que iban en su compañía diesen la obediencia (que á ella le era tan debida por su oficio y por su persona) á algún religioso, si allí venía, y sino al sacerdote que las acompañaba, y ella era la primera que le obedecía. Y era tanto el amor que tenía á esta virtud, que en haciendo en cualquiera fundación priora (la cual ella con su autoridad la puso y eligió por muchos años) luego le daba la obediencia, y se sujetaba á ella, no como fundadora, sino como una de las menores súbditas del convento, pidiendo licencia para todo cuanto había de hacer. Lo mesmo guardaba cuando llegaba á cualquier monasterio de monjas de otra orden, que luego se ofrecía á la obediencia de la perlada como si lo fuera suya.

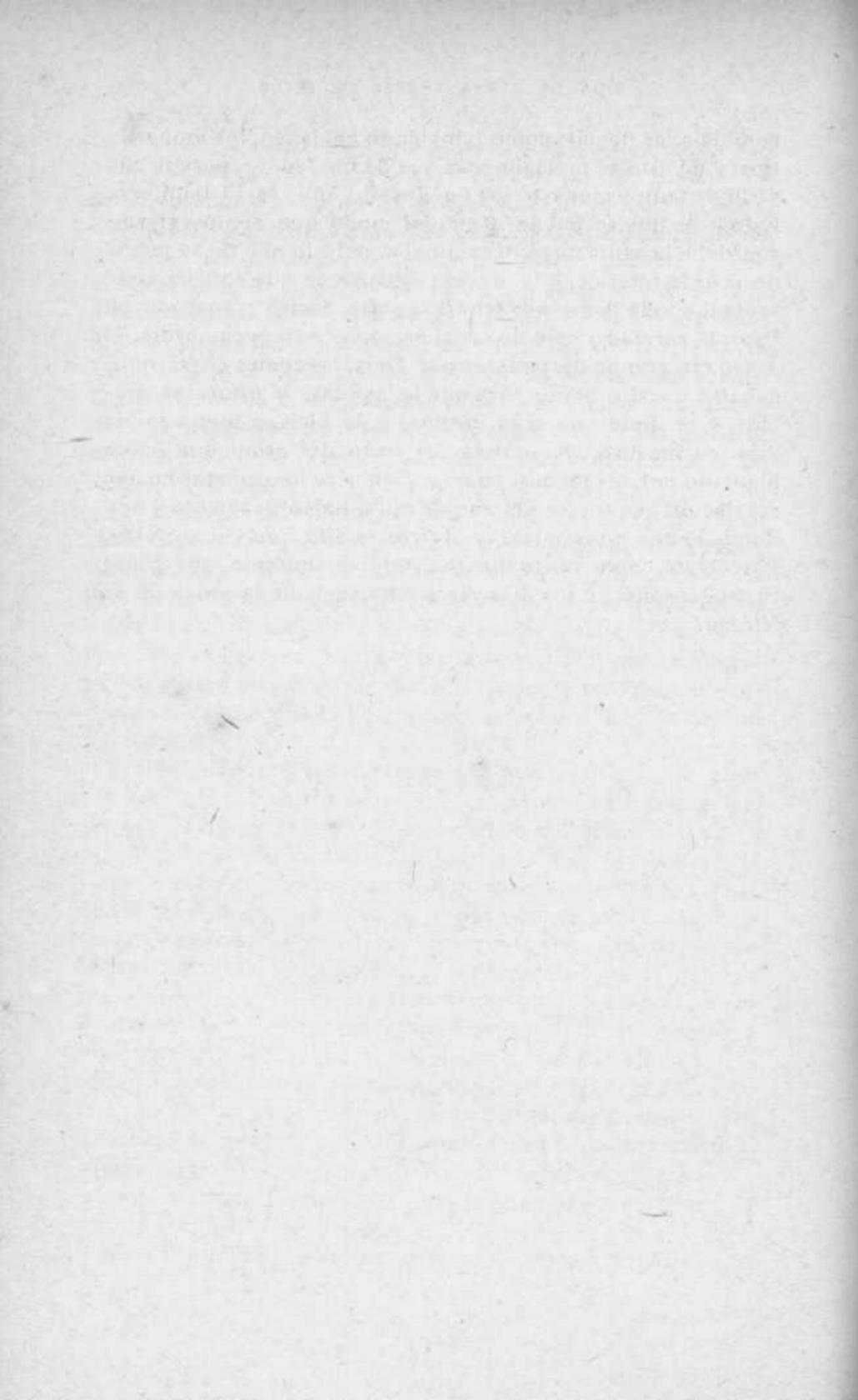
En la pobreza era extremada (si extremo puede haber en esta virtud tan excelente); muchas veces salía del monasterio sin llevar cosa ninguna para su camino, y con esto jamás le faltó lo necesario, como ni tampoco la confianza en Dios. Aquella fundación le daba más gusto que se hacía con más pobreza, y así solía la santa decir que para fundar un monasterio no había ella menester más que una capilla y una casa alquilada. Estando en una fundación no quiso recibir un repostero ni un brasero que le ofrecían, pareciéndole que ni lo uno ni lo otro podía servir para monjas descalzas. Y no sólo estas cosas, pero otras de mucha estima no las quería admitir, porque así huía de las riquezas como otros las buscaban, y así acaeció, como lo testifica en su dicho la duquesa de Alba doña María Enríquez, que dándole ella (por saber su necesidad y pobreza) unas joyas de mucho precio y valor, la santa madre las recibió agradeciéndoselo mucho, porque no pareciese que despreciaba sus dones, pero en despidiéndose de ella llamó secretamente á la camarera, y le dió las joyas

para que se las volviese á la duquesa, y ella quedó tan edificada y admirada de esto cuanto estaba no acostumbrada á ver semejante desprecio de lo que el mundo precia y adora. Había procurado la duquesa con gran instancia del provincial de la orden licencia para que la santa madre cuando viniese al monasterio de Alba la viese primero y se apease en su casa antes de entrar en el monasterio, que está en la misma villa; y como la madre lo cumpliese así como la obediencia se lo había ordenado, fué tan bien recibida de la duquesa cuanto había sido deseada. Rogóle que cenase con ella (porque había llegado de noche á su casa), pero la santa en ninguna manera, con venir cansada y necesitada (cual se puede presumir de una mujer cargada de tantas enfermedades y trabajos), no quiso condescender con su petición, pareciéndole no era justo, estando su monasterio en el mismo pueblo, comer un bocado fuera de él, y por esta ocasión, y por gozar más de la santa madre, mandó la duquesa á todos los de su casa que cenasen y ella se estuvo sin cenar hasta la media noche, que fué la hora en que la santa madre rompiendo con las importunaciones de la duquesa para detenella allí más, se recogió á su monasterio, de que quedó la duquesa no menos admirada que edificada.

Era también muy puntual (como la que había puesto Dios por maestra y dechado de otras) en la observancia regular, porque además de lo que habemos dicho del silencio y de la oración, de la obediencia y recogimiento, y de las demás virtudes, yendo de camino también guardaba los ayunos de la orden tanto como si á ella con su poca salud y fuerzas la obligaran; y cuando llegaba á los conventos, no admitía, así en la comida como en otras cosas, más regalo que el que las constituciones señalan para toda la comunidad. Llegó una vez bien fatigada y con calentura del camino á un convento: la priora de él, conociendo su condición y que no había de permitir un colchón para descanso, no sólo del trabajo del camino, sino de sus enfermedades, quiso disimuladamente ponerle debajo del jergón, que es la cama de las descalzas (como si aquello le hubiera de dar gran descanso). Echólo luego de ver la santa madre, y haciéndolo quitar reprehendió mucho á la enfermera que lo había puesto.

En los caminos, mientras su salud lo permitía guisaba la

comida á las demás, como también lo hacía en los monasterios, y de esto se preciaba más que de fundadora, porque con serlo de tantos monasterios no gustaba que se lo llamasen. Esto es lo que se puede decir del modo que en lo exterior guardaba la santa cuando caminaba, pero lo que no se puede decir es lo interior, y la oración altísima en que aquella alma santa iba toda empapada (si así se sufre decir) y anegada en Dios: la caridad y celo de las almas que en su pecho ardía, el deseo tan grande de padecer por Dios, las cuales cosas obligaban á nuestro Señor para que la ayudase y esforzase mucho, y le diese una gran corona, y le hiciese merced que viese en sus días, y comiese del fruto del árbol que había plantado por sus manos, como el Señor se lo prometió en una revelación que tuvo en el año de mil quinientqs setenta y uno donde le dijo estas palabras (*Adiciones á la vida*, núm. XIX): Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona; en tus días verás muy adelante la orden de la Virgen.





CAPÍTULO XXXVII

Donde se ponen las principales constituciones que la santa madre hizo para el gobierno de sus monasterios de monjas

EL que dió valor y esfuerzo más que humano para que una mujer pobre y desnuda de favores de la tierra fundase en toda España, con tantos trabajos y contradicciones, tantos y tan ilustres monasterios, el mismo Señor le pudo dar, como le dió, luz y prudencia divina para que los gobernase y diese reglas y modo de vida acomodada para alcanzar tan alta perfección como en ellos se profesa. Más son que humanas las constituciones que son instrumentos para labrar tales piedras, y más que de hombre ni de mujer, ni de criatura humana ni angélica los consejos que descubren caminos tan divinos, tan seguros, y tan llanos para ir al cielo. No aprendió la santa madre las constituciones que dió á sus monjas en la tierra: doctrina fué sin duda revelada y aprendida en el cielo, porque si Dios mostró tanto amor y prudencia con esta santa que no sólo las cosas que tocaban á un monasterio y fundación se las descubría con el amor é igualdad que un amigo descubre y derrama todo su pecho en el de otro amigo y compañero suyo, sino también le decía y de-

claraba otras muy particulares y más menudas las que eran tan universales y de tanta importancia, y las que habían de ser permanentes y perpetuas, y como unos moldes de almas santas, bien cierto es que todas ellas con particular providencia se las inspiró y reveló el Señor, y así es razón que se miren, que se veneren, y mucho más que se guarden como reglas divinas y celestiales, y no es mucho que creamos ciertamente haber hecho esto Dios con la santa madre, y que su Majestad se haya humanado á tanta menudencia como en las constituciones muchas veces (como es necesario) se manda, pues sabemos que el mismo Señor habiéndole dado por medio de un ángel al abad Pacomio la regla que él y sus sucesores habían de guardar, desciende á cosas tan pequeñas que parece se desdeñara un hombre grave (que no entendiera la importancia de éstas) ocuparse en referirlas. Pondré aquí algunas de las más principales que hizo la santa madre, porque como deseo mucho que éstas se guarden, holgaría en extremo que cuando se perdiesen otros originales se hallasen en éste, y fuesen freno para los siglos venideros, y confusión para si de presente se olvidan algunas de su observancia. Las que aquí pusiere serán por las mismas palabras que la santa las escribió, aunque no por el mismo orden, porque sólo pretendo poner las más principales. Saqué estas constituciones de las antiguas que se imprimieron y observaron viviendo la santa madre.

I

De lo que la santa ordenó acerca de recibir novicias

« Mírese mucho que las que se hubieren de recibir sean
» personas de oración, y que pretendan toda perfección y me-
» nosprecio del mundo, porque si no vienen desasidas de él,
» podrán llevar mal lo que aquí se lleva, y vale más mirallo
» antes que echarlas después. Y que no sean de menos de diez
» y siete años, y tengan salud, entendimiento y habilidad para

»rezar el Oficio divino, y ayudar en el coro; y no se dé profesión si no se entendiere en el año del noviciado tener condición, y las demás cosas que son menester para lo que aquí se ha de guardar. Y si alguna cosa destas le faltare, no se reciba.

»Contentas de la persona, si no tiene que dar ninguna limosna á la casa, no por eso se deje de recibir, como hasta aquí se ha hecho. Téngase grande aviso que el recibir novicias no vaya por interese, porque poco á poco podía entrar la codicia de manera que miren más á la limosna que á la bondad y calidad de la persona; esto no se haga en ninguna manera, que será gran mal. Siempre tengan delante la pobreza que profesan, para dar en todo olor de ella, y miren que no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección, y fiar en solo Dios. Esta constitución se mire mucho, y se cumpla, que conviene, y se lea á las hermanas. Para recibir alguna el hábito hagan mucha diligencia en las partes que tiene de la salud é ingenio para poder llevar esta santa observancia, porque después de recibidas es dificultoso el remedio, pero no por eso hecha la diligencia que conviene en el año de la aprobación, se admitan á la profesión de quien no se tuviere la esperanza que conviene para la observancia y bien de la religión, y en esto encargamos la conciencia á la priora y maestra de novicias, y á las demás religiosas.»

Del modo y estilo que ha de tener la maestra de novicias en su educación y enseñanza trata la madre con la misma prudencia y discreción que las demás cosas, diciendo así:

«La maestra de novicias sea de mucha prudencia, oración y espíritu, y tenga mucho cuidado de leer las constituciones á las novicias, y enseñarles todo lo que han de hacer, así de ceremonias como de mortificación, y ponga más en lo interior que en lo exterior, tomándoles cuenta cada día cómo aprovechan en la oración, y cómo se han en el misterio que han de meditar, y qué provecho sacan; y enséñelas cómo se han de haber en tiempo de gustos y de sequedades, y en ir quebrando ellas mismas su voluntad aun en cosas menudas. Mire la que tiene este oficio que no se descuide en nada, porque es criar almas en que more el Señor. Trátelas con piedad y amor, no se maravillando de sus culpas, porque ha

»de ir mortificando poco á poco á cada una según lo que viene que puede sufrir su espíritu: haga más caso de que no haya falta en las virtudes que en el rigor de la penitencia, y mande la priora que la ayuden á enseñarlas á leer.

»Cuando la priora viere que no tiene persona que sea bastante para maestra de novicias, séalo ella, y tome este trabajo por cosa tan importante, y mande á alguna de las hermanas que la ayude.»

Todas estas son palabras que el Espíritu Santo dijo por boca de la santa madre. Porque lo que aquí encarga de mirar más en el talento que en el dote quedase más estampado en sus corazones, lo repitió muchas veces en lo que dejó escrito en el *Camino de perfección*; pero más en particular en el capítulo XXVI de las *Fundaciones*, donde dice así:

«Si tenéis confianza en el Señor, y ánimos animosos, que es muy amigo su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada. Nunca dejéis de recibir las que vinieren á querer ser monjas, como os contenten sus deseos y talentos, y que no sea por sólo remediarse, sino por servir á Dios con más perfección, porque no tengan bienes de fortuna, si los tienen de virtudes, que por otra parte remediará Dios lo que por esta os habíades de remediar con el doble. Gran experiencia tengo dello; bien sabe su Majestad que á cuanto me puedo acordar jamás he dejado de recibir á ninguna por esta falta como me contentase lo demás. Testigos son las muchas que están recibidas sólo por Dios, como vosotras sabéis. Y puédoos certificar que no me daba tan gran contento cuando recibía á las que traían mucho, como á las que tomaba por sólo Dios: antes las había miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y me daba un gozo tan grande que me hacía llorar de alegría, esto es verdad. Pues si cuando estaban las casas por comprar y por hacer, nos ha ido tan bien en esto, después de tener adonde vivir, ¿por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde pensáis acertar, perdéis. Cuando la que viene lo tuviere, no teniendo otras obligaciones, como la ha de dar á otros que no lo han por ventura menester, bien es que lo dé en limosna, que yo confieso que me parecería desamor si esto no hicieran, mas siempre tened delante á que la que entrare haga de lo que tuviere conforme le aconsejaren letrados que es más servicio

»de Dios. Porque harto mal sería que pretendiésemos bien
»de ninguna que entrase, sino yendo por este fin. Mucho
»más ganamos en que ella haga lo que debe á Dios (digo con
»más perfección) que en cuanto puede traer, pues no preten-
»demos otra cosa, ni Dios nos dé lugar, sino que sea su Ma-
»jestad servido en todo y por todo.»

En tres cosas hace grande instancia la santa madre en esta constitución: la una, en que las que se recibieren tengan vocación de Dios y buen natural y entendimiento; la segunda, que no se mire á interés, y la última que no es de menos importancia, que en el año de probación y noviciado la que no tuviere espíritu y talento para la orden, en ninguna manera sea recibida, porque la principal causa de la relajación de las religiones es admitir en ellas gente á quien Dios no llama para aquel instituto, porque no sólo no guardan la regla, pero son impedimento y estorbo para que otros la guarden.

Por donde el bien de las religiones está en no recibir al hábito sino solamente á aquellas personas de quien no se puede dudar que vienen llamadas de Dios, y en examinar después mucho en el tiempo de la probación si se engañaron en la primera elección, y esto no pide más prueba que la experiencia larga de las religiones, en las cuales ha hecho más daño la lástima y compasión de algunos, cubierta con velo de piedad y caridad (que suele ser muy propia de mujeres), que hiciera un cuchillo en manos de un loco, porque no sólo esta compasión indiscreta es venenos y ponzoña en la religión, y peso grande para la conciencia propia, sino que también para el que se recibe, en vez de hacerle beneficio, se le hace el mayor agravio que puede haber recibido; y como tal, de allí adelante viéndose preso con las cadenas de los votos y profesión, llora su desventura, y se queja de favores tan en su daño, y lo que antes pudiera hacer (salvo su honor y conciencia), viene después (haciéndosele yugo de hierro la suavidad y dulzura de la religión) á saltar las paredes, y á romper con lo uno y con lo otro, y á quedar en un estado el más miserable que puede haber entre cristianos. Este es el fruto de la caridad desordenada, y compasión mujeril que se usa con los novicios; y para llorar á una religión, y tener por cierta su ruina y relajación, no hallo yo señal más cierta que ver que todos los que toman el hábito profesan, pues no son todos

para la religión, que á ser esto así no hubieran dado los sagrados concilios año de probación; y así es conjetura, al parecer evidente, que se carga la religión de más lastre del que puede sufrir, y que al fin la han de venir á hundir las olas de la relajación, y que en lugar de hijos que la sustenten, recibe basiliscos y viboreznos que la emponzoñen y maten. Por donde en ninguna cosa han puesto más cuidado que en esta los fundadores de las religiones, y lo quiso poner también la santa, como la que tenía bien entendidos y penetrados todos estos inconvenientes y daños.

II

Del hábito y vestidos de las religiosas

En el capítulo octavo de las constituciones, tratando del hábito de las religiosas, dice de esta manera: «El vestido sea de jerga, ó de sayal de color burielado sin tintura, y échesele el menos sayal que ser pueda para hábito: tenga la manga angosta, no más ancha en la boca que en el principio, sin pliegues: sea redondo, no más largo atrás que adelante, y que llegue hasta los pies. El escapulario de lo mismo, cuatro dedos más alto que el hábito. La capa de coro de la misma jerga blanca en igual del escapulario, que lleve siempre la menos jerga que ser pueda, atento lo necesario, no superfluo. El escapulario traigan sobre las tocas. Sean las tocas de sedeña ó lino grueso, no plegadas. Túnicas de estameña, y sábanas de lo mismo. El calzado alpargatas, y por la honestidad calzas de sayal, ó de estopa, ó cosa semejante. Almohadas de estameña, salvo con necesidad, que podrán traer lienzo. Las camas sin ningún colchón, sino con jergón de paja, que probado está por personas flacas, y no sanas, que se puede pasar, no colgada cosa alguna, si no fuere á necesidad alguna estera de esparto, ó antepuerta de alfamar ó sayal, ó cosa semejante que sea pobre. Traerán cortado el cabello, por no gastar tiempo en peinarlo; jamás ha de haber espejo ni cosa curiosa, sino todo descuido de sí.»

III

De la pobreza y trabajo de manos

De la pobreza y trabajo de manos fué en extremo la santa madre muy amiga, porque conocía bien cuanto importaba para el aumento del espíritu; y porque lo uno se ayuda á lo otro, pondremos aquí las constituciones que ordenó acerca de lo uno y de lo otro. De la pobreza, que era lo que tanto le había costado plantar en su religión, dice así:

«Hase de vivir de limosna sin ninguna renta en los conventos que estuvieren en pueblos ricos y caudalosos, donde esto se pudiere llevar, y en los pueblos donde no se pudieren sustentar de solas las limosnas, puedan tener renta en común, pero en todo lo demás no haya alguna diferencia de los monasterios de renta á los de pobreza. Y mientras se pudieren sufrir no haya demanda: mucha sea la necesidad que les haga traer demanda, sino ayúdense con la labor de sus manos, como hacía San Pablo, que el Señor las proveerá de lo necesario. Como no quieran más, y se contenten sin regalo, no les faltará para poder sustentar la vida: si con todas sus fuerzas procuran contentar al Señor, su Majestad tendrá cuidado que no les falte su ganancia. En ninguna manera posean las hermanas cosa en particular, ni se les consienta, ni para el comer, ni para el vestir, ni tengan arca, ni arquilla, ni alacena, si no fuere las que tienen los oficios de la comunidad, ni ninguna otra cosa en particular, sino que todo sea común. Esto importa mucho, porque en pocas cosas puede el demonio ir relajando la perfección de la pobreza, y por esto tenga mucho cuidado la priora en que cuando viere alguna hermana aficionada á alguna cosa, ora sea libro ó celda, de quitárselo, y que esto se guarde en todos los monasterios, ora tengan renta, ora no; y sea con mucho rigor, y la perla lo ejecute, y no consienta que se quebrante, y que el provincial la castigue con mucho rigor si se quebrantare.»

Acerca del trabajo de manos ordena lo siguiente: «No se »haga labor curiosa; sea la labor hilar, ó otras cosas que no »sean tan primorosas que ocupen el pensamiento, para no le »tener en el Señor. No cosa de oro, ni plata, ni se porfíe en »lo que han de dar por ello, sino que buenamente tomen lo »que se les diere, y si vieren que no les conviene, no hagan »aquella labor.

«Tarea no se dé jamás á las hermanas; cada una procure »trabajar, para que coman las demás. Téngase mucha cuenta »en lo que manda la regla, que quien quisiere comer que ha »de trabajar, así lo hacía san Pablo, y si alguna vez por su »voluntad quisiese tomar labor tasada para acabarla cada día, »que lo puedan hacer, mas no se les dé penitencia aunque no »la acaben.»

En esta constitución del trabajo de manos hizo la santa madre mucha fuerza, y siempre que se le ofrece la encarga con mucho encarecimiento: lo uno, porque como ella deseaba que sus monasterios estuviesen sin renta, y que no fuesen sus monjas con las demandas pesadas á los pueblos donde viviesen, no hallaba otro medio (ni lo había mejor) que procurasen con su trabajo ganar la comida, y evitar á otros la molestia; pero el principal intento era el huir la ociosidad y regalo, que es puerta de todos los vicios. Este era el fin que Dios le había enseñado, y el que en su regla la santa había leído, donde se encarga gravemente el trabajo de manos, dando por razón: *Porque no halle el demonio por vuestra ociosidad entrada para vuestras almas.*

Sabía bien la santa que á la ociosidad se seguía el tedio y hastío del encerramiento y guarda de la celda, el andar vagueando por el monasterio, el quebrantamiento del silencio, la inquietud de las demás religiosas, y el perdimiento de tiempo y oración, y así una de las causas porque temía la renta es porque á esta se suele seguir la hartura, á la hartura el ocio, al ocio la perlería, las redes, los mensajes, billetes, y toda la distracción que hoy vemos en muchos monasterios.

Tenía también el trabajo de manos por un grande medio del aprovechamiento y perfección de las monjas, porque con él se castiga el cuerpo, se guarda recogimiento en la celda, se cierran las puertas á pensamientos vagos y peregrinos, y se guarda el alma pura para la oración (*Casian.*, lib. X, capí-

tulo XXII). Y así leemos de aquellos antiguos padres del yermo, que medían el aprovechamiento espiritual de los monjes, por el fervor y diligencia que tenían en el trabajo de manos, y muchos de ellos trabajaban, no tanto para sustentarse cuanto para perfeccionarse en la virtud, porque como Casiano refiere (*Casian.*, lib. X, cap. XXIV) era entre ellos muy recibida esta sentencia que el monje ocupado no era tentado más que de un demonio, y el ocioso era combatido de muchos. Bien entendido tenía esto aquel gran Pablo primer ermitaño, que con no poder vender, ni aprovecharse de su trabajo, puestos los ojos, no en la ganancia temporal, sino en el fruto espiritual, trabajaba de continuo: y henchía su cueva de cestillas y expuertas, las cuales quemaba al cabo del año. Deseaba la santa que en sus monasterios no se hiciesen delicadas sus monjas, teniendo por honra el ocio, por devoción el descuido, y el demasiado sueño por necesidad, sino que se enseñasen á trabajar, y no se desdeñasen de poner las manos en lo que es tan propio de mujeres, porque, como acabamos de decir, el trabajo corporal es la sal que preserva de corrupción nuestra vida y nuestra alma, particularmente la castidad en las mujeres, que cuanto de suyo son más inclinadas al regalo, tanto más fácilmente se les pega el ocio y se pierden con él. Que si los hombres que son varoniles, con el regalo conciben ánimo y condición de mujeres, ¿las mujeres qué será? ¿y en qué vendrán á parar, sino en lo que hoy día vemos en algunos monasterios, que es lo que no acabaremos de llorar? Pues como á los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males, los médicos los guardan con recato de lo que puede ser principio de aquel daño, así la santa madre, como la que entendía la disposición en que esta parte hay en las mujeres, y por otra tenía experiencia de lo que había visto en otros monasterios, quiso prevenir esta dolencia con quitar las ocasiones de ella, que es el ocio. Verdad sea que este trabajo (como la santa madre advierte) no ha de ser por vía de tarea, apremiándose á acabar la obra y hacienda en tiempo determinado, que esto quiere decir tarea, porque esta ansia y codicia, cuando es sin discreción, ahoga y apaga el espíritu, y le quita la libertad, y le sujeta y lleva en pos de sí, sino que trabaje lo que pudiere cada una según sus fuerzas, como hijas y siervas de Dios, deseando hacer todo lo que fuere en

si por su gusto, y hágase lo que se hiciere, y llegue donde llegare porque la intención de la santa madre ésta fué, que el trabajo sirva al espíritu, y no que el espíritu sea esclavo del trabajo.

No sólo encargaba la santa madre el trabajo de manos, sino que era la primera en ellos, porque con estar tan cargada de enfermedades, siempre que las ocupaciones forzosas la dejaban, se ocupaba en hilar ó coser, ó en otra cosa semejante, de suerte que un punto no estaba ociosa. Cuando iba á la red á negociar con personas muy graves, llevaba consigo alguna obra de manos con que ocuparse, de que no se edificaban poco los que allí estaban, si alguna lo sentía. Y así solía decir, era gran ventaja hablar estando las rejas cerradas, porque podían negociar y trabajar juntamente. Era tan amiga del trabajo de manos que cuando le mandaban escribir algún libro lo sentía mucho, porque le impedía el hilar y otros trabajos de manos propios de mujeres, y de su gusto y condición, por ser tan humilde.

Cuando la santa madre fundó el primer convento de San José de Ávila, tomó por modelo y forma de su vida y de su monasterio la primera regla de Nuestra Señora del Carmen, y añadió algunas otras observancias, en el vestido, comida, coro, como en todas las demás cosas de religión, breves, pero sustanciales y de importancia. Estas aprobó el obispo de Ávila, á quien entonces estaba sujeto el monasterio, y con estas ordenaciones vivió no sólo el primer monasterio de monjas, sino también á su imitación se gobernaron los demás que iba fundando, hasta que vino el año de mil quinientos ochenta, en el cual como los padres descalzos, con el favor y protección del rey don Felipe II, saliesen de la obediencia y sujeción de los padres del paño (carmelitas calzados), hicieron su capítulo provincial en Alcalá de Henares, donde presidió como legado apostólico el padre maestro fray Juan de las Cuevas, de la orden de Santo Domingo, obispo que fué después de Ávila, y con autoridad apostólica hicieron los padres constituciones para su orden, y con la misma aprobaron las que la santa madre hizo y ordenó para sus monjas. También las confirmó el papa Sixto V en el año de mil quinientos noventa, donde dice que aprueba las constituciones hechas por mano de esta santa virgen: después las han venerado y con-

firmado todos los capítulos generales de su orden, y los demás sumos pontífices que han sucedido. He reservado este capítulo para este lugar, porque como la madre no perfeccionó ni autorizó sus constituciones hasta estar casi acabadas las fundaciones, no venía bien el tratar de esto antes de ahora.

IV

De las comuniones

« La comunión sea cada domingo, y días de fiesta de nuestro Señor, y de nuestra Señora, y de nuestro padre san Alberto, y de san José, y de la advocación de la casa, y el jueves santo, y el jueves del Santísimo Sacramento, y el jueves de la Ascensión, y los demás días que al confesor le pareciere conforme á la devoción y espíritu de las hermanas, con licencia de la madre priora, sin la cual las hermanas fuera de los días que aquí van señalados no puedan comulgar aunque el confesor se lo diga.»

Estos son los días que la santa madre señala para que sus religiosas comulguen, donde se echará bien de ver el recato que la bienaventurada madre tenía en el conceder comuniones á sus religiosas, que con haber tenido en aquellos principios almas tan puras y santas, como ella muchas veces refiere, y todos lo palpamos con la experiencia, y por otra parte comulgando la madre cada día (que esto parece había de facilitar y abrir la puerta para conceder á sus hijas mayor frecuencia de este Santísimo Sacramento), como tenía bien entendido la pureza y preparación tan grande que se requiere, siempre iba con mucho tiento, deseando que sus religiosas pusiesen más su aprovechamiento en ejercitar más las virtudes de caridad, humildad, paciencia, y otras semejantes, que en frecuentar comuniones, que cuanto suele ser de fruto á quien llega con la debida disposición, tanto suele ser de perjuicio á quien esta le falta; pero si alguna frecuencia ha de ha-

ber más que la ordinaria, quiere la santa madre que sea con acuerdo del confesor y consentimiento de la perlada, para que así se haga con más madurez y consejo.

V

De los confesores

«La priora con el provincial ó visitador busque clérigo, de cuya edad, vida y costumbres, haya la satisfacción que conviene, y siendo persona tal, con parecer del provincial, podrá también ser confesor de las religiosas; pero no obstante el tal confesor ordinario, podrá la priora no sólo las tres veces que el santo concilio de Trento permite, pero también otras, admitir para confesar las tales religiosas algunas personas religiosas de los mismos descalzos, y otros religiosos de cualquier orden que sean, siendo personas de cuyas letras y virtud tenga la priora la satisfacción que conviene; y lo mismo podrá hacer para los sermones, y que ni el provincial que ahora es, ó por tiempo fuere, no les pueda quitar esta libertad, y á los tales confesores, así descalzos como los demás, por causa de las confesar, les puedan aplicar cualquiera limosna ó frutos de capellanía.»

La libertad para confesiones deseó mucho la santa madre la tuviesen sus monjas, y así lo procuró mientras vivió, y encargó y pidió con grande encarecimiento á los perlados que entonces eran, que les concediesen esta santa libertad para que buscasen gente letrada y sierva de Dios, que las ayudasen á mayor perfección, porque sentía la santa madre que mientras esto se conservase se conservaría también la perfección. Pero como no hay cosa, por buena que sea, que no esté expuesta á muchos males, con el tiempo descubrió la santa madre que lo que había ordenado para medicina de sus monjas se les podía convertir en ponzoña. Porque como con el tiempo se menoscaba el espíritu, como también las demás

cosas, comenzó á temer en su vida que dejaba una puerta abierta para que con título de comunicación espiritual se entrase la parlería y entretenimiento. Consideraba también otras razones, y todas juntas le hacían temer no fuese esta constitución ocasión de alguna relajación en sus monasterios, y así lo dijo ella á una priora que hoy vive, y de las más santas de sus monasterios, por estas palabras: Muy confusa estoy en este punto que puse en las constituciones, porque aunque cuando se hizo esta constitución había mucho espíritu y sinceridad, temo adelante no se aprovechen de ella, para andar visitadas, y tratar melancolías, que valdría más no las supiesen sino los de la orden. Por donde los perlados de la misma religión limitaron esta constitución conforme á la intención de la santa madre, quitando á las prioras esta licencia, y mandando á los provinciales provean á los monasterios de monjas, conforme al decreto del concilio Tridentino. Y así lo que se usó en tiempos de la santa madre, y ha usado en la religión, es nombrar el perlado, tomando primero el parecer de la priora, en los pueblos donde hay convento, demás de los confesores ordinarios, tres ó cuatro de las personas más graves, letrados y santos de aquel lugar, para que las confiesen, y acudan á ellas cuando alguna monja tuviere necesidad, y esto parece que no puede tener inconveniente; pero importa mucho que los confesores sean tales que tengan letras para saber y entender lo que es pecado, y para dar luz á una alma en la verdad; que sean experimentados en cosas espirituales, porque faltando la experiencia muchas veces se engañan las letras y especulación; y aunque letrados sin experiencia puedan dar mucha luz en las verdades especulativas, como si es ó no es esto pecado, si hay que tener escrúpulo en esta ó en aquella materia, con la cual se puede asegurar y quietar mucho la conciencia de una persona ignorante, pero lo que es encaminar una alma por los medios necesarios á la perfección, enseñarle á resistir una tentación, el cómo ha de aprovechar en la oración y mortificación, esto es más propio de quien lo experimenta, y ha pasado por ello, y es algarabía y lenguaje de allende para quien no lo ha gustado; y no bastan letras y experiencia de cosas espirituales, sino también es necesario que el que confesare á las religiosas tenga noticia de su instituto y constituciones, y sea per-

sona inclinada á oración, rigor y penitencia, porque no teniendo esto, fácilmente puede dañar y destruir en un día cuanto la madre plantó y trabajó en muchos años. Pero en caso que no se halle una persona con todas estas partes, se ha de preferir (como la santa madre enseña) la experimentada al que es letrado sin experiencia, porque si aquella es humilde, si ignorare algo, lo podrá preguntar y saber de personas doctas, á lo cual raras veces se humillará un letrado.

VI

De la oración mental y horas canónicas

«Los maitines se digan después de las nueve, y no antes, ni
 »tan después que no puedan estar después de acabados un
 »cuarto de hora haciendo examen en lo que han gastado
 »aquel día; á este examen se tañerá, y á quien la priora man-
 »de, lea un poco en romance del misterio que se ha de pensar
 »otro día. El tiempo que en esto se gastare sea de manera
 »que á las once poco más ó menos hagan señal con la campa-
 »nilla, y se recojan á dormir. Este tiempo de examinación
 »y lección tengan todas juntas en el coro, y ninguna her-
 »mana salga del coro sin licencia después de comenzados los
 »oficios.

»En verano se levanten á las cinco, y estén en oración hasta
 »las seis, y en invierno se levanten á las seis, y estén hasta
 »las siete en oración: acabada la oración se digan las horas,
 »y si á la priora le pareciere, las digan todas juntas, ó sino
 »deje para antes de misa una ó dos, de suerte que todas estén
 »acabadas antes de misa. Los domingos y días de fiesta se
 »cante misa, vísperas y maitines. Los días primeros de Pas-
 »cua y otros días de solemnidad podrán cantar las Laudes, en
 »especial el día del glorioso san José. Jamás sea el canto por
 »punto, sino en tono, las voces iguales. Lo ordinario sea todo
 »rezado, y cada día haya misa conventual, á la cual se hallen

»las hermanas donde cómodamente se puede hacer; procuren
»no faltar ninguna al coro por liviana causa, y acabadas las
»horas se vayan á sus oficios: á las ocho en verano, y á las
»nueve en invierno se dirá misa, y las que comulgan se que-
»den un poco en el coro.

»Un poco antes de comer se taña la campanilla, y se junten
»todas á hacer examen de lo que han hecho hasta aquella
»hora, y la mayor falta que vieren en sí propongan enmendar-
»se de ella, y decir un *Pater noster*, para que Dios les dé gra-
»cia para ello, cada una donde estuviere se hinque de rodi-
»llas, y haga su examen con brevedad.

»Á las gracias después de comer en todo tiempo se vayan
»al coro con el psalmo de *Miserere*, y después de cenar desde
»Pascua de resurrección hasta la exaltación de la Cruz, lo
»mismo.

»En dando las dos digan vísperas, y después de dichas se
»tenga la lección: de suerte que en vísperas y lección se gaste
»sola una hora, ahora sean las vísperas solemnes, ahora no.
»Esto no se entiende en cuaresma, que se dicen las vísperas
»antes de comer, y entonces la lección se podrá tener de dos
»á tres, gastando toda la hora en ella, y si se hallaren con es-
»píritu para tenerla de oración, hágase conforme más les ayu-
»dare al recogimiento y provecho de su alma.

»Las completas se digan por todo el año después de cena ó
»colación, para que acabadas completas se guarde silencio,
»conforme la regla y constituciones.»

En esta constitución trata de la oración mental y vocal, éñ
la cual como en principal fundamento estriban todos los mo-
nasterios que la santa madre fundó, por ser esta la profesión
y fin particular de la regla primitiva, cuya observancia la san-
ta madre Teresa renovó, teniendo esto por principal instituto,
y á esto ordenó todas sus constituciones, para criar gente
de oración; y así las que no venían con esta vocación solía
decir que no las traía Dios á su religión, y las que estando
en ella la perdían las tenía luego la santa madre por perdidas,
como gente que habiendo perdido el norte de su navegación
no podían dejar de padecer tormenta y naufragio en la vida
espiritual.

VII

De la clausura y locutorio

«Á nadie se vea sin velo, si no fuere á padre, ó madre, ó
 »hermana, salvo en caso que pareciere tan justo como los di-
 »chos, para algún fin, y esto con personas que antes se edifi-
 »que, y ayuden á nuestros ejercicios de oración, y consolación
 »espiritual, y no para recreación, siempre con una tercera,
 »como no sea negocio del alma. La llave de la reja tenga la
 »priora, y la de la portería. Cuando entrare médico ó ciruja-
 »no, ó las demás personas necesarias, ó confesor, siempre
 »lleven dos terceras, y cuando se confesare alguna enferma,
 »desviadas como puedan ver al confesor, con el cual no hable
 »sino la misma enferma, si no fuere alguna palabra, y una
 »de ellas vaya tañendo una campanilla, porque el convento
 »entienda que hay en casa gente de fuera. Las novicias no
 »dejen de visitar, así como las profesas, porque si tuvieren
 »algún descontento, se entienda que no se pretende sino que
 »estén muy de su voluntad, y darles lugar que la manifiesten,
 »si no la tuvieren de quedar.

»De negocios de mundo no tengan cuenta, ni trate de ellos,
 »si no fueren cosas que pueden dar remedio á los que las di-
 »cen, y ponerlas en la verdad, y consolarlas de algún trabajo,
 »y si no se pretende sacar fruto, concluyan presto como que-
 »da dicho, porque importa que vaya con alguna ganancia
 »quien nos visitare, y no con pérdida de tiempo, y que nos
 »quede á nosotras. Tenga mucha cuenta la tercera con que se
 »guarde esto, y esté obligada á avisar á la priora si no se
 »guardare, y cuando no lo hiciere, caiga en la misma pena
 »de la que lo quebrantare, esto sea habiéndola avisado dos
 »veces. La tercera esté nueve días recogida en la celda, y el
 »tercero de los nueve le den una disciplina en el refectorio,
 »porque es cosa que importa mucho á la religión.

»De tratar mucho con deudos se desvíen lo más que pudie-

»ren, porque dejado que se pegan mucho sus cosas, será
»dificultoso dejar de tratar con ellas algunas cosas del siglo,
»y téngase gran cuenta en el hablar con los de fuera, aunque
»sean deudos muy cercanos, si no son personas que han de
»holgar de tratar cosas de Dios; véanlos muy pocas veces, y
»éestas concluyan presto.»

En esta constitución es mucho de considerar el recato que la santa ordena que tengan sus monjas en el hablar, determinando las personas con quien se ha de hablar, y de las cosas que han de tratar, porque no siendo espiritual la materia, ó ordenada á este fin, no da lugar la constitución á que se pueda tratar de ella, y con cualquiera persona que sea, y si no fuere con padre, ó madre, ó hermano, no quiere que se haga sin velo, porque en descubrir el velo quiere que haya mucho recato.

VIII

De otras cosas que ordenó la santa madre en sus constituciones

Estas son las constituciones principales, sin otras muchas de grande perfección y espíritu: y si bien se consideran todas ellas, veremos que á lo que principalmente atendió la santa en estas constituciones fué á plantar en su religión cuatro cosas. La primera, que es como fin y blanco de todas las demás, fué la oración mental, el trato y lenguaje de espíritu. La segunda, encerramiento y clausura, como cosa tan necesaria é importante para la oración, no sólo en el monasterio, sino dentro de la celda de cada una, como lo manda la regla, y para esto encarga tanto que huyan de locutorios y trato con seglares. La tercera, penitencia y aspereza, como se ve en los ayunos de la regla, y asperezas que sobre esto añadió la santa madre, así en comida, cama, vestido, disciplinas, y otras penalidades que hay en las constituciones, que para doncellas delicadas son bien grandes. La cuarta, la pobreza y tra-

bajo de manos, de que arriba habemos tratado. Demás de esto ordenó un instituto todo lleno de humildad y caridad, porque la humildad quiso que se mostrase en que ninguna se llamase don, ni hubiese renombre de mundo, como en otros monasterios se acostumbra, ni hubiese otro lenguaje más que de caridad entre las súbditas, y reverencia para las perladas. Á todas las hizo iguales en el acudir á los oficios comunes y humildes, como son barrer, fregar y otros semejantes, y esos ordenó que comenzasen desde la priora. La caridad y humildad entre sus hijas procuró fuese siempre mucha; y por esta causa instituyó fuesen pocas, y que en sus necesidades se les acudiese con cuidado, y para que ésta más se fomentase, manda que, salidas las religiosas de comer ó cenar, puedan todas juntas hablar en lo que más gusto les diere, como sean las pláticas religiosas, y conformes á su profesión, y que juntamente estén hilando, ó haciendo su labor; pero prohíbe con grande rigor que en otros tiempos pueda hablar una monja con otra, si no fuere con particular licencia de la perlada, y esto para cosas espirituales ordenadas al aprovechamiento y consolación de alguna; y así abomina como de muerte de amistades particulares entre monjas, sino que todas se amen en general, como lo manda Cristo á sus apóstoles, y mucho más prohíbe y veda entre sí otros ademanes, regalos y ternuras de mujeres, aunque sean lícitos, como son el abrazarse una á otra, el llegarse al rostro, el tomarse las manos, todas las cuales cosas han de estar muy lejos de gente que vive y trata de espíritu. Encomienda mucho el desasimiento no sólo entre ellas mismas, sino también de deudos, parientes, y todas las demás cosas que huelen á carne y sangre. Y porque las religiosas no vengan á tiempo tan miserable y á tan desdichada suerte que se hagan tributarias de devotos, dando regalos, y esperando de ellos su comodidad temporal, y porque no tengan dependencia de sus deudos, ni de otra ninguna persona de las puertas á fuera, y así estén obligadas á sustentarles pláticas y locutorio cuando les vienen á visitar, hizo constitución que las prioras tengan obligación á dar todo lo necesario en comida y vestido, en salud y enfermedad á todas las religiosas, y así se cumple hoy en sus monasterios con la misma puntualidad y amor que una madre de familias pudiera proveer á tantas hijas, si las tuviera.

Ordenó también que en los conventos no se hagan regalos ningunos de azúcar ni de otras cosas semejantes, para que estando más lejos de las ocasiones lo estén del pecado.

Cuando me paro á considerar la perfección de esta primera regla y constituciones que (para mayor guarda de ella) hizo la bienaventurada madre Teresa con tanta prudencia y espíritu, y miro los muchos caminos, y trabajos y aflicciones que á la santa costaron estos monasterios, de que soy yo buen testigo, no puede dejar de encenderme en un gran deseo que esta regla y constituciones se guarden con grande puntualidad y perfección, y que agradezcan mucho á Dios la merced que su Majestad ha hecho á las almas que están en estos monasterios en haberlas traído, como á pie enjuto, sin trabajo alguno á gozar de los frutos de una orden tan perfecta y santa, que con tanta fatiga se renovó y fundó. Deseo grandemente que á estas constituciones se les tenga la veneración y respeto que es razón, así de parte de las monjas como de los perlados de la orden: las monjas, guardándolas con religión y observancia, que en esto han de mostrar el amor y reverencia que tienen á la santa madre, y principalmente á Dios, cuya voluntad está expresada en estas leyes, en cuyo perfecto cumplimiento está todo su aprovechamiento, y aquella será monja más santa no la que tuviere más revelaciones, sino la que guardare mejor la ley de Dios, su regla y sus constituciones, y aquella será más hija de la santa madre, que le pareciere en esto, porque ella mientras vivió no puso tanto su perfección en las visiones ni sentimientos espirituales y divinos (de los cuales antes huía como verdaderamente humilde) cuanto en el padecer por amor de Dios y cumplir su santísima voluntad. Los perlados deben también reverenciar estas santas constituciones, no mudando ni alterando cosa de ellas, que pues hasta aquí la experiencia ha mostrado el fruto y provecho de ellas, así en el aumento espiritual de las almas como en el gran consuelo que todas tienen con ellas, y en el grande acrecentamiento que vemos que cada día se hace de monasterios, no sólo en España, sino fuera de ella, así aunque parezcan otras cosas mejores no se deben mudar ni dejar las experimentadas, que la mudanza, aunque sea en mejor, si no es con urgentísima causa, es madrastra de la observancia, despreciadora de las leyes, y aun de quien las hace, y basta

ser opuesta á la estabilidad y permanencia de las cosas, para ser pronóstico de malos sucesos. Este mesmo respeto á las constituciones de la santa madre será razón guarden los confesores, enseñándoles siempre doctrina que apoye la observancia de ellas, ponderándoles mucho su quebrantamiento, y animándolas siempre á su profesión, que pues este es el medio y camino por donde han de llegar á la perfección religiosa, en esto han de poner su principal estudio, esta ha de ser la medida y la regla que han de seguir, y el dechado que han de mirar, y el blanco donde las han de encaminar todos los que las pretenden ayudar.



CAPÍTULO XXXVIII

Cómo la santa madre vino al convento de carmelitas descalzas de Alba, donde murió, y de algunas señales que precedieron y acompañaron su glorioso tránsito

VENÍA la santa madre de Burgos con gran deseo de llegar á su monasterio de Ávila, mas la obediencia de su perlado le atajó los pasos, y le hizo torcer el camino á la villa de Alba, donde estaba la duquesa doña María Enríquez, que como amaba y estimaba tanto á la santa, la mayor gloria que podía tener en la tierra, así para el consuelo y remedio de sus trabajos, como para luz y guía de su vida (porque era una persona muy cristiana y de mucha virtud) era su presencia y su vista. Y así había pedido al padre fray Antonio de Jesús, que era entonces vicario provincial y perlado suyo, que se la trajese por Alba. Estaba el padre vicario provincial en Medina del Campo, esperando que llegase la santa madre para cumplir la palabra que él había dado á la duquesa, y acompañarla en este camino. Díjole á la madre era gusto suyo fué á Alba, y la madre obedeció luego este mandato, que fué harto riguroso para ella, porque venía con gran deseo de llegar á su convento de Ávila, y descansar algún tanto de los grandes trabajos que había padecido en Burgos; pero acep-

tando la obediencia, partió para Alba, donde llegó día de san Mateo apóstol, á las seis de la tarde del año de mil quinientos ochenta y dos. Recibiéronla sus hijas con gran reverencia y devoción, tomando su bendición, y besándole la mano, la cual ella daba entonces con alegría y apacibilidad (cosa que solía hacer pocas veces) diciéndoles palabras muy amorosas.

Venía muy cansada y fatigada del camino, porque había dos días que con venir enferma y con calentura no se había hallado que comiese si no eran unos higos, y otro día unas berzas mal aderezadas. Y así se acostó luego importunada de sus hijas, diciendo: ¡Oh váleme Dios, hijas, y qué cansada me siento! ¡más há de veinte años que nó me he acostado tan temprano como ahora; bendito sea Dios que he caído mala entre ellas! Levantóse otro día á la mañana, anduvo mirando la casa, oyó misa y comulgó con mucho espíritu y devoción. Y de esta manera cayendo y levantando anduvo ocho días, en los cuales con andar con notable flaqueza rezaba el oficio divino, y comulgaba cada día, que era el sustento y virtud que le daba fuerzas no sólo al alma, sino también al cuerpo. Y aunque esforzaba para disimular la enfermedad, pero ella se comenzó á descubrir conocidamente, y así el día de san Miguel, después de haber oído misa, y comulgado, apretada de las congojas y dolores que padecía se rindió á más no poder y acostó en la cama, y pidió la subiesen á una enfermería alta, por haber en ella una reja que sale al altar mayor, por donde podía oír misa. Estuvo todo el día y una noche embebida toda y transportada en oración, donde entendió de nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso, que aunque había más de ocho años la había revelado el Señor el año en que había de morir, y lo traía escrito en cifras en su breviario, y se lo había dicho así al padre Mariano, y de algunas hijas suyas de Segovia se había despedido, diciendo no las vería más en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenían entendido casi todas las monjas de aquella casa, pero no consta que supiese el día hasta este punto, que sin duda fué para ella la mejor nueva que en su vida tuvo, por ser lo que más tenía en ella deseado. Que si la vida trabajada de los justos no tuviese el bien escondido en la muerte, no podría tolerarse, por ser esa no muerte, sino vida, donde toman puerto en aquella patria de eterna felicidad y descanso.

Y le dijo á la madre Ana de san Bartolomé, su compañera, cómo ya era llegada su partida, y que no se lo había dicho antes por no darle pena. Desde entonces no hizo ningún caso de las esperanzas que los médicos daban de su salud. Comenzaron también á temer las monjas, acordándose de algunos pronósticos y señales que antes que la madre viniese y en su misma enfermedad habían entendido, porque algunas religiosas de aquel monasterio habían visto algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia; otra vió entre las ocho y las nueve de la mañana pasar junto á la ventana de la celda donde después murió la santa madre, un rayo de color de cristal muy hermoso: otra, dos luces muy resplandecientes en la ventana de la misma celda, y aquel mesmo verano antes que la madre viniese á Alba, estando las religiosas en oración, oían un gemido muy pequeño y agradable cabe sí, y eran tantas las cosas y señales que se veían, que las monjas andaban con grande temor de algún prodigioso suceso en la orden.

Tres días antes de su muerte envió á llamar la santa madre al padre fray Antonio de Jesús, vicario provincial, que había venido con ella, para que la entrase á confesar; y después de haberla confesado, en presencia de otras hermanas, la rogó que no los dejase, sino que pidiese á Dios muchos años de vida, pues era tan necesaria. Ella respondió que no se cansasen en esto, que ya tenía cerca su partida, y ya ella no era menester en el mundo. Estando en estas pláticas le dió una grande congoja, de manera que parecía se le comenzaba á levantar el pecho; acudieron los médicos con grande priesa, y mandáronla bajar adonde antes estaba, por ser muy fria aquella pieza, y con grande cuidado comenzaron á aplicarle medicinas: ella se sonreía, dando á entender el poco fruto que de ellas esperaba. Echáronla unas ventosas sajas, las cuales admitió de buena gana, por ser medicina penosa; que la que en vida tuvo por gloria el padecer, no lo pudo perder en esta hora, que como uno vive muere. Íbase ya acercando por la posta la última de su vida, y así víspera de San Francisco á las cinco de la tarde pidió el Santísimo Sacramento: mientras se lo traían, estaban juntas las monjas del monasterio en su presencia con gran sentimiento y tristeza, cuanta merecía el caso presente, temiendo verse desamparadas y

huérfanas de tal madre. Ella las manos puestas comenzó á decirles las palabras siguientes: Hijas mías y señoras mías, perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su regla y constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección, y obedezcan á sus superiores. Esto repetía muchas veces con gran fervor de espíritu: enternecíanse sus hijas como era razón, lloraban unas, gemían y suspiraban otras, y todas se compungían de ver la humildad de la santa, y de oír las palabras que les decía.

Así como llegó el Santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caída y mortal que no se podía rodear en la cama si no era ayudada de dos religiosas, se sentó con mucha ligereza y fervor sobre ella sin ayuda de nadie. Y eran tan grandes los ímpetus que el amor le causaba, que parecía se quería echar de la cama á recibir á tal Majestad. Púsosele el rostro tan grave, tan encendido y resplandeciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa, muy desemejante á la edad que tenía, y como si fuera mucho más moza. Puestas las manos, y abrasado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo había hecho. Porque hablando con su Esposo que tenía delante, decía muchos requiebros, y tan amorosas y dulces razones que á todos ponían gran devoción; entre otras decía así: «¡Oh Señor mío y Esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos! Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy en hora buena, y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado.» Y como la que en vida había sido tan celosa de la Iglesia, por el aumento de ella había trabajado en fundar tantos monasterios, daba en la muerte muchas gracias á Dios porque la había hecho hija de la Iglesia, y porque moría en el gremio de ella, y muchas veces repetía estas palabras: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.» Y este era uno de los mayores consuelos que entonces tenía su alma.

Pedía con mucha devoción á nuestro Señor perdón de sus pecados, y decía que por los merecimientos de Jesucristo

nuestro Señor esperaba ser salva, y á las religiosas pedía rogasen esto á Dios. En todo este tiempo repetía muchas veces estos versos: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias: ne projicias me a facie tua; et spiritum sanctum tuum ne auferas a me. Cor mundum crea in me, Deus.* Y particularmente y más de ordinario no se le caía de la boca aquel medio verso: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*, que son versos de David que quieren decir: Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado. No me echés de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cría en mí, Señor, un corazón limpio y puro: todas palabras de un corazón humilde y penitente.

Después de haber recibido el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor (que con tan grande razón la Iglesia llamó viático, que quiere decir comida y mantenimiento para el camino), pidió el sacramento de la Extrema Unción, con que el alma se acaba de fortalecer y dar un baño en la sangre del Cordero, para con más libertad juntarse con él y gozarle enteramente. Recibió este sacramento con gran reverencia á las nueve de la noche el mismo día (que era víspera de San Francisco) mientras le unían su cuerpo en la forma que la Iglesia tiene de costumbre, y ella ayudaba á decir los salmos, y respondía á las oraciones y preces que allí se dicen.

En recibiendo este beneficio (que lo es muy grande este sacramento para aquella hora) volvió á dar gracias de nuevo á nuestro Señor, porque la había hecho hija de la Iglesia, casi con las mismas palabras y gozo que antes: llegóse entonces el padre vicario provincial, y preguntóle que si Dios la llevaba de esta enfermedad si gustaría llevasen su cuerpo á Ávila, ó se quedase en Alba. A esto respondió como que le daba pesadumbre aquella pregunta, y dijo: ¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra? Mostrando entonces la que siempre había sido maestra de la pobreza, cuán des apropiada y desasida estaba de todo en aquella hora. En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados, y á las siete de la mañana del día siguiente (que fué á los cuatro de octubre) se echó de un lado á la manera que pintan á la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre

hasta que se le quitaron para enterrarla), el rostro muy encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios, enagenada toda con la novedad de lo que se le comenzaba á descubrir, y alegre con la posesión que casi comenzaba ya á gozar de lo que tanto tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.

¿En este tiempo quién podrá contar lo que aquella alma santa pasaba entre ella y su dulce Esposo, las visiones, las hablas y los coloquios de amor, como la que ya se acercaba al tálamo tan deseado y al lecho florido de su amado? Que si en vida el Señor tantas veces la visitó, y tantas se le mostró con tantos géneros de visiones, y algunas tan continuas que duraron por algunos años, ahora que era el tiempo de la necesidad y trabajo, ¿quién puede dudar sino que le veía y asistía allí el Rey de la gloria, dándole mil nuevas de alegría, y llamándola para sí con aquellas dulces palabras: Ven, amada mía, paloma mía; date prisa, amiga mía, que ya ha pasado el invierno de esta vida, y comienzan á aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad y mi gloria? ¿Quién duda que le haría compañía la Virgen Santísima, y su glorioso Esposo san José, que tantas veces se le mostraron y favorecieron en vida, la acompañaron en sus trabajos y dieron muchas prendas del amor que le tenían? Hubo algunos testigos de esta buena compañía, porque la madre Ana de san Bartolomé, compañera perpetua de la santa y muy parecida á ella en las virtudes y espíritu (que ahora es priora en París), vió en esta ocasión, antes que la madre espirase (como ella confiesa en su dicho), á los pies de la cama á Cristo nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles que aguardaban el alma de la santa madre para llevarla á su gloria. También asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habían ofrecido muchos años había en un arrobamiento que tuvo después de haberles celebrado su fiesta, y volviendo de él, como le preguntase la condesa de Osorno, que era una señora muy devota y grande amiga suya, qué había sentido, le dijo le habían aparecido los diez mil mártires, y le habían prometido de acompañarla á la hora de su muerte, y llevarla á gozar de Dios. Y

así la enfermera que curaba á la santa, que se llamaba Catalina de la Concepción (que murió cumplido un año que la santa madre salió de este mundo, que era una monja de singular caridad y espíritu), estando sentada en una ventana baja que salía al claustro en la misma celda de la santa madre, aquella noche que espiró, oyó un gran ruido, como de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la clausura muchas personas resplandecientes vestidas todas de blanco, y entraron todas en la misma celda donde estaba la santa madre enferma con grandes demostraciones de contento: era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda, no se parecía ninguna. Llegaron todas á la cama donde estaba la santa, y á este punto dice que espiró, que fué á las nueve de la noche.

Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo. Y estos sagrados santos, en compañía de los ángeles, hicieron su oficio de llevarla honrada y acompañada al descanso eterno del cielo, que con tantos trabajos tenía merecido viviendo acá en el suelo. Á la hora que la santa madre espiró, vió una religiosa salir por su boca una como paloma blanca, y otra á este mismo tiempo una estrella sobre la torre y campanario de la iglesia, y otras vieron cosas muy maravillosas, con las cuales daba el Señor por mil resquicios muestras de la gloria y felicidad de que gozaba aquella alma.

La causa y ocasión de su muerte atribuían los médicos al gran cansancio y molimiento del camino, á un flujo de sangre que le sobrevino, y así le fué faltando la virtud y la vida. Pero lo cierto es que aunque no se puede negar sino que ayudarían mucho estos accidentes para cortarle el hilo de la vida, pero el cuchillo que le dió la muerte fué un tan grande ímpetu de amor de Dios tan poderoso y tan fuerte, que le arrancó y dividió no sólo el espíritu del alma, sino también el alma del cuerpo, porque en todo aquel tiempo que estuvo absorta y arrebatada (que fué por espacio de catorce horas, como hemos dicho), de tal manera se fué encendiendo y abrasando en amor con las cosas que veía, con el gozo de lo que esperaba, que sin ser más en su mano, como otra ave fénix, murió en aquel dichoso fuego en que siempre había vivido. Esto

reveló la santa madre, otro día después de su muerte, á una monja de gran santidad y perfección que ella tenía en su orden, que era la madre Catalina de Jesús, fundadora y priora del convento de Veas, cuyas virtudes y la vida contamos tratando de aquella fundación, donde también dijimos cómo, estando con una gravísima enfermedad, queriéndole encubrir las monjas la muerte de la santa madre por no darla pena, ella lo supo, y dijo al padre fray Jerónimo de la Madre de Dios, provincial de los descalzos, le había aparecido la madre muy gloriosa, y dijo que se iba á gozar de Dios, y que en su muerte había tenido un grande ímpetu de amor de Dios con que se le salió el alma, y otras cosas que referiremos en el capítulo siguiente. Lo mismo reveló la santa madre á un perlado grave de su religión, diciendo que estos grandes ímpetus habían sido causa de su muerte, porque habían sido tan fuertes que no lo había podido sufrir su natural.

Y no es mucho de espantar que un ímpetu de esta manera sea tan fuerte que pueda apartar el alma del cuerpo, pues cuenta de sí la santa que de sólo oír una vez cantar una copla que trataba de cuán penosa cosa era vivir sin ver á Dios, le vino un ímpetu semejante con tan grande violencia que si no proveyera Dios que cesara la música fuera imposible poder tener el alma en el cuerpo. Esto lo tenía ella antes profetizando, porque tratando en su vida de estos grandes ímpetus y deseos de Dios dice así (*Vida*, cap. XX; *Morada* VI, cap. X): «Yo bien pienso alguna vez que ha de ser el Señor servido »que si va adelante como va ahora que se acabe con acabar »la vida.» Y en otra parte dice hablando de sí: «Yo sé de una »persona que estando en oración semejante oyó cantar una »vez, y certifica que, á su parecer, si el canto no cesara, iba »ya á salirsele el alma del cuerpo, y así proveyó su Majestad »que cesase el canto, que la que estaba en esta suspensión »bien podría morirse, mas no decir que callase.» Y fué claro indicio de haber sido esta la ocasión de su muerte, porque quedó tan sosegada luego que murió, que á las que muchas veces la habían visto arrobada en oración no les parecía sino que estaba todavía en ella. Pues de esta violencia grande é ímpetu de amor fué su alma tan fuertemente arrebatada, que no sólo se enagenó de los sentidos, sino también del cuerpo, porque de la mucha fuerza con que estaba abrazada, unida

con su divino y celestial Esposo, le provino un gran flujo de sangre, y de él la muerte.

Fué el día de su glorioso tránsito jueves entre las nueve y las diez de la noche, á cuatro del mes de Octubre del año de mil y quinientos ochenta y dos, día del glorioso y bienaventurado San Francisco, de quien la santa era muy devota. Fué el año en que se enmendaron los tiempos, quitando los diez días que andaban de sobra y adelantados, y así el día siguiente se contaron quince de Octubre siendo pontífice Gregorio Decimotercio de gloriosa memoria, y reinando en España el rey católico y prudente don Felipe, segundo de este nombre.

Murió de sesenta y siete años, seis meses y siete días, habiendo vivido en la religión cuarenta y siete años, los veinte y siete en la Encarnación, y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primera regla que ella restituyó, la cual fué el Señor servido que viese antes que muriese muy acrecentada y con perlados propios. Y vió cumplida la profecía que el Señor antes le había profetizado.

Era la santa madre de muy buena estatura, en su mocedad hermosa, y después de vieja de muy buen parecer: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción. La color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se encendía y ponía hermosísima; en todo el demás tiempo la tenía muy apacible. El cabello negro y crespo, la frente ancha y hermosa, los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves. Las cejas algo gruesas y llenas, la nariz pequeña, la punta algo redonda, y un poco inclinada para abajo. La boca de buen tamaño, y bien proporcionada con el rostro. Tenía en él tres lunares que caían al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y otro debajo de la boca. En todo su semblante era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos de resplandor y luz, que le hacían respetar á los que la miraban. Este era el retrato de la madre siendo viva, la cual ahora después de amortajada y tendida en el suelo daba muestras en la hermosura exterior (como se escribe del glorioso San Martín y San Francisco) de la gloria de que gozaba su alma. Porque en acabando de es-

pirar quedó su rostro hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, sin ruga ninguna, aunque solía tener hartas por ser ya vieja, las manos y los pies con la misma blancura, todas transparentes, que se podían mirar en ellas como en un espejo, y tan tratables y tan suaves al tacto como si estuviera viva. Todos sus miembros quedaron hermoseedos con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en ellos había conservado.

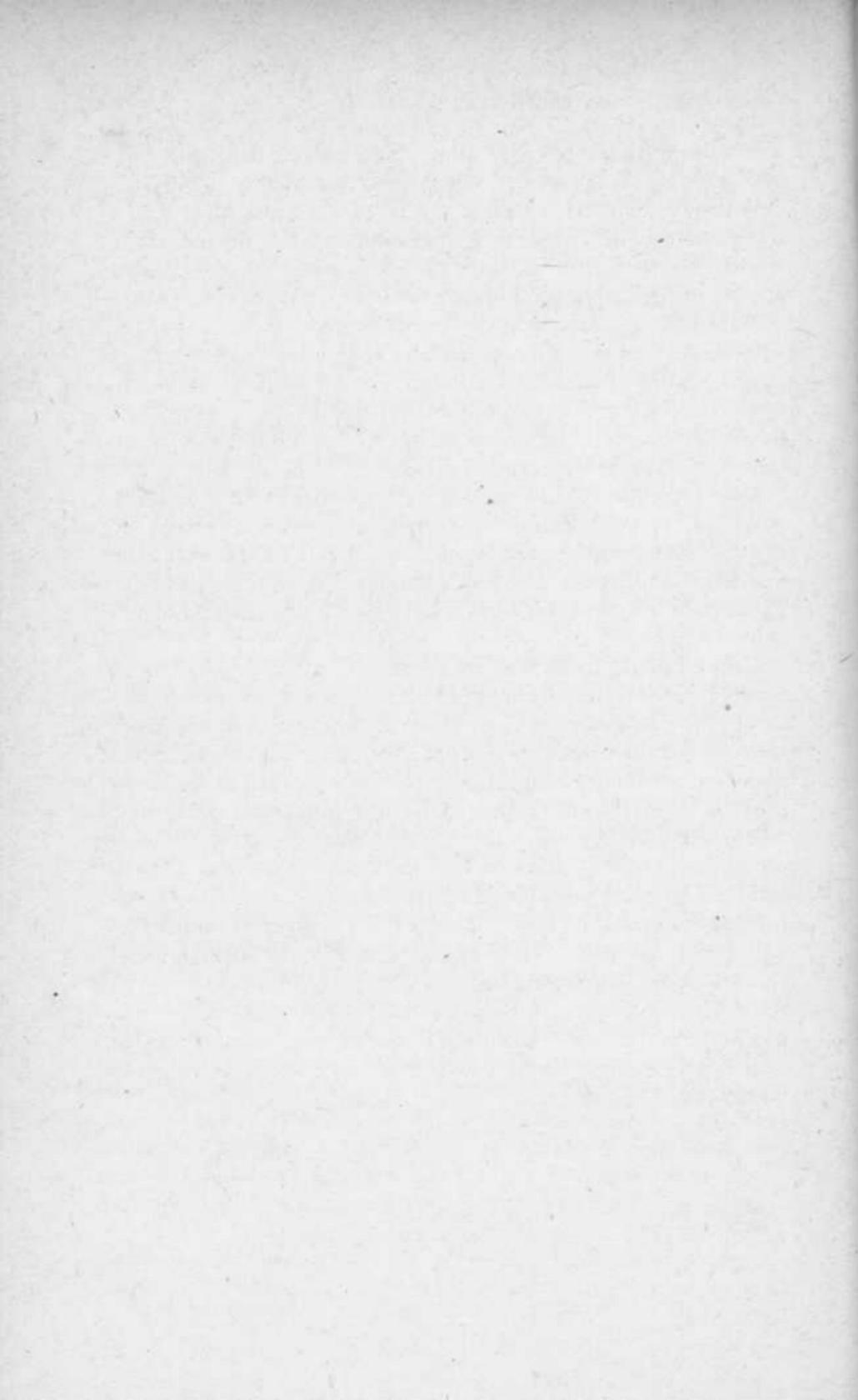
Fué tan grande la fragancia del olor que salía de su santo cuerpo al tiempo que le vestían y aderezaban para enterrarle, que trascendía por toda la casa, y era de suerte que las religiosas no podían discernir á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese, porque verdaderamente era olor del cielo. Y de rato en rato parece que venían nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor. Y era tanta la fuerza y demasía de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir. Quedó este olor no sólo en toda la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la santa madre, sino en todas las demás cosas que ella estando enferma tocó, como en los platos, y aun en el agua con que los lavaban. Y así una hermana en acabando de amortajar á la santa madre fuese á lavar las manos descuidadamente, y sintió salir luego de ellas tan grande y tan suave olor que le parecía cosa del cielo, por no haber visto cosa semejante en la tierra. Y fué en tanto extremo, que de ahí á muchos días una religiosa que hacía la cocina sentía en ella esta especie y diferencia de olor, y buscando de dónde pudiese salir, halló debajo de un arca una salserilla de sal, que había servido en la enfermedad de la santa, y estaban sus dedos señalados en ella, quedando allí impresas las señales de cuándo tomaba sal, y en ellas la fragancia de su cuerpo.

Viviendo la santa experimenté yo que le salía de la boca notable olor y fragancia, y comencé entonces á reparar un poco, y pareciéndome poca mortificación, sentía mal de esto, porque me vino sospecha si acaso tomaba algunas pastillas de alcorzas conficionadas con olores, que suelen llamar pastillas de boca. Y queriéndome informar de su compañera Ana de san Bartolomé, me dijo que eran tan contrarios los buenos olores á su condición y enfermedad, que la noche antes habiéndola dado un bizcocho, porque no había podido cenar por sus enfermedades, dejó de comerlo solamente porque

debía llevar algún poco de olor, y también me dijo que después que la santa madre había quedado manca del brazo, cuando la ayudaba á vestir, sentía esta misma suavidad y fragancia de olor, y así la conservaba después de muerta, y esto es mayor maravilla, que de un cuerpo muerto (que de suyo no es más que un muladar, y la cosa que más asco causa en esta vida, por despedir de ordinario de sí un hedor tan insufrible que inficiona de tal manera el aire que suele causar pestes y otras enfermedades contagiosas), salga un olor tan excesivamente suave que, como adelante diremos, dura hasta hoy en su cuerpo y reliquias, de que hay muchos testigos, con haber veinticuatro años que murió.

Muerta la madre, fué grande el sentimiento que hicieron sus hijas, y toda la orden, como la que quedaba huérfana sin ella, por haber sido padre, madre, maestra y fundadora, y tan amada, sin embargo, que todos entendían la mucha razón que había para holgarse, entendiendo la gloria y felicidad que gozaba.

Las religiosas todas del monasterio de Alba comenzaron luego á venerar su cuerpo y reliquias, porque no sólo la besaban los pies y manos como á santa, sino también por santo todo lo que ella había tocado lo guardaban y reverenciaban como á instrumentos en quien esperaban que Dios había de mostrar su virtud, obrando cosas maravillosas para honrar á su sierva. Y así repartían de sus vestiduras con grande devoción por los monasterios de monjas y padres graves de la religión. Tomó el padre vicario provincial el hábito, con el cual hizo el Señor un milagro luego que se partió á Medina. Y el padre fray Agustín de los Reyes, rector que entonces era del colegio de Salamanca de los descalzos, llevó un pedazo de su túnica interior. Y así se fué repartiendo lo demás entre algunas personas graves y devotas, por algunos monasterios de frailes y de monjas de la orden, y otras graves personas de fuera de ella.





CAPÍTULO XXXIX

Cómo se hizo el entierro de la santa madre, y los milagros que el Señor obró al tiempo de su muerte en testimonio de su santidad, y cómo la santa se ha aparecido muchas veces después de muerta.

ESTUVO el cuerpo de la bienaventurada madre desde las nueve de la noche que murió hasta el día siguiente á la hora de misa mayor que la enterraron, acompañado de sus religiosas, las cuales muchas veces con devoción y ternura le besaban los pies y las manos; y para confirmar más el Señor la santidad de su sierva, no sólo en su vida, como hemos ya visto, y contaremos adelante, sino también en su muerte, obró muchos milagros, de los cuales referiré aquí algunos.

Había entonces allí una hermana gran sierva de Dios, que carecía del sentido del olfato: estaba desconsolada porque no podía participar de aquella suavidad de olor que las demás decían que sentían, y llegando á besar sus santos pies, y abrazada con ellos, comenzó á sentir su olor, y cobró desde entonces el sentido del olfato, y duróle en las manos la misma fragancia mucho tiempo, de suerte que, aunque se lavaba muchas veces, no la perdía.

Había otra religiosa que había mucho tiempo que tenía un grande dolor en un ojo, y llegándose á los pies de la santa madre al punto sanó; y dando voces, publicó la misericordia que el Señor le había hecho. Otra religiosa, llamada Isabel de la Cruz, traía de ordinario gran dolor de cabeza, que había más de cuatro años que le tenía, y los ojos tan malos que si no los apretaba con la mano no podía andar ni ver la luz, y cuando la santa madre quiso espirar, tomó sus manos, y metió los dedos de ella en sus ojos y púsolas también sobre su cabeza, y nunca más de allí adelante sintió dolores de cabeza, y quedó con clara vista en los ojos.

Al tiempo que la bienaventurada madre Teresa de Jesús espiró, estaba muy enferma doña Bernardina de Toledo y Enriquez, hermana de la duquesa de Alba, y envió á pedir á doña María de Fonseca, monja de la orden de San Francisco (que estaba entonces en el entierro de la santa madre) alguna reliquia suya, y ella le envió un jubón de lienzo de que había usado la madre en su enfermedad; recibiólo con grande reverencia, y besó con gran devoción, y se lo vistió, esperando por este medio su salud; no fueron frustradas sus esperanzas, que al punto le dió tan terrible sudor, que con haber dos meses que estaba muy enferma de una gran calentura, quedó luego sin ninguna, y libre de toda enfermedad. Dentro de pocos días en el mesmo lugar de Alba la abadesa del convento de la Madre Dios de monjas franciscas de la tercera regla, llamada doña Magdalena de Toledo, fué á visitar á doña Juana de Ahumada, hermana legitima y natural de la santa madre. Estaba la abadesa ciega más había de tres años, y sabiendo tenía doña Juana una cruz que había sido de la santa madre, de que tratamos en el primer libro de esta historia, pidióle pusiese en los ojos aquella santa cruz, y dentro de tres horas veía la calle, y poco á poco cobró la vista; de suerte que dentro de breve tiempo, con grande admiración de los que antes la conocían, veía y escribía, cosa que antes era imposible hacer.

Concurrió al entierro de la santa madre toda la gente de aquella villa, y hizose con toda la solemnidad que en aquel lugar se podía esperar, besándola sus santos pies y hábito toda la gente con mucha devoción, teniéndose por dichoso el que podía llegar á tocar aquel cuerpo santo. Estaba puesto en

unas andas cubiertas con un paño de brocado, como ella había visto en una visión muchos años antes cuando estuvo unos días como muerta, como ya contamos al principio de la historia. Trazóse la sepultura en el hueco de una pared que estaba debajo de un arco, donde estaban unas rejas del coro bajo del convento que sale á la iglesia, para que los de dentro y los de fuera pudiesen gozar de ella. Quitáronle de las andas, y pusieron el cuerpo santo vestido con su hábito en un ataúd, y enterráronle en la sepultura que tenían hecha, y cargaron mucha cantidad de tierra, y piedra, y ladrillo, de tal manera que se quebró el ataúd, y se entró dentro mucha tierra, como después se vió. Esto hizo Teresa Laiz, fundadora de aquella casa, ayudándole todas las monjas de aquel convento, porque se recataban no les hurtasen el cuerpo para el monasterio de Ávila, prenda que ellas estimaban en lo que era razón; y por tenerle más seguro, le tapiaron no como quiera, sino con piedra, tierra, cal y ladrillo. Y este pensamiento no fué suyo, sino de Dios que las guiaba, y las movía á esto, como se verá por lo que después sucedió, para honrar por todas las vías y maneras posibles á los suyos, y mostrar el cuidado que tiene de ellos en la vida y en la muerte, pues sirvió esta diligencia de que campease más la incorrupción de su cuerpo.

Después que la santa madre partió de este mundo, ha aparecido á algunos religiosos y á muchas religiosas de sus monasterios y á otras personas seglares con gran resplandor y hermosura en demostración de la mucha gloria que goza. Las personas á quien la santa madre se ha mostrado han sido muchas, y todas muy espirituales, y las más de las que aquí referiré lo testifican en sus dichos, compelidas del juramento en la información de su canonización. Son ó han sido casi todas perlas y compañeras de la santa madre, y de las primeras fundadoras de la religión, y verdaderas hijas é imitadoras de su espíritu. Y así se puede muy bien creer que Dios le hiciese esta merced que después de su muerte para consuelo suyo unas viesan la gloria de que gozaba su madre, otras fuesen avisadas de ella de lo que debían hacer, y socorridas en muchas dudas y trabajos espirituales. Y no es de creer que el demonio nuestro adversario vistiéndose de la vestidura de luz quisiese contrahacer el espíritu de Dios, y

engañar á tantas almas con semejantes apariciones, porque lo uno no es estilo suyo acreditar y honrar los santos, queriendo fingir acá la grande gloria que tienen, lo otro, porque aunque en una ó en otra se pudiese temer algún engaño, pero en tantas tan siervas de Dios, de tan aprobado espíritu, de tantos años de oración, y de otras mercedes y favores del cielo, temeridad sería no creer haber sido estas revelaciones de Dios ordenadas para muchos fines, y el principal para acreditar su sierva, y darnos noticia de la felicidad que ahora goza. No parecerán nuevas estas apariciones á quien hubiere leído las historias y vidas de los santos, como la de san Benito, san Francisco, santo Domingo, san Martín y otros santos, que apenas se hallará ninguno que lo haya sido de veras de quien Dios no haya dado testimonio en la tierra con milagros, y desde el cielo con algunas señales y manifestación de su gloria, ó apariciones después de su muerte.

La primera vez que la santa apareció fué el mesmo día de su entierro, en el cual se mostró á la madre Catalina de Jesús, fundadora del convento de Veas, mujer de grande santidad y virtudes heroicas (cuya vida por ser tan admirable escribió la santa madre en el libro de sus Fundaciones), la cual yendo á comulgar aquel mesmo día, le apareció, y le dijo que se iba á gozar de Dios, que no tuviese pena, que más ayudaría á la orden dende la otra vida que en ésta. Cayó luego muy enferma esta religiosa, y estando allí el padre provincial fray Jerónimo de la Madre de Dios, les vino la nueva de la muerte de la santa madre, la cual no se la quisieron decir á ella por no darle pena; pero como advirtió que estaban todas muy tristes, dijo al padre provincial (sin que ellos le dijesen la causa de su tristeza): Están tristes por la muerte de nuestra madre fundadora Teresa de Jesús, pues ya yo la sabía, y no tengan pena de nada. Y entonces contó al perlado todo lo que había pasado.

Á esta mesma sierva de Dios se le apareció la santa madre visiblemente muchas veces, unas consolándola, otras animándola, otras reprehendiéndola una falta particular, otras enseñándola y dándola doctrinas de mucho provecho, de las cuales pudiera yo aquí decir mucho si no temiera alargar esta historia. Particularmente una vez le apareció la santa, y le llegó con la mano á un lado donde tenía esta madre una pos-

tema, que dentro del cuerpo le reventaba materia, y era enfermedad incurable en ella, de lo cual padecía grandes dolores y trabajos, y tomóle juntamente la mano, en la cual tenía un empeine ó lunar negro que la tomaba casi toda, y al punto que llegó quedó sana y sin dolores de la postema, y la mano tan blanca como si nunca hubiera tenido nada de aquel empeine ó lunar, habiéndole tenido desde que nació; y estando como desahuciada de la vida, quedó sana desde entonces.

Entre otras cosas de importancia que la santa madre enseñó á esta su hija que tanto amaba, fué una en que con mucha eficacia le dijo que avisase al provincial que en ninguna manera se haga caso en estas casas de visiones ni revelaciones, porque aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas y mentirosas, y es trabajosísima y peligrosa cosa sacar verdades inciertas de entre las mentiras. Y cuanto más caso se hace de esto, tanto más se va desviando de la fe, que es la virtud cierta y segura. Y los hombres son tan amigos de ellas, que santifican el alma que las tiene, lo cual es negar el orden que Dios tiene puesto para la justificación de una alma, que es por medio de las virtudes y cumplimiento de su ley y mandamientos. Que como las mujeres son muy fáciles y de poco entendimiento, fácilmente se engañan. Y acudiendo á los que ni son tan letrados ni tienen tanta prudencia para poner las cosas en su punto, se pueden seguir muchos inconvenientes. Y que el premio que ella tenía en el cielo no se le había dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.

Estaba una priora de la orden (que por ser viva no digo quién es) á quien la santa madre había amado mucho en su vida, así por merecerlo su virtud como por haber sido compañera suya en sus fundaciones y trabajos, algo desconsolada de no haber visto á la santa madre después de su muerte, porque como había oído decir que tantas veces se había aparecido á sus religiosas, parecióla la tenía olvidada en no haberle hecho á ella este favor. Pues como estuviese con esta pena, y la hubiese también tratado con otra religiosa de su convento, y ella la consolase diciendo que la santa la trataba como á hija fuerte, que no tenía necesidad de estos consuelos, fué el Señor servido que la santa madre se les apareciese estando en los maitines de los Inocentes á entrambas. Vió á la madre primero la religiosa con los ojos corporales junto á

la reja del coro con su mismo hábito como las demás monjas, y con mucha gloria. Quedó muy turbada con esta vista, y entendiendo que todas las demás religiosas la habían visto como ella, se admiraba que no hiciesen novedad, por donde echó de ver que aquella visión no había sido general y común á todas, y así se detuvo y compuso lo mejor que pudo, sin hacer mudanza alguna, y luego vió cómo la santa madre se fué al lugar de la priora y la abrazó, y sintió que le decía estas palabras con mucho regalo: Hija, no pienses que es desamor el no haberte visitado, antes eres de las más queridas. Y habiendo echado la bendición á las monjas se desapareció. Después de los maitines fué la religiosa á comunicar con su perlada lo que había y hallóla con notable gozo y alegría, y habiéndole contado su visión confesó la perlada haber pasado todo de la misma manera como ella lo decía. Esta misma visión vió entonces otra religiosa muy espiritual y muy cuerda, la cual (como ella afirma en su dicho) vió aquella misma noche á la santa madre junto á la priora, aunque ella entonces no lo quiso manifestar, y esta misma religiosa la vió otras muchas veces, en particular una con una corona de mucho resplandor y gloria. De suerte que en una misma noche en maitines la vieron tres, y todas tres personas de mucho crédito y religión, y todas han sido perladas de la orden.

A esta misma perlada, que entonces era de Segovia, apareció la santa madre otras veces, particularmente un día de los bienaventurados apóstoles san Simón y Judas, porque como estuviere pensando sobre estas palabras: *yo soy Dios escondido*, tuvo una gran suspensión con tal fuerza que se arrebató el espíritu, y la sacó de sí, y se vió metida en tan grande bien y gloria que la parecía imposible poderlo significar, donde vió á la santa madre con grande gloria, y que le salía de la boca, del corazón y los ojos unos rayos de luz muy grandes que llegaban hasta Dios, y particularmente con una cinta que la ceñía, y trataba con Dios. Y parecióle que le dijo la madre que aquella cinta significaba el premio que el Señor le había dado por la pureza y deseo del aprovechamiento de las almas.

A un religioso de su orden de los descalzos, muy siervo de nuestro Señor, que por ser vivo se calla aquí su nombre (como lo haremos también con las demás religiosas y perso-

nas que lo estuvieren), apareció la santa muy linda y hermosa, llena de luz y claridad, y le dijo (tomo I de cartas, aviso XV): «Los del cielo y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y en amor: los del cielo gozando, los de la tierra padeciendo, nosotros adorando la esencia divina, vosotros el Santísimo Sacramento; y di esto á mis hijas.» Quedóle á esta persona impreso en el alma *sacramento y trabajos*.

A otras muchas personas se apareció en Segovia, Alba, Ávila y Granada; donde á la madre Antonia del Espíritu Santo, que ya es muerta, y fué una de las cuatro primeras que tomaron el hábito, la mostró la gloria grande de que gozaba, y las particulares excelencias que se le habían concedido, por haber tenido mientras vivió en la tierra celo grande de la honra de Dios, y aquel sentimiento grande de las almas de los herejes é infieles que se condenaban, á cuyo fin enderezó sus monasterios para que rogasen á Dios por la reducción de ellos, y por esta causa le había concedido nuestro Señor este dón, que fué ella en el cielo particularmente patrona y abogada de esta causa, y le había dado en pago de lo que en el mundo había trabajado por ella muchos grados de gloria.

Otra religiosa la vió con grandísima gloria, muy adornada de piedras y perlas muy ricas, y le fué diciendo lo que significaba cada ornato de aquellos de que venía vestida. Lo cual ella comunicó con el padre maestro fray Diego de Yangués, que también había sido confesor de la santa madre y aprobó esta visión.

Ha mostrado bien la santa madre con las obras lo que en su vida prometió muchas veces, que después de muerta había de ayudar mucho más á la religión; porque en vida solamente estaba en un monasterio, pero después de muerta acudía á las necesidades espirituales de muchos, ya aconsejando á las perladas, ya reprehendiendo las súbditas, y atajando principios de relajación, como se ha visto y ve cada día en sus monasterios. Y así acaeció en el convento de Villanueva de la Jara á una religiosa que comía carne por ciertos achaques de una enfermedad que tenía, pero no suficientes para comerla según la regla de su orden: estando cenando una noche de una ave, oyó una voz que la llamó por su nombre, y le dijo: ¿Conócesme? Alzó ella entonces los ojos, y vió á la santa ma-

dre, la cual con grande severidad la reprehendió y le dijo: ¿Qué modo de relajación es esta? ¿Que lo que yo con tanto trabajo fundé lo relajés tú ahora? (Tanto es lo que los santos sienten cualquiera demasía ó relajación en su orden). Fué tanta la pena y el sentimiento que tuvo, que arrojó luego en el suelo lo que tenía en el plato, y nunca más comió carne, si no fué en enfermedad grave, y entonces constreñida por obediencia, y tuvo salud y mejoría de sus achaques.

Otras veces ha aparecido apoyando la pobreza; otras donde veía se resfriaba la caridad, persuadía la unión de unas con otras; donde hallaba trabadas amistades particulares las deshacía, y así como verdadera madre ha acudido siempre á las necesidades y aumento de sus monasterios. Y con esto daremos fin á las apariciones que la santa madre hizo á sus hijas, dejando de referir otras muchas que el padre doctor Francisco de Rivera escribe en su vida, y constan de las informaciones hechas para su canonización.

No sólo ha aparecido la santa madre á sus hijos y hijas, sino también á otras muchas personas. El conde Tiburcio, caballero de la emperatriz, hermana del rey Felipe II, estando oprimido de una grave enfermedad, vió á la santa madre acompañada de muchas religiosas, y quedó sano de aquella enfermedad, y fué al convento de las carmelitas descalzas de Madrid á decir una misa en hacimiento de gracias por la merced que el Señor la había hecho por intercesión de la santa madre.

Vino la condesa de Osorno, que en vida había sido muy devota de la santa madre, á Alba á visitar su sepulcro: salió al cabo de un gran rato con mucha alegría diciendo que la santa madre le había aparecido y consolado mucho con su olor, el cual le duró tres días. Y también se apareció á la hora de su muerte á Teresa Laiz, fundadora del convento de Alba, como más largamente dijimos tratando de aquella fundación. Y en Zaragoza á Pedro Juan Casa de Monte, mercader, el cual había sido muy devoto de la madre, y la había acompañado y favorecido á ella y á sus monasterios mientras vivió, el cual como estuviere apretado de una enfermedad, dándole esperanza los médicos de salud, le apareció la santa madre, y le dijo se moría aquel día. Fuéle á confesar un religioso carmelita descalzo, y diciéndole lo que los médicos prometían de

su salud, no haciendo caso de esto le contó con mucha alegría lo que había visto, diciéndole se había de morir aquel día. Y en pago de la merced que había recibido de la santa, dejó su hacienda al monasterio de las monjas descalzas de aquella ciudad.

Á todas estas y otras muchas que aquí pudiera decir, añadiré sola una aparición, no por relación, sino por vista de ojos, hecha á mí indigno, como á hijo necesitado de la santa madre, y fué que, habiéndome librado de un gran peligro de mi alma por un medio harto extraordinario y maravilloso me apareció aquella noche en sueños, dándome á entender había sido ella autora de aquel bien y merced que yo había recibido.

Otra vez, antes que muriese la santa, apareció á un padre de la compañía (como afirma el doctor Enrique Enríquez en su dicho) que había sido confesor de la santa madre, y perlado en su religión, el cual cerrado en su aposento entró la santa dentro, y le dijo ciertos avisos y amonestaciones, y como lo refiriese esta persona al padre Enríquez, tuvo curiosidad de informarse de la santa madre si había sido así, y ella con una humilde modestia confesó que aquello era la verdad, lo cual había ordenado nuestro Señor para ciertos efectos de su alma. Asímesmo en vida apareció á otra monja en Salamanca, como referimos en la fundación de aquel convento, y á un hermano suyo estando en las Indias.



CAPITULO XL

Cómo á cabo de algún tiempo fué hallado el cuerpo de la santa madre Teresa de Jesús sin corrupción ninguna, y cómo fué llevado á San José de Ávila

YA había casi nueve meses que el cuerpo de la bienaventurada madre Teresa de Jesús estaba enterrado en el lugar que arriba dijimos, y en todo este tiempo parece que las religiosas se reprehendían no haber puesto desde el principio aquel santo cuerpo con la veneración y reverencia debida á tan esclarecida santa, acordándose de las admirables y excelentes virtudes que en su vida tuvo, y veían después de su muerte que los milagros eran muchos y muy grandes, porque demás de los que habemos referido sucedieron otros muchos, de que haremos mención en su propio lugar. Y lo que más solicitaba sus ánimos para enmendar el yerro pasado (que mirado en orden á los fines que Dios tenía había sido muy grande acierto), era primeramente oír algunas veces golpes dentro del mismo sepulcro, que parece que el cuerpo santo no se podía contener sin dar muestras del milagro que Dios allí tenía encerrado. Pero la principal razón que avivaba en las monjas este deseo de descubrir y desenterrar el cuerpo, era que sentían muchas veces muy grande olor y fragancia que salía del sepulcro, y eso mismo sentían

muchas personas seculares que venían á hacer oración á la santa, y muy de ordinario. Y aunque era siempre muy suave, pero unas veces era menos, y otras más, y cuanto á la diferencia del olor no siempre de una manera, porque unas era como de azucenas, otras como de jazmines y violetas, y otras no sabían á qué compararlo, tenían esto por cierto pronóstico de su incorrupción, pareciéndoles no era posible que cuerpo humano despidiese de sí tal fragancia, si no fuese estando sobrenaturalmente incorrupto y preservado.

Vino á visitar aquel monasterio el padre provincial de los descalzos, fray Jerónimo de la Madre de Dios, é informándole las religiosas de lo que pasaba, pidiéronle con encarecimiento que desenterrase el santo cuerpo. Parecióle buen acuerdo, y comenzaron él y su compañero con gran secreto y recato á quitar las piedras, temiendo no se alterasen los duques de Alba, que estimaban el cuerpo por la mejor joya de su estado. Eran las piedras tantas que tardaron él y su compañero cuatro días en quitarlas, con ayudarles á esto también algunas religiosas. Oían las piedras, por lo que se les había pegado de la vecindad del santo cuerpo, al cual mientras más se iban acercando crecía más la suavidad.

Llegaron al ataúd á cuatro de Julio de mil quinientos ochenta y tres, á cabo de nueve meses que habían pasado después de la muerte de la santa. Estaba el ataúd quebrado por encima, y para mayor confirmación del milagro que ahora diré, todo podrido y lleno de moho y de humedad, que tenía mucha, porque, para asentar las piedras al tiempo que la enterraron, habían echado primero cal, tierra y agua sobre él. Estaba el hábito de la santa también todo podrido, y con el mismo olor de humedad. Hallaron el santo cuerpo lleno de la tierra que había entrado por lo quebrado del ataúd, tanto, que fueron necesarios cuchillos para despegarla de él, y también estaba lleno de moho. Pero ni la tierra, ni el agua que por el ataúd habían entrado, ni la humedad de la sepultura, y, lo que más es, ni el ser cuerpo humano, que después de muerto no es más que corrupción, habían sido parte para que el cuerpo santo tuviese alguna, porque estaba sin que le faltase un cabello todo entero, como si entonces le acabaran de enterrar: salía de él un olor suavísimo y maravillosísimo, bien desemejante de todos los que hay en la tierra, con tan

notable fragancia y suavidad que parece daba vida, nuevo regalo y consuelo á todos los que allí estaban. Hincáronse todos de rodillas, y con mucha devoción y lágrimas le reverenciaron, y bendecían al Señor que tan maravilloso es en todas sus obras; que no es pequeña maravilla ver un cuerpo enterrado con intestinos, y particularmente de mujeres (y más de la santa, que era de suyo gruesa y carnosa), que por su mucha humedad son más aptas para la corrupción, por tanto tiempo, y en lugar tan húmedo, tan sano y tan incorrupto, con tan buen olor, y tan tratable y apacible al tacto como si estuviera vivo. Y por ventura lo es mucho mayor, mirando las leyes de la naturaleza, el olor tan notablemente maravilloso que de él salía y sale hasta hoy.

Grandes maravillas son éstas, pero miradas en sí, muy convenientes, porque lo era mucho, según las leyes de la divina justicia, que la carne que viviendo entre tantos peligros del mundo había conservado su entereza y limpieza, estuviese tan entera en la sepultura, que mostrase que su muerte no había sido para corrupción, sino para cobrar nueva vida. Y no era menos conveniente que la que había corrido con tanta ligereza tras del olor de los unguentos de su Esposo, y á la que tanto se le había pegado de esa fragancia, no la perdiese en la muerte, sino antes pues el alma estaba bienaventurada, y gozaba de tanta gloria, saliese de la carne un olor parecido al de los cuerpos bienaventurados. Pusieronla otros vestidos nuevos, y envolviéronla en una sábana, rayéndole la tierra que tenía pegada, que conservó el olor bueno que se le había pegado, por muchos años, y se hicieron algunos milagros con ella, como adelante se dirá, y no hay que espantarse que la tierra oliese, pues hasta las mismas piedras que estaban en el sepulcro participaban de este olor, de tal suerte que echando algunas acaso sobre un poco de paja, que después sirvió para un jergón, cuando lo estaban llenando de ella, advirtieron las religiosas que olía la paja, y echaron luego de ver que era la causa el haber estado entre las piedras del santo sepulcro.

Con la turbación y gozo que tenían de estos dos milagros de la incorrupción del cuerpo, y del grande olor que de él salía, no advirtieron otro no menos admirable que los pasados, y fué el olio que en tanta abundancia salía de él que toda la tierra que tenía pegada estaba empapada, y las vestiduras

de la misma manera, pareciéndoles que debía de ser alguna humedad de la misma tierra. Y si el Señor no lo declarara después por mil caminos, ellos estaban tan ciegos con el contento que no lo echaran de ver; pero dentro de poco quiso Dios que advirtiesen como la tierra, el hábito y todas las demas cosas que quitaron de junto á su cuerpo manaban olio suavísimo de sí, comunicándolo á cualquiera cosa en que estaban envueltas y guardadas estas reliquias, y esto no por un día ni por un año, sino por muchos. Hoy se ve (con haber casi veinticuatro años que la santa murió) en el convento de las carmelitas descalzas de Zaragoza la correa con que fué enterrada, de la cual desde entonces hasta ahora se ven salir gotas de olio; yo la he visto, y también la han visto otras muchas personas, porque por su medio ha obrado el Señor muchos milagros, como se dirá en su lugar.

Estos fueron los tres milagros que se descubrieron con el cuerpo, que son su incorrupción, el olio y suavísimo olor que de él sale: los cuales son notorios en toda España, por ser milagros permanentes desde que se desenterró su cuerpo hasta el día de hoy.

Hecho esto, metieron el santo cuerpo en una arca, y la pusieron encima del sepulcro que tenía antes, con toda la mayor decencia que pudieron, pero cubierta y secreta, de suerte que pareciese que no se había llegado á él, teniendo consideración el padre provincial á que, si los duques de Alba entendían aquella nueva maravilla, no habían de dar lugar á sus intentos, que eran llevar el cuerpo á Ávila, como él lo tenía prometido al obispo don Álvaro de Mendoza, como abajo diremos. Y parecióle antes de hacer novedad alguna dar cuenta de este milagro, y de lo demás que debía hacer al capítulo de la religión.

Antes de poner el cuerpo en el arca, el padre provincial le quitó la mano izquierda, y la llevó á la ciudad de Ávila, metida en una arquilla muy cerrada y cubierta, y la dió á las monjas de aquella ciudad, dándoles á entender que era un recaudo de mucha importancia que á él tocaba, procurando por todas vías que ellas no lo tendiesen, porque iba con letura, de que si el cuerpo se quedaba en Alba tuviesen en el monasterio de Ávila aquella santa mano para su consuelo, y si acaso el cuerpo se llevase á Ávila (como él pretendía) traerse la mano

consigo. Y así no les quería descubrir la prenda que depositaba, porque no se alzasen con ella. Tomaron las monjas el cofrecillo, y pusieronle en un rincón del coro. Entró un día la priora en el coro, que entonces era la madre Ana de San Pedro, que es ya difunta, y vió que estaba todo el coro muy resplandeciente, y visiblemente á la santa madre Teresa que le dijo, señalando el cofrecito donde estaba la mano: Tengan cuenta con aquel cofrecito, que en él está una mano de mi cuerpo. Escribió muchas veces la madre priora al padre provincial si estaba allí la mano de la santa, pero él disimulaba lo que podía, porque no se supiese, y pasando al cabo de algún tiempo por aquel convento, procuró sacarla disimuladamente, dando á entender que sacaba otra cosa, porque las monjas no se afligiesen, que aunque él no se lo había dicho, tenían ya todas por cierto el negocio. Estaban todos los paños de seda, en que estaba envuelta la mano, calados de aceite olorosísimo.

Llevó la mano el padre provincial á Lisboa, y dióla á las monjas descalzas de aquel lugar, donde ha estado hasta hoy, y por su medio ha obrado el Señor muchos milagros; particularmente luego que llegó al monasterio, como todas las monjas comenzaron á sentir el grande olor que de ella salía, estaba allí una hermana, llamada Inés de la Madre de Dios, que no percebía olor ninguno, ni le había percebido en toda su vida; afligíase de no oler como las demás aquella santa reliquia, y puesta de rodillas llegó la mano á las narices, y dijo con grande fe: Ciertamente que no me tengo de quitar de aquí hasta oler lo que mis hermanas huelen, para que yo alabe con ellas al Señor. Luego se le puso el rostro muy colorado, y comenzó á llorar diciendo que le subía por las narices un humo caliente que salía de la mano, con el cual le parece se le iba abriendo el sentido del olfato; y fué así como lo pensaba, porque luego olió la santa mano, y desde entonces quedó con el sentido del olfato tan perfecto como las demás.

Estuvo dos años secreta la incorrupción del santo cuerpo, aunque con los muchos milagros que cada día la santa madre hacía, iba creciendo la fama de su santidad. Pero el Señor, que había obrado tantas maravillas en su cuerpo, para honrar su santa y manifestar su gloria, dió orden como se descubriese, porque en el año de mil quinientos ochenta y cinco hicieron el segundo capítulo en Pastrana, donde informados del

padre provincial pasado (porque ya había habido nueva elección en el padre fray Nicolás de Jesús María, varón de grandes prendas de santidad y virtud, y á quien la religión debe la mayor parte de la perfección que hoy guarda) determinaron que el santo cuerpo se sacase secretamente de Alba, y se llevase á San José de Ávila. Moviéronse á esto, por parecerles que la santa sería allí más honrada donde era más conocida, y asimismo por ser natural de aquella ciudad, y haber dado principio á su orden en ella, y ser priora de aquel monasterio cuando murió. Ayudó también mucho á esta determinación el haber dado el padre provincial pasado palabra y cédula firmada de su nombrè á don Álvaro de Mendoza, obispo de Palencia, y que antes lo había sido de Ávila: el cual, con la gran devoción y amor que tenía á la santa madre, había hecho la capilla mayor en el monasterio de las descalzas de Ávila, y en ella al lado izquierdo puso un sepulcro muy suntuoso para él, con fin que el cuerpo de la santa madre cuando muriese se pusiese en el otro lado derecho, teniendo por gran felicidad que su sepulcro estuviese junto á tan gran santa; y así para asegurar más lo que tanto deseaba viviendo la santa madre, como ella andaba en tantas fundaciones (temiendo lo que sucedió) había pedido una cédula firmada del padre provincial, en que le aseguraba que donde quiera que muriese la santa traería su cuerpo á Ávila.

Sabiendo pues que se juntaba capítulo, envió el obispo de Palencia á don Juan Carrillo, tesorero que era entonces de la iglesia de Ávila, y ahora canónigo de la santa iglesia de Toledo, para que de su parte pidiese á la religión el cuerpo de la santa madre, y la palabra que á él se le había dado. El capítulo condescendió con su petición, y despachó luego sus patentes, para que el santo cuerpo se trasladase á Ávila, mandando con censuras á las monjas de Alba lo diesen luego que les fuese notificado su mandato: dieron cargo de esto al padre fray Gregorio Nacienceno, vicario provincial de Castilla la Vieja, para que él lo pusiese en ejecución con todo secreto y silencio posible. Al mismo tiempo que se le dió la patente, oyeron las monjas de Alba tres golpes dentro del mismo sepulcro. Turbáronse todas entonces, pero no sabían qué pudiese significar aquella novedad, hasta que después vino el padre Gregorio Nacienceno, y contándole ellas lo que

habían sentido, dijo que el mismo día, y á la misma hora que oyeron los golpes, se había firmado la patente. Y así entendieron las religiosas que había sido como aviso de la santa madre de su despedida. Llegó el padre vicario provincial á veinticuatro de noviembre (y en aquel mismo día llegó también el padre fray Jerónimo de la Madre de Dios, provincial pasado, que era el que antes había desenterrado el santo cuerpo) y con todo el secreto que pudo notificó á la priora y á tres monjas de las más ancianas la patente del capítulo, y á las nueve de la noche entraron ambos en la iglesia, y sacaron el cuerpo tan entero como al principio, y con el mismo olor que arriba habemos referido. Estaban los vestidos casi podridos, pero el cuerpo intacto, aunque algo más enjuto que la primera vez que le desenterraron. Estaba la sábana en que le habían envuelto toda empapada en el olio que salía del cuerpo como si hubiera estado en aceite.

Honró también nuestro Señor á su sierva con otros dos nuevos milagros en esta ocasión. El uno fué que como á la madre le salía tanta sangre cuando murió, le habían puesto para mayor limpieza un pequeño manteo de estameña blanca nueva, el cual se hinchó todo de sangre, y habiéndola enterrado con él hallaron entonces á cabo de tres años y dos meses la sangre en el manteo con un color muy vivo, tan fresca como si aquel día le hubiera salido de las venas; y con ser la sangre de tal condición que estando dos horas fuera del cuerpo le acaece lo que al pez fuera del agua, que luego pierde la vida y virtud, y se cuaja y corrompe, esta no lo estaba después de tanto tiempo, antes tenía dos extraordinarias propiedades, la una un olor suavísimo, la otra que todos los paños que se llegaban á ella, y en que se envolvía, los dejaba teñidos en sangre, y yo ví parte de este paño (y pienso que dura hasta hoy en el convento de Ávila), y otros muchos, que de haberse tocado á él participan la misma sangre y olor.

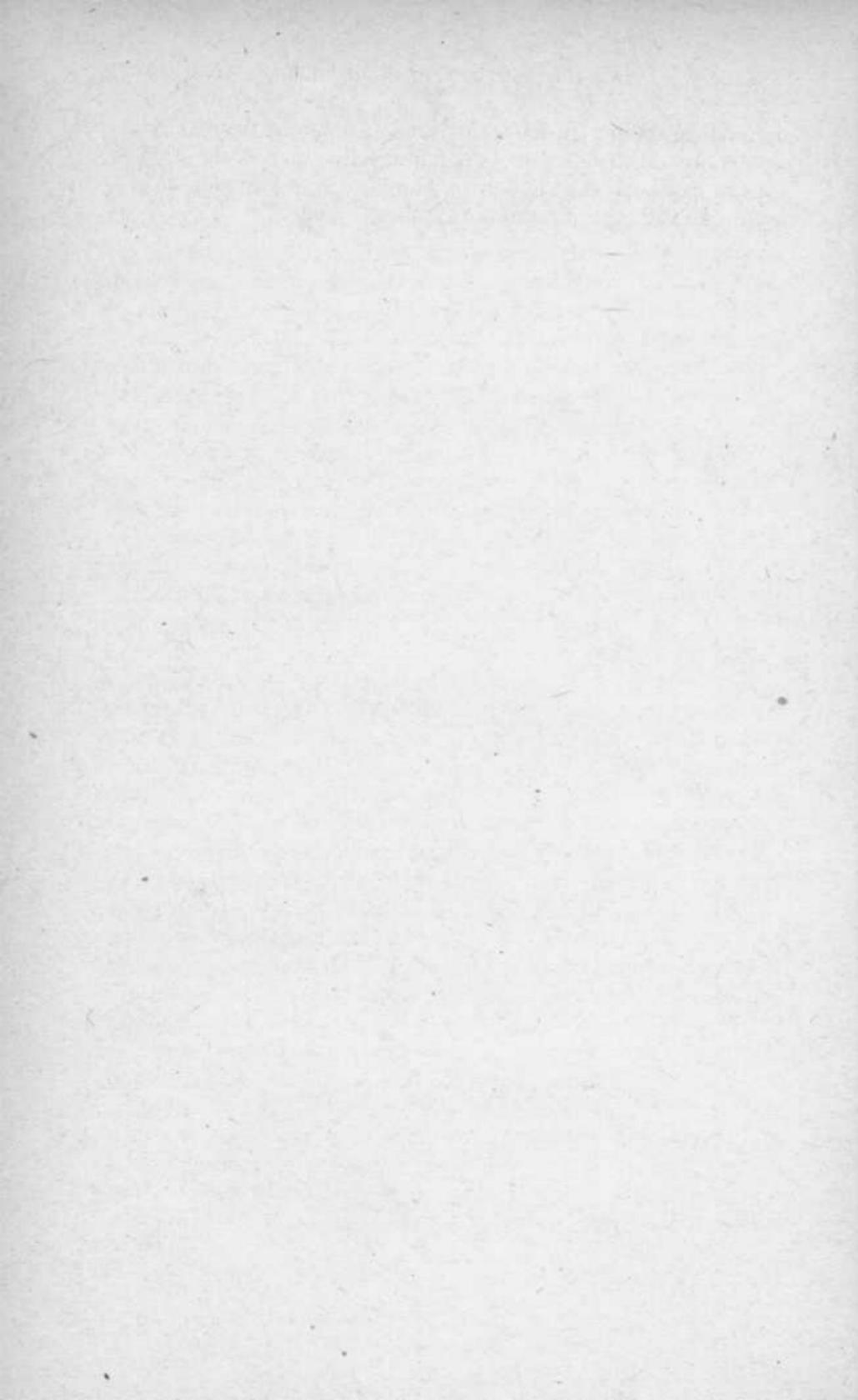
El otro milagro que sucedió fué que, como el padre vicario provincial, en cumplimiento de su patente, cortase el brazo, para dejarlo en el convento de Alba, puso el cuchillo debajo del brazo izquierdo, no sin grande dolor y sentimiento de su alma, porque se le enternecieron de tal manera las entrañas

que como él me contaba después, era el mayor sacrificio que á Dios había hecho. Fué cosa maravillosa que sin poner más fuerza que si cortara un melón ó un poco de queso fresco (como él decía), partió el brazo con tanta destreza por sus coyunturas como si hubiera estado grande rato mirando para acertarlas, y quedó el cuerpo á una parte, y el brazo á otra. Y aunque parece no fué acertado cortárselo, fué manifiesta prueba de esta milagrosa incorrupción, porque se descubrió el hueso blanco, y la carne blanda, colorada y blanca, quedando el hombro cerrado y macizo, como si entonces acabara de morir.

Luego tomó el santo cuerpo, y envuelto con la mayor decencia que pudo se salió del monasterio: estaban en este tiempo las demás monjas rezando maitines, bien ignorantes de lo que pasaba, pero dióles la nueva el grande olor que sentían en el coro, de donde comenzaron á sospechar si acaso les llevaban el santo cuerpo, que era la prenda de mayor estima que tenían en la tierra, y dejando los maitines comenzados bajaron corriendo, pero ya el padre fray Gregorio había salido, y la puerta estaba cerrada; y así se hubieron de volver harto tristes, quedándose con el brazo, y con una parte del paño de la sangre, y con increíble pena por lo que había pasado. El padre luego sin detenerse, en compañía del tesorero don Juan Carrillo, y del padre Julián de Ávila, compañero y confesor de la santa madre, que habían venido de parte del obispo don Álvaro á acompañar al santo cuerpo, se partieron otro día muy de mañana á Ávila, donde el santo cuerpo fué recibido con grande fiesta y alegría de todas las monjas (porque entonces no querían lo supiese ninguna persona de la ciudad, por el temor que entonces no lo viniesen á entender los duques de Alba), y puesto muy decentemente donde todas le gozasen.

Tuvieron de prestado el santo cuerpo al principio, en el capítulo en unas andas, con sus cortinas muy bien puestas, mientras se hacía un arca á manera de tumba, en que después se puso; era toda aforrada por defuera en terciopelo negro, con pasamanos de oro y seda, y la clavazón dorada, como lo era también la cerradura, llaves y aldabas; y á los dos lados dos escudos de oro y de plata, uno de la orden,

otro del santísimo nombre de Jesús, y encima de esta arca estaba un letrero de tela de oro bordado, que decía *Madre Teresa de Jesús*; por de dentro estaba el arca aforrada de tafetán morado, con pasamanos de plata y seda.





CAPÍTULO XLI

Cómo se comenzó á publicar el milagro del santo cuerpo, y cómo por mandado de su santidad, á su instancia del prior de San Juan, don Fernando de Toledo, se volvió á Alba.

PRETENDÍA la religión, después de haber llevado el cuerpo á Ávila, que estuviere con gran secreto, por el sentimiento que habían de tener los duques de Alba, y temiendo (como de tan grandes señores) las diligencias que podían hacer para volverlo á Alba; pero el Señor, que no había obrado aquellas maravillas para que estuviesen secretas y escondidas, fué servido se manifestasen para mayor gloria suya y de su sierva; porque en este mismo tiempo, estando yo en Madrid, supe, aunque en secreto, el milagro, y con el mayor silencio y prisa que fué posible, partimos de Madrid el señor licenciado Laguna, obispo de Córdoba, que entonces era presidente del consejo de Indias de su Majestad, y el señor licenciado don Francisco de Contreras, oidor del Consejo Real, y yo en su compañía con devoción de visitar el santo cuerpo y ver aquella nueva maravilla; llegamos á Ávila

víspera de año nuevo, habiendo pedido primero licencia al padre fray Nicolás de Jesús María, provincial de los carmelitas descalzos, para ver el santo cuerpo, con fin de hacer relación á su Majestad el rey don Felipe II, como testigos de vista de lo que había pasado; comunicamos el caso con el obispo de Ávila don Pedro Treviño, donde nos habíamos apeado, y á él le pareció que lo viesen juntamente otras personas principales, y médicos los más famosos de aquella ciudad, y notarios que diesen fe de lo que pasaba. Quiso él también ir en nuestra compañía para ver y gozar de aquel tesoro escondido, que estaba en su ciudad.

Día de año nuevo de mil quinientos ochenta y ocho, fuimos al monasterio de carmelitas descalzas hasta veinte personas, siguiendo el orden que el obispo nos había dado. Sacaron luego las monjas el cuerpo á la portería, y el obispo y todos nos hincamos de rodillas adorándole y reverenciándole como era razón. Levantámonos luego, y estando todos descubiertas las cabezas, lo miramos muy atentamente, no sin grande admiración y lágrimas. Estaba entero sin corrupción alguna, y con muy buen olor, y tan asidos los huesos y nervios con otros que cuando le sacaron del arca se tenía en pie con muy poca ayuda. Los pechos estaban levantados y llenos de carne, el vientre tan lleno como cuando espiró, la carne tan tratable que llegando con el dedo se hundía y levantaba como si estuviera viva; y con ser una mujer tan corpulenta, no pesaba el cuerpo más que si fuera un niño de dos años, que parecía que estaba ya vestido, no sólo de la incorrupción y fragancia, sino también de la agilidad de los cuerpos bienaventurados. Los médicos, que miraron estas y otras circunstancias con más curiosidad, como quien entiende tan bien la raíz y principios naturales de la corrupción de un cuerpo muerto, hallaron más ocasión de admirarse, y dieron muchas razones, confirmando ser aquella incorrupción divina y milagrosa. No menos nos admiramos todos ver el paño ensangrentado de que habemos hecho mención en el capítulo pasado. El obispo de Ávila, después de haber visto el santo cuerpo, encargó mucho á las religiosas la veneración de aquella santa reliquia, y les advirtió no se tornasen á servir de aquella alfombra sobre que había estado, mientras le

habían visto, por la reverencia que se debía á tan santa reliquia.

No pudo ser este negocio tan secreto que no se supiese luego en Alba, y por no ser venido el duque don Antonio Álvarez de Toledo, su tío el prior don Fernando, hombre de gran prudencia y valor, tenía á su cargo todas las cosas de aquel estado, y por otra parte era singularmente devoto de la santa madre, como lo mostró en su muerte, y así tomó grande enojo, pareciéndole había perdido aquella villa un gran tesoro. Despachó luego á Roma con grande diligencia por un breve para volver el cuerpo á Alba, y negoció tan bien, que su Santidad, que entonces era el papa Sixto V, mandó á los padres descalzos que luego volviesen el cuerpo adonde le habían sacado, y se lo entregasen á la madre priora y convento de las monjas; y si algo tuviesen que alegar por su parte, pareciesen por sí, ó por procurador ante su Santidad. Vino este mandato dirigido al Nuncio, el cual lo notificó luego al padre fray Nicolás de Jesús María, que entonces era provincial, y él obedeció sin dilación ninguna, y fué á Ávila, y desde allí envió con mucho secreto al padre fray Juan Bautista, prior de Pastrana, y al padre fray Nicolás de san Cirilo, prior del monasterio de Mancera, para que sacasen el cuerpo de Ávila, y ellos lo hicieron así, y partieron luego acompañando el santo cuerpo para Alba. Venían de noche por el camino, y aunque traían con secreto aquella prenda del cielo, ella se manifestaba por los caminos, de tal manera que pasando por la Bóveda, que es un lugar junto á Peñaranda, era tanta la fragancia que los labradores con el nuevo y desusado olor salían de noche de las eras, y corrían en pos de los que llevaban el santo cuerpo, con deseo de saber el origen y causa de aquella maravilla, como lo refiere en su dicho el conde de Peñaranda. Llegaron á Alba á veintitrés de agosto, vispera de San Bartolomé del mismo año de 1588.

Como se supo en Alba una nueva tan deseada, vino la alegría con deseo de hacer mucha fiesta con procesión y con música; pero los padres que llevaban allí el cuerpo para que se quedase como de prestado, más por violencia que por el gusto, y sólo por cumplir el mandato del Papa, no permitieron que se hiciese fiesta alguna, y así entregaron el santo

cuerpo á las monjas, y estando el duque á la reja, y la condesa de Lerín su madre, y toda la iglesia llena de gente, le descubrieron y mostraron á todos. Y el padre fray Juan Bautista preguntó á las monjas si conocían ser aquel el cuerpo de la santa madre Teresa de Jesús, y si se daban por entregadas de él; respondieron que sí, y los de afuera dijeron también que conocían ser aquel el cuerpo de la santa. Desde entonces hasta ahora ha estado siempre el santo cuerpo en Alba, juntamente con el brazo, donde concurre mucha gente de muchas partes con gran devoción, y se hacen muchas novenas para verle, y encomendarse á la santa, por cuya intercesión ha hecho y hace el Señor muchos milagros.

Está hoy el cuerpo con gran decencia y autoridad al lado derecho del altar mayor del monasterio que allí fundó la santa madre, en un sepulcro muy suntuoso, labrado todo de piedra de sillería con grande perfección, según el arte. En lo más alto de él está una capilla pequeña, que estará levantada de la tierra más de treinta pies, con una reja dorada donde ahora está el arca con el santo cuerpo, el cual así por haberse de poner en lugar tan alto, como por quitar la ocasión de que no fuesen tomando pedazos de su carne (como lo hacían algunas personas graves y devotas, no reparando en las excomuniones que para impedir esto había de su Santidad el papa Sixto V), mandó el padre general fray Francisco de la Madre de Dios al padre fray Tomás de Jesús, difinidor general (que entonces era) de la orden, y procurador de la canonización de esta santa, que hiciese enclavar fuertemente el arca en que estaba el santo cuerpo, de tal manera que no se pudiese más abrir. Él hizo esto, mostrando primero el cuerpo en presencia del duque de Alba don Antonio de Toledo, y de la duquesa doña Mencía de Mendoza, y de otros señores deudos suyos, y de un notario, ante quien testificaron todos estar el cuerpo santo con la incorrupción y entereza que siempre había tenido.

Está á los dos lados del sepulcro puesto un epitafio, que dice de esta manera:

RIGIDIS CARMELI PATRUM RESTITUTIS
 REGULIS,
 PLURIMIS VIROR. FÆMINAR. Q. ERECTIS
 CLAUSTRIS,
 MULTIS VERAM VIRTUTEM DOCENTIBUS
 LIBRIS EDITIS,
 FUTURI PRÆSCIA SIGNIS CLARA,
 CÆLESTE SIDUS AD SIDERA ADVOLAVIT
 B. VIRGO THERESA.
 IV. NON. OCTOB. CIJ. IJ. XXC. II.
 MANET SUB MARMORE NON CINIS, SED
 MADIDUM CORPUS
 INCORRUPTUM SUAVISS. PROPRIO ODORE
 OSTENTUM GLORIÆ.

Quiere decir en romance el epitafio:

*Restituida á su aspereza la regla de los padres del Carmelo
 Fundados muchos conventos de frailes y monjas,
 Escritos muchos libros que enseñan la perfección de la virtud,
 Profetizadas cosas futuras, y resplandecido en milagros,
 Como celestial estrella voló á las estrellas la beatísima virg. Teresa
 A cuatro del mes de octubre del año de mil quinientos ochenta y dos.
 Ha quedado en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco, y
 sin corrupción, con propio olor suavísimo por señal de su gloria.*

Está la capilla en lo alto del sepulcro con una reja dorada muy rica, toda colgada de colgaduras de plata, que dió la duquesa de Alba doña Mencía de Mendoza. Dentro de la capilla está una arca de mucho precio y estima, aforrada en terciopelo carmesí, tachonada con clavos y chapas doradas; esta dió doña María de Toledo y Enríquez, duquesa que fué de Alba: está cubierta el arca con un dosel de brocado, el cual por orden del rey don Felipe II envió la señora infanta su hija doña Isabel Clara Eugenia, mujer del archiduque de Austria. Tenía delante una lámpara de plata muy grande y muy bien labrada, que dió el duque de Alba don Antonio Alvarez de Toledo. Dentro del arca en unas planchas doradas se pusieron unos versos que compuso el padre maestro

fray Diego de Yangués, de la orden de Santo Domingo, hombre muy docto y muy grave, y que antes había sido confesor de la santa madre; son muy á propósito de lo que ella sabía, y así me pareció ponerlos en este lugar:

Arca Domini in qua erat manna, et virga quæ fronduerat, et tabulæ testamenti.

Hebr. ix.

En esta arca de la ley,
se encierra por cosa rara
las tablas, maná y la vara
con que Cristo nuestro Rey
hace á su virgen más clara.

Las tablas de la obediencia,
el maná de su oración,
la vara de perfección,
con vara de penitencia,
y carne sin corrupción.

Non extinguetur in nocte lucerna ejus.

Proverb., cap. xxxi.

Aquí yace recogida
la mujer dichosa y fuerte,
que en la noche de la muerte
quedó con más luz y vida,
y con más felice suerte.

El alma pura y sincera
llena de lumbre de gloria,
y para eterna memoria
la carne sana y entera,
¿dó está, muerte, tu victoria?

Viendo la frecuencia de sus milagros, la santidad de su vida, la devoción universal de España, los frutos de sus manos, así de libros como de monasterios tan reformados y santos, el obispo de Salamanca don Jerónimo Manrique fué en persona á Alba en el año de mil quinientos noventa y uno, que es villa de su obispado, y tomó testimonio de la incorrupción del santo cuerpo, é hizo una información de la vida, costumbres y milagros de la santa madre en Alba y Salamanca, hallándose él presente á todos los dichos de los testigos, y sacó en limpio una información gravísima, autorizada con los testigos de la gente más grave y letrada de toda España, por ser todos maestros de aquella universidad, y que tenían gran noticia de la admirable santidad de la santa madre Teresa.

En el año de mil quinientos noventa y cinco, como se fuesen continuando las obras maravillosas que el Señor obraba en esta santa, á petición del rey don Felipe II el nuncio don Camilo Gaetano mandó hacer información en toda España, enviando comisión á las personas más graves de los lugares donde había estado la santa, ó donde había noticia de ella, para que la hiciesen. En Madrid hizo la información el doctor Mármol Zapata; en Valladolid el doctor Sobrino, cate-

drático de prima theología, y canónigo de aquella iglesia, y consultor del santo oficio; en Zaragoza el doctor Gabriel Sora, canónigo de aquella iglesia, y consultor de la santa inquisición; en Ávila el doctor don Pedro Tablares, arcediano de Ávila; en Toledo el doctor Armunia, capellán de la capilla de los reyes; en Palencia el doctor Castillo, canónigo de aquella iglesia; y en Salamanca, demás de la que hizo el obispo, hizo otra el maestro Curiel, catedrático de vísperas; en Sevilla el doctor Juan Hurtado, canónigo de aquella iglesia; en Valencia el doctor Alonso de Avalos, visitador de aquel arzobispado; en Segovia el doctor Luís cabeza de Villegas, canónigo de la catedral; en Medina del Campo el doctor Bernardo Vélez, canónigo de aquella iglesia; en Huete el licenciado Rodrigo de Castillo y Arcas, vicario de aquel arciprestazgo; en Piedrahita el arcipreste Pedro Rengifo; en Villanueva de la Jara el licenciado Pedro de Vilches; en Malagón el licenciado fray Fernando González, fraile de la orden de San Juan; en Cuerba el doctor Alonso de Alcocer.

Lleváronse todas estas informaciones (ó, por mejor decir, estos tesoros de virtudes y milagros) á Roma en el año de mil quinientos noventa y siete á presentar á su Santidad, acompañadas de cartas del rey nuestro señor don Felipe II, donde con gran encarecimiento pedía á su santidad la canonización de esta santa: lo mesmo pedía la emperatriz (que esté en gloria) y toda la congregación de las iglesias de España, y el reino todo junto en las cortes; y deteniéndose su Santidad para ir con el peso que cosas tan graves piden, en el año de mil seiscientos y dos volvieron á escribir con gran instancia sus majestades del rey Felipe III, y la reina doña Margarita, la congregación de las iglesias, el concilio provincial de Tarragona, y casi todos los obispos y arzobispos de España, los reinos de Aragón, de Valencia, de Cataluña, y finalmente hizo de nuevo grande instancia en nombre del rey nuestro Señor el marqués de Villena, embajador de España, y muy devoto de la santa madre, y juntando su santidad la congregación de los cardenales, como la gravedad del caso lo pedía, dió sus remisoriales año de mil seiscientos y cuatro, cometidos al señor don Lorenzo de Otayud y Avendaño, obispo de Ávila, y al señor don Luís de Córdoba, obispo de Salamanca, para que hiciesen las informaciones de la fama de la santidad

y milagros de la bienaventurada madre Teresa de Jesús, de gloriosa memoria. Hízose con testigos muy calificados, como la causa pedía, y envióse luego á Roma, de donde se esperan cada día los segundos remisoriales, para que, hechas las informaciones, y concluído este negocio, según acostumbra la santa Iglesia romana, declare el Sumo Pontífice en la tierra por santa á la que piadosamente no podemos dudar sino que reina en el cielo (1).

(1) En el año de 1614 fué beatificada santa Teresa por el papa Paulo V, y en de 1622 solemnemente canonizada por Gregorio XV.

FIN DE LA VIDA.

ÍNDICE

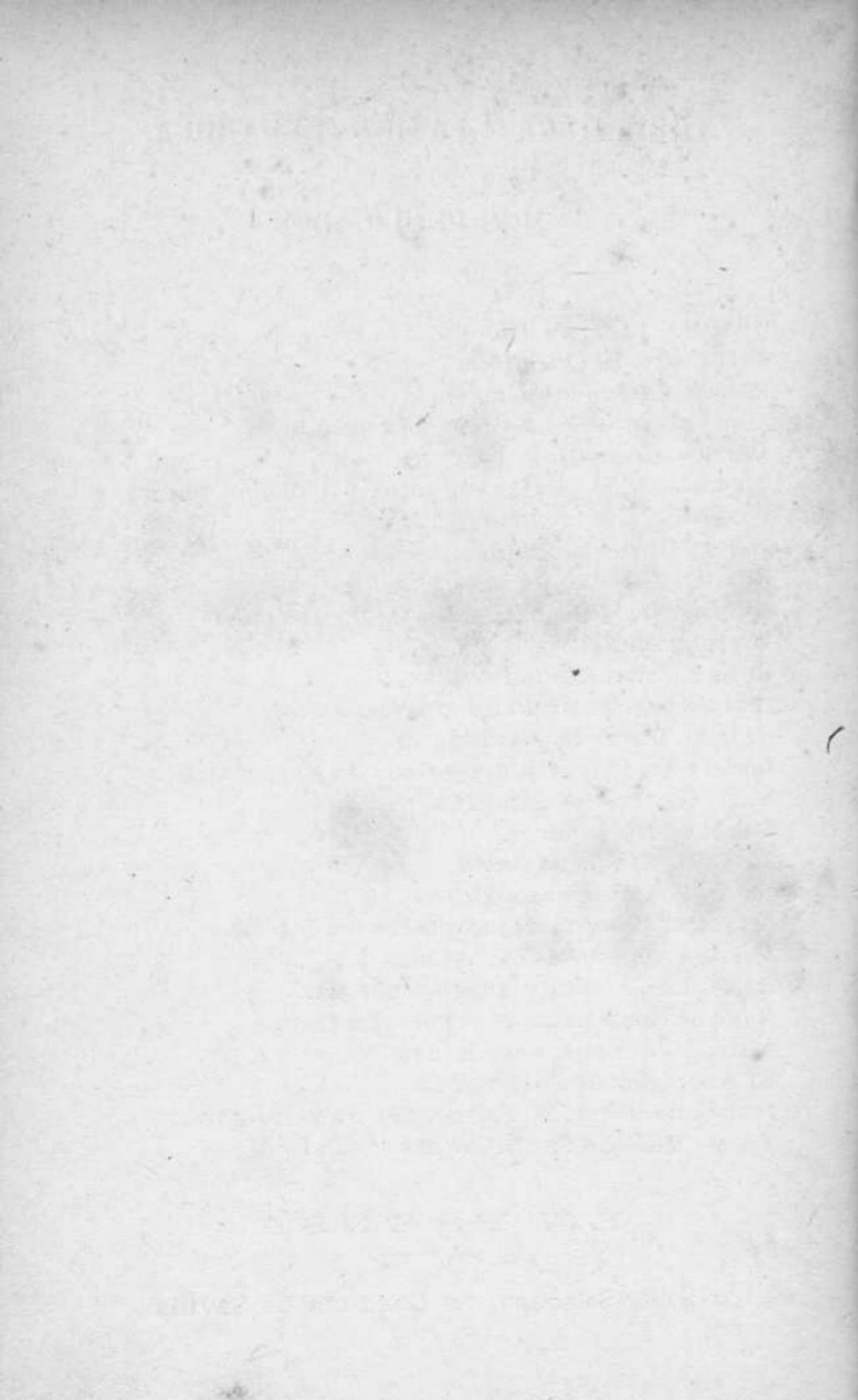
PÁGINAS.

CAP. XII.—Cómo la santa madre estuvo por algún tiempo en el monasterio de San José de Ávila y de los fervores grandes que en aquel tiempo había.	5
CAP. XIII.—La santa madre, movida por revelación divina, trata de fundar otros nuevos monasterios de frailes y monjas.	11
CAP. XIV.—Donde se trata de los motivos que la santa madre Teresa de Jesús tuvo para fundar esta nueva reformatión de frailes y monjas.	19
CAP. XV.—Sale la santa madre á fundar otro monasterio de monjas en Medina del Campo, y alcanza también licencia del general de la orden para fundar monasterio de frailes descalzos carmelitas.	29
CAP. XVI.—Comienza la santa madre á tratar de nuevo de la fundación de monasterios de frailes descalzos, y persuade al padre prior fray Antonio de Heredia, y al padre fray Juan de la Cruz á que sigan la nueva regla, y dén principio á esta obra.	41
CAP. XVII.—De cómo la santa madre Teresa de Jesús fundó un monasterio en la villa de Malagón, donde le apareció nuestro Señor Jesucristo, y lo demás que sucedió en esta fundación.	45
CAP. XVIII.—Vuelve la santa madre á tratar de nuevo de hacer el primer monasterio de descalzos: hace la fundación de monjas de Valladolid, y pónese un caso particular que en ella sucedió.	51
CAP. XIX.—Cómo la santa madre dió orden para que fundase el primer monasterio de frailes descalzos, con que dió principio á la nueva reformatión, no sólo en mujeres sino también en hombres.	59
CAP. XX.—Sale la santa madre Teresn de Jesús de Valladolid á la fundación del monasterio de San José de Toledo, y de los trabajos que allí padeció.	65
CAP. XXI.—Fundó la santa madre el monasterio de Nuestra Señora de la Concepción en la villa de Pastrana, y trae á la religión al padre Mariano.	75

CAP. XXII.—Fundada la santa madre el monasterio de San José de Salamanca; cuéntase un aparecimiento que hizo la santa á una religiosa de aquel monasterio.	81
CAP. XXIII.—De la fundación del octavo monasterio, que fué en Alba de Tormes, donde se pone una visión particular que tuvo la fundadora de él.	89
CAP. XXIV.—Cómo la santa madre fué elegida por priora del monasterio de la Encarnación de Ávila, y de otras cosas notables que sucedieron en este tiempo.	95
CAP. XXV.—Cómo la santa madre, siendo priora de la Encarnación, por mandado de nuestro Señor fundó el monasterio de san José del Carmen de Segovia; y de dos visiones muy particulares que allí tuvo.	107
CAP. XXVI.—De la fundación del glorioso san José en Veas; socorre este santo á la madre en el camino en un gran peligro; cuéntase el principio que tuvo esta fundación, que es maravilloso.	113
CAP. XXVII.—De la fundación que hizo la santa madre del monasterio de San José en Sevilla, y los grandes trabajos que allí padeció.	123
CAP. XXVIII.—Cómo, estando la santa madre en Sevilla, envió á fundar el monasterio de Caravaca; cómo el general la mandó salir de Sevilla y encerrar en un monasterio, y por esta causa cesaron las fundaciones y padeció la orden grandes trabajos.	131
CAP. XXIX.—Cómo la santa madre por mandado de nuestro Señor fundó el monasterio de Villanueva de la Jara, y cómo le apareció en el camino la bienaventurada madre Catalina de Cardona, y de otros grandes milagros que el Señor obró en ésta por intercesión de la santa.	139
CAP. XXX.—Prosigue la fundación de Villanueva de la Jara, y cuéntanse algunos milagros que han sucedido en esta casa.	147
CAP. XXXI.—Cómo la santa madre fundó por expreso mandamiento de Dios el monasterio de San José de Palencia.	153
CAP. XXXII.—Cómo la santa madre fué á fundar á la ciudad de Soria, y de lo demás que sucedió en esta fundación.	157
CAP. XXXIII.—Cómo la santa madre fué elegida en Ávila por priora, y desde allí envió á fundar el monasterio de San José de Granada.	161
CAP. XXXIV.—Cómo nuestro Señor mandó á la santa madre fundase un monasterio en Burgos.	167
CAP. XXXV.—De la gran contradicción que hubo para fundarse el monasterio, y cómo después de algunos días y trabajos grandes de la santa madre se fundó, y ella se partió para Alba.	173
CAP. XXXVI.—Del modo y religión con que caminaba la santa madre Teresa de Jesús en todas estas fundaciones.	177
CAP. XXXVII.—Donde se ponen las principales constituciones que la santa madre hizo para el gobierno de sus monasterios de monjas.	183
CAP. XXXVIII.—Cómo la santa madre vino al convento de carmelitas descalzas de Alba, donde murió, y de algunas señales que precedieron y acompañaron su glorioso tránsito.	203
CAP. XXXIX.—Cómo se hizo el entierro de la santa madre, y los milagros que el Señor obró al tiempo de su muerte en testimonio de su santidad, y cómo la santa se ha aparecido muchas veces después de muerta.	215
CAP. XL.—Cómo á cabo de algún tiempo fué hallado el cuerpo de la santa	

PÁGINAS.

madre Teresa de Jesús sin corrupción ninguna, y cómo fué llevado á San José de Ávila.	225
CAP. XLI.—Cómo se comenzó á publicar el milagro del santo cuerpo, y cómo por mandado de su santidad, á su instancia del prior de San Juan, don Fernando de Toledo, se volvió á Alba.	233





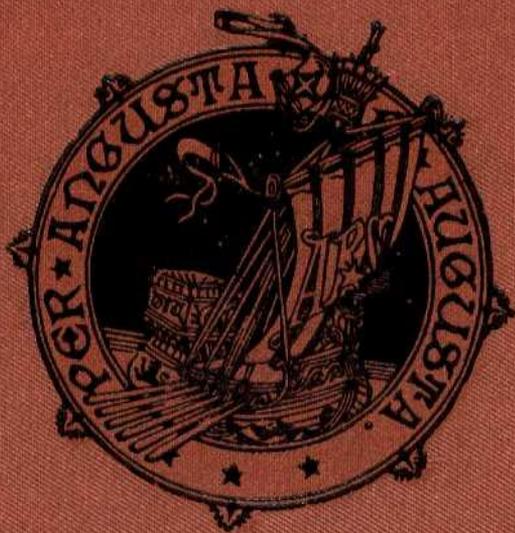
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	6 803	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	6	Precio de adquisición. »
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»





803.

Biblioteca
Clásica
Española



FR DIEGO DE YEPES
VIDA DE
SANTA TERESA

